

5885

HISTORIA DE LA IGLESIA
EN SUS PRIMEROS SIGLOS.



HISTORIA DE LA LENGUA
EN SUS PRIMEROS SIGLOS

HISTORIA DE LA IGLESIA

EN SUS PRIMEROS SIGLOS

HASTA EL TRIUNFO DE LA MADRE DE DIOS

EN EL CONCILIO DE ÉFESO EL AÑO 431,

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.

TOMO III.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

MADRID.—1867.

—
IMPRENTA DE TEJADO, SILVA, 47 Y 49, BAJO.

HISTORIA DE LA IGLESIA

EN SUS PRIMEROS SIGLOS

HASTA EL TIEMPO DE LA MADRE DE DIOS

EN EL GOBIERNO DE LOS PAPAS

1881

CON UNA BIBLIOTECA DE REFERENCIA

DE LA BIBLIOTECA DE LA IGLESIA

TOMO III

CON UNO DE LOS AUTORES PRINCIPALES

1881 - 1887

IMPRESA DE TRUJILLO, CALLE 10, N.º 10, LIMA

CAPÍTULO XVII.

SUMARIO.

El arrianismo. Pinturas características de Arrio y de San Alejandro. Concilio de Alejandría que condena al heresiarca. Eusebio de Nicomédia protector del arrianismo. Eusebio de Cesarea. Esfuerzos de uno y otro bando. Constantino engañado. Misión de Osio á Alejandría. Concilio de Alejandría. Abjuracion de Colluto. Eminente servicio prestado por Osio á la Iglesia.

Con la heregía arriana empieza para la Iglesia un nuevo y dilatado periodo de combates, en que tomarán parte los sábios y los potentados de tres siglos, padecerán y se coronarán de gloria los valerosos atletas de la fé; el mundo se dividirá, y habrá príncipes que defiendan y príncipes que repriman el error, naciones que lo abracen, Obispos que lo acaudillen, y Obispos santos que lo contraríen sin tregua, Concilios que lo condenen, y conciliábulos en que prevalezca. La Providencia y la justicia divina serán tambien admirabilísimos campeones, que han de resplandecer en medio de las vicisitudes y del tremendo claro-oscuro de esta lucha gigantesca. Arrio, que la inició y le dió su nombre, habia nacido en la

Libia Cyrenáica, y era de elevada estatura, de porte grave y de respetable fisonomía. Inspiraba confianza con la dulzura y agrado, con que sabia sazonar sus conversaciones: costumbres austeras, aspecto como de penitencia, celo aparente por la religion, y sutil destreza para argüir le daban un aire de importancia, que encubria su ambicion, su roedora melancolía, las continuas inquietudes y zozobras de su alma agitada y su insano atrevimiento para fingir y mentir muy descaradamente. Estaba versado en las ciencias profanas y eclesiásticas, mas no habia profundizado mucho en ellas, ni tenia gran fijeza en sus opiniones. Comprometióse en un cisma suscitado por Melecio, Obispo de Nycopolis en la Tebaida, pero viéndole arrepentido San Pedro de Alejandría, le admitió de nuevo en su comunión y le ordenó de diácono. Poco despues el mismo santo Obispo se vió en la necesidad de excomulgarle, porque habia reanudado los vínculos que le unieron á aquellos cismáticos. Habiendo sucedido al mártir Pedro San Aquilas, imploró Arrio la clemencia de su nuevo Obispo, quien le perdonó, le elevó al sacerdocio, y le confió la rectoría de una de las principales iglesias de Alejandría, autorizándole para enseñar en público las sagradas letras. Con esto subió de punto su vanidad, y llegó al extremo de llamarse á sí mismo el

hombre ilustre, en quien Dios habia derramado extraordinariamente su ciencia y sabiduría.

La muerte arrebató á San Aquilas hácia el año 313, y en su lugar fué elegido Alejandro, varon de vida intachable y de buena doctrina, de carácter dulce, y muy caritativo para con los pobres: estaba querido del clero y del pueblo, que admiraba su elocuencia. Pero como Arrio se vió chasqueado con esta eleccion, pues aspiraba á la mitra y la contaba ya por suya, no llevó en paciencia que le hubiesen postergado, y lleno de envidia declaró cruda guerra al virtuoso Alejandro. Nó hallando en su conducta y costumbres nada que censurar, se propuso calumniarle en cuanto á su doctrina. Enseñaba Alejandro, conforme en un todo al Evangelio y á los Apóstoles, que el Hijo de Dios era igual á su Padre y de la misma sustancia; y Arrio por llevar la contraria decia que la del Prelado era la herética doctrina de Sabelio; que el Hijo fué hecho y creado y sacado de la nada; que no siempre existió, y que por su libre albedrío era capaz de contraer vicios y de adquirir virtudes. Al principio se limitó á derramar el veneno de su heregía en conversaciones privadas; mas luego que hubo ganado para sí algunos diáconos, muchas vírgenes, varios sacerdotes y dos Obispos, soltó la rienda á su audacia y se puso á enseñar en pú-

blico sus errores. Alejandría se convirtió en un campo, en que la heregía luchaba con la fé á brazo partido: dividiase el pueblo en facciones. Colluto contrario de Arrio formó la suya, y se extravió por un exceso de celo. Olvidó que el soldado jamás debe pelear sino bajo las órdenes de su capitan. Hizo San Alejandro los mayores esfuerzos por conjurar la tempestad, que amenazaba á la Iglesia: escribió á Arrio varias cartas á fin de que renunciára á su impiedad, le instó, le suplicó, reiteró sus paternales amonestaciones, y todo en vano: reunió por dos veces á su clero, y Arrio tuvo la avilantez de propalar sus blasfemias en medio de un Concilio de cerca de cien Obispos del Egipto y de la Libia, que el celoso Pastor habia congregado el año 320 para juzgar su doctrina; y cerciorado este Concilio de que era impía y opuestísima á la creencia y sentimientos de la Iglesia, le excomulgó junto con doce de sus principales secuaces, diáconos y presbíteros.

Arrio se trasladó á Palestina, donde halló proteccion en no pocos Obispos, que se dejaron inficionar por su heregía, y escribieron á San Alejandro en su favor. En vista del contagio, el Santo Obispo de Alejandría determinó enterar á sus Cohermanos de fuera de su provincia de todo lo ocurrido con Arrio y de lo pes-

tífero de su nueva doctrina. Respondiéronle los Obispos de un modo mas ó menos satisfactorio, disculpándose de la favorable acogida, que habian hecho al heresiarca; pero entretanto la verdad y la heregía dilataban el círculo de su accion. Quien mas contribuyó á entonar la naciente secta con todo su influjo y valimiento fué Eusebio, Obispo de Nicomédia. Era fama que habia caido en la apostasia durante la persecucion; mas luego, ignorándose cómo, logró el obispado de Berito, desde el cual pasó al de Nicomédia en alas de su desmedida ambicion. Tenia maña y destreza para captarse la benevolencia y favor de los príncipes, y así se apoderó del corazon de Constancia, mujer de Licinio. Y estuvo de parte de este inícuo Emperador mientras hacia la guerra á Constantino y á la religion de Jesucristo. Sucedió en seguida lo que no se podia esperar, y es que se ganase tambien el afecto de ese mismo Constantino, á cuya causa se habia mostrado hostil, y que en medio de sus sobresalientes prendas tuvo el perjudicialísimo defecto de adherirse fácilmente á los que le engañaban con pérfidos amaños, y así mas de una vez hubo de llorar la ligereza, con que habia dado crédito á la calumnia ó enredándose en los lazos, que le tendia la malignidad artera y solapada. Eusebio fué uno de los que abusaron de su falta de no

examinar maduramente las cosas y de fiarse demasiado de lisonjeras palabras y de recomendaciones.

Eusebio pues se aprovechó de su ventajosa posición para influir en favor de su amigo Arrio: á este fin escribió diversas cartas, y dirigió una muy empeñosa al santo Obispo de Alejandría. Pero este, que era firmísima columna de la fé, se mantuvo inflexible é inexorable con los que atacaban la divinidad del Hijo de Dios, negando que fuese coeterno á su Padre y de su misma sustancia, y destruyendo con semejantes blasfemias todo el inefable edificio de la fé cristiana. Insistió San Alejandro en quejarse á los Obispos, que se habian mostrado favorables al heresiarca, y sus cartas produjeron tan buenos resultados que los mismos, que en un principio le habian agasajado, volvian la espalda al perturbador Arrio. Viéndose sin arriño, se fué el padre de la infernal heregía á buscar asilo y amparo en Nicomédia, desde donde en union de su protector Eusebio siguió esparciendo su veneno, llegando su descaro y atrevida desfachatez hasta escribir al mismo San Alejandro que de él habia aprendido la doctrina que predicaba. Allí tambien compuso para propagarla entre la plebe una coleccion de indecentes cantarcillos, imitando á un antiguo, deshonesto y desacreditado poeta, á quien tomó

por modelo hasta en el metro, dando á sus versos el mismo título de Thalia, que llevaba la infame obra, que á la suya sirvió de norma.

Entre los partidarios de Arrio, que molestaron con sus cartas á San Alejandro, figura el famoso Eusebio de Cesarea, que desde luego se hizo uno de los mas ardientes y sagaces sostenedores de la abominable secta: se rebajó su ingenio, se prostituyó su corazon, sirvió su pluma á miserables intrigas, y empequeñecida se envileció. En tanto San Alejandro era como un fuerte castillo, que sitiado por todas partes hace incesante fuego sobre el enemigo. Ayudaba al anciano Obispo en la heróica empresa el jóven diácono Atanasio, á quien Dios tenia destinado á ser el martillo de la heregía arriana. Por eso esta le hizo blanco de su implacable saña. Y bien necesitaba de su auxilio San Alejandro, pues fueron tantas las cartas, que escribió defendiendo la fé gravísimamente vulnerada que San Epifanio llegó á ver setenta y cinco, la mayor parte circulares y dirigidas á todos los Obispos del Oriente. Los enemigos de la divinidad del Verbo para darse importancia y combinar su plan de ataque, se juntaron en la Bitinia, y tuvieron un conciliábulo, cuyo resultado fué extender la esfera de las perturbaciones, pues los Obispos arrianos, entre los cuales ocupaba el primer lugar Eusebio de Ni-

comédia, escribieron á los demás Obispos del mundo para atraerlos á su partido: creció la division, enconáronse mas y mas los ánimos, y los pueblos, los sacerdotes y Obispos entraron en la lid, cuyo primer teatro fué la ciudad de Alejandría.

Hallándose el Oriente en tan lastimoso estado, fué Constantino á contristarse con el espectáculo, que ofrecia, cuando llegó á Bitinia despues de haber debelado á Licinio; y Eusebio le persuadió que el asunto que se ventilaba tan acaloradamente, era de poquisima importancia, pues aquella cuestion solo versaba sobre cómo habian de entenderse algunas palabras de la divina Escritura; que el mayor de los males era la exacerbacion de los ánimos, y en particular el encono del Obispo Alejandro en contra de Arrio; y que era muy propio de la piedad del Emperador imponerle silencio con su autoridad soberana. Constantino siguió el consejo, y dirigió una carta á Alejandro y á Arrio, pintándoles cuanto le desagradaban sus diferencias, diciéndoles que llevaba muy á mal el que hubiesen dividido al pueblo cristiano por una cuestion frívola, y exhortábales por último á dejarse de inútiles disputas.

Empero semejante contienda estaba tan lejos de ser fútil, que en ella se trataba nada menos que de afirmar si Jesucristo era Dios

ó criatura, y por consiguiente, si los millones de Mártires y Santos, que desde la promulgacion del Evangelio le habian adorado, habian sido idólatras tributando culto de la-
tría á una criatura, ó en el supuesto de que fuese un Dios de sustancia distinta de la del Padre, habian aquellos adorado dos dioses, pues estas y otras consecuencias aun mas horribles se deducian necesariamente de los errores arrianos. El célebre Osio, Obispo de Córdoba, fué el encargado de llevar la carta de Constantino á Alejandría. Gozaba este insigne Prelado de la mas íntima confianza del Emperador, que le profesaba especial cariño, mirándole al mismo tiempo con respeto por su acrisolada virtud, por su sabiduría, y porque en las pasadas persecuciones se habia llenado de gloria confesando la fé heroicamente bajo la presión de los tiranos. Tal personaje era digno de que el engañado Emperador esperase de su celo y prudencia la pacificacion de la Iglesia, y así le recomendó el delicado negocio de conciliar los ánimos. Correspondiendo el gran Osio á la confianza y deseos de Constantino, se enteró del verdadero estado de las cosas, y reconocida la gravedad de la disputa, y visto el culpable extravío de los arrianos, se puso de acuerdo con San Alejandro para la celebracion de un nuevo Concilio, el cual se tuvo en la

misma Alejandría. En él se examinó de nuevo la conducta y la doctrina de Arrio, quien junto con sus cómplices volvió á ser excomulgado. Pero la empresa de la proyectada pacificación quedó sin realizarse por la contumacia de los arrianos. Sin embargo, en este Concilio se logró la abjuración de los errores de Colluto y la casi total extinción de su cisma. Ni fué para la causa católica de menos utilidad el viaje de Osio á Alejandría, pues á su regreso sacó al Emperador de las tinieblas, en que le habia envuelto Eusebio de Nicomédia, instruyéndole de la malignidad y de las horrorosas blasfemias de los arrianos, y poniéndole en el buen camino, que seguian San Alejandro y los demás Obispos defensores de la verdadera doctrina de la Iglesia.

CAPÍTULO XVIII.

SUMARIO.

Concilio de Nicea.

El Sumo Pontífice Silvestre sabia por San Alejandro la situación lamentable de las Iglesias de Oriente, despedazadas unas por el cisma de Melecio, otras por las turbulencias de la nueva heregía, otras porque aun adolecian

algun tanto del mal de las antiguas disensiones acerca del día, en que debía celebrarse la pascua, y las del África por los furores de los Donatistas, y ansiaba poner un término á tan desastrosas calamidades, cuando Osio, que tan saludable influjo ejercia sobre Constantino, cooperó eficazmente á que se cumplieran sus deseos de llamar á un general Concilio á sus hermanos los venerables Obispos, que en la faz de la tierra apacentaban el místico rebaño de Jesucristo. Enhorabuena que la iniciativa de la celebracion del Concilio, cual dicen historiadores, saliese de Constantino aconsejado por Osio; empero el convocarlo fué obra del Papa San Silvestre, aunado con el Emperador, cual consta, segun Rohrbacher, terminantemente por el sexto Concilio general, tercero de Constantinopla (a), porque á él solo correspondia como á Cabeza de la Iglesia universal; y aqui el derecho nos esclarece acerca del hecho, y nos lo confirma la práctica observada constantemente en la convocatoria de los Concilios generales, pues aunque algunos se hayan atribuido á la potestad secular, no ha habido en esto la exactitud debida, como lo prueban documentos muy respetables, y ha sido efecto de ligereza dar al brazo auxiliar de los Emperadores lo que solo

(a) Labbe, t. 6, p. 1049.

es propio de la Cabeza, que preside al cuerpo de todos los cristianos. Pero si algun príncipe fué digno de una honrosa participacion en la gloria de esas magníficas asambleas de toda la Iglesia, Constantino magno la mereció muy de veras por haber escrito respetuosamente á todos los Obispos, costeádoles el viaje y subvenido á cuanto pudo serles necesario en Nicea, que fué la ciudad señalada para inmortalizarse con la celebracion de este primer Concilio ecuménico.

Á la convocatoria correspondió la solicitud de los mas esclarecidos Prelados de la Iglesia de Dios. Concurrieron á Nicea muchos, que eran á manera de astros de humana y divina sabiduría, y muchos que ostentaban una como anticipada laureola de mártires por haber sido víctimas de las persecuciones de los idólatras. Muchos llevaban en sus venerables canas las señales de una consumada experiencia; muchos por el contrario en su misma juventud, ya enaltecida y conjunta á la dignidad episcopal, venian dando indicios de su raro mérito. En algunos de ellos brillaba la poderosa virtud de obrar milagros recibida de lo alto, y á otros ennoblecian, mas que á los soberanos la sangre de cien coronados progenitores que corre por sus venas, las cicatrices de las antiguas heridas, que les hicieron los verdugos del cristianismo. La historia conservará siempre los

inolvidables nombres de los invencibles atletas de la fé, que mas ilustraron aquella augusta asamblea de sábios y de Santos, en la cual tambien tenian algunos pocos representantes los príncipes de las tinieblas, los cuales, si creemos á Petavio, alguna vez se introducen por divina permision entre los coros de los ángeles buenos, cual en Nicea se vieron Eusebio de Nicomédia, Eusebio de Cesarea, Maris de Calcedonia, Teonas de Marmárica, Segundo de Tolemaida, Menofante de Éfeso, Paulino de Tiro y algunos otros Obispos de la faccion arriana, entre un San Pafnucio, á quien con hierro escandecido se le habia sacado el ojo derecho y quemádole el nervio principal del pié izquierdo en la persecucion de Maximino, un San Potamon, Obispo de Eraclea sobre el Nilo, que por la misma causa estaba falto de un ojo, un San Nicolás de Mira, un San Alejandro, Obispo de Bizancio, un San Pablo, Obispo de Neocesarea sobre el Eufrates, que habia perdido el uso de ambas manos, quemados los nervios que les dan movimiento y vida, y un San Espiridion, Obispo de Trimitonda, lleno del Espiritu Santo y singular modelo de sencillez evangélica. Hallábanse allí San Alejandro, Patriarca de Alejandria, el grande San Eustasio, que lo era de Antioquia, San Macario de Jerusalem, San Eufrasion de Balanea, y otros varones in-

signes como Ceciliano de Cartago, é Hipasio de Gangres en la Paflagónia, quien despues alcanzó la corona de mártir, y Santiago de Nisibe, que antes de ser Obispo habia hecho en la soledad una vida admirable, era resucitador de muertos, y en lo sucesivo obró desde el cielo prodigios memorables.

Á todas estas lumbreras de la Iglesia, á los trescientos diez y ocho Obispos, que se juntaron en Nicea, presidió Osio, Obispo de Córdoba, y presidieron los otros dos legados del Romano Pontífice, los presbíteros Viton y Vicente, que hacian las veces del Vicario de Jesucristo. ¿Y por cuál otra causa, dicen varios graves Autores hablando de la presidencia de Osio, habia de ocupar el Obispo de Córdoba el primer puesto en un Concilio Ecuménico, en que se hallaban los Santos Patriarcas de las primeras sedes del Oriente, Alejandro, Eustasio y Macario, sino porque traia poderes para representar á la visible Cabeza de la Iglesia universal?

Corria el mes de Junio y el año 325 cuando reunidos los Padres en la mayor basilica de la ciudad de Nicea dieron principio solemne al Concilio. Siendo el principal motivo de su reunion el condenar mas autoritativamente la heregia de Arrio, fué lo primero examinar con el mayor cuidado la doctrina del heresiarca;

y á fin de evitar cualquiera tergiversacion ó mala inteligencia, se le hizo comparecer y declarar lo que sentia acerca de la divinidad del Verbo. Habló, y los santos Obispos se tapaban los oidos horrorizados porque soltaba el torrente de sus blasfemias, y clamaban que eran dignas de todos los anatemas y rayos de la Iglesia. Sin embargo, se examinaron y discutieron sus errores con madurez y detenimiento. Tomaban su defensa acaloradamente varios Obispos de su partido, pretestando que no debian abrazarse las opiniones de los antiguos antes de ser bien discutidas.

Habiendo llegado el Emperador á Nicea, algunos Obispos miserables, como si hubiesen ido á buscar en el príncipe secular el juez de sus contiendas privadas, le dieron sus quejas, y por escrito se las presentaron, aglomerando acusaciones contra sus cólegas. Artificio fué este de los Eusebianos y de los fautores de Arrio, encaminado á producir un trastorno en el órden judicial y á hacer sospechosos y odiosos á Constantino á los mas ilustres defensores de la creencia católica. Pero en esta ocasion dió el Emperador una luminosa prueba de su piedad y sensatez cristiana, absteniéndose de leer aquellos memoriales, porque á él no le tocaba conocer de las causas de los Obispos: haciendo de todos ellos un legajo, puso encima su imperial sello;

y el día que se presentó en el Concilio expuso ante los Padres lo que había hecho, declarando que á él no le correspondía mezclarse en negocios, que excedían los límites de su jurisdicción temporal, y así mandó entregar á las llamas el legajo de memoriales arrianos. ¡Ojalá hubiera procedido siempre con la misma circunspección! Eusebio nos ha dejado una pintura bella del acto magnífico de su presentación al Concilio. Parece que se verificó en la última de sus sesiones habida no cual las otras en un espacioso templo, sino en un salón soberbio del imperial palacio: en su extensión suntuosa se habían puesto por uno y otro lado regios sillones para los Obispos: cuando se hizo la señal de que el Emperador entraba, pusieronse en pie los Prelados, y él pasó por entrambas filas, aventajándose á todos los personajes de su comitiva aun mas que por los resplandores de la púrpura y del oro y de las joyas que le vestían, por su elevada estatura, por la magestad de su semblante y por su varonil belleza. Pero todavía le realzaban mas la modestia y la dulzura, la fervorosa piedad y la grandeza de alma, de que daban claros indicios sus ojos, sus miradas y sus palabras. Fué á ocupar la silla de oro que le estaba destinada, mas no quiso sentarse en ella hasta que los Obispos se lo insinuaron. Y sentados tambien ellos, uno

de los que estaban mas próximos le dirigió un breve discurso encomiástico, en el cual ensalzó el celo, que habia desplegado favoreciendo la religion divina, y concluyó dando fervientes gracias al Todopoderoso porque se habia dignado coronar con espléndida victoria al cristianismo en el combate de tres siglos, en que acababa de postrar á la perseguidora idolatría. Respondió el Emperador en otro breve discurso tan piadoso como oportuno, y habiéndose expresado no con autoridad de soberano sino con el respeto, con que un hijo habla á sus padres, dejó al Concilio en completa libertad para discutir en su presencia las cuestiones, que habian ocasionado su convocacion. Ventiláronse pues, alegando los ortodoxos y los arrianos cuanto podia favorecer su respectiva causa.

Como los Obispos habian venido acompañados de varios sacerdotes y diáconos de sus Iglesias, no para que diesen su voto en la augusta asamblea á manera de jueces de las controversias, sino para que contribuyesen con sus luces á esclarecer como auxiliares los puntos controvertidos; San Alejandro llevó consigo á San Atanasio, que se hallaba en lo mas florido de su juventud, y que aun no era mas que diácono, pero que por su temprana sabiduría y ardiente celo podia ya ocupar uno de los puestos mas distinguidos entre los defensores de la

santa Sion. Y efectivamente se hizo admirar como uno de los mas insignes teólogos del Concilio, oponiéndose á las argucias y extraviada arrogancia de Arrio, de Eusebio de Nicomédia, de Teognis de Nicea, de Maris de Calcedonia y de otros sostenedores de la nueva heregía. Viendo Eusebio de Nicomédia tan próxima la condenacion de Arrio, cuyos errores habia resuelto sacar victoriosos, procuró por medio de sus amigos atraer á su bandería al Emperador; mas la divina Providencia dispuso que en medio de estos manejos se patentizase su impiedad con haberse presentado y leído en el Concilio un escrito suyo, que afligió y horrorizó á los católicos, y á él le cubrió de confusion y oprobio. La indignacion de que se veian poseidos los Padres ortodoxos, se desfogó algun tanto despedazando allí mismo ese papel execrable.

Desechado ya el símbolo, en que los Eusebianos insinuaban sus creencias heréticas, se dedicaron los católicos, que formaban la inmensa mayoría del Concilio, á componer otro, en que con toda claridad y con términos tomados de la divina Escritura, se consignára la fé de la Iglesia respecto al Hijo de Dios, y convinieron en que se estampase que el Hijo es de Dios para denotar que no ha salido de la nada, sino de Dios su Padre y de su misma sustancia. Pero reflexionando que de las mismas co-

sas creadas alguna vez se dice en las sagradas letras que tambien son de Dios, como que él las ha sacado de la nada; á fin de quitar á los Eusebianos la ocasion de interpretar en el mismo sentido aquellas palabras, añadieron que el Hijo divino es el Verbo y la sabiduría del Padre, su virtud, su imágen semejante á él en un todo, inmutable y siempre inseparable del Padre como un eterno resplandor de su luz; y juzgaban que la adición de estas palabras bastaba para expresar su eterna generacion del Padre y que es de su misma divina sustancia. Mas habiendo observado los Padres que los anticatólicos se convenian en no hacer la oposicion á estas voces, porque su significado en cierto modo nos es aplicable como al Hijo de Dios, conocieron la necesidad de usar un término, que conteniendo y expresando la fuerza de todas las voces mencionadas, no se prestase á las torcidas interpretaciones de los Eusebianos. Y pareciéndoles que la palabra *Consustancial* reunia estas circunstancias, juzgaron que debian ponerla en el símbolo de la fé, y así la adoptaron y la consagraron. Hicieron los Arrianos una viva oposicion á que se adoptára esta significativa palabra, que aniquilaba toda su impiedad, y que por otra parte no era nueva, pues ya la habian empleado en defensa de la divinidad del Verbo el Sumo Pontífice San

Dionisio y aquel otro ilustre Santo del mismo nombre, que por su virtud y ciencia resplandeció como un sol sobre la episcopal sede de Alejandría.

Osio compuso el símbolo de la fé concebido en estos términos: «Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, criador de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, es decir de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho; consustancial al Padre; por quien fueron hechas todas las cosas del cielo y de la tierra. El cual por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió de los cielos, se encarnó y se hizo hombre; padeció, resucitó al tercero dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Creemos tambien en el Espíritu Santo. En cuanto á los que dicen: hubo algun tiempo en que no existía, y no era antes de ser engendrado, y ha sido sacado de la nada, y los que pretenden que el Hijo de Dios es de otra hipóstasis ó de otra sustancia, ó mutable ó alterable, la Santa Iglesia católica y apostólica los anatematiza.» Todos los Obispos suscribieron á esta fórmula de fé y llenos de gozo la firmaron, á excepcion de diez y siete del partido arriano. El Emperador, que duran-

te las discusiones dejó á todos los Padres en la mas completa libertad para emitir su juicio y sus doctrinas, despues de la decision del Concilio, amenazó á los que no se adhirieran á ella. Y temerosos de su castigo se rindieron doce de los Obispos arrianos, no permaneciendo obstinados sino Eusebio de Nicomédia, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia y Teonas y Segundo de Libia. Pero al fin no persistieron en su negativa mas que los dos últimos, pues los otros pusieron, aunque de mala gana, su firma en el símbolo del Concilio por no hallarse con ánimo de sufrir un destierro. En vista de la pertinacia de Arrio y de los dos Obispos, el Santo Concilio de Nicea los condenó, y condenó tambien los escritos del here-siarca y en particular su Thalia. Luego fueron los tres desterrados á la Hiria. Renovóse tambien la condenacion, que ya el Concilio de Alejandria habia fulminado contra algunos partidarios de Arrio, entre los cuales se hallaban el diácono Euzoyo, que fué despues Obispo arriano de Antioquia, y Pisto, que lo fué de Alejandria.

Tambien concluyó el Concilio la cuestion del dia en que habia de celebrarse la pascua. Desde el tiempo del Pontífice San Victor y por su orden habian las Iglesias del Asia renunciado á su antigua costumbre para conformarse con

la Iglesia Romana; de modo que no solo todo el Occidente, sino tambien el África, la Libia, el Egipto, el Ponto, la Grecia y el Asia solemnizaban la pascua el domingo que seguia al catorce de la luna de Marzo. Sin embargo, algunas Iglesias de la Siria y de la Mesopotamia todavia continuaban imitando á los judíos en celebrar la pascua el catorce de aquella luna sin curarse de que cayese ó no en domingo. Ordenó el Concilio y los orientales prometieron celebrar la pascua el mismo dia que la Iglesia de Roma.

Otra de las tareas de este Santo Concilio fué dar un golpe de muerte al cisma de Melecio, quien junto con sus secuaces se habia unido á los arrianos para hacer la guerra al bando católico, aunque sin participar de los errores de aquellos: declaró que este perverso Obispo de Lycópolis era indigno de que se le perdonára, pues en tiempo de la persecucion habia sacrificado á los ídolos y affligido despues á la Iglesia de Dios formando un cisma, que ya por espacio de veinte y cuatro años desolaba el Egipto; y sin embargo los Padres de Nicea usaron con él de una admirable indulgencia, permitiéndole residir en su ciudad de Lycópolis con el título y los honores de Obispo, si bien le prohibieron el ejercicio de las funciones del episcopado. Los cismáticos, á quienes él habia

hecho diáconos, sacerdotes ú Obispos, hubieron de ser confirmados, imponiéndoles de nuevo manos mas santas. Con tan benigna dulzura se condujo el Concilio respecto de unos hombres merecedores de severos castigos; y esta su bondadosa lenidad, así como la que hemos observado en el Concilio Lateranense y el Pontífice San Melquiades con los Donatistas, nos persuade de que algo se equivocan los que juzgan y propalan que en los primeros siglos de la Iglesia era todo rigor para con los culpables. La Esposa de Jesucristo siempre ha olvidado las injurias inferidas por los que arrepentidos vuelvan á su seno, y los ha recibido con los brazos abiertos para estrecharlos en ellos como piadosa madre. Mas no consiente que prevalezca la obra de la iniquidad, y restaura, destruye, reforma, ó invalida, segun lo exige su sabiduría y prudencia, lo que se hizo indebidamente. Así en el presente caso dictó el Concilio las disposiciones oportunas para que su indulgencia con los cismáticos Melecianos no lastimára los derechos y prerogativas de los Obispos católicos, que se hallaban en la legitima posesion de sus sillas, y para que ni en lo mas mínimo se resintiera el buen orden gerárquico establecido en la Iglesia.

Cedió Melecio y con muchos de los suyos se sometió á los mandatos del Concilio; mas

á la hora de su muerte retoñó su pravedad, pues nombró un sucesor, prolongando con tan funesto cambio la desfallecida existencia de su alevoso cisma.

CAPÍTULO XIX.

SUMARIO.

Los Padres del Concilio Niceno. De algunos de los refractarios. Muerte de San Alejandro. Le sucede San Atanasio en el patriarcado de Alejandría. Embajadas enviadas á Constantino: celo de este Emperador y su munificencia en fundar Iglesias. Conversion de los Iberos. Id. de la India ulterior. Id. del judío José. Santa Elena en Jerusalem. Invencion de la Cruz. Edificacion de basílicas en los Santos Lugares. Virtudes y muerte de la Emperatriz Elena.

Cuando el Santo Concilio puso término á sus decisiones, nombró á varios de sus principales Obispos para publicarlas por la redondez del orbe. Lleno de júbilo Constantino porque coincidía el vigésimo año de su imperio con la feliz terminacion del Concilio, celebró el aniversario de su advenimiento al trono convidando á los Padres de Nicea á un espléndido banquete en su palacio, donde les dió las mas cordiales muestras de aprecio y veneracion: be-

saba las cicatrices de las heridas, que varios de ellos habian recibido en las pasadas persecuciones, y especialmente la cavidad del ojo extraido á San Pafnucio, creyendo que con tales ósculos santificaba sus labios.

Que este Concilio hubiese pedido y obtenido del Papa San Silvestre la aprobacion de cuanto en él se hizo, lo atestigua otro Concilio Romano del año 484 escribiendo al clero de Oriente que los 318 venerabilísimos Padres de Nicea, conforme á esta palabra del Salvador, *«tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,* solicitaron de la santa Iglesia Romana que confirmase y autorizase sus resoluciones. (Labbé, t. 4, coll. 1126.) Observa además Rhorbacher que los historiadores griegos Sócrates y Sozomeno enseñan que ya en aquel tiempo existia un canon eclesiástico, que prohibia el disponer cosa alguna sin el consentimiento del Obispo de Roma.

Pero no todos los que al fin suscribieron en Nicea al símbolo de fé se mostraron consecuentes consigo, ó mejor dicho, con esa firma arrancada por las circunstancias. Teognis de Nicea y Eusebio de Nicomédia se condujeron poco despues de tal modo que los depuso un Concilio, y el Emperador los desterró á las Galias. Eusebio de Cesarea dirigió á su Iglesia una carta, en que pretendia explicar sus diver-

sas evoluciones, y en la cual manifiesta un espíritu indignamente dedicado á la fanática adulación del Emperador Constantino. Los que prostituyen su conciencia, por lo regular yacen postrados á los piés de algun ídolo de carne, y en vez del cielo, que Dios promete á sus siervos, codician una mirada propicia de algun poderoso de la tierra, que en breve se esconderá en su tumba, reduciéndose á polvo. Eusebio de Cesarea empleó su pervertido ingenio en el servicio de sus bajas pasiones.

Muy diversas huellas dejó en el mundo de la historia el anciano San Alejandro, que poco despues de haber vencido á la heregía arriana subió al cielo el 17 de Abril del año 326. Sucedióle su ya célebre diácono Atanasio en el obispado de Alejandria. Su fé tan firme como viva, su entendimiento elevado, perspicaz y clarísimo, su prudencia consumada, la fama de su triunfadora dialéctica, su elocuencia y la grandeza de su alma, que el mundo entero conjurado en su contra no podria apartar de las sendas de la virtud, de la justicia y de la religion, hicieron que á pesar suyo concurriesen todos los sufragios de los buenos católicos á su exaltacion á la primera episcopal silla del Oriente.

Las prosperidades y señaladas victorias de Constantino sobre sus rivales los otros Empera-

dores romanos, sobre los Godos y los Sármatas y otras belicosas naciones humilladas por sus armas, dilataron la fama de su nombre, llevándola como en triunfo hasta entre los bárbaros, que habitaban en opuestos y distantes climas hácia el Oriente y el Mediodía. Enviáronle estos pueblos embajadores con regalos magníficos, solicitando su amistad y ofreciéndole su alianza. Hemos visto, dice el historiador Eusebio, las varias formas y los diversos trajes, que ostentaban los bárbaros en el imperial palacio, esperando ser recibidos á la audiencia que habian pedido. Ni se notaba menos diversidad que en sus vestiduras en el vario modo de componerse la barba y cabellera; eran sus miradas torvas y fieras, y colossal su estatura. Tenian unos purpurino el color de sus semblantes, otros blanco y otros bronceado. Veíanse entre ellos Blemos, Indianos y Etiopes. Cada cual de ellos ofrecia á Constantino lo que en su país era de mas precio y valia. Quién le presentaba coronas de oro, quién diademas de perlas, quién niños de blondísimos cabellos y de singular hermosura, quién vestiduras hechas segun la usanza de los bárbaros y tejidas de oró y flores, y quién caballos, ó escudos, ó lanzas, ó saetas. El cristiano Emperador recibia con gusto tales obsequios; pero en la suntuosa largueza, con que á ellos correspondia, aventaja-

jábase tanto á los reyes, que se los mandaban, cuanto les era superior en amplitud de imperio, en prepotencia y en grandeza de alma. Respondiendo á la que le envió Sapor, rey de los Persas, aprovechó Constantino la oportunidad para manifestar su celo en favor de la religion y de los adoradores del verdadero Dios, declarándose su protector aun fuera de los términos de su imperio. Como habia oido á los embajadores y al Obispo Juan, que concurrió al Concilio de Nicea por parte de la Persia, cuánto se habian multiplicado en esta nacion las iglesias, dice á Sapor, recomendándole los cristianos de su reino, que solo en la religion de Jesucristo se halla el verdadero cimiento de la felicidad de las naciones; le atribuye la paz y la gloria, de que gozan él y su imperio, y se extiende en los encomios y alabanzas del cristianismo, reconociendo sus ventajas maravillosas.

Pero en lo que especialmente brillaban el celo y la munificencia del religioso Emperador era en la construccion y dotacion magnífica de las mas célebres basílicas de Roma, á las cuales enriqueció sobremanera dándoles rentas y señorías de tierras y de casas hasta en las mas lejanas provincias. El palacio de su esposa la Emperatriz Fausta quedó convertido en la famosa Iglesia de San Juan de Letran, levantáronse los monumentales templos de San Pedro y

San Pablo, que son una personificación de la grandeza y brillantez del arte cristiano, y otras moradas del Dios vivo, á las cuales han ido á arrodillarse las generaciones de muchos siglos, admirando su esplendor y su magnificencia.

Convertianse al mismo tiempo innumerables paganos, convencidos unos de la vanidad de sus antiguas supersticiones condenadas por la misma razon, movidos otros por los milagros que presenciaban, ó por los sueños, con que el Señor los llamaba, edificados estos de los discursos y virtudes de los Obispos, de los monjes, y de cuantos fielmente observaban las máximas del Evangelio, y aquellos no queriendo ser menos que los que se veian honrados y distinguidos por la benevolencia y los favores del grande Constantino. Pueblos enteros y ciudades enteras corrian á abrazar la fé de Jesucristo, destruian los templos de los idolos y levantaban Iglesias. Todos los habitantes de Mayuma, como despertando repentinamente del profundo letargo de la idolatría, á la cual habian estado muy apegados, hiciéronse fervorosos cristianos, y el Emperador premió su piedad nueva elevando su poblacion á la categoría de ciudad y mudándole el nombre en el de Constanca. Tal ejemplo y tales galardones por parte del generoso Principe se reproducian con alguna frecuencia.

Parece que habia llegado la hora de las divinas misericordias: el Señor las derramó copiosísimas sobre la nacion de los Iberos situada entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, y cuya constante ocupacion era la guerra, y para mostrar la suma facilidad, con que vence cuando le place con lo mas débil lo mas fuerte y terrible, se valió en esta ocasion de una humilde cautiva. En una de sus escursiones y arremetidas á los confines del romano imperio se la habian llevado consigo aquellos bárbaros de feroz índole y de indomable carácter. Ella cual lirio entre espinas era la única alma cristiana, que cual estrella solitaria en noche oscura y tempestuosa resplandecia por su fé y sus admirables virtudes entre aquellos hijos de la guerra, que ignoraban hasta el nombre de nuestro divino Salvador. Su género de vida tan nuevo para ellos les causaba maravilla, y esta subió de punto cuando curó con sus oraciones á un tierno niño, para el cual ya no habia remedio humano. Su madre despues de haberle llevado inútilmente á otras muchas mujeres á fin de que se lo curáran, llegándose á la cautiva cristiana, cuyo nombre solo está escrito en el cielo en el libro de la vida, le suplicó lo mismo que á las otras; y ella le respondió: «No sé yo remedio alguno humano; pero Jesucristo, que es el Dios que adoro, puede curar á tu niño.» Y acto continuo

cogió la sierva de Dios al enfermito niño, tendióle sobre un cilicio, que le servia de lecho, hizo oracion por él, y á su madre se lo devolvió curado con repentino prodigio.

Cundió la noticia del milagro de la cautiva, y penetró en los oídos de la Reina, que padecía acerbísimos dolores, y se hallaba en un estado muy próximo á la desesperacion. Se apresuró á mandar que viniese aquella mujer cristiana obradora del portentoso; mas la cautiva se resistió conforme á los designios del Altísimo. En vista de su negativa resolvió la Reina ir en persona á pedirle su extraordinario auxilio, y la sierva de Dios la tendió sobre su cilicio, se puso en oracion y le restituyó la salud. Inmediatamente le declaró que era Jesucristo el Dios, á quien se la debia, el Dios que ella adoraba, el Dios único que á los Reyes da y quita las coronas, el poderío, los bienes y la vida, y que á él habia de recurrir en sus necesidades, implorando su omnipotente misericordia. Las palabras de la cautiva fueron tan eficaces que la Reina desde aquel instante no solo principió á adorar al eterno Rey de los Reyes, sino que se empeñó en persuadir á su marido que abrazára la misma fé. El Rey Baccurio, que tal era el nombre de su esposo, no anduvo diligente en seguir sus consejos, y fué preciso un nuevo prodigio para que correspon-

diera al llamamiento de Dios. Iba un día de caza, y una horrible tempestad dispersó de tal manera á toda su comitiva en el bosque, donde se hallaba, que se vió solo y en el mayor conflicto, sin saber qué senda tomaria ni á cuál lado volveria los ojos, ya que no podia valerse por sí mismo. En medio de esta su apretura de corazon se le vino á la memoria el Dios de la cautiva. Invocóle pues, prometiéndole que abandonaria todos sus dioses y á el solo adoraria, si le libraba de aquel conflicto. Apenas concibió el Rey esta idea cuando el horizonte se despejó rapidísimamente, y disipadas las nubes, y resplandeciendo con viva luz el dia, volvió Bacurio á su casa tan lleno de júbilo como mudado en el corazon. Participó á la Reina el singular favor, que acababa de recibir del cielo, hizo llamar á la cautiva para que le instruyera en nuestra divina religion, y como dócil niño aprendió sus lecciones. Luego hecho apóstol y maestro de su pueblo, instruía á los hombres en lo mismo que le habia enseñado la humilde cautiva mientras su esposa la Reina hacia lo propio con las mujeres. En seguida se edificó una Iglesia al verdadero Dios segun la traza y norma que dió la mujer cristiana, y por consejo de la misma se envió una embajada al Emperador Constantino pidiéndole ministros de su religion, que

confirmáran en ella á los Iberos ya convertidos.

Meropio, filósofo de la ciudad de Tiro, hizo un viaje científico á la India ulterior, llevándose consigo dos sobrinitos, á quienes educaba, y cuyos nombres eran Edesio y Frumencio. El filósofo fué degollado á bordo de la nave, en que iba, en circunstancias en que los dos niños, habiendo saltado á tierra, se hallaban estudiando sus lecciones bajo la sombra de un árbol hospitalario. Los bárbaros del país, que acababan de dar trágico fin á la vida de su maestro y pariente, se apiadaron de ellos, porque el hechizo de la inocencia, compañero de la niñez, suele ablandar los corazones mas fieros, y los llevaron á su Rey. Su tierna edad ó su belleza los hizo amables á los ojos de aquel príncipe, que les cobró cariño, y mandó que los educáran con el mayor esmero. Luego que hubieron llegado á ser útiles para el desempeño de cargos públicos, el Monarca dió á Frumencio el de administrador del erario ó tesorero general, y á Edesio el de copero suyo. Ambos cumplian sus obligaciones á satisfaccion de su bienhechor cuando este murió, dejando á su esposa la gobernacion del reino y la tutela de sus hijos menores. La Reina se asoció para gobernar con mas acierto á sus acreditados favoritos Edesio y Frumencio. Puestos ambos hermanos en la cumbre del poder, se propusieron

hacer dichoso aquel pueblo por medio de la cristiana religion, que ellos profesaban, y á fin de conseguirlo buscaron entre los comerciantes extranjeros adoradores del verdadero Dios, que aleccionáran á los bárbaros en los principios y máximas del cristianismo. Llegó el heredero de la corona á la edad competente para empuñar el cetro, y á pesar de sus instancias por retenerlos consigo como sábios ministros, Edesio y Frumencio se despidieron para volver á su patria. Edesio se fijó en ella, y siendo sacerdote en Tiro, refirió al historiador Rufino lo que antecede y lo que sigue acerca de su hermano. Este se dirigió á Alejandría á pedir al Metropolitano San Atanasio que enviára un Obispo á cultivar la viña de Jesucristo en aquel bárbaro y remoto país, adonde la Providencia le habia llevado á plantarla. Juzgó el Santo que nadie era mas á propósito que el mismo Frumencio, á quien Dios habia elegido para tan grande obra, le consagró de Obispo, y le envió á la India ulterior, cuyo apóstol y padre en la fé fué desde entonces y con mas propiedad y nuevo celo el esclarecido é inmortal Frumencio.

Varios autores de los tiempos modernos escribieron que tales cosas habian pasado en la Etiopia; pero Rhorbacher en el tomo sexto de su Historia universal de la Iglesia católica prue-

ba con razones claras que el haber sido otro, San Frumencio apóstol de la Etiopia los indujo á equivocarse, y que no debia haberse buscado una interpretacion innecesaria á las palabras *India ulterior*, que los antiguos dejaron consignadas con toda propiedad.

Si tan ostensible es la accion de la divina Providencia en las referidas conversiones de pueblos bárbaros, aun se mostró mas asombrosa la misericordia del Altísimo en la del endurecido judío José. Baste decir que hasta cuatro veces se le apareció en sueños nuestro adorable Salvador, mandándole que abrazára el cristianismo, le curó, y llegó su inefabilísima bondad al extremo de otorgarle la gracia de obrar algun prodigio con su virtud omnipotente á fin de que se convenciera de que era el mismo Dios quien le hablaba en sus apariciones. Hizolo José en efecto, y aun persistió en su empedernida obstinacion, patentizando una vez mas con ella que las gracias extraordinarias no se dan solo á los Santos, y que si estos gozan por lo comun de la abundancia de los regalos divinos, tambien hace prodigios el soberano Amador de las almas para la conversion de los pecadores, de los hereges é infieles. Prueba fué esta del libre albedrío del hombre, que así resiste aun á los extraordinarios esfuerzos de la gracia, é igualmente fué magnífica prueba de que al fin

se cumple el amoroso decreto de la sublime predestinacion, conciliándose la humana libertad con la triunfadora omnipotencia de Dios. Sus recursos para mover el corazon de la criatura son infinitos, como lo es su misericordia. Brilló sobre este personaje de la Sinagoga, rindiéndole al cabo por medio de las tribulaciones, que le abrieron los ojos del alma, que habia cerrado á la luz de los mismos portentos. Perseguido por sus ciegos correligionarios halló José en nuestra consoladora religion un bálsamo de vida para sus dolores é infortunios. Fué á la corte de Constantino, quien le hizo conde, y le amó y le favoreció viendo la sinceridad de su conversion, y oyéndole contar las maravillas, que por lograrla habia hecho el Padre de las misericordias. Dijole que le pidiese cuanto quisiera; y él solamente le suplicó que le facultára para edificar templos al verdadero Dios en aquellos lugares de la Palestina donde hasta entonces no los hubo; ni podia haber solicitado una gracia, que mas conforme fuese á la piedad del Emperador, quien le dió ámplias facultades y cartas de recomendacion y todo género de auxilios para que consiguiese su laudable intento. José tuvo que luchar con las animadversiones de los judios conjurados en su daño, los cuales estaban enseñoreados de los sitios, en que él se proponia construir Iglesias cristianas,

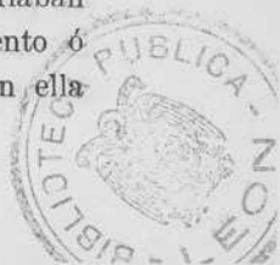
y para sobreponerse á sus malévolas asechanzas fué preciso que el Todopoderoso se mostrase de su parte, concediéndole el obrar un admirable prodigio.

Por aquel mismo tiempo para derrocar los templos de los ídolos en la Palestina y levantar en ellos magníficas iglesias se valió el Señor de la fervorosa piedad de las dos Emperatrices viudas, la una del perseguidor Maximiano Hercúleo, y la otra de Constancio Cloro, esta madre y suegra aquella del grande Constantino. Ambas, y cada cual por su lado, habian ido en peregrinacion á la Tierra Santa. Eutropia se horrorizó viendo las profanaciones impías, que mancillaban el sitio memorable, en que se aparecieron á Abraham los tres Ángeles; escribió á su yerno á fin de que hiciera desaparecer aquella escandalosa abominacion; y al punto el Emperador dió orden de que allí se construyera para el culto del verdadero Dios una suntuosa basílica. Su madre Santa Elena con el poderoso auxilio de su imperial opulencia derribó el templo de Venus, que habian edificado los paganos sobre el sepulcro del Salvador para ocultarlo y profanarlo, lo descubrió haciendo profundas escavaciones, y tuvo el inefable consuelo de hallar la cruz, en que el divino Redentor murió salvando al humano linaje. Mas se encontraron juntas las otras dos

cruces, que sirvieron de patíbulo á los dos ladrones, y no habia medio de averiguar humanamente cuál de las tres era el árbol de vida, á cuya sombra junto con los raudales de su sangre salió la Iglesia del costado del Hombre-Dios como la hermosa Eva del de Adán, que aun dormia el sueño de la inocencia. En esta angustiosa perplejidad, sin duda inspirado de lo alto el santo Obispo de Jerusalem Macario dispuso que se trajera á una matrona gravemente enferma, confiando en que habia de curarla el contacto de la cruz, que hubiese sido la de nuestra adorable Víctima. Sucesivamente y en vano le fueron aplicando las cruces, en que murieron los dos ladrones, y al tocarle la tercera se vió la enferma del todo libre de su mal antiguo, sana y vigorosa. Este prodigio hizo subir de punto la confianza del santo Obispo, el cual apeló á otra prueba seguro de su feliz éxito. Era llevado al sepulcro acompañado de muchedumbre de pueblo un cadáver, cuya resurreccion solo se esperaba en el término de los siglos; pero Macario detuvo la comitiva fúnebre, le hizo sacar del féretro y tocarle con las dos primeras cruces. La muerte despreció los patíbulos de los ladrones; mas se dió por vencida al contacto de la vivificante cruz del Redentor, huyó, y el difunto con universal asombro se levantó vivo y empezó á hablar y

andar. Hecho el venturoso reconocimiento de la salvadora cruz por medio de estos prodigios, la adoraron la Emperatriz Elena, San Macario y los muchos cristianos que se hallaban presentes. Descubriéronse tambien los clavos, que traspasaron los pies y manos divinas del Redentor, y el título, que por orden de Pilatos se habia fijado en la misma cruz, el cual escrito en caracteres latinos, griegos y hebraicos decia así: *Jesús Nazareno Rey de los judíos*.

La peregrinacion de Santa Elena dejó insignes monumentos de su piedad en las celeberrimas iglesias erigidas sobre los lugares, en que el Señor Rey de Reyes nació pobre, fué enterado y resucitó glorioso, y donde subió á los cielos á vista de la muchedumbre de sus discípulos y de su Madre Santísima. Para todas estas empresas disponia la piadosa Elena de los tesoros de su Hijo, que se los franqueaba para que por doquiera fuese remediando todo género de necesidades y empleándolos en la gloria y enaltecimiento de la verdadera religion. El mismo la habia convertido á ella, y desde el instante que la abrazó fué la respetable Princesa, que llevaba el título de augusta y de Emperatriz, como una inexhausta fuente de incesantes beneficios para cuantos se hallaban menesterosos de su auxilio, de su valimiento ó de sus larguezas caritativas. Diríase que en ella



se veía sobre la tierra una imágen de lo que hace en el cielo con sus innumerables hijos la divina Madre distribuidora de las inmortales riquezas del Hacedor del universo. Era ya octogenaria cuando volvió de Jerusalem á Roma, donde murió en brazos de Constantino y de sus nietos ya revestidos de la dignidad de Césares.

CAPÍTULO XX.

SUMARIO.

Fundacion de Constantinopla. Vuelve Arrio á la gracia del Emperador: tramas de los Eusebianos. Conciliábulo de Antioquía: conjuracion contra San Eustasio. Id. contra San Atanasio. Conciliábulo de Tiro: calumnias y violencias: suceso de Arsenio y su historia. San Atanasio en Constantinopla. Triunfo de Arrio en el conciliábulo de Jerusalem. San Atanasio desterrado á Tréveris.

Entre las grandes obras de Constantino fué una de las mas señaladas la transferencia de la silla del imperio á otra nueva ciudad, á la cual como fundador dió su propio nombre, engrandeciéndola con régia magnificencia y llenándola de privilegios á fin de hacerla digna émula de la antigua Roma, ó de excederla, si cabe, en magestad y belleza. Dicen que le movió á este

agigantado proyecto el verse mirado con malos ojos por los paganos, que todavía quedaban en la ciudad eterna. Se añade que fué propósito suyo que dominára el universo otra capital, donde no se vieran vestigios de la vencida idolatría, no habiendo templos ni altares para falsas divinidades, sino ricas y grandiosas iglesias, en que fuese adorado el único Dios verdadero. Como señor de casi toda la tierra conocida hasta entonces buscó en sus inmensos ámbitos la situacion mas ventajosa para colocar en ella á la futura reina de las naciones, y prefirió á Bizancio para elevarla á colosal grandeza con la nueva y sonora denominacion de Constantinopla. Efectivamente se eligió para la dominadora capital un punto no solo de hermosa perspectiva, sino tambien de un clima saludable y templado. Parecia levantarse sobre el Bósforo entre el Asia y la Europa, como para que ambos continentes obedecieran la expresion de sus miradas arrodillados ante su excelso trono. El poderío supremo y la acumulacion de las riquezas del universo lo quisieron así, y á este fin conspiraron. Mas no subsisten las grandezas de la mano del hombre. Tiempo há que la decrepita Constantinopla solo merece conmiseracion por haber caido bajo la degradante y opresora tiranía de los Sultanes. Su cultura, su gloria, su poder, su civilizacion se eclipsaron con los

negros vapores del cisma y de la herejía, y por último se disiparon cual humo. Y en tanto aquella otra ciudad abandonada por los Césares, arruinada por las arremetidas de las hordas septentrionales y regida por el débil cayado de un anciano Pastor de los pastores, que no ha nacido rey, ni tiene poderosos ejércitos, al través de los siglos vive y conserva su magestad y lozanía, y domina sobre el espíritu del orbe cristiano, porque allá en edad remota un pobre pescador ignorante, escogido por Jesucristo para cabeza de su Iglesia, vino á fijar en ella la cátedra de su perseguida religion sin mas milicia que su buena voluntad y la luz del Espíritu Santo, y sin mas armas que la cruz del Salvador.

Constantino, que tenia corazon para todo género de extraordinarias empresas, mostraba en sí esa deplorable mezcla de grandeza y de pequeñez, incomprendible á los ojos de la filosofía, si para explicarla no se vale de la doctrina enseñada por la Iglesia acerca del pecado original y de sus consecuencias anubladoras de la razon del hombre y debilitadoras de su energía para el bien y de la rectitud de su movidiza voluntad. Así Constantino, que sabia vencer belicosas naciones, vino á ser el juguete de los arrianos, los cuales volvieron á introducirse con él y á engañarle por medio de su herma-

na Constancia, quien al morir le recomendó á un clérigo arriano pintádoselo cual modelo de piedad eminente. Mas no era siervo de Dios, sino de su infernal enemigo; é insinuó en el ánimo del Emperador, que ya habia conquistado dolosamente, que Arrio estaba pronto á mostrar su conformidad con las doctrinas del Concilio Niceno. Cayó en el lazo el voluble príncipe, le llamó del destierro, le admitió á su presencia, le mandó que le pusiera por escrito su profesion de fé, la aprobó sin ser teólogo, aunque contenia la heregia en lo relativo al divino Verbo. Y ved aquí la infausta ligereza, con que juzga de cuestiones dogmáticas sin advertirlo el mismo que tantas veces habia declarado su incompetencia en semejantes materias; hé aquí el brazo seglar de la Iglesia usurpando las atribuciones de la Cabeza; hé aquí el guerrero encargado por la divina Providencia del mantenimiento del órden, improvisando una desautorizada aprobacion de un escrito dogmático y restituyendo á su gracia á un heresiarca condenado por un Concilio Ecu-ménico. ¡Cuántos males ha causado á la humanidad entera la irreflexion de un poderoso!

Despues de este paso, fácil era preveer lo que de él habia de seguirse. Eusebio de Nicomédia y Teognis de Nicea vuelven de su destierro, valiéndose de artificiosas declaraciones

acerca de su mentida conformidad con lo definido por el Concilio; Constantino los acoje con su torpe é indiscreta bondad: abusan de sus condescendencias, le alucinan de nuevo, se ponen en movimiento, y con el pretexto de ir á los Santos Lugares de Jerusalem á admirar los templos, que en ellos se construyen, reclutan partidarios, y á su regreso celebran en Antioquía con otros Obispos de su faccion, entre los cuales se distingue el otro Eusebio Cesariense, un conciliábulo, cuyo objeto es deponer al santo Obispo Eustasio. Á este fin entra en él una infame prostituta, clamando que el niño, que lleva en brazos, lo ha tenido de Eustasio. En vano el santo Obispo de Antioquía pide que se presente algun testigo; ella dice que no lo hay; pero los conjurados Obispos Arrianos se desentienden de San Pablo y de su prohibicion de que se dé oidos á una acusacion contra un sacerdote si dos ó tres testigos no afirman el delito, y desprecian y atropellan á la minoría de Obispos católicos, que ignorando el complot, asisten al conciliábulo y se oponen vigorosamente á la inícuca sentencia. Pero el Altísimo se encarga de justificar la inocencia de su siervo: una larga y dolorosa enfermedad hace que aquella vil mujercilla declare á muchos Obispos que cuanto habia atestiguado contra el de Antioquía es impostura, y que le ha calumniado

á precio de oro, es decir, pagándole los arrianos sus horribles mentiras. Los ciudadanos de Antioquía toman parte en la contienda de la deposicion de su Obispo Eustasio, reina el tumulto, huye la paz, y ahulla el génio del mal. Para que el órden se restablezca es preciso que el Emperador emplee su esfuerzo y poderío: le persuaden los Arrianos que toda la culpa es de Eustasio, y Constantino le destierra junto con muchos de sus diáconos y sacerdotes; y son tambien desterrados los santos Obispos Asclepias de Gaza y Eutropio de Andrinópolis.

Varios Obispos arrianos ocuparon sucesivamente la Sede Antioquena; mas el pueblo fiel, que conservaba las creencias ortodoxas, no comunicaba con ellos, celebrando en distinto lugar sus santas asambleas, y no olvidándose de los consejos de San Eustasio, el cual murió en su destierro.

Con semejantes triunfos creian los Arrianos que en breve tendrian en el Oriente el campo todo por suyo, si lograban derribar á Atanasio. Valiéronse para conseguirlo de los abominables recursos de la intriga y de la mas desvergonzada impostura: sugirieron al Emperador que le escribiese, mandándole recibir á Arrio en su Iglesia de Alejandría: hizolo el fascinado Constantino en términos fuertes y conminativos; empero el invencible Atanasio rehusó obedecerle

en lo que no debía. Frustrada su primer tentativa, los Arrianos en union con los Melecianos se propusieron por medio de calumnias diversas y repetidas concitar contra el denodado Obispo de Alejandría la animadversion y las iras de aquel Señor del mundo. Y no obstante la pertinacia y gravedad de las acusaciones, parece que la divina Providencia se empeñó en que la inocencia de Atanasio resplandeciese pura á los ojos del mismo Constantino, y que este la confesára con su habitual franqueza.

Otro consuelo tuvo por entonces el afligido corazon del Santo, y fué ver que dejando su montaña solitaria, venia en auxilio de la fé el grande Antonio, cuya fama de santidad se extendia por todo el Egipto. La confirmó el Altísimo haciendo que obrára en Alejandría innumerables milagros, curando repentinamente á los enfermos y librando del enemigo infernal á los obsesos y poseidos; milagros, que vistos por los paganos produjeron en ellos una especie de afan por convertirse al cristianismo, de modo que en pocos dias lo abrazaron mas gentiles que en un año entero lo hubiesen hecho segun el ordinario curso de las cosas. Con tales frutos volvió Antonio á su montaña cual á su propia casa lleno de religioso júbilo.

Entretanto seguian los Arrianos y Melecianos la trama de sus maquinaciones contra San Ata-

nasio. Á pesar de que los hechos hablaron en su favor, desmintiendo las imposturas, cedió Constantino á las instigaciones de aquellos, y mandó que para juzgar al supuesto reo se reuniera un Concilio en Cesarea de Palestina. Como el arriano Eusebio era Obispo de esta ciudad y presidiría la asamblea ya destinada á condenarle, el Santo Metropolitano de Alejandría rehusó asistir á una junta, en que sus jueces habian de ser sus acusadores y acérrimos enemigos. Su negativa inutilizó los esfuerzos de sus contrarios para oprimirle en Cesarea; pero al mismo tiempo irritó al Emperador, previniendo su ánimo contra él; así es que algun tiempo despues ordenó á instancias de los Eusebianos que se reuniera el proyectado Concilio en la ciudad de Tiro, creyendo ilusoriamente que conforme se lo aseguraban sus falaces consejeros, allí se habia de restituir la paz á la conturbada Iglesia. Y esta vez ya no le pareció bien á Atanasio el dejar de concurrir á Tiro para que su ausencia no se atribuyese á falta de pruebas justificativas de su inocencia, y no tuvieran sus enemigos un pretexto especioso para malquistarle mas y mas con el príncipe; y fué con cuarenta y nueve Obispos egipcios, entre los cuales figuraban San Potamon y San Pafnucio. Pero ya estaban congregados sesenta Obispos, que presididos por Flacilo de Antioquía habian de componer una

mayoría cismático-herética formada de Arrianos y Melecianos: tenían además por suyas estas sectarios las autoridades seculares, que protegerían sus intentos á viva fuerza en caso necesario, pues su malicia todo lo dispuso de antemano muy concertadamente con el favor que gozaban en el imperial palacio. El conde Flavio Dionisio encargado de conservar el orden era de ellos. No vieron en Atanasio al venerable Patriarca de Alejandría sino á un reo, que comparecía ante sus jueces, y así al presentarse en el conciliábulo le ordenaron que permaneciera de pié. Semejante desafuero arrancó lágrimas á San Potamon, que dirigiéndose en alta voz á Eusebio de Cesarea, exclamó: «¿Tú, Eusebio, estás sentado para juzgar á Atanasio, que es inocente? ¿Y es posible sufrirlo? ¿No estuviste preso conmigo en tiempo de la persecucion? Yo perdí en ella un ojo, y tú estás sano y entero. ¿Cómo pues saliste de la prision sin manchar tu conciencia?» Á tan terrible pregunta se abstuvo Eusebio de responder categóricamente, y lo que hizo fué levantarse y salirse de la asamblea, murmurando en contra de los católicos.

Seria demasiado prolijo referir todas las injusticias y violencias, que se hicieron á Atanasio en este conciliábulo: bastará indicar que tenían reservada sus implacables adversarios para

ponerla toda en juego la aglomeracion de las calumnias, que por años enteros habian venido urdiendo, y que la soltaron como un torrente furioso y desbordado para anegar la campiña. roto ya el dique que represaba su ímpetu. Mas no es posible pasar por alto lo sucedido en la acusacion relativa á un Obispo meleciano llamado Arsenio, del cual decian los Arrianos que Atanasio le habia hecho dar la muerte, añadiendo que conservaba una mano de aquel difunto para servirse de ella en operaciones mágicas. Sacaron pues á plaza este enorme delito, y como prueba auténtica abrieron una caja de madera, en que se hallaba una mano de hombre disecada. El inocente acusado todo lo tenia previsto y dispuesta su defensa de una manera tan persuasiva como graciosa. Sin alterarse preguntó si alguno de los presentes conocia al difunto Arsenio: varios afirmaron que le conocian; y no bien lo habian asegurado, cuando de improviso entró vivo y sano en la asamblea aquel mismo Arsenio, de cuya muerte se echaba la culpa al esclarecido Patriarca de Alejandria, el cual en medio de la universal sorpresa y maravilla, que produjo la inesperada aparicion de Arsenio, para mostrar que no le faltaba ninguna de las manos, levantóle el manteo por el lado derecho, y todos vieron la derecha mano de Arsenio en su debido lugar, y luego alzán-

doselo por la parte opuesta, descubrió su mano izquierda, y dijo: he aquí á Arsenio con ambas manos. Dios no nos ha dado mas que dos: á mis acusadores toca designar el sitio, en que se le haya de poner esa tercera mano. Exclamaron los Arrianos que Atanasio era un mago, que con sus prestigios engañaba los ojos. Todo fué tumulto y confusion, porque á la evidencia de los hechos se sobreponia el furor de los hereges, que arremetieron con San Atanasio, y le hubieran hecho pedazos si el conde Arquelao y los demás oficiales del Emperador no hubiesen acudido á sacarle de entre sus garras. Ni hubo otro medio de ponerle en salvo sino el hacerle salir á la noche siguiente en una nave. Tal fué en Tiro la conducta de los Eusebios y de sus partidarios.

En cuanto al aparecido Arsenio, no estuvo siempre de parte del Santo Metropolitano de Alejandría: antes bien, el haber huido de su diócesis como culpable de enormes delitos fué lo que dió márgen á la calumniosa suposicion de su muerte, y él á precio de oro se convino con los Arrianos en permanecer oculto durante toda su vida para que no fracasára la infernal trama. Mas descubierto su escondite por un diácono del Santo, y viéndose perdido, imploró su clemencia, y le sirvió del modo que se acaba de ver en la extraordinaria escena de este con-

ciliábulo. Ni fueron duraderas sus buenas disposiciones, porque tan luego como presenció el horrible atropello del católico Patriarca, volvió á las filas de sus encarnizados enemigos. Sin el embarazo de las defensas, que de su causa pudiera San Atanasio haber seguido haciendo, le condenaron ausente y le depusieron del Obispado de Alejandría. Hubieran continuado por estas sendas de iniquidad á no mandarles Constantino que se trasladáran á Jerusalem para asistir á la dedicacion de la Iglesia del Santo Sepulcro.

Allí prosiguieron los Eusebianos el camino emprendido, reuniéndose en otro conciliábulo, en el cual se les cumplieron sus deseos de tender francamente una mano propicia al anatematizado Arrio y á todos sus sectarios. Presentóse el heresiarca entre los suyos con una carta del Emperador, en la cual les decia que si le juzgaban inocente ó arrepentido, le admitiesen á la comunión de la Iglesia, en vista de su nueva profesion de fé, pues él no se atrevia á tanto. Ya se deja entender cuán completo seria el triunfo de Arrio y de cuantos por su heregia se veian marcados con el sello de la reprobacion. Pero no era posible que todos aquellos Obispos se declaráran contra la Esposa de Jesucristo: habia entre ellos algunos invictos defensores de la verdad y de la justicia, distinguiéndose sobremanera el ilustre Marcelo de Ancira,

Metropolitano de la Galacia, que por su valerosa constancia en la fé el blanco fué del ódio y de las persecuciones de los hereges.

En tanto San Atanasio se presentaba en Constantinopla al Emperador, pidiéndole justicia al exponerle las violencias, que con él se habian cometido; pero Constantino tenia el ánimo mal dispuesto por el erróneo principio de que le acababa de condenar un concilio, es decir, la tumultuosa junta de los Eusebianos, y así apenas pudo reprimir su impaciencia por despedirle airado. Llamó á los malos Obispos, que se hallaban reunidos en Jerusalem para que en su presencia, segun se lo suplicaba el Santo, se revisára el injusto proceso que le habian formado. Recibida la órden de trasladarse á Constantinopla, creyeron los dos Eusebios que si todos iban, no faltarian algunos Prelados de menos constancia en la perversidad, que informasen al Emperador de lo sucedido en Tiro, y para evitarlo se manejaron de modo que concurren á Constantinopla solo con algunos pocos de su faccion. Allí, sin dar lugar á la defensa, levantaron otra nueva calumnia al santísimo Atanasio, y repitiendo al mismo tiempo las antiguas, consiguieron que el Emperador le desterrára á Tréveris, que era entonces la capital de las Galias. Mandaba en ellas con el título de César, el jóven Constantino que hizo

la mas favorable acogida al incomparable defensor de la verdadera fé, á quien la ciega volubilidad de su padre enviaba desterrado; ni fué menor consuelo para la ilustre Víctima la santidad de Maximino, Obispo de aquella capital, que resplandecia por sus milagros, pues halló en él un digno y generoso amigo.

CAPÍTULO XXI.

SUMARIO.

Muerte funesta de Arrio. Sucede San Pablo á San Alejandro en el Obispado de Constantinopla. Constantino cadáver. Division de su imperio entre sus hijos. Arrianismo de Constancio. Apelan al Papa San Julio los Arrianos y los Católicos. Violenta persecucion de estos en el Egipto por Gregorio de Capadocia. Intruso Obispo de Alejandría. Trágico fin de Balacio. San Atanasio en Roma: providencias y cartas del Papa San Julio.

Dios, que no se olvida de sostener su santa causa, hizo que en Alejandría quedára humillado el atrevimiento de Arrio, porque empeñándose en ser admitido á la comunión de aquella Iglesia, los católicos se horrorizaron, se levantó un ruidoso tumulto, y el heresiarca vió estrellarse su designio sacrílego en la firmeza del pueblo fiel. De allí, puesto de acuer-

do con los Eusebianos, que dominaban al Emperador, pasó á Constantinopla, y habiendo jurado en falso ante el iluso príncipe que su fé era la de Nicea, á pesar de la resistencia de San Alejandro, Obispo de aquella nueva capital, estaba ya señalado el dia en que habian de llevarle á la Iglesia sus partidarios audaces, los cuales con todo su poder, sus amenazas, su valimiento, su osadía y sus iras no consiguieron doblegar el impertérrito ánimo de Alejandro, que la grave carga de los años no abrumba al que vive por la energia del espíritu recibida de lo alto en la union íntima con Dios. Estaba allí otro siervo del Altísimo, Santiago de Nísibe, que acudió á la defensa de la Iglesia con sus eficaces oraciones y con el consejo de que los fieles implorasen la clemencia del Señor por siete dias consecutivos ayudando y orando. Así se hizo. En la Iglesia de la paz se veia al nonagenario San Alejandro postrado al pié del ara santa, levantadas las manos al cielo, los ojos arrasados en lágrimas, é hirviéndole el pecho acongojado en suspiros y en sollozos frecuentes. Con tales armas venció á Arrio. Los poderosos secuaces de este herejiarca le llevaban como en triunfo por las calles de Constantinopla con altanera comitiva la víspera del dia, en que habian de entrarle á la Iglesia; y él iba pavoneándose lleno de re-

gocijo y pronunciando jactanciosos discursos; pero de pronto se apoderó de su alma un quebranto sobrenatural, palideció, y sintiendo en el vientre una horrorosa revolucion, se apartó de su acompañamiento para meterse corriendo en una letrina pública. Pasado algun rato, viendo que no volvía, entraron en cuidado los que formaban su cortejo y celebraban su victoria, y algunos de ellos se dirigieron al mencionado sitio, penetraron en él sobresaltados porque Arrio no salía, y le hallaron cadáver. Habia espirado arrojando las entrañas. No hay para qué decir que este acontecimiento espantoso produjo consternacion en los hereges, horror en todos los habitantes de Constantinopla, y admiracion y reconocimiento de la venganza y de la justicia divina en los católicos, cuyos corazones se ensancharon con tan oportuna y milagrosa liberacion del inminente mal, que tantas lágrimas les habia ya arrancado. La muerte de Arrio convirtió á muchos; pero los Eusebianos habian dado grandes pasos en la senda de la heregía para que de repente retrocediesen todos; se obstinaron los principales en el error y en la maldad, y siguieron embaucando al desavisado Constantino.

Aquel mismo año pasó á mejor vida el Obispo San Alejandro. Sucedióle San Pablo en la Sede Constantinopolitana, y no tardó en ser

desterrado por el Emperador á instancias de sus favoritos Eusebianos. Cual acontece á todos los hombres, llegó por fin á Constantino el término de todas las injusticias, de todas las grandezas admiradas, del dominio del mundo y del hilo de la vida. Trajéronle cadáver á la ciudad, que habia levantado sobre las otras del universo para inmortalizar su nombre. Viajó inmóvil dentro de una caja de oro, ceñida la cabeza con diadema brillante y cubierto de riquísima púrpura, que con su vívido color y sus fulgores formaban elocuentísimo contraste con la palidez de sus manos yertas, que fueron poderosas, y de su semblante mudo y helado. Pusieronle en uno de los soberbios salones del palacio constantinopolitano sobre un magnífico lecho, que se elevaba á grande altura. Ardian noche y dia en su derredor sobre candelabros de oro lúgubres blandones, que son la melancólica guardia de los difuntos, y todos los dias entraban á rendirle y presentarle sus homenajes los senadores y demás dignatarios del imperio con el corazon penetrado y lleno del poderío y de la sombría y aterradora magestañ de la muerte. ¿Mas qué aprovecha al hombre haber conquistado el mundo entero si pierde su alma? ¿Qué le aprovechan las glorias y los placeres, que junto con su vida se hunden en la tumba? ¿Y de qué le hubiera servido al

grande Constantino haber visto arrodilladas á sus piés á todas las naciones, y que en su muerte se vistiera de luto el ámbito de la tierra, si despues de tantas honras hubiese su alma descendido á un calabozo de inmortal infortunio? Pero la divina Providencia, que le habia escogido para dar la paz y el triunfo á la Iglesia y para poner la cruz salida de las catacumbas sobre la corona de los Césares, dispuso que á los siglos venideros quedáran expresivos testimonios de la salvacion de aquella alma, sobre la cual habia tenido designios tan admirables. Constantino, que abrazó la religion cristiana con suma sinceridad, no habia pasado del grado de los catecúmenos, aunque en sus palabras y escritos mostraba los sentimientos mas vivos de una piedad acendrada, por manera que leyéndolos atentamente cuesta sumo trabajo persuadirse de que todavía no hubiese recibido las regeneradoras aguas del bautismo. Así no hay para qué maravillarse de que en algun tiempo se hubiera creido que se lo administró el Sumo Pontífice San Silvestre bastantes años antes del fin de su carrera; pero ha prevalecido la opinion contraria como apoyada en la autoridad de los Santos Gerónimo y Ambrosio. Cuenta pues el historiador Eusebio que hallándose en la ciudad de Helenópolis, y sintiéndose próximo á entrar en la eternidad,

oró por largo tiempo en la Iglesia del mártir San Luciano, y con las rodillas clavadas en el suelo hizo una humilde confesion de sus culpas, y luego con todas las solemnes ceremonias de la Iglesia recibió en su imperial residencia del Aquirion cerca de Nicomédia el bautismo, por el cual, dijo, que hacia muchos años que suspiraba. Sea cual fuere el motivo de su extraña tardanza en acercarse á la fuente de nuestra regeneracion, es indudable que semejante dilacion le fué utilísima en cuanto, reservado para las postrimerías de su existencia este salutífero sacramento, borrando todas las manchas de su vida, le abrió las celestiales puertas de la gloria.

Efecto de la proximidad de la muerte y de la gracia del santo bautismo fué la orden expedida por Constantino cuando, dejada ya la púrpura para morir, se habia puesto las blancas vestiduras de los neófitos: mandaba en ella que San Atanasio y los demás Obispos desterrados volvieran á sus sillas. Y bien pudiera decirse que este hermoso triunfo de Atanasio y de los demás católicos Prelados fué momentáneo, porque el arrianismo imperó en el Oriente con el imbecil Constancio, á quien cupo en suerte y heredamiento en el reparto, que de su imperio habia hecho el difunto señor del mundo entre sus tres hijos. Tocó al mayor, que era Constantino, la

parte en que habia dominado su abuelo Constancio Cloro, á saber, la Gran Bretaña, las Galias y la España, y al tercero, que se llamaba Constante, correspondieron el África y la Italia. Estos dos príncipes jamás dejaron de ser católicos, y con su gobierno hubieran hecho felices los pueblos si una lamentable excision no los hubiera empeñado en guerra fratricida. Murió en ella Constantino, y se vieron desvanecidas muy bellas esperanzas. Quedó el imperio á merced de Constante y Constancio. Habia sido este último el que de manos del clérigo arriano recomendado por Constancia al finado Emperador habia recibido el testamento de su padre, y con este motivo desde un principio como una serpiente se le enroscó aquel oculto y sagaz enemigo del divino Verbo. Infectó su veneno á la jóven Emperatriz, y se emponzoñó con él un Eusebio, que en el imperial palacio ocupaba el primer puesto y tenia un absoluto dominio sobre el corazon del príncipe. Por medio de este hombre cruel, avaro y sobremanera injusto imponian los Arrianos su voluntad despótica á Constancio, bajo cuya sombra y proteccion desterraron de nuevo á San Pablo, que habia vuelto á ocupar su silla de Constantinopla, y se colocó en ella usurpándola el intrigante Eusebio de Nicomédia. El principal objeto de las iras de la poderosa faccion herética era San Atanasio,

y á él se dirigieron los tiros mas violentos: sus enemigos conspiraron contra él en toda la redondez del orbe, haciendo circular sus calumnias en cartas escritas á los Emperadores, á los Obispos y al mismo Sumo Pontífice San Julio, que habia sucedido á San Marcos, el cual fué á su vez sucesor de San Silvestre. Ante el Papa Julio al Metropolitano de Alejandria estaban acusando los emisarios de los Eusebianos, cuando llegaron á confundirlos y á justificarle plenamente con fehacientes documentos los enviados del Concilio Alejandrino compuesto de cerca de cien Obispos del Egipto, de la Tebaida y de la Libia y reunido por aquel su perseguido Metropolitano. Los fogosos Arrianos se juntaron en Antioquia, y en su conciliábulo depusieron á Atanasio, y formaron cuatro distintas profesiones de fé, variando segun costumbre de los que no la tienen segura, ó quieren encubrir la acreditada de errónea.

Bajo la dominacion de Constancio ya era posible y fácil poner Obispos arrianos en Alejandria, ó por lo menos introducir el cisma á mano armada; así fué que á Pisto, primer Patriarca de la secta enviado para aquel efecto, hicieron que sucediese Gregorio de Capadocia, el cual auxiliado por el Prefecto y sus tropas fué tomando á viva fuerza las iglesias como quien asalta una fortaleza y se apodera de ella á fuego y

sangre; le precedían el terror y el espanto, iba con él la muerte, y le seguía la desolación. Eran sus víctimas las matronas cristianas, los nobles fervorosos, las vírgenes consagradas á Dios, y en una palabra, cuantos se atrevían á oponérsele ó á no reconocerle. Horror causa la lectura de la persecución, que hizo á los católicos, renovando las escenas de la pagana crueldad, y martirizando á los mas santos Obispos del Egipto en la visita, que hizo mas bien como lobo que como Patriarca. Entre los Santos, á quienes proporcionó la corona del martirio, se cuenta á San Potamion, que murió pocos dias despues de haber sido aporreado cruelísimamente. Filagrio y Balacio eran los dos sectarios de autoridad secular, que sostenían su tiranía y ejecutaban sus órdenes inhumanas. San Antonio, que no se mezclaba en las cosas del mundo sino cuando era preciso volar en auxilio de la religion, le escribió amonestándole con la mayor energía, y escribió tambien á Balacio, diciéndole que tenia tan provocada la ira divina que ya estaba para caer sobre él. Y no tardó en cumplirse este vaticinio, que despreció Balacio, pues marchando por el campo á caballo en compañía del vicario de Egipto, el corcel montado por el último, le dió en el muslo una dentellada, y al tercer dia le enterraron.

En semejante situacion no era posible que

Atanasio permaneciese en Alejandria sin gravísimo riesgo de su vida, y así creyó que debía ocultarse, y poco despues se embarcó para Roma, á donde era llamado, á fin de provocar una decision definitiva contra los Eusebianos en el Concilio, que pidieron ellos mismos al Romano Pontífice. Era este el único apoyo de los perseguidos Obispos, que desde la Trácia, la Siria, la Fenicia y la Palestina iban á buscar un refugio á su lado, como ya lo habian hecho Marcelo de Ancira, Asclepias de Gaza y el grande San Atanasio. «Cuando hubieron instruido; dice el historiador Sócrates, de sus respectivas causas al Pontífice Julio, éste segun la prerogativa de la Iglesia Romana les dió cartas, en que se expresaba con grande autoridad, y los volvió á enviar al Oriente despues de haberles devuelto sus sillas y vituperado con la mayor energía á los que tuvieron la temeraria audacia de deponerlos. Habiendo pues salido de Roma, tornaron á tomar posesion de sus Iglesias en virtud de los rescriptos del Obispo Julio.» Casi en los mismos términos se expresa Sozomeno. Los mencionados historiadores griegos hablaban de estos sucesos en un tiempo en que aun estaba reciente su memoria. Mas no se entienda que las disposiciones pontificias se ejecutáran al momento y sin graves dificultades, porque apoyados los hereges en el poder tem-

poral opusieron toda la resistencia que les fué posible en aquel estado de cosas, en que muchos de ellos no querian pasar por Arrianos, siéndolo en sus creencias y en su modo de proceder injustísimo y violento. Quejándose de ellos, de su conducta anti-canónica y de la horrorosa persecucion, que hacian á muchos Obispos católicos y al clero y al pueblo fiel, les escribió el Pontífice Julio una extensa carta, cuya solidez, prudencia y dulzura hace notar Rhorbacher en el tomo sexto de su Historia Universal de la Iglesia. En ella vemos una viva pintura de la tiranía, con que afligian los Arrianos á las desventuradas Iglesias del Oriente, y hallamos irrefragables testimonios del ejercicio de la pontificia potestad sobre toda la Iglesia, y claramente consignado, tanto en cuanto al derecho como en cuanto á la práctica, el inconcuso principio de que al Romano Pontífice corresponde el juicio y decision de las causas eclesiásticas y el absolver á los Obispos inocentes y condenar á los culpables. En ella resplandece tambien la justificacion de Atanasio y de Marcelo de Ancira.

CAPÍTULO XXII.

SUMARIO.

Tumultos en Constantinopla. Segundo destierro de San Pablo. Concilio de Sárdica y conducta de los Eusebianos.

Por muerte de Eusebio de Nicomédia restablecieron los católicos en la Sede Constantinopolitana á su legítimo pastor San Pablo. Mas los Eusebianos le dieron un sucesor en la persona de Macedonio, que adquirió una funesta celebridad, tremolando la bandera de la herejía contra el Espíritu Santo. Dividióse el pueblo de Constantinopla en dos bandos, y de tal suerte encendió el odio los corazones que se movieron las manos á fratricida lucha. Hermógenes, comisionado por el Emperador para reprimir al frente de sus tropas á los amotinados, irritó mas los ánimos. Levantóse en la ciudad un tremendo alboroto, que dirigiéndose á su casa la incendió, y á él le dió muerte. Constancio, que se hallaba en Antioquía cuando tales cosas sucedían, corrió á Constantinopla, y habiéndole salido á recibir el pueblo temeroso de su castigo y con lágrimas en los ojos, le perdonó, contentándose con desterrar de nuevo

á San Pablo, el cual, como otras muchas ilustres víctimas de aquellos tiempos, fué á Roma á pedir justicia al comun Padre de los fieles. Reuniéronse por entonces los Obispos orientales en Antioquía y los católicos occidentales en Milan, sin que aquellos hubiesen logrado que estos cayesen en la red tendida para hacerles firmar un nuevo símbolo de fé, en que no se condenaba expresamente la heregía arriana.

Al año siguiente, que fué el de 347, logró el Sumo Pontífice San Julio que el Emperador Constante persuadiese á su hermano Constancio el convenirse en la celebracion de un Concilio Ecuménico, cuyo objeto seria sujetar á nuevo exámen y fallar definitivamente las ruidosas causas de San Atanasio y de Marcelo de Ancira, arbitrando este medio conciliatorio para que no quedára excusa alguna á los perturbadores de las Iglesias de Oriente. Señalóse á este fin la ciudad de Sárdica en la Iliria; y los Eusebianos, aunque rehusaban el concurso de los Obispos occidentales, contaron sobreponerse á ellos auxiliados por el brazo secular de su favorecedor Constancio; y para conseguirlo llevaron consigo al conde Musoliano y á un general, además de muchos abogados y otros satélites, que hiciesen ruido y atemorizasen á sus contrarios. Pero se desvanecieron sus esperanzas. No habian de intervenir en aquel Concilio las

autoridades seculares, y todo habia de ser obra de los Obispos congregados; semejante disposicion acordada por ambos Emperadores desbarató los malévolos intentos de los enemigos de los católicos. Viéndose perdidos, se propusieron eludir el golpe, que les esperaba, no asistiendo al Concilio, en que sus maldades habian de ponerse de manifesto, cual ya se lo decian los gritos de su conciencia, y las acusaciones documentadas, que por todas partes pululaban. Allí estaba Atanasio con su inocencia tantas veces triunfante, y allí estaban otros muchos Obispos, que habian sufrido su opresora tiranía, y que traian consigo, cual testigos elocuentes que la habian de publicar en lenguaje patético, las cadenas, de que los cargaron por no querer participar del contagio de sus heréticas iniquidades. Encerráronse pues todos los Eusebianos en un mismo palacio, esforzándose en guardar su improvisado castillo á fin de que ninguno de sus soldados se pasára al bando de los buenos, ni se supieran sus maquinaciones péfidas. Alegaban que no podian comunicar con Atanasio y otros Obispos condenados en sus conciliábulos, y desoian las paternales amonestaciones del grande Osio, que habia venido á presidir el Concilio á nombre del Sumo Pontífice San Julio. No hallándose con ánimo de sufrir el bochorno de su condenacion, huyeron

de Sárdica, y se fueron á formar un conciliábulo en Filipópolis, adoptando este partido como el mas oportuno para el sostenimiento de su faccion turbulenta y de su mal disfrazada heregía. Dijeron que iban á celebrar una victoria del Emperador Constancio sobre los Persas; ni hay para qué manifestar cuán en descubierto los dejase esta ridícula escusa. Por otra parte, los Obispos Macario y Asterio, que habiendo venido con ellos, luego los abandonaron para unirse á los católicos, cercioraron al Concilio de que aquellos indignos Obispos ya traian el plan, que habian puesto en ejecucion, y de que con amenazas y promesas violentaban á sus compañeros de viaje para que de ellos no se apartasen y todos llevasen á cabo la trama urdida con malicia pertinaz.

Tres cosas principalmente hubieron de ocupar al Concilio de Sárdica, lo concerniente á la fé, la justificacion de los inocentes Obispos calumniados, y la punible conducta de los protervos Eusebianos. En órden al dogma, algunos pocos Prelados compusieron una nueva fórmula mas extensa que la de Nicea; pero aunque ningun error contenia, la desecharon los Padres poseidos de la mas viva indignacion, juzgando que el admitirla seria faltar al respeto debido al sábio y santísimo Concilio de Nicea y seguir el pernicioso ejemplo de los sectarios, de los cua-

les es antigua costumbre variar y multiplicar los símbolos de su doctrina herética. Así con razon se admira el Cardenal Orsi de que los historiadores Sócrates, Sozomeno y Teodoreto hayan atribuido al Concilio de Sárdica aquella mas larga profesion de fé, que vino á divulgarse harto indebidamente.

Pasó luego el santo Concilio al exámen de las causas de San Atanasio, Marcelo de Ancira y Asclepias de Gaza, por mas que su inocencia brillase con purísima luz, y aun se hubiese hecho mas notoria con la fuga de los Eusebianos. Repitióse pues en órden á San Atanasio, que con sobrada justicia habia el Papa San Julio sentenciado en su favor, y todos los Obispos católicos estrecharon mas y mas con él los lazos de la caridad. Se leyó despues el libro, que habia ocasionado á Marcelo de Ancira la persecucion de los Eusebianos, y los Padres quedaron convencidos de que su doctrina era ortodoxa, y de que para tomar en mal sentido sus proposiciones, habia sido preciso que sus adversarios supusiesen lo que no existia en realidad. Tambien Asclepias de Gaza patentizó que eran gratuitas las acusaciones, que se le hacian, por manera que sirvieron para dar nuevo lustre á la pureza de su doctrina y á sus virtudes esclarecidas.

Aquellos mismos documentos, que se habian

empleado en justificar á los Prelados y demás personas inícuamente perseguidas, eran una indirecta prueba de las intrigas, de la mala fé, de las calumnias y de las demás maldades, que para oprimir á los buenos habian hecho valer los Eusebianos. Pero además se acusaba á estos de un gran número de enormes crímenes; y para comprobar la tiranía bárbara, con que vejaron á los católicos, estaban allí las cadenas presentadas al Concilio por San Lucio, Obispo de Adrianópolis, y las llagas, cuyas cicatrices mostraban otros muchos en sus propios cuerpos. Sabido era el reciente fallecimiento de San Teódulo, Obispo de Trajanópolis, el cual se vió obligado á huir y andar errante por haberle Constancio condenado al último suplicio merced á las calumnias de aquellos enemigos de la virtud; y se veian las cartas, que Teognis, Obispo de Nicea, habia fingido y divulgado, atribuyéndolas á Atanasio, á Marcelo y Asclepias para irritar contra ellos á los Emperadores, como lo atestiguaban varios diáconos del mismo difunto Teognis, el cual fué cómplice de todas las abominables tramoyas de Eusebio de Nicomédia. No solo personas particulares, sino los diputados de muchas Iglesias los acusaban de haber cubierto de luto las ciudades, bañándolas en sangre por medio de los soldados y de la gente mas perdida, armada por

ellos y alentada para ensañarse en el pueblo cristiano. Acusábanlos de haber ultrajado y despojado de sus vestidos á las vírgenes, de haber saqueado é incendiado las Iglesias y de haber expuesto á los insultos de los infieles los divinos misterios. Por último, era notorio que no solo habian recibido en su comunión á los que estaban excomulgados como hereges arrianos, sino que los habian promovido á las mas altas dignidades de la Iglesia, haciendo Obispos á los que eran presbíteros, y ordenando de sacerdotes á los diáconos mas indignos para que se hallasen en posicion de propagar la heregía y hacer con mejor éxito cruda guerra á la fé.

Así pues, fueron condenados y depuestos los intrusos Gregorio, que tiranizaba la Iglesia de Alejandría, y Basilio y Quinciano, que habian usurpado las sillas de Marcelo y Asclepias; y los principales autores de las mencionadas calamidades, que eran Esteban de Antioquía, Narciso de Neroniades, Teodoro de Heraclea, Acacio de Cesarea, Jorge de Laodicea, Menofante de Éfeso, Ursacio de Singiduno y Valente de Mursa, fueron igualmente excomulgados y privados no solo del título de Obispos sino hasta del nombre de cristianos.

Justamente se reconoce por general este Santo Concilio Sardicense por haberle presidido el Sumo Pontífice, aunque no en persona sino por

medio de sus legados, que fueron Osio, Obispo de Córdoba, Arquidamo y Filoceno, presbíteros de la Iglesia Romana, y Leon, diácono de la misma. Algo varían los autores en el número de Obispos, que lo compusieron; pero es indudable que fueron convocados por el Papa San Julio todos los del mundo cristiano, y que concurrieron á Sárdica cerca de cien Prelados católicos de Europa, Asia y África. Y pasaron de ciento ochenta los otros Obispos, que no habiendo asistido personalmente al Concilio, se adhirieron por escrito á sus decisiones, y corroboraron de un modo mas directo su autoridad, coadyuvando á su ya merecido carácter de ecuménico.

CAPÍTULO XXIII.

SUMARIO.

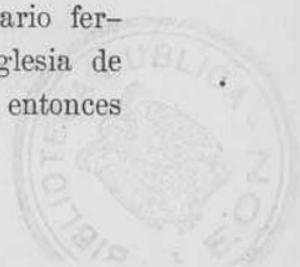
Conciliábulo de Filipópolis. Triunfos de San Atanasio y de la piedad cristiana. Retracción de los Obispos Ursacio y Valente. Establecimiento de la vida monástica en Occidente. Visita de San Antonio á San Pablo primer ermitaño. Bellísimas escenas del desierto en la muerte de Pablo.

Después de haberse fugado de Sárdica los Arrianos con el pretexto de ir á celebrar las victorias de Constancio, se detuvieron en Filipó-

polis en Trácia, y su reunion es conocida en la historia eclesiástica por el nombre del conciliábulo de Filipópolis. Desde allí dirigieron á todos los Obispos del mundo una extensa carta, que era una obra maestra de la osadía y de la impostura mas procaz. En ella fingieron que ellos formaban el Concilio de Sárdica, poniéndole fecha y data de esta ciudad, en ella excomulgaban á San Atanasio, á Marcelo de Ancira, á Pablo de Constantinopla, á Maximino de Tréveris, al grande Osio, á Asclepias de Gaza y al Pontífice San Julio; en ella atribuian á estos virtuosísimos Obispos todos los nefandos crímenes, que pesaban sobre su propia conciencia, y en particular á San Atanasio los del arriano Gregorio de Capadocia, que era como decir que San Miguel se habia rebelado contra el Omnipotente, y que Luzbel con una fidelidad probadísima le habia vencido y arrojado al infierno. Tan cierto es que las pasiones culpables en lucha con las virtudes no tienen mas arbitrio que trocar los papeles cuando hablan al público, descargando sobre estas el peso de sus iniquidades. Tan cierto es que quien no teme la divina justicia, tampoco se avergüenza de mentir descaradísimamente á la faz del universo. Tan cierto es que durante la mortal vida no está la mas sublime santidad libre de las mordeduras de la calumnia. Tan cierto es que no este valle

de lágrimas, sino la celestial Jerusalem es el lugar destinado á la gloria, á la paz, á los resplandores y al triunfo de la inocencia. Sin embargo, no permite el Señor que prevalezca la maldad. ¿Pues quién ahora pone en duda la inmaculada virtud de aquellos calumniados y la horrenda criminalidad de sus arrianos calumniadores?

Una infame trama urdida por los hereges contra un Obispo católico, y felizmente descubierta en la misma corte de Constancio, contribuyó á abrir algun tanto los ojos á este príncipe y á inclinar su ánimo en favor de los defensores de la verdad ortodoxa. Escribió tres cartas á San Atanasio para que se restituyera á su Iglesia de Alejandría. Y el Santo al cumplir la mencionada orden se dirigió á Roma para despedirse del Pontífice Julio, que tanto le habia favorecido y que al verle sintió el mas vivo gozo, como lo expresó en una tierna y afectuosísima epístola dirigida al clero y pueblo de Alejandría. Y bien pudiera decirse que toda la Iglesia triunfó en solo la persona de San Atanasio, pues por doquiera se difundió la esperanza, y la alegría se enseñoreó de los corazones católicos. Empero lo mas notable fué la renovacion de espíritu y el extraordinario fervor, que produjo su vuelta en su Iglesia de Alejandría: muchas jóvenes, que hasta entonces



habian aspirado al matrimonio, consagraron su virginidad al divino Esposo; y el Egipto vió aumentarse sobremanera el ya crecido número de los jóvenes, que abrazaban la vida monástica: exhortábanse mutuamente á la oracion maridos y mujeres; y en la caridad pública hallaban las viudas y los desvalidos huérfanos el amparo y socorro, que habian menester; y se diria que las casas particulares se convertian en templos por la frecuencia de los ejercicios piadosos, que en ellas se practicaban, ó en conventos por el brillo de las virtudes, que habian entrado en ellas á embalsamarlas con su fragancia suavísima. Unianse á este bello cuadro las felicitaciones y manifestaciones de adhesion á la doctrina católica, que innumerables Obispos enviaban á San Atanasio, presentándosele unos con los resplandores de su perpétua inocencia y antigua pureza de fé, y otros con los ojos arrasados en lágrimas de sincero arrepentimiento. Entre los sectarios, que por este tiempo se reconciliaron con la Iglesia, llamaron sobre sí muy particularmente la atencion del universo cristiano los Obispos Ursacio y Valente, que tanto se habian distinguido en las filas del arrianismo. Su retractacion y su humilde sumision á la visible Cabeza de la Iglesia nada dejaron que desear. Parece que el triunfo del catolicismo tuvo en aquellos dias

cierta amplitud en sus magnificas consecuencias, pues volvieron á sus sillas los demás Obispos desterrados, como Asclepias á Gaza, Marcelo á Ancira, Pablo á Constantinopla. Entonces fué, dice Rhorbacher, cuando al pié de la letra se cumplió lo que Sócrates y Sozomeno dejaron escrito, es á saber que el Papa Julio en virtud de la primacia de su cátedra restituyó sus Iglesias á todos los Obispos perseguidos.

Pero si brillaron para el Oriente dias mas serenos, no fué menor el beneficio que el Occidente recibia de la divina Providencia con la institucion de la vida monástica. Introdújose en él con el destierro de San Atanasio, en cuya compañía vinieron dos monjes tan prendados como edificantes, Ammonio é Isidoro. Este último por su amabilidad, sus luces y su prudencia era un conquistador de corazones, habiendo llegado á hacerse amar aun de los mismos paganos; y estaba aquel tan absorto en la contemplacion de las cosas divinas que de las monumentales maravillas de Roma solo quiso ver la Iglesia del Príncipe de los Apóstoles. Y la admiracion y afecto, que se grangearon estos contemplativos, hicieron que muchos romanos imitasen su género de vida, el cual del mismo modo se propagó en las Galias por medio del influjo, que sobre ellas habia conseguido el sábio y santo Patriarca de Alejandría. Á su

vuelta á esta populosa ciudad no olvidó la obra comenzada en Occidente, pues á fin de proporcionar á los nuevos monjes de los países de su destierro un acabado modelo de perfeccion en la vida solitaria, escribió la de San Antonio, á quien tenia por su maestro y amaba imponderablemente.

Este bello luminar de los desiertos sintió su fantasía algo turbada por una tentacion de vanagloria, y Dios para que mejor triunfara de ella, á la noche siguiente le reveló que existia otro solitario mas perfecto, mandándole que fuera á visitarle. Con la luz del nuevo dia cogió Antonio su báculo para que sostuviera en el viaje el peso de los noventa años, que ya contaba de edad, y se puso en camino, internándose mas y mas en aquellas inmensas soledades. Al cabo de tres dias de ir su encorvado cuerpo abrasándose con los rayos del sol y fatigándose por los silenciosos arenales, á donde no se oia el mas lejano rumor de mundo, llegó por fin á la entrada de una cueva profunda y lóbrega. Hacia noventa años que en ella habitaba el primer ermitaño Pablo, y al sentir pisada de hombre cerró de pronto su puerta, y se atrancó por dentro. Antonio se postró en el suelo, y con lágrimas y suspiros acompañados de amorosas razones suplicaba al encerrado Santo que le abriese, y que si no lo hacia, él allí es-

peraria la muerte. Rindióse Pablo á sus vivas instancias, y abrió la puerta sonriéndose: Antonio vió asomar por ella un como espíritu descarnado por la penitencia. Abrazáronse aquellos dos santificados esqueletos del pasado siglo, y saludándose por sus nombres, se manifestaron el grande amor, que se tenian, mediante el conocimiento, que de uno y otro les habia comunicado el Señor. Una palmera y una fuente de agua cristalina eran toda la riqueza del escondido Pablo: aquella le habia provisto con sus hojas de un sayo tan tosco como extraño, y esta, que manaba al pié del árbol, refrigeraba de cuando en cuando sus secos lábios. Sentáronse á la sombra de la palmera los dos ancianos, en cuyas almas estaban recreándose los ángeles del desierto, y empezaron á platicar entre sí. ¿Qué es del mundo? decia Pablo á Antonio. ¿Aún se edifican casas? ¿Aún se dá culto á la mentira y se busca la vanidad? Á su vez Antonio preguntaba á Pablo cuál habia sido el principio de su vida eremítica; y el mas antiguo morador del yermo le daba cuenta de cómo en las persecuciones de Decio y Valeriano habia huido de su patria, que era el Egipto, cómo se habia encerrado en aquella cueva para vivir en Dios, y cómo la palmera con su fruta y la fuentecilla con su sabroso manantial le habian mantenido tan largo tiempo. Hallábanse en estos dulces co-

loquios Pablo y Antonio embebecidos cuando vino volando un cuervo y les dejó un pan. Pablo exclamó: «Bendito sea Dios, que nos envía de comer. Sabed, Antonio hermano, que ha sesenta años que este cuervo me trae medio pan cada día, y ahora que tú has venido, el Señor nos envía doblada la ración.» Comieron pues del milagroso pan los dos venerabilísimos Patriarcas de la soledad, y luego se entregaron á sus habituales ejercicios de oracion y contemplacion sublime. Vino la callada noche y los halló orando, y al retirarse con su ejército de estrellas los dejó en la misma deliciosa contemplacion, en que los habia encontrado. Aparecieron los rayos del nuevo dia, y Pablo declaró á Antonio que era llegado el término de su vida, y así le suplicaba que fuese á traerle el manto, que le habia dado el Obispo Atanasio, para que con él le enterrase. Viendo Antonio que hablaba Pablo por divina inspiracion, pues de otro modo no podia tener noticia del manto de San Atanasio, le obedeció, aunque primero le pidió muy encarecidamente que se lo llevase consigo á la vida eterna. Pablo le respondió que para él aun no era tiempo de partir del mundo; y Antonio tomó la vuelta de su monasterio; y se hallaba ya de retorno en las solitarias sendas de aquel yermo cuando el Señor le mostró el alma de Pablo subiendo al cielo entre coros de ángeles.

Á tal espectáculo se postró en el suelo, y echándose tierra en la cabeza en señal de dolor, gimiendo y llorando dijo: «¿Por qué me dejas, Pablo? ¿Por qué te vas sin despedirte de mí?» Prosiguió su camino, llegó á la cueva embalsamada con las virtudes del primer eremita, y viéndole en actitud de orar, arrodillado, y con las manos levantadas al cielo, creyó que estaba vivo, y á su lado se puso á orar; mas advirtiéndole que no suspiraba como tenia de costumbre en la oracion, se persuadió de la verdad de su muerte, y estrechándole en los brazos con amarguísimo sentimiento, le besó muchas veces el sagrado rostro, bañándole con el torrente de sus lágrimas. Envolvió el cuerpo, que habia sido templo del ya glorioso espíritu, en el manto de Atanasio, le sacó fuera de la cueva, le cantó los salmos, que la Iglesia consagra á sus fieles difuntos, y siendo ya tiempo de darle sepultura, vinieron dos leones, y se la abrieron con sus garras despues de haber tributado sus homenajes de amor y de dolor al siervo de Dios difunto; y concluido su trabajo, se fueron aquellos dos feroces reyes de las selvas á lamer cariñosamente á Antonio las manos y los piés. Comprendió el Santo viejo que le pedian su bendicion, y así exclamó: «Señor, Dios mio, sin cuya providencia no cae una hoja del árbol, ni un pajarillo del aire, dad á estos leones lo

que les conviene;» y haciéndoles señas con la mano, les mandó que se fuesen. Al instante obedecieron ellos, y Antonio puso en la abierta sepultura el cadáver de Pablo y lo cubrió de tierra. Tomó para sí como preciosa herencia la túnica hecha y tegida de las hojas de palma, que habia sido la única vestidura del primer solitario, y en adelante tuvo á dicha ponérsela en los dias mas solemnes del año. Así los Patriarcas del yermo con este amor de la santa pobreza enseñaron que la suma riqueza es poseer á solo Dios.

CAPÍTULO XXIV.

SUMARIO.

Circunceliones: Pablo y Macario enviados al África por el Emperador Constante los reprimen á mano armada. Concilio de Cartago. San Milles dilata el imperio de la fé en la Persia: sus prodigios y profecias: su martirio y el de sus dos compañeros Abrósimo y Sina.

Del seno de la herética secta de los Donatistas se levantaron en el África los terribles Circunceliones, género de bandidos, en cuyas negras almas despedia horribles resplandores la siniestra llama del fanatismo mas feroz. Tributaban á la muerte un culto práctico. Con la fre-

nética manía de ser honrados como mártires se arrojaban á bandadas desde las cumbres de los montes á horrendos precipicios, ó á las hogueras que encendian, ó á las impetuosas corrientes de los rios. Iban armados de unos palos tremendos, que ellos llamaban israelitas, y con los cuales aporreaban á los viajeros, y en especial á los católicos, hasta dejarlos mortalmente heridos. Sus hazañas tenian estremecida el África. Estos suicidas y asesinos de oficio daban á sus jefes el título y renombre de capitanes de los santos; y la denominacion de Circunceliones les vino de su continuo vagar en derredor de las casas de campo, de las haciendas y de las cabañas de los labradores *Circum Cellas*. Era su habitual ocupacion el apoderarse de lo ageno á mano armada, y volaban delante de ellos el terror y el espanto.

Claro está que á las autoridades seculares tocaba reprimir á estas fieras, y los mismos Obispos Donatistas, cuyo ejército auxiliar eran, se vieron en la necesidad de abandonarlos al acero de los soldados mantenedores del orden. El Emperador Constante envió al África dos elevados personajes, Pablo y Macario, cuya mision ostensible fue llevar limosnas y magníficos donativos á las Iglesias, pero el principal objeto de su viaje era trabajar con prudente blandura para conseguir la reunion de los extraviados

Donatistas á la única y verdadera Iglesia; ni fueron vanas sus dulces y paternales exhortaciones, pues muchos de aquellos infelices cismáticos y hereges volvieron á la unidad católica, dando pruebas de una sincera conversion. Obstináronse otros en la maldad, y se irritaron sus ánimos virulentos, prorumpiendo en blasfemias é injurias execrables. Pablo y Macario, á pesar del bondadoso carácter de su mision, hubieron de recurrir á las armas para defender la autoridad de su Emperador Constante y poner fuerte dique al devastador torrente de los Circunceliones. Mas en estas luchas de la potestad secular con los trastornadores de los principios sociales, que eran furiosa plaga de los pueblos del África, no tuvieron parte alguna los Obispos católicos, los cuales celebraron un concilio en Cartago solo para atender al sucesivo desarrollo de la cristiana piedad, é instruccion y concordia de los recién convertidos.

Predicada la fé en el imperio de Persia desde el tiempo de los Apóstoles, no faltaron adoradores al verdadero Dios en los tres primeros siglos, y en el cuarto fué creciendo el número de fieles con las muchas conversiones de paganos, que producian el celo y los milagros ruidosos de San Milles. Estaba este varon insigne enriquecido de dones sobrenaturales, y sus profecias tuvieron pronto y maravilloso cumplimien-

to. Siendo Obispo de Susa, una de las mas considerables ciudades de la Persia, y no pudiendo destronar los vicios, que en ella dominaban, ni con sufrir casi diariamente todo género de ofensas y malos tratamientos inferidos á su propia persona, que muchas veces era cruelmente arrastrada por el pedregoso suelo, determinó abandonarla en castigo de su obstinacion, y al salir de ella le predijo venganzas divinas. A los tres meses un ejército, que llevaba trescientos elefantes, la redujo á escombros, pasó á cuchillo á todos sus moradores, y á fin de que no quedase señal ni rastro de aquella ciudad nefanda, el terrible general vencedor mandó que se quitáran sus ruinas, y que su terreno fuese arado y sembrado.

Aun fué mas ejecutiva la realizacion de otro fatídico anuncio de San Milles. Acusábase de incesto á un diácono, y habiéndole encontrado el Santo en medio de la iglesia, le exhortó á aplacar á Dios por medio de la penitencia, y á no irritar su justicia acercándose á los altares si no se hallaba limpio de culpa. Respondióle el diácono que se le calumniaba, y en seguida subió y se puso á cantar salmos: en aquel acto se vió salir del santuario una mano, que hirió en la boca al impuro diácono, el cual al punto cayó muerto.

El Rey de Persia Sapor II movió contra el

cristianismo una persecucion sangrienta y formidable, y en ella obtuvo Milles la gloriosa corona de mártir, despues de haberse hecho celebrérrimo con las innumerables curaciones que prodigiosamente obraba. Fué preso junto con el sacerdote Abrósimo y el diácono Sina. Los tres confesaron á Jesucristo, desoyendo las amenazas y las promesas de los magos, y sufrieron por dos veces flagelaciones cruelisimas. Luego al juez impío se le antojó que los mártires le sirviesen de diversion en una cacería, y se los llevaron al bosque cargados de cadenas. Ormisdas, que así se llamaba este gobernador de provincia, estableció su tribunal improvisado en medio de los bosques, y dirigió á San Milles preguntas burlescas. Concluyó el Santo su respuesta anunciándole el castigo de Dios en la vida futura. Y encendido en ira el gobernador saltó de su silla, desenvainó la espada y se la clavó al santo Obispo en el pecho. Narsés, hermano de Ormisdas, imitó la accion de este furioso, y arremetió igualmente al Siervo de Dios, hiriéndole por el lado opuesto. Estando ya el ilustre mártir para exhalar el alma, predijo á los dos hermanos el desastroso fin que tendrían con las siguientes palabras: «Pues os habeis unido para verter sangre inocente, mañana á esta misma hora y en este mismo sitio y con vuestras propias manos os herireis mútua-

mente y derramareis vuestra sangre, que lame-
rán los perros, mientras las fieras os devoren
las carnes. Así en un solo día quedará vuestra
madre privada de dos hijos, y quedarán viudas
vuestras esposas.» Y dicho esto, espiró. Sus dos
discípulos Abrósimo y Sina murieron apedreados
por orden del tirano.

Al siguiente día se cumplió el vaticinio de
Milles. Narsés y Ormisdas en presencia de su
numerosa comitiva perseguían á un ciervo, que
iba velocísimamente huyendo: á fin de que no
se escapára tomaron la carrera para acometerle
en direccion opuesta los dos hermanos, y lle-
gados el uno al frente del otro, cogían al fugi-
tivo ciervo én medio de ambos, y como ciegos
por el ímpetu con que volaban, le lanzaron
los mortíferos dardos, que sin tocar al inocente
animalillo, fueron á parar al pecho y vientre
de ambos hermanos, á los cuales dejó al ins-
tante tendidos en el campo la fratricida muerte.
Era antigua costumbre de los persas guardarse
de sepultar los cadáveres hasta que reducidos
quedáran á solo huesos; y así los de Narsés
y el gobernador Ormisdas fueron presa de las
fieras y de las aves de rapiña. Los fieles en-
terrarón los santos cuerpos de los tres mártires
en un castillo llamado Malcan, do sus reli-
quias defendían el país de las incursiones de los
Árabes.

CAPITULO XXV.

SUMARIO.

Persecuciones del cristianismo en la Persia. Martirios de San Simeon y de otras cien personas del orden sacerdotal. Id. del anciano Gusciatazades: id. del superintendente Fusiquio. Horrible matanza de todos los cristianos ordenada por Sapor: circunscribe este la persecucion á las personas consagradas á Dios: martirio de Santa Tarba: id. de San Sciadustes y 128 compañeros: id. de San Barsabias y de sus 10 compañeros: prodigio y conversiones.

Aunque para dar alguna mas unidad á la narracion de lo concerniente á San Milles, se haya narrado su glorioso martirio, no fué el primero en las persecuciones que el cristianismo sufrió en Persia. «El año 327, dice el historiador Rhorbacher, acometió Sapor la empresa de echar por tierra las iglesias y los altares, de incendiar los monasterios y de perseguir cruelmente á todos los cristianos.» Entonces fué cuando dieron por Jesucristo la vida en los suplicios los Santos Elias, Maharis, Sabas, Scenveses, Zebina, Narsés, Maruthas, Jonás y Birch-Jésus. Admirabilísimo fué el heroismo de

estos dos últimos mártires, y la terribilidad de sus tormentos es digna de figurar al lado de los mas horrorosos martirios ya mencionados al bosquejarse las persecuciones de los romanos Emperadores. Mas esta primera persecucion no debe confundirse con la segunda.

El año 340 de Jesucristo renovó Sapor II la persecucion contra los fieles, estrechándolos á pagarle excesivos tributos, de modo que desatendiesen sus obligaciones religiosas por el incesante trabajo á que habian de sujetarse para satisfacer los impuestos durísimos. El celo de San Simeon, Obispo de Seleucia y Tesifonte, no pudo sufrir en silencio las horribles vejaciones, que padecia la grey encomendada á su pastoral solicitud; y así con fortaleza apostólica escribió al rey Sapor, manifestándole cuán errado iba en perseguir la religion cristiana. Su enérgica representacion encendió mas y mas el furor del monarca persiano, que mandó acabar con los sacerdotes y diáconos que fueran habidos, derribar todas las iglesias y emplear en usos profanos los vasos sagrados y demás enseres de los demolidos templos. Claro es que el santo anciano Simeon habia de ser en premio de su heroismo una de las primeras víctimas; no tardó pues en comparecer á la presencia del Rey arrastrando pesadísimas cadenas, y sostuvo su dignidad de Obispo y mártir, defendiendo ante

los magos y ante el rabioso tirano la santa causa del verdadero Dios.

Al dia siguiente fué de nuevo llevado ante el sañoso monarca, y menospreciando las lisonjas del propio modo que las amenazas, tuvo la gloria de que Sapor le condenára al último suplicio. Pero en la misma ciudad de Leda, donde esto sucedia, se hallaban en la cárcel cien esclarecidos confesores de Jesucristo, y el tirano creyó que su muerte aterraria á Simeon martirizándolos en su presencia. Todos ellos pertenecian al clero, y unos eran Obispos, otros sacerdotes, otros diáconos, y otros solo tenían los órdenes menores. Se les puso en la alternativa de morir ó abjurar el cristianismo, y todos á una voz eligieron la muerte. El santo Obispo Simeon los animó á sufrirla valerosamente, y decapitado por el verdugo subió á los cielos en pos de los cien mártires.

Años antes habia apostatado el anciano Guscatazzades, y avergonzado de su delito se vistió de luto para llorarlo de una manera mas conforme á la amargura de su alma. Y como era favorito del Rey y dignatario de palacio, llegó su repentino llanto y la negrura de sus vestidos á noticia del soberano, quien le llamó, y oyendo de sus lábios la causa de su sentimiento, hizo de su antiguo servidor un ilustre mártir de Jesucristo.

Entre los mas insignes mártires de esta persecucion merece ser particularmente mencionado Fusiquio, superintendente de la real maestranza, que acusado como cristiano manifestó á Sapor que nada envidiaba ni codiciaba tanto como la dichosa muerte de los mártires. Por premio de su confesion heróica mandó el Rey que le cortáran la lengua, y espiró recibiendo aquella inmortal corona, que ardientemente anhelaba ceñirse. Muy de cerca le siguió en el martirio su hija, que habia consagrado al Señor el lirio de su virginal pureza.

Aquel mismo dia, que fué el viérnes santo, aniversario de la muerte del Salvador del mundo, publicó el Rey de Persia un cruelísimo edicto que ordenaba el exterminio de todos los cristianos. Fueron estos pasados á cuchillo en la capital y en todas las provincias del imperio sin forma alguna de proceso, sin consideracion á la edad, ni al sexo, á la elevada categoría de muchos de ellos, ni á la multitud que con su muerte dejaba en gran parte despobladas aldeas, villas y ciudades. Duró diez dias la matanza horrible, y en ellos asegura el historiador Sozomeno que fueron diez y seis mil los mártires de nombre conocido, habiendo sido imposible fijar el número de la inmensa muchedumbre de los desconocidos.

Entre los personajes víctimas de la saña

impía hallóse un favorito de Sapor, llamado Azzades, y la noticia de su martirio afligió al cruel tirano porque le amaba extraordinariamente. Esto fué causa de que volviendo sobre sí moderase algun tanto la fiereza de la persecucion. Mandó pues limitarla á los doctores de la ley, es decir, al clero y á los Obispos y á cuantas personas, como las vírgenes, estaban mas especialmente consagradas al divino culto.

Las circunstancias del martirio de Santa Tarba, hermana del ya mencionado Obispo San Simeon, dan una idea del estado de civilizacion en que se hallaba la corte de Persia. Los magos hicieron creer al Rey que las dolencias de la Reina su esposa eran efecto de los sortilegios y hechizos de la cristiana Tarba, y que se curaria pasando por en medio de los descuartizados miembros de aquella mujer obstinada en no adorar al sol. Así se hizo. El cuerpo de Tarba, que se inmoló por amor de Jesucristo, fue dividido, y la Reina de Persia con la esperanza de verse curada, como se lo habian prometido, pasó por medio de los palos de que habian colgado los diversos trozos del sangriento cadáver de la Santa. Semejante clase de espectáculos no son por cierto una maravilla en la historia de los países, que no alumbrá la doctrina del Evangelio; y con estos y otros hechos y

otras creencias de los que profesan falsas religiones podemos responder sonriéndonos victoriosamente á la acusacion de oscurantismo, que á los católicos se nos dirige por parte de los que cerrando los ojos á la luz del cielo, hablan sin haber leído la historia, ó al menos sin haber aprendido sus clarísimas lecciones.

San Sciadustes, sucesor de San Simeon en el Obispado de Seleucia, despues de cinco meses de prision y de haber gloriosísimamente confesado el nombre cristiano, vió junto con otros 128 héroes de la fé pertenecientes á su clero, cumplidos sus vivísimos deseos de dar la vida al filo de la espada por amor de su Dios.

Ni fue menos ilustre el martirio de Barsabias y sus compañeros. Era este Santo el superior de una comunidad de diez monges, y delatados todos ellos como cristianos ante el pretor de la ciudad de Astaraca, tuvieron la singular gloria de que á cada uno de sus miembros tocase padecer un especial y atrocísimo martirio. Mas lejos de que flaqueáran sus corazones invictos, en medio de sus agudos tormentos no daban sus alegres semblantes muestra alguna de sentimiento. Vencido por su constancia los sentenció el juez al último suplicio, y ellos fueron á sufrirlo entonando por el camino himnos y salmos en alabanza del Señor, y rodeados de una inmensa muchedumbre de curioso pueblo. Prin-

ciada la ejecucion de la sentencia de muerte, un mago que iba de viaje con su familia y pasaba por las inmediaciones del lugar del suplicio, divisando la aglomerada multitud, espolé su caballo para correr en compañía de uno solo de sus criados á enterarse de aquella novedad, que tanto le habia llamado la atencion, y llegado al sitio de la sangrienta escena, se maravilló viendo al Abad Barsabias que exhortaba á sus monges á ofrecer los cuellos valerosamente á la cuchilla del verdugo, entregándoselos él mismo uno á uno; pero fué mayor su sorpresa al descubrirsele en el aire una cruz de fuego y de hermosísimos resplandores sobre cada uno de los santos cuerpos, que acababan de ser martirizados. Tan asombrosa vision obró en su alma instantáneos prodigios: cambió con su criado el traje que vestia, y acercándose á Barsabias, le dijo al oido lo que habia visto en el aire y que estaba resuelto á dar sin demora su vida por la fé cristiana, y concluyó suplicándole que pues ignoraban los espectadores que no era discípulo suyo, le presentase al verdugo como lo estaba haciendo con sus monges. Condescendió el Abad, y en el momento recibió el mago la corona de mártir. Degollados sus 10 compañeros, Barsabias los siguió inmediatamente á la gloria; y habiéndose divulgado el maravilloso martirio del converti-

do mago, abrazó toda su familia el cristianismo, y muchos otros gentiles imitaron tan bello ejemplo.

CAPÍTULO XXVI.

SUMARIO.

Circunstancia horrorosa de la persecucion de Sapor
Nuevo recrudecimiento de la persecucion. Martirios de varios Santos y Santas. El sacerdote apóstata.

En el año cuarto de la persecucion de Sapor se halla la notabilísima particularidad de haberse varias veces obligado á las señoras á convertirse en verdugos de mártires, dándoles la muerte á pedradas ó de otro modo mas cruel. Y lo único que acerca de esto pudiera decirse es que no necesita comentarios. El corazon se horripila, y se estremece la naturaleza al recibir de la historia impresiones tales. Parece que hubiesen pretendido mostrar las potencias perseguidoras del cristianismo que obraban de una manera diametralmente opuesta al espíritu de dulzura que consigo lleva nuestra divina religion, haciendo de la mujer un ángel de bienhechora caridad.

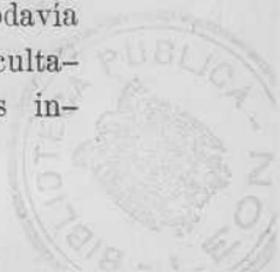
En el año sexto de la persecucion las ené-

gicas palabras que en defensa de su fé dirigió á Sapor el santo mártir Barbascemino, Obispo de Seleucia y Tesifonte y hermano de su predecesor San Sciadustes, irritaron de tal modo el ánimo del fierísimo Monarca de la Persia que fulminó otro nuevo edicto contra los cristianos, mandando que todos fueran exterminados en su imperio. Publicábase esta general sentencia de muerte hácia el año 347, y nuevamente se bañaba la Persia en mas crecidos rios de sangre de inocentes víctimas.

Echáronse por tierra las iglesias, que habian sobrevivido á las ruinas causadas por las persecuciones anteriores; de nuevo se profanaron los sagrados misterios; se arrebató á los fieles cuanto poseian, y el inhumano acero puso glorioso término á su atribulada existencia. Sin forma de proceso y tumultuariamente eran asesinados en toda la extension de la Persia; y así no fué posible contarlos, ni quedaron auténticos monumentos de su martirio; empero sus benditos nombres están grabados en los cielos con letras de inmortal luz.

Conserváronse sin embargo algunas pocas actas de los ilustres martirios de varios confesores de Jesucristo, y entre ellas la del sacerdote Santiago y de su hermana María, que heroicamente dieron la vida por la fé. Asimismo se leen con horror y admiracion las de cinco

virgenes llamadas Tecla, Maria, Marta, Maria y Ama. Y cierto que estremece ver el brazo de un sacerdote apóstata hecho verdugo de estas cinco invencibles esposas del divino Cordero. Era su nombre Pablo, y por no perder sus muchas riquezas cedió á las intimaciones del Prefecto Nársetes, que ya se habia apoderado de su tesoro y con la promesa de devolvérsele le hizo adorar al sol. Pesó al Prefecto que hubiese Pablo accedido á sus insinuaciones, porque ya su corazon estaba muy pegado al oro, cuya devolucion prometieron incautamente sus lábios; y así para que no se verificase la restitution, ideó proponerle otra cosa que debia horrorizarle y hacerle retroceder. Mandóle que descargára el golpe de muerte sobre las esposas de Jesucristo; y el avaro sacerdote vibró sobre sus purísimos cuellos la cuchilla fatal. ¡Tanto ciega al hombre á quien esclaviza, la pasion del dinero! ¡Á tales excesos arrastra y á tal abismo conduce! Horripiladas las invictas Vírgenes, increparon terriblemente al apóstata, y con fatídico acento le predijeron que no disfrutaria del precio de su infamia atroz. Y así fué. Narsetes no queria soltar la presa, y viendo frustrada su trama, ordenó á sus satélites que mientras Pablo dormia en la prision, en que todavía le guardaba, le diesen á media noche ocultamente la muerte. Este y otros castigos in-



mediatos, que leemos en las historias, responden á los que dicen que duerme la justicia del cielo.

CAPÍTULO XXVII.

SUMARIO.

Muerte del Emperador Constante. El tirano Magnencio. Constancio engañado y triunfo de su ejército. Conciliábulo de Sirmio. Destierro y muerte de San Pablo Obispo de Constantinopla: tumulto de esta ciudad. Maquinaciones de los hereges contra San Atanasio. Conducta del Papa Liberio: envia legados á Constancio. Conciliábulo de Arlés. Defeccion del legado Vicente de Cápua. Conciliábulo de Milan. Despotismo de Constancio. Escenas tumultuarias. Firmeza de los Obispos católicos: su destierro. Compensaciones que la Providencia proporciona á la Iglesia afligida. Muerte de San Dionisio de Milan. Liberio desecha los regalos de Constancio y con su heroica conducta se atrae el ódio y las persecuciones de este Emperador. Consternacion de Roma. Liberio es arrebatado y comparece ante el Emperador que le destierra á Berea. El antipapa Félix.

El año 350 experimentó la Iglesia una pérdida muy sensible en la persona del Emperador Constante, que la protegía con todo su valimiento y poderío. Murió este príncipe en una con-

juracion, que tenia por objeto dar el imperio de Occidente á uno de los generales de su ejército llamado Magnencio. El nuevo Emperador fué un verdadero tirano. Vencido por las tropas de Constancio, se dió la muerte á sí propio, no sin haber derramado en abundancia la sangre de los parientes de Constantino el grande y la de su misma familia, inclusa, ¡qué horror! su madre. El ejército de este usurpador sufrió una derrota decisiva cerca de Mursa, ciudad de la Panonia; mas en tanto que los suyos peleaban, Constancio estaba orando en uno de los templos de aquella ciudad, cuyo arriano Obispo Valente, habiendo apostado diversos emisarios que le trajeran noticias del campo de batalla, sabedor de la victoria, se la participó, haciéndole creer que se la acababa de revelar un ángel. Semejante maraña con el feliz resultado que obtuvo, nos confirma en la pobre idea, que la historia nos da del carácter supersticioso y de los pocos alcances del burlado Constancio, que desde entonces quedó mayormente preso en las redes del arrianismo. Los Obispos de esta faccion impía que le acompañaban en sus viajes y campañas, celebraron en Sirmio un conciliábulo, en el cual para no ser menos que los católicos, que ya habian condenado y depuesto á Fotino, Obispo de dicha ciudad, anatematizaron de nuevo sus errores muy parecidos á los de

Pablo de Samosata, y confeccionaron una nueva fórmula de fé. Envalentonados con las victorias de su protector, que vino á quedar único dueño del imperio, atizaron su ódio á los católicos, forjando calumnias atroces contra los mas respetables Prelados de la Iglesia, y se renovó la persecucion algun tanto apaciguada durante las guerras civiles y el entronizamiento y caída de Nepociano, Vetranion y Magnencio. Fue la primera víctima de su saña San Pablo, Obispo de Constantinopla, el cual violentamente arrebatado de su silla tuvo mucho que andar con graves penas hasta el lugar de su destierro, que fue el monte Tauro, donde sumergido en un oscuro calabozo á fin de que muriese de hambre, espiró á manos de sus enemigos furiosos é impacientes. En su puesto se colocó con militar estruendo al heresiarca Macedonio, y aquel dia perecieron tres mil ciudadanos de Constantinopla alborotada por el destierro de su santo Obispo; pero el castigo del cielo no tardó en caer sobre Filipo, Prefecto de la capital y encargado de la ejecucion de las terribles órdenes de Constancio.

El odio de este Emperador y de todos los enemigos de la fé ortodoxa tenia siempre por su principal blanco la persona de San Átanasio, firmísimo baluarte de la consustancialidad del divino Verbo. Á él pues se dirigian todos los

tiros; contra él se empleaban los amaños y las calumnias, y contra él se ponía en juego la prepotencia del príncipe. En el momento que subió al trono pontificio el virtuoso Liberio, se apresuraron los Obispos de la facción arriana á prevenirle con sus cartas en contra de Atanasio, solicitando que le negase su comunión y le condenase severísimamente; pero los Obispos egipcios adictos á su santo Prelado no dormían, y con igual celeridad escribieron al nuevo Sumo Pontífice en pro de la inocencia de su perseguido metropolitano. Liberio leyó en un sínodo romano las cartas contrarias y favorables al insigne Obispo de Alejandría, y se decidió en favor de la verdad, que atestiguaban ochenta católicos Obispos del Egipto. Con esto subió de punto la irritación de Constancio, que buscó un desahogo impío, injuriando horriblemente al Vicario de Jesucristo; mas este imitando la dulzura de su divino Maestro y sin descorazonarse por los agravios que recibía, escribió al Emperador con magnánima firmeza y con suave templanza, y le envió legados que con él tratasen de los intereses generales de la Iglesia. Era el primero de estos Vicente de Cápua, y halló un conciliábulo reunido por Constancio en Arlés, donde por entonces residía. Obligado á asistir á él, no pudo conseguir lo que intentaba, y cediendo á las amenazas, vio-

lencias y malos tratamientos que se le prodigaban, prometió no comunicar con Atanasio; y así por flaqueza de ánimo defraudó las esperanzas de la mision que le habia confiado el Soberano Pontífice, y oscureció el buen nombre que habia adquirido en otras circunstancias. Liberio, como era consiguiente, sintió un vivo pesar al saber la defeccion de su legado, el cual arrastró en su caída á otros varios Obispos occidentales.

Al conciliábulo de Arlés siguió de cerca el de Milan, en el cual los principales héroes de la santa causa de la religion fueron Dionisio, Obispo de esta ciudad, Lucífero de Cagliari y San Eusebio de Verceilles. Las sesiones principiaron en una iglesia, á cuya parte inferior se hallaba congregado el pueblo, mas advirtiendo los Arrianos que este no llevaba en paciencia que se agraviára su fé, se trasladaron á palacio por órden del Emperador. Allí Constancio pretendió con la punta de su espada proclamar el triunfo de la heregía y obligar á los Obispos católicos á consentir en la condenacion de San Atanasio; pero estos, aunque su número era muy inferior al de sus contrarios, se opusieron con un valor heróico al nuevo símbolo arriano, que en forma de edicto y apoyado en la autoridad de un sueño queria imponerles la ridicula supersticion del airado déspota. En vano desenvainó el acero homicida, y en vano los

sentenció al último suplicio. Los mencionados Obispos le hicieron ver que carecia de jurisdiccion sobre la Iglesia de Dios y que su proceder era injusto y temerario: le amenazaron con el juicio del Altísimo, y se mostraron muy superiores á las fulminantes iras de su prepotencia impía. Constancio, despues de haberlos condenado á muerte, varió de pronto y los envió desterrados á países distantes. Entretanto los arrianos Obispos Ursacio y Valente, que habian abjurado sus errores, volvieron á abrazarlos en público y desempeñaron el oficio de verdugos en la vergonzosa flagelacion del diácono Hilario, que era uno de los legados del Papa, y los tribunos militares cometieron nefandas tropelías con el católico vecindario de Milan, que gemia por la irritante victoria de la heregía entronizada.

Sacáronse del templo violentamente para atropellarlos y desterrarlos á 127 católicos, cuya mayor parte se componia de Obispos, presbíteros, diáconos, vírgenes consagradas al Señor, respetables matronas y fieles distinguidos por su acendrada piedad. Pero no permite la divina Providencia los males sino para sacar bienes de los mismos, como repetidas veces nos lo asegura el incomparable San Juan Crisóstomo; y así es que en esta ocasion el destierro de los Obispos ortodoxos fue un verdadero triunfo para la

fé, pues la predicaron animosamente y con fruto grandísimo en las lejanas tierras, donde se les envió á padecer todo género de trabajos. Ni el Señor se olvidó de favorecer á los que por él peleaban y sufrían aflicciones sin cuento: además de la interna satisfaccion, que les proporcionaba el testimonio de su conciencia vencedora en duras pruebas, de todas partes recibían cordiales felicitaciones por su santo heroismo, diputados de las provincias, que venían á ofrecerles el homenaje de su admiracion y respeto, y socorros pecuniarios que hiciesen mas llevadera su triste situacion. Sin embargo, era esta sumamente afflictiva por las crueles medidas, que con ellos habian tomado los Arrianos. San Dionisio de Milan, desterrado en Capadocia, pidió y obtuvo de Dios con el fervor de sus oraciones una pronta muerte, porque le era muy dolorosa la memoria de las tribulaciones de su Iglesia. En su silla fué colocado por Constancio el griego Auxencio, que ni latin sabia y aun se hallaba mas lejos de poseer la ciencia, propia de un Obispo; empero le recomendaba bastante para tal puesto su inviolable adhesion al arrianismo. Los católicos de Milan gimieron bajo su férreo yugo, y era tanto el horror que les inspiró la llegada de este herege extranjero que fue preciso que las armas le abrieran paso para penetrar en la Iglesia.

Constancio y los suyos no creían completo su triunfo si no forzaban al Pontífice Liberio á autorizar la condenacion de Atanasio. Con este fin enviaron á Roma al eunuco Eusebio, quien al mismo tiempo que presentaba al Papa magníficos regalos del Emperador, que fueron desechados con entereza y dignidad por el impertérrito Liberio, le violentaba á firmar la suspirada condenacion de Atanasio. Baste decir que el Pontífice obró y se produjo como quien era. Viéndose el eunuco repelido en lo que con tanto ardor pretendia, y no sabiendo qué hacer de aquellos regalos de su Emperador, los llevó al templo de San Pedro y los dejó allí por ofrenda. Mas el Pontífice luego que lo supo los mandó echar fuera de la casa de Dios.

Vuelto el eunuco Eusebio á la corte del Emperador, su irritado resentimiento no perdonó medio alguno para inflamar el ánimo de Constancio en contra del Pontífice, y el arriano Emperador comunicó órdenes apremiantes á Leoncio Prefecto de Roma para que por engaño ó á viva fuerza le enviára al Papa. La capital del universo cristiano se vió llena de consternacion y espanto, porque sintió sobre sí la opresora mano de la tiranía: familias enteras buscaban en la fuga su salvacion; corrian en abundancia las lágrimas del clero y pueblo fiel, y estaban los corazones vestidos de amargo

luto; inminente peligro amenazaba á cada instante al Pastor de los Pastores. Por fin fue arrebataado á media noche, y apenas llegó á Milan cuando Constancio le intimó la orden de condenar á Atanasio, porque tal era su voluntad. Liberio en la discusion larga que con él sostuvo, mostró tal grandeza de alma y habló con tanta energía, prudencia y elevacion de espíritu y firme tono que pudiera asegurarse que estaba en él bien representada la altísima dignidad de un Vicario de Jesucristo. Eligió el destierro con que se le amenazaba, y rehusó admitir el dinero que el Emperador y la Emperatriz le enviaron para los gastos del viaje.

Inmediatamente despues del sacrilego destierro del Pontífice, el Emperador hizo que en Roma se procediese á la eleccion de otro que le fuera adicto: recayó el nombramiento en Félix, archidiácono de la Iglesia romana, quien á pesar de la pureza de sus costumbres y de su bondadoso carácter, que debian tenerle bien quisto, se vió tan aislado en su ilícita consagracion por el horror que esta inspiraba, que la asistencia del público á semejante acto se redujo á tres eunucos, siendo los consagrantes tres Obispos arrianos, y hubo de verificarse en el palacio, porque el pueblo católico no le permitia la entrada en las iglesias, y cuando despues

con el auxilio del brazo secular penetraba en alguna de ellas, los fieles se retiraban y le dejaban solo, por manera que tenia bella ocasion para contemplar su afrenta y persuadirse de que en la ciudad eterna gemia bajo la vencedora planta del Príncipe de los Apóstoles el mónstruo del arrianismo. Sin embargo, este antipapa no cometió exceso de ninguna clase, y es de suponer que solo por ambicion hubiese servido de instrumento á los malévolos desig-nios de Constancio. Entretanto el legítimo Pon-tífice Liberio sufría en Berea, poblacion de la Trácia, los rigores de un destierro tan injusto como inhumano.

CAPÍTULO XXVIII.

SUMARIO.

Triunfa Osio del Emperador Constancio. Vuelve á España y le escribe su célebre carta: es desterrado á Sirmio y padece tormentos: diversas opiniones acerca de su caida.

Era el grande Osio firmísimo baluarte de la fé por su eminente mérito, su prudencia y aquella autoridad que le daba el ser considerado como el padre de los Obispos. Hacia sesen-

ta años que se hallaba revestido de su elevada dignidad, y habia confesado á Jesucristo públicamente en las persecuciones paganas y tenido la gloria singular de presidir como legado de la Santa Sede dos Concilios generales. Sobraban pues motivos para que los Arrianos creyesen, como se lo manifestaron á Constancio, que nada habian hecho con desterrar tantos Obispos católicos si aun permanecia inmóvil esa altísima columna de ciencia, virtud y suma autoridad que sostenia la Iglesia: empeñáronse en derribarla, é hicieron los mayores esfuerzos para persuadir á su Emperador que no respetase las canas de Osio y le persiguiese sin consideracion alguna hasta doblegarlo á sus caprichos ó acabar con su vida.

Constancio cede al empeño de los prohombres de su secta, escribe á Osio que se presente en su corte; y el ancianísimo Obispo se pone en camino con el pecho armado de fortaleza evangélica. El Emperador al recibirle en su palacio emplea todos los recursos de su ingenio y despliega todo el aparato de su poder para persuadirle á que firme la condenacion de Atanasio, y comunique con los Arrianos; pero encuentra en la firmeza del insigne Obispo de Córdoba un castillo inexpugnable. Osio se irrita al oírle; la indignacion de su alma grande le da una elocuencia irresistible, que confunde al

arriano Emperador y le hace desistir de su tenaz porfía. Osio tranquilo y victorioso vuelve á España á continuar ilustrándola con los resplandores de su sabiduría. Burlados los instigadores del Príncipe herege se lamentan del mal éxito de su empresa, pero convencidos de la importancia de ella, renuevan sus instancias y logran de Constancio que de nuevo acometa la árdua tarea de seducir á Osio : Constancio la emprende con la mas asidua decision, y escribe repetidas veces al Obispo español ora halagándole con lisonjas, alabanzas y demostraciones del mas profundo respeto, ora procurando intimidarle con amenazas terribles. Mas todo en vano. Las oleadas del furor imperial se estrellan en una roca, que invencible resiste todo género de acometidas.

Quédanos un magnífico monumento de la santa libertad y esforzado denuedo, con que respondia este oráculo de los Concilios al dominador del mundo. Es una carta, que todos los siglos han admirado, y que por su extension no parece regular que halle entrada en esta obra. Baste decir que principia recordando á Constancio que confesó á Jesucristo en la persecucion movida por su abuelo Maximiano, y que está dispuesto á sufrir toda clase de tormentos si él intentáre probar con ellos su fé. En esta famosa carta llena de los mas elevados

sentimientos deslinda Osio en términos precisos y claros las diferentes atribuciones de ambas potestades. «Acordaos, dice á Constancio, que aunque sois Emperador, no por eso dejais de ser hombre, ni estais menos sujeto á morir. Temed los juicios eternos: no os mezcléis en las cosas eclesiásticas: en esta materia no teneis órdenes que darnos, sino que debeis recibirlas de nosotros. Dios os ha confiado las riendas del imperio, y á nosotros el gobierno de la Iglesia, y así como nos opondríamos al orden de Dios si atentáramos á vuestro poder, del mismo modo no podeis vos atribuirnos, sin faltar á la justicia, lo que á nosotros pertenece. Porque escrito está: Dad al César lo que es del César; y á Dios lo que es de Dios. Si á nosotros no nos es permitido arrogarnos el dominio en el imperio, tampoco debeis vos ejercer el ministerio sacerdotal.»

Estas cláusulas célebres en el mundo científico y con tanta razon citadas en obras importantes, son una muestra del generoso ardimiento y vigor del alma de Osio, de su sabiduría y de la claridad de su mente excelsa. Mas en los hombres obcecados no penetra la verdad, aunque vaya acompañada de un océano de luz. Osio y muchos otros Obispos de España eran los defensores de la consustancialidad del divino Verbo, y esto bastaba para que los hereges jurasen su

ruina: dominaban á Constancio, y consiguieron arrancarle decretos cruelísimos contra aquellos gloriosos atletas de la fé: fueron desterrados á lejanos países, y en especial el grande Osio tuvo que andar 700 leguas para llegar al término de su destierro, que era la ciudad de Sirmio en la Panonia. Contaba entonces 100 años, y sobre su decrepito cuerpo descargó el furor de los hereges un aluvion de tormentos eternamente ignominiosos para sus nefandos autores. Con ellos se trataba de rendir á un Obispo, que por espacio de un siglo habia sido la lumbrera del universo cristiano, la admiracion de las naciones, el caudillo en las batallas del Señor, la gloria de la Iglesia y por su santidad y apostólica firmeza uno de sus mas ilustres sostenedores. Acerca de si lograron ó no su intento, y hasta qué grado, están las historias eclesiásticas sobremanera discordes, y no es este el lugar de reproducir las autoridades en que unas y otras se fundan. El juicioso Florez en el tomo décimo de su *España Sagrada* le defiende de la acusacion de haber firmado la segunda fórmula de Sirmio, mas conviene en que por breve tiempo se prestó á comunicar con Ursacio y Valente, Obispos arrianos, y en este modo de pensar le sigue el P. Buldú en su *Historia de la Iglesia de España, impresa en Barcelona en 1856*. El P. Maceda en su obra intitulada *Osius veré*

Osius emplea multitud de argumentos y hace gala de rica erudicion para sentar que la inocencia de Osio no admitió mancilla alguna. Defiéndenle igualmente con mas ó menos extension, y en particular de las acusaciones mas graves, Baronio, Aldrete, Mendoza, Aguirre, Gomez-Bravo y otros autores nacionales de los tiempos antiguos y modernos. Mas en lo que no cabe duda por los respetables testimonios de San Atanasio y San Agustin es en que Osio murió detestando la heregía arriana, y protestando contra la violencia, que se le habia hecho, y con los mas puros y fervorosos sentimientos de la fé católica, que siempre habia reinado en su alma. ¿Pero qué hombre probo perderá su reputacion de honradez por el delirio, que le sobrevenga en una terrible enfermedad? ¿La perderá si recobrado el juicio, se desdice de las palabras proferidas en el hervor de la calentura, cuando por la violencia del mal no estaba en sí? Se ha dado pues, á mi juicio, á la cuestion de la caida de Osio, sea cual fuere su verdad histórica, una importancia que no debiera tener, si se considera que un hombre de 100 años, despues de un viaje inmenso y bajo la presion de agudísimos tormentos es un semi-cadáver. Á mí me angustia el corazon el espectáculo de tal anciano lleno de llagas en la tortura, y me vuelvo á contemplarle presidiendo

los Concilios de Sárdica y Nicea, ó exhortando á la perseverancia en la fé momentos antes de espirar.

CAPÍTULO XXIX.

SUMARIO.

Persecucion de Constancio. Mártires y apóstatas. Educacion y juventud de Juliano el apóstata: se hace discípulo del mago Máximo y abandona en secreto la religion cristiana: es creado César. Primeros años y estudios de San Basilio y de San Gregorio Nacianceno, é idea de la santidad de la familia de uno y otro.

La persecucion, que Constancio hizo á los Obispos católicos, se generalizó y creció en despótica crueldad hácia los últimos años de su vida. Circuláronse órdenes á los magistrados para que á todos los Obispos se les obligase á tomar parte en la condenacion de San Atanasio y á declararse por el arrianismo; si lo rehusaban eran desterrados de sus diócesis, y los ciudadanos que se les mostraban adictos, sufrían toda suerte de vejaciones, inclusa la prision y el confiscamiento de sus bienes. Muchos cedieron á la violencia, y aparentaron lo que no sentían, mancillando su dignidad y buen nombre con villana cobardía y ofendiendo á su Dios;

mas otros muchos optaron por el destierro y por los mas horribles padecimientos, conservando ilesa y esplendorosa su fé, y sin mancilla alguna su conciencia. El ser verdadero católico era lo único que no se perdonaba, mientras los malhechores con facilidad alcanzaban la gracia del Emperador. Para los buenos no habia ley, ni justicia, y para los Arrianos era la impunidad una especie de privilegio, que no se les podia disputar. Así esta época fue muy fecunda en mártires gloriosos y en apóstatas desventurados.

Crecia entretanto y se imbuia en la ciencia del infierno el mas astuto enemigo, que habia de tener la Iglesia de Jesucristo, es decir, Juliano el apóstata, primo de Constancio. Reuniéronse fatales circunstancias para formar á este hombre de funesta memoria: nacido en medio de las calamitosas discordias, que entre los que llevaban el nombre de cristianos introdujo la heregía de Arrio, los ojos de su razon se abrieron á incesantes escándalos, y para mayor desgracia suya fueron sus diversos maestros hombres sin fé y sin conciencia, ó sofistas procaces, ó hereges arrianos, como Eusebio de Nicomédia y el nefario Aecio. Así jamás conoció á fondo nuestra divina religion, ni eran capaces de enseñársela sino de malear su espíritu, ya de suyo ligero, vano y mal inclinado, los encarga-

dos de introducirle en el santuario de las ciencias. Lo que hicieron fue despertar en él un curioso anhelo de novedades, y de vanagloria científica y literaria. Sin reposo en su alma, porque carecia de los bienes de la virtud, y sin fundamento en su educacion moral y religiosa, su mente inquieta emprendió la azarosa peregrinacion que han hecho muchos ingenios por las peligrosas escabrosidades de las sectas filosóficas, y por último vino á ser en breve tiempo discípulo y juguete de un mago llamado Máximo. Era este impostor acérrimo enemigo del cristianismo, y se proponia ganar adeptos para sus falsos dioses. Cuéntase pues que llevó á Juliano á un templo de ídolos, y le hizo bajar á un subterráneo lóbrego, en el cual despues de varias evocaciones misteriosas vió el jóven Príncipe aparecérsese horrendos espectros de vivo fuego, y aterrorizado, como por un movimiento involuntario formó la señal de la cruz, y desaparecieron las espantosas visiones. Juliano no pudo menos de admirar el poderío de la cruz; pero el mago le dijo que no por virtud de ella, sino por el horror que les inspiraba se habian ahuyentado sus dioses, pues no querian tratar con quien todavia no la echaba en olvido. Juliano, que á la sazón tenia 20 años, se dió por satisfecho con tan fútil respuesta, y se declaró ardiente partidario del

paganismo, abrazando desde luego las supersticiosas prácticas de la idolatría, á la cual tuvo desde niño alguna propension. Pero en público ocultaba sus verdaderos sentimientos, aunque hacia gala de muchas extravagancias y vestía el manto de filósofo, sin mostrarse tal por su circunspeccion y sus modales, los cuales revelaban un genio avieso. San Basilio y San Gregorio Nacianceno, que por entonces cultivaban las ciencias en Atenas, le conocieron en esta ciudad, y penetraron toda la malicia que se encerraba en el corazon de Juliano. Hasta su exterior era feo y ridículo. Sin embargo, le favorecia con grande empeño la Emperatriz Eusebia, y consiguió que su marido le llamase á la corte, le hiciese César, y le encomendase la defensa de las Galias acometidas por los septentrionales. Quitáronle entonces el traje de filósofo y le vistieron de militar. Y él en agradecimiento, aunque secretamente aborrecia de muerte á Constancio, pronunció en su presencia dos panegíricos, en que prodigó á este inepto Emperador el mentiroso incienso de la adulacion mas vil y mas rastrera. Tarea por cierto muy poco digna de un filósofo.

Mas siempre pone la divina Providencia el bien al lado del mal: al mismo tiempo que los genios del averno se complacian en ir formando para sí el espíritu de Juliano, las virtudes di-

vinas habian tomado á su cargo dos tiernas y bellisimas plantas, que en breve habian de ser en el jardin de la Iglesia dos gigantes árboles colmados de opimos frutos. Gregorio de Nacianzo y Basilio ofrecen en su juventud un espectáculo digno de la amorosa atencion de los ángeles: ambos habian nacido en Capadocia, y parece que la santidad de su ilustre familia fué la cuna gloriosa de ambos. Tuvo Gregorio por madre á Santa Nona, que con el fervor de sus oraciones alcanzó la conversion de su marido, el cual se llamaba tambien Gregorio, y gobernó despues la Iglesia de Nacianzo por muy dilatados años, defendiéndola de los asaltos de los enemigos de la fé, y cultivando la viña del Señor con el mas delicado esmero. De este ejemplar matrimonio nacieron además de Gregorio, su principal lustre, otros dos Santos, á saber, Cesáreo y Gorgonia.

No era menos fecunda en santidad la familia de Basilio, cuyo abuelo materno dió la vida por la fé en las persecuciones del paganismo, y cuya abuela paterna Santa Macrina, así como su marido, recogieron multiplicados laureles en los combates de largos y repetidos martirios, á los cuales sobrevivieron por una especie de milagro. Santos fueron igualmente sus padres Basilio y Emelia, la cual dió á luz diez hijos, y entre ellos cuatro que la Iglesia venera en

sus altares, San Basilio, San Gregorio Niseno, San Pedro, Obispo de Sebaste, y la virgen Santa Macrina. Aunque esta privilegiada familia residió mas comunmente en el Ponto, nació Basilio en Cesarea de Capadocia, y en esta ciudad estudiaba las humanidades cuando conoció á Gregorio, que venido á ella para hacer el mismo estudio, estaba destinado á unírsele con los dulces lazos de la amistad mas pura y mas estrecha. Algun tiempo despues pasaron ambos jóvenes á Atenas, que continuaba siendo como la metrópoli de las ciencias, al menos en el concepto de la Grecia. En esta ciudad fue donde subió de punto su inocente y recíproco cariño: resueltos á no vivir sino para el servicio de Dios y á consagrarse enteramente á su amor y contemplacion, entablaron, habitando en una misma casa, un método de vida que parecia ordenado por la caridad, la cual partiendo de ambos pechos formaba una sola llama, que unia entre sí sus dos almas y levantándolas juntas, las unia á su Dios. Sus competencias eran de humildad; y todo el placer del uno era servir al otro. Ambos eran como el espejo de los demás jóvenes por su aplicacion á los estudios sérios y sagrados y por la pureza de sus costumbres. Los buenos libros, los buenos maestros y la oracion ocupaban todo su tiempo. Agigantados adelantamientos hacian en la cien-

cia y en la virtud. Solo nuestra divina religion ofrece un ejemplo tan hermoso de sublime amistad en dos jóvenes, que eran ya la gloria de las ciencias y que se disponian á ser dos astros luminosos en el firmamento de la Iglesia: han tenido imitadores, pero únicamente en el seno del catolicismo. Fuera de él no hay amistades, que la virtud sublima y santifica.

CAPÍTULO XXX.

SUMARIO.

San Hilario de Poitiers: su talento, su conversion, su episcopado, su destierro á la Frigia. San Martin: sus primeros pasos en la virtud: conversiones que obra. Mencion de otros Santos que por entonces se hallaban en la niñez. San Cirilo Obispo de Jerusalem. Aparicion de una cruz luminosa en el aire. Sitio de Nísibe por el Rey de los persas. Santiago, Obispo de Nísibe. Prodigios y venganzas de Dios. San Eflen: su espíritu y género de vida que en la soledad hacia. El monge Julian.

Las Galias eran un fecundo plantel de Santos, que honraban la Iglesia con sus virtudes y la defendian con los rayos de su sabiduría. Oponíase vigorosamente á los hereges San Fe-badio, escribiendo contra la segunda arriana

fórmula de Sirmio. Hilario de Poitiers, tan conocido en los fastos de la santidad como en la república de las ciencias sagradas, era un astro, que se levantaba luminoso sobre el horizonte de la Iglesia para consolarla y esclarecerla y arrollar las sombras del arrianismo. Había nacido en aquella ciudad, y llegó á ser su Obispo. Su nobilísimo entendimiento hallaba un indefinible vacío en la filosofía de los autores paganos que estudiaba, y dejándose llevar del vuelo natural de sus ideas sublimes, llegó á las regiones de la verdadera luz: lo que le enseñaba su razon investigadora de lo justo y de lo grande lo vió admirablemente confirmado, enaltecido y hecho un océano inmenso de divina sabiduría en los libros del antiguo Testamento, que acallaron su inquietud, y le llenaron de gozo, hablándole de la inmensidad y de la omnipotencia de Dios: los del nuevo le dieron aliento para abrazar nuestra divina religion, y la gracia le comunicó luces sobrenaturales para comprenderla y profesar el dogma de la consustancialidad del Verbo cuando todavía ignoraba que fuese doctrina del inmortal Concilio de Nicea. Colocado en la silla episcopal de su patria fue un apóstol y un santo. En Beziers confundió á Saturnino, que se proponia entronizar la heregia, y su generoso denuedo le valió el ser desterrado á la Frigia. Pero si el cruel despotismo de

Constancio le arrancó de su diócesis, parecia por la grandeza de su celo que se hubiese San Hilario encargado de todas las demás Iglesias del universo cristiano.

Discípulo suyo fué el inclito San Martin, celebérrimo por sus muchos milagros y por aquella caridad ardiente, que le hizo dar la mitad de su capa á un pobre, á quien vió desnudo á las puertas de la ciudad de Amiens. Sus padres eran paganos, y él á la edad de diez años se escapó de su casa para ir á la iglesia y hacerse catecúmeno. Obligado despues á seguir las banderas, mostró en la milicia que es posible ser santo en medio del estruendo de la guerra. Se retiró de la milicia, siendo todavía muy jóven, y no tardó en presentársele otra ocasion de acreditar de nuevo su valentía: iba de camino y cayó en poder de una banda de ladrones: ya uno de ellos tenia levantada el hacha para hendirle la cabeza, mas otro le detuvo el brazo. Y con las manos atadas fue Martin entregado á otro de los salteadores á fin de que le despojára de su ropa: llevóle el ladrón á parte, y le preguntó quién era; á lo cual respondió Martin: «Soy cristiano.—¿Tienes miedo? — Jamás he estado mas tranquilo que ahora: sé que Dios no abandona á sus siervos en la tribulacion. Lo que me affige es que tú te hagas indigno de su misericordia con tus

latrocinios.» Y se puso á predicarle, y le convirtió al instante. Mudado ya el ladron en otro hombre, le condujo al camino real, y abrazó despues la vida monástica. Tan fácil es á Dios sacar á un malvado del abismo de la perdicion. Prosiguió Martin su viaje á la Iliria, donde residian sus padres, que aun vivian en las tinieblas de la idolatría. Llegó y obró la conversion de su madre y de otras muchas gentes, publicando las misericordias del Señor, y defendiendo su Iglesia de las asechanzas y de los tiros del pérfido arrianismo.

El siglo cuarto es sin duda el de las grandes lumbreras de la Iglesia, y por estos años habia en ella una selecta porcion de niños sublimes, que estudiaban en sus respectivos países para ser su gloria y los doctores de los siglos advenideros. La luz de lo alto iba formando sus esclarecidos entendimientos, y una prematura santidad ennoblecía ya sus almas puras y bellísimas. Verian los ángeles con delicioso encanto á Optato de Mileva en el África, á Ambrosio en las Galias, á Gerónimo estudiando en Roma, á Juan, que por su admirable elocuencia ha de llamarse Crisóstomo, en Antioquia, y á otros varios, que el Señor destinaba á defender la combatida fé y á postrar á la rebelde heregía. El africano Agustin ya en su infancia despedia los rayos de su profundo inge-

nio, pero antes de que la virtud los purificára y engrandeciera, su genio habia de habitar en los contornos del tenebroso averno.

Cirilo en tanto edificaba con el ejemplo de su vida santa y con la doctrina, que derramaban sus elocuentes lábios, la Iglesia de Jerusalem, de la cual fué consagrado Obispo en 350. Al año siguiente presenció un estupendo prodigio, cuya narracion hecha por él mismo se conserva entre sus obras en una epistola dirigida al Emperador Constancio. El 7 de Mayo apareció en el aire á las nueve de la mañana una maravillosa cruz de luz refulgentísima, que se extendia desde encima del Calvario hasta el monte Olivete, y estuvo patente á los asombrados ojos de todos los habitantes de Jerusalem por espacio de muchas horas. La admiracion, el terror, la alegría, el arrepentimiento, todo, todo se mezclaba y hallaba simultánea cabida en los corazones de los moradores de la santa ciudad. Y de esta portentosa aparicion de la cruz celebra una fiesta particular la Iglesia griega.

Invadió y saqueó Sapor la Mesopotamia y por tercera vez puso sitio á la ciudad de Nisibe, que se vió reducida á los mayores conflictos. Despues de haber agotado todos los recursos del arte de la guerra, empleando contra la ciudad asediada las máquinas destructoras, ideó

el Rey de Persia valerse de otro enemigo para rendirla. Llevábale el tributo de sus aguas el rio Migdonio, y Sapor lo desvió á fin de que sus angustiados habitantes murieran de sed ó se rindieran. Pero Nísibe abundaba en pozos y fuentes, y así quedó frustrado el intento de Persia. Esta detuvo las corrientes del rio para que hinchadas con la represion y rompiendo con ímpetu el dique que las contenia, dieran un vigoroso empuje á las murallas y las echáran por tierra. Así sucedió. Pero el Obispo de Nísibe Santiago era como el alma de su defensa heróica, y sus oraciones salvaron á Nísibe. Animaba á sus defensores con su ejemplo y sus palabras, y alcanzaba de Dios el valor y ardimiento que habian menester. Al dia siguiente de la destruccion de los muros apareció una nueva muralla levantada en las tinieblas de la noche, y todos los esfuerzos del poderoso ejército persa eran inútiles. Por último, el cielo peleó mas visiblemente en favor de los cristianos sitiados: un dia que Sapor se acercaba á la muralla, vió sobre ella un personaje, que por el brillo de sus resplandecientes vestiduras se ostentó á sus ojos como el Emperador Constancio; y cerciorado el Señor de la Persia de que habia padecido grande engaño, porque sus aúlicos y sus generales le volvian á asegurar que Constancio estaba muy lejos, creyó que

efectivamente el Dios de los ejércitos se habia declarado en contra suya, mostrándole aquella vision aterradora, y ciego de ira lanzó una saeta hácia arriba como para desahogar su rabia impía. Súpolo el diácono San Efren, que se hallaba en la ciudad y en ella habia nacido, y no sufriendole el corazon que impune quedára este insulto hecho al Dios altísimo, rogó al taurmaturgo Obispo Santiago que subiendo á una altura, desde donde se descubriesen las huestes persianas, les fulminára rayos de anatemas tremendos. Santiago subió á una eminencia, y desde allí expresó al Todopoderoso sus deseos de que por medio de mosquitos abatiera la arrogancia de los ejércitos de Sapor; y al instante una nube de picadores mosquitos introdujo desasosiego y confusion en los persas innumerables obstinados en el asedio de la ciudad, y metiéndose luego en la boca, en las orejas, en los ojos y en la nariz de los caballos y de los terribles elefantes, los indujeron á desazonarse y á enfurecerse de tal modo que corriendo y atropellando á diestro y á siniestro, cual si estuvieran embistiendo enemigas ordas, hicieron entre la armada muchedumbre de los persas hasta diez mil víctimas de su desatentada furia. Ya entonces no fue posible resistir: Sapor levantó el campo. Pero aun no estaban satisfechas las venganzas del Altísimo; y el hambre

y la peste acabaron de sembrar el espanto y la consternacion; y fue la muerte recogiendo las ofrendas de millares de vidas, que aquellas dos plagas le presentaban. Por manera que Sapor al retirarse de Nisibe volvió á la Persia con el corazon cubierto de afrenta, luto y horror. Desprecie enhorabuena el incrédulo la oracion de los Santos, que la historia se ha encargado de mostrarnos que muchas veces ha derrotado ejércitos tan poderosos como el de este humillado Rey de Persia.

Se sabe del mencionado diácono San Efren que fue discípulo de Santiago de Nisibe y se bautizó á la edad de 18 años, habiendo sido desde su infancia un perfecto dechado de todas las virtudes. Su humildad sin embargo le hizo pintarse en sus escritos como un gran pecador, y lágrimas de penitencia corrieron incessantemente por sus mejillas descarnadas. Abrazó la vida monástica; y tomó por modelo á un monge, que habiendo nacido en los países septentrionales del Occidente, prisionero en campaña vino á ser esclavo y despues se retiró á la soledad, y cuyo nombre era Julian. Efren dejó lo poblado por particular inspiracion de Dios, y se fijó cerca de Edesa. Visitaba con frecuencia á Julian, y sus coloquios eran llorar los pecados del mundo y los suyos propios: ambos llevaban las austeridades á lo sumo

consigo mismos, y no vivian mas que para contemplar en Dios. Efen no obstante era mirado como un Apóstol, y sus exhortaciones de vivo fuego penetraban las almas como una espada, las arrebataban al cielo, las estremecian con la terribilidad de los juicios divinos, las inundaban en un piélago de consuelos altísimos, y con ímpetu las desprendian de todo lo terreno. El espíritu de este monge humildísimo se hallaba constituido, como ciudadano del cielo, en luminosas regiones de patética sublimidad casi del todo desconocidas al resto de los mortales. Él solo es en sus obras y era en su corazon y en su mente y en su poesía lo que fueron cada uno de por sí Isaías y Jeremías.

Tambien la Armenia tuvo á mediados de este siglo un esclarecido Apóstol en su Patriarca Nerses. Descendia de San Gregorio el iluminador, y brillaba en la cumbre de las dignidades militares, distinguiéndose tanto por su valor y talento como por la nobleza de su alcurnia; pero sobre todo era universalmente estimado por sus virtudes acendradas. Quedó vacante la silla patriarcal, y contra su voluntad fue elevado á ella en la asamblea del clero y de los fieles, obligándole el mismo Rey á trocar la espada por las insignias pontificales. Esta eleccion fué de Dios sin duda alguna,

porque el estado de la religion en Armenia pronto cambió de aspecto: levantáronse templos, se cortaron abusos, se mejoraron las costumbres, se difundieron las luces del Evangelio, cobraron nueva vida las prácticas de piedad, y en una palabra, se vió la virtud entronizada y derrocado el vicio.

CAPÍTULO XXXI.

SUMARIO.

Escenas de violencia en Alejandría: San Atanasio se libra como por milagro y huye á esconderse en los desiertos. Continúa la persecucion á los católicos. El arriano Jorge en la silla de Alejandría. Muerte de San Antonio. Padecimientos de San Eusebio de Verceilles y de otros muchos católicos. Ida de Constancio á Roma: las señoras romanas le piden que levante el destierro del Pontífice Liberio y condesciende por miras de política. Vuelve el Pontífice á Roma y es arrojado de ella el antipapa Félix. Impostura arriana acerca de la caída de Liberio.

Aunque el mundo cristiano estaba revuelto por el ódio que los Arrianos profesaban á Atanasio, continuaba este santo Patriarca en Alejandría enseñando á su grey la doctrina de la revelacion. Querian aquellos minar la tierra

antes de llegar al castillo. Determinaron por fin asaltarlo. Enviáronse pues órdenes á la capital de Egipto para arrojar de ella á su venerable Obispo: estaba encargado de ejecutarlas Siriano, general de las tropas, pero el santo Prelado y los principales ciudadanos de Alejandria le manifestaron que aquellas debian proceder del Emperador mismo, á quien el pueblo fiel acudió pidiéndole que le conservára á su Obispo. Pasaron en esto 23 dias, y cuando el celoso Pastor se hallaba con sus ovejas reunidas en un templo, celebrando solemnemente las vísperas de una gran festividad, Siriano cercó y acometió la iglesia con sus falanges, y profanando el lugar santo, llenó de terror y consternacion al pueblo congregado: cruzaban las flechas, oíanse lúgubres gemidos y corria sangre inocente. Pero Atanasio se mantenia impertérito, implorando con los salmos de la misericordia el auxilio divino, hasta que habiendo salido la mayor parte de la espantada muchedumbre, algunos de sus clérigos y monjes mas inmediatos le sacaron como á la fuerza por entre las armas de los soldados allí apiñados para prenderle ó darle cruda muerte. Se salvó pues milagrosamente, cual lo confiesa el mismo. Y no pudiendo ya subsistir en Alejandria, se fué á los desiertos, donde hasta la muerte de Constancio estuvo oculto.

Extendióse la persecucion de los católicos por todo Egipto con mas furor que nunca; los Obispos ortodoxos eran lanzados de sus sillas, otros mas débiles sucumbian á las amenazas y se alistaban en las filas de los enemigos de Jesucristo; á otros por su constancia en la fé se les hacia padecer cruelísimos maltratamientos, y á otros se les desterraba despojándolos de sus bienes. En Alejandría fueron las iglesias arrebatadas al clero católico y entregadas á los secuaces del arrianismo. Y en el lugar de San Atanasio pusieron estos hereges á un hombre sin principios, de condicion dura, y sobresaliente en el fanatismo de su secta; llamábase Jorge de Capadocia, y al recordar su nombre se horroriza la historia. Prisiones, golpes, flagelaciones inhumanas, destierros, asesinatos, por doquiera derramamiento de sangre, espantosos horrores, escándalos nefandos y víctimas sin cuento, hé aquí el espectáculo que ofrecia la mísera y populosa ciudad de Alejandría bajo la presion de este intruso, que vino á devorar el místico rebaño de Jesucristo.

Los enemigos de San Atanasio le persiguieron hasta en los escondrijos de los desiertos; mas no quiso Dios que cayese en sus manos, y él se retiró mucho mas adentro para no comprometer á los monges, cuyos monasterios visitaba, edificándolos tanto con su ejemplo

como con sus exhortaciones. Pero no logró su deseo de ver á San Antonio, que aquel mismo año de 356 habia exhalado dulcísicamente su espíritu, volando á mejor patria el 17 de Enero á la edad de 105 años.

La persecucion que sufrían los católicos de Constantinopla, subyugada por el Obispo arriano Macedonio, era muy parecida á la que padecían los fieles de Alejandría. Mas entre las muchas victimas del poderoso furor de los hereges por este tiempo merece especialísima mención San Eusebio de Vercelis, que desterrado en Scitópolis fue varias veces el inocente blanco de las brutales iras de la faccion triunfante. Le arrebataron de su casa, y medio desnudo le arrastraron por tierra; encerráronle como un malhechor en un estrecho calabozo, y pretendiendo que muriese de hambre, le hicieron pasar dias enteros sin probar alimento. Ejercieronse mil crueldades con los otros católicos desterrados, que le miraban y le amaban como á su Pastor y maestro. Las violencias de los Arrianos fueron lenguas de su descrédito; y las cadenas, que llevaban los Obispos perseguidos, eran la apología de la fé, y conquistaban para las verdaderas creencias los corazones de los pueblos, que les tributaban un sincero homenaje de amor y de admiracion. Ni descansaban en sus destierros los atletas de

Jesucristo: escribiendo cartas enérgicas y excelentes libros contra el arrianismo, le hacian heridas mortales y le cubrian de ignominia, coronando de laureles la celestial doctrina que defendian.

Constancio fue á Roma á recibir el incienso, que juzgaba merecer por sus victorias sobre Magnencio seis años despues de la muerte de este usurpador; y las señoras romanas de mas elevada categoría, con el beneplácito y consejo de sus maridos, aprovecharon aquella ocasion para pedir á Constancio que se diese libertad al Pontífice Liberio para volver á Roma, que por él suspiraba. Constancio les dijo que tenian Pontífice en Félix; y ellas le replicaron que los habitantes de Roma no querian comunicar con Félix, porque era amigo de los Arrianos. La peticion de las nobles matronas estaba apoyada por la firmisima adhesion y decidido afecto, que la ciudad eterna profesaba á Liberio; y muchos historiadores convienen en que por esta causa hubo en ella un sedicioso tumulto; así pues, el Emperador con gran disgusto suyo, como dice Sócrates en su historia, ora fuese por apaciguar la sedicion, ora por no mostrarse demasiado duro é inflexible con las señoras de la capital de su imperio, vino en levantar el destierro al soberano Pontífice, permitiendo que regresase á

Roma. Recibiéronle los romanos con extraordinario júbilo y grande fiesta, y arrojaron al antipapa Félix.

Lo que acaba de referirse consta por el testimonio unánime de todos los historiadores antiguos; y apenas se comprende cómo hombres que se precian de saber discurrir hayan prestado crédito á la impostura de los Arrianos sobre que Liberio condenó á San Atanasio y suscribió á la fórmula de Sirmio, logrando con semejante condescendencia que el Emperador le restituyera su dignidad, facultándole para volver á su silla. Con semejante caída es indudable que lejos de merecer el afectuoso entusiasmo del católico pueblo de Roma á su regreso, hubiera sido objeto de la animadversión pública como un desertor, como un cobarde, como un apóstata; y hubiera perdido para en adelante el prestigio, que sabemos conservó muy entero sobre toda la Iglesia. Y al mismo tiempo que Liberio volvía á Roma por haber transigido con los enemigos de la fé de Nicea, y los adictos y defensores de esta santa fé le recibían en palmas ¿habian de haber expulsado de su ciudad por dos veces á Félix, en quien no reconocian mas delito que el comunicar con los Arrianos? Pero no es de críticos y filósofos que conozcan el corazon humano, recordando los antecedentes de Liberio

y cuál fue su dignísima conducta en lo sucesivo y hasta su muerte, el creer que hubiese caído quien se mostró tan firme ante la airada potencia del tirano del mundo. Manifestará mejor discernimiento quien siga el parecer de los Santos Basilio, Ambrosio, Epifanio y Siricio, los cuales le llaman Pontífice de dichosa, venerable y santa recordacion. Rhorbacher asegura en el tomo séptimo de su *Historia Universal de la Iglesia* que muchos calendarios antiguos le cuentan entre los Santos, lo que no se hermanaba con la supuesta caída de este gran Pontífice, á quien Teodoreto denomina admirable cabalmente hablando, como observa el Cardenal Orsi, de su regreso á Roma. Reflexionando el autor que acabo de citar sobre esta famosa impostura de los Arrianos, destruye los falsos fundamentos con que se ha pretendido autorizarla. (Tom. 6.º) Y con mas extension dilucida este punto defendiendo á Liberio el sábio Padre Zaccaria en una de sus disertaciones. Pero para los que nos preciamos de creer las palabras de nuestro divino Salvador están demás los testimonios históricos, pues sabemos que dijo á Pedro, y en él á todos sus Sucesores: *Ego rogavi pro te ut fides tua non deficiat*. Yo he rogado por tí para que tu fé nunca falte.

CAPÍTULO XXXII.

SUMARIO.

Division de los Arrianos en dos facciones contrarias: conciliábulo: inconstancia del Emperador juguete de los dos bandos heréticos. Ruina é incendio de Nicomédia. Concilio de Seleucia. Id. de Rimini y su término funesto. El Papa Liberio desaprueba la conducta de los Obispos de Rimini y confirma en la fé á sus Hermanos. Arrepentimiento de muchos Obispos. Conciliábulo de Constantinopla. Concilio de París. San Melecio nombrado Obispo de Antioquía: sus virtudes y su destierro. Muerte del Emperador Constancio.

Hácia los años de 357 y 358 se dividió la secta de los Arrianos en dos partidos ó facciones, de las cuales la primera, que se llamó de los Anomeos, se componia de los Arrianos puros, que abrazaban y defendian en su totalidad con todas sus consecuencias la impía doctrina del heresiarca, no admitiendo en el Hijo de Dios ni la semejanza de naturaleza con su Padre. Capitaneaban esta faccion Eudosio, que por muerte de Leoncio se habia con intrigas apoderado del patriarcado de Antioquía, Aecio, Aerio, Eunomio, Uranio de Tiro y otros hereges desalmados, que la fueron subdividiendo

en diversas ramas. Formaban la otra los Semi-
arrianos, los cuales aunque enemigos de la
palabra *consustancial* y del Concilio de Nicea,
estaban menos distantes de los católicos en
sus ideas respecto al Hijo de Dios, pues con-
venían en que era semejante al Padre y de
su misma naturaleza. Claro es que esta divi-
sion del bando arriano fue provechosa á la
verdadera Iglesia de Jesucristo, porque sus
enemigos se debilitaron y se hicieron la guer-
ra. El inepto y voluble Emperador Constancio
sirvió alternativamente á las dos facciones ar-
rianas, que sin mucha dificultad le ganaban
para sí y le hacían descargar rudos golpes
sobre los corifeos de la contraria. Los Ano-
meos celebraron un conciliábulo en Antioquía,
y otro los Semiarrianos en Ancira; y así como
por los frutos se conoce el árbol, también en
nuestro caso podemos ahora decir que conocido
el árbol es fácil inferir cuáles serían sus frutos.
Prevalecieron en la corte, la cual se hallaba
por entonces en Sirmio, los Anomeos, y tra-
zaron en presencia del Emperador una nueva
fórmula de fé, que este autorizaba y que como
voluntad suya se había de imponer á todos los
Obispos. Á este fin se trató de reunirlos en Ni-
comédia, pero lo impidió un espantoso terre-
moto, que destruyó aquella ciudad, de donde
cincuenta y cinco años antes habían salido los

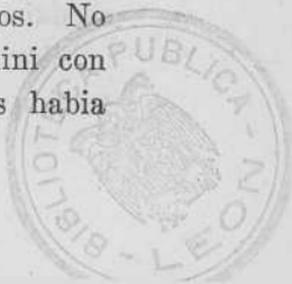
decretos de exterminio contra todos los adoradores de Jesucristo, y como en venganza de los cristianos quemados en las hogueras de sus calles, un voraz incendio, ocasionado por el fuego mal comprimido de sus hornos y de sus cocinas al tiempo de desplomarse, estuvo abrasando sus ruinas y sus escómbros por espacio de cincuenta dias.

Surgió despues la idea de juntar dos Sínodos, uno en Oriente y otro en Occidente: túvose el oriental en Seleucia, y el occidental en Rimini. Acudieron al de Seleucia como 160 Obispos, y en él se sobrepusieron las doctrinas favorables al catolicismo, á pesar de los furiosos esfuerzos de los Anomeos, que no eran mas que diez y nueve, habiendo sido depuestos varios de ellos y restableciéndose en su obispado de Jerusalem á San Cirilo. En Rimini llegó á cuatrocientos el número de los Obispos congregados por la profana voluntad del arriano Emperador Constancio, que aun no estaba bautizado, y se empeñaba en que el episcopado siguiera las leyes que le dictaba acerca de lo que habia de creer en punto al dogma. Para nada se contó con el Sumo Pontifice Liberio, y esto prueba, segun oportunamente reflexiona Rhorbacher, que jamás condescendió en lo mas mínimo con las exigencias de los Arrianos, pues de otra suerte hubieran estos

solicitado su asistencia para sacar un gran partido de su autoridad suprema, no debiendo desconfiar de doblegar de nuevo al hombre, que alguna vez se hubiese rendido á la violencia, al temor, ó al engaño. En esta asamblea infaustamente célebre solo ochenta eran Arrianos entre los cuatro centenares de Obispos allí reunidos, y como era natural la mayoría compuesta de ortodoxos rechazó indignada la novísima profesion de fé, que el Emperador enviaba y se acababa de fraguar en Sirmio. Pero Constancio, que se habia erigido en árbitro de la religion, tenia ordenado que diez Obispos de cada bando fueran á darle cuenta de lo que se hiciese en el Sínodo para sancionarlo ó reprobalo. Se adelantaron los diez diputados Arrianos, que eran de los mas viejos, astutos y diestros de su faccion, y cuando llegaron los diputados católicos hallaron ya al Emperador prevenido contra ellos y contra todos los Padres ortodoxos de Rimini, que se habian opuesto á su novel formulario: no quiso pues recibirlos, y les hizo pasar muchas humillaciones y sufrir feos desaires, mandándoles por último que le siguieran en el viaje que iba á emprender. Eran estos diez Obispos católicos hombres de poca cuenta, sin experiencia, sin conocimiento de las arterias del mundo y sin el correspondiente caudal de luces, que para tan

grave caso se requería: estrechados de mil modos por los Obispos Arrianos sucumbieron firmando una fórmula capciosa, que contenía el veneno de la heregía.

Los Prelados Católicos que permanecían en Rimini por de pronto se indignaron al saber la defección de sus diputados, y mas de una vez en sus contestaciones al Emperador mostráronse resueltos á mantenerse firmes en la fé de Nicea; mas al fin dieron un triste ejemplo de la flaqueza y volubilidad humana, cediendo despues de algunos meses de resistencia á los amaños del poder triunfante, ya fuese por librarse de aquella especie de prision ó destierro en que se les tenía, ó ya por creer la mentira de los Arrianos sobre que en Oriente el Sínodo de Seleucia se habia declarado por ellos, suscribiendo aquella fórmula tan conforme á la decidida voluntad del dominador del mundo. Sin embargo, quedaban constantes en su propósito de guardar la fé antigua veinte Obispos, que resistían á las amenazas y á los halagos de la seducción. Mas por último triunfó tambien de ellos el genio del mal, habiéndolos engañado y sorprendido el arriano Valente, á quien nada costaban las mas vergonzosas simulaciones y los enredos mas villanos. No advirtieron los Padres Católicos de Rimini con cuán doblada y perversa intencion les habia



hecho clamar Valente: «anatema al que dijere que el Hijo de Dios es una criatura como las demás criaturas.» Entendieron los Católicos que esto queria decir que el Hijo de Dios en ningun concepto era criatura; y la intencion del pérfido Valente fue expresar que era criatura, pero de un órden superior á las demás criaturas. Tan funesto término tuvo ese incalificable Sínodo de Rimini, habiéndole faltado aquella firmeza en la fé prometida por Jesucristo únicamente á su infalible Vicario Pedro. El Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, el valeroso Liberio fulminó una sentencia de condenacion contra todo lo que se habia hecho en Rimini; y la inmensa mayoría de los Obispos del universo cristiano, que no habian concurrido á aquella ciudad, oyeron su voz y permanecieron cual siempre lo habian estado firmemente adictos á la verdadera doctrina de la Iglesia acerca de la divinidad y consustancialidad del Verbo. Ciertó que San Gerónimo dijo que el orbe habia gemido al verse hecho arriano; pero para no seguir el torrente de los que abusan de esta expresion hiperbólica arrancada por la vehemencia de genio, que caracterizaba al Doctor de Belen, basta un poco de reflexion, pues es un rasgo oratorio, y debe considerarse que una palabra no es una demostracion y que los hechos y los testimonios de

la historia han de pesar en el tribunal de un recto juicio mas que el arranque de un Santo algo propenso á las exageraciones. El Cardinal Orsi, cuya es la observacion que antecede, enumera las muchas provincias del imperio, que no enviaron Obispo alguno á Rimini, y al nombrarlas recorre casi todo el mapa. La mayor parte de los que en aquella ciudad de funesta recordacion dieron motivo para que los Arrianos publicasen su vano triunfo, muy luego reconocieron y lloraron su falta de constancia en la defensa de la verdad católica, y los que al último fueron engañados y sorprendidos por Valente, declararon que jamás fue su ánimo apartarse de la fé de Nicea, y que no hubo mas que una inadvertencia en lo que sus enemigos pregonaban una adhesion á las doctrinas de la secta impía. Entre los Prelados, que mas se distinguieron por su energia en rechazar la fórmula victoriosa en Rimini y en sostener á los fieles en las verdaderas creencias de la Iglesia universal, sobresalió San Gregorio de Elvira, que ya habia sufrido el destierro y las persecuciones de los hereges por ser uno de los Obispos, que mas honraban á España con sus luces, nobleza de carácter, piedad, constancia valerosa en la fé y talento esclarecido. Tanto el Sumo Pontífice como los mas ilustres Obispos de la cristiandad, á pesar

del fuego de indignacion, que encendió en sus fuertes pechos la vergonzosa flaqueza y defeccion de sus cohermanos, al verlos arrepentidos les abrieron los brazos para recibirlos en su comunión, y todos juntos se apresuraron á publicar cuán abominable era á sus ojos la arriana heregía. En el campo de esta se trabajaba al mismo tiempo con afan, y Constancio empleaba su fuerza coercitiva para obligar á algunos Obispos católicos á suscribir la fórmula de su acariciada impiedad. Varios se le rindieron, porque entre muchos rara vez faltan hombres débiles é indignos de la mision sublime que el Señor les confía. Reunió en Constantinopla otro conciliábulo, y siguiéronse á él destierros y deposiciones de Obispos. Los de las Galias se juntaron en París, y su Concilio hizo honroso alarde del mas puro catolicismo. Era San Hilarib de Poitiers su principal antorcha, y la Providencia dispuso que brillára en el Concilio parisiense como ya habia resplandecido en el de Seleucia; valióse para esto de sus mismos adversarios, pues habiendo escrito en la misma corte del Emperador un memorial magnífico, en que pedia audiencia al tirano y desafiaba á Saturnino de Arlés á disputar con él en su presencia, juzgaron que debia alejarse á tan esforzado atleta, y porque le temian, se le comunicó la órden de regresar á

su patria y á su obispado. Nada mas extraordinario que el heroismo y la imponderable energía con que por este tiempo escribía San Hilario contra el Emperador.

Constancio se trasladó á Antioquía, y hallándose sin pastor esta metrópoli por muerte de San Eustacio y elevacion de Eudosio á la silla de Constantinopla, de donde habia sido expulsado Macedonio, pensó en darle un Obispo, y concurrieron los votos de católicos y arrianos en el nombramiento de Melecio, que por la suma dulzura de su índole en extremo apacible aun no se habia mezclado en las batallas religiosas. Se le mandó venir de su patria Melitina, ciudad humilde de la pequeña Armenia, y salieron á recibirle como en triunfo los ciudadanos de Antioquía, sin exceptuarse paganos ni judíos, porque todos deseaban conocer al hombre, que la fama pregonaba como admirable. En efecto, la bondad de su alma bellissima pintábase á maravilla en sus ojos y en su fisonomía: todo en él era dulce, amable, gracioso, encantador. Bañaba sus labios una halagüeña sonrisa, y sus palabras derramaban la amorosa dulzura de su sencillo corazón. Pero bien pronto se hizo objeto de la rabiosa animadversion de los arrianos: en un discurso hermosísimo pronunciado desde la cátedra del Espíritu Santo manifestó la pureza

de su fé, y por ello fué desterrado á su patria Melitina. El gobernador de la ciudad le cogió en su carroza para sacarle fuera de ella, y el pueblo que le amaba entrañablemente, empezó á apedrear al gobernador, que hubiera muerto si San Melecio no se hubiese apresurado á cubrirle con su propia capa. Y fue tan subido el afecto de los Antioquenos á su bondadosísimo Obispo que á sus hijos le ponian su nombre, y lo grababan hasta en sus sellos, y lo escribian hasta sobre sus muebles. Empero la prueba mas evidente del imponderable mérito de San Melecio fue la prodigiosa mudanza de corazones obrada en el espacio de un solo mes, en el cual disipó de los entendimientos muchas nubes de errores, haciendo brillar en ellos la vivificadora luz de la mas pura fé.

La divina Justicia impidió á Constancio el proseguir desterrando á Obispos santos, pues le llamó á dar cuenta de su vida arrebatándosela cuando se dirigia contra Juliano, que en las Galias habia sido proclamado Emperador, y ya tenia bajo su dominio la Italia y el Ilírico. Bajó Constancio á la tumba á la edad de 45 años, y poco antes de morir recibió el bautismo, que le administró el perverso arriano Euzoyo, á quien acababa de dar el obispado de la populosa Antioquía. Así su muerte fué cual su vida, entre arrianos.

CAPÍTULO XXXIII.

SUMARIO.

Hecho Emperador el apóstata Juliano restablece la idolatría. Transformaciones de su palacio de Constantinopla. Género de guerra que declara al Cristianismo. Vuelta de los Obispos desterrados y bienes que se siguen de ella. Prohibición de enseñar y de aprender los cristianos las humanidades. Noble conducta de los célebres profesores Proeresio y Victorino. Apostasía y arrepentimiento de Scébolo.

El triunfo de la impiedad es el castigo mas tremendo, que Dios envia á las naciones extraviadas y al sacerdocio culpable. No hay duda en que por este tiempo debian estar los cielos y la tierra horrorizados con los escándalos de los Obispos arrianos, y así para vengarse permitió la divina Justicia el entronizamiento del apóstata Juliano, que al verse Emperador se arrancó la máscara de la hipocresía, con que hasta entonces habia encubierto por temor á Constancio y por otras consideraciones su tímida apostasía, y haciendo pública profesion de adorar los ídolos, echó mano de cuantos arbitrios estuvieron á su alcance para restablecer y encaramar su culto ya sumamente decaido.

Abrió sus templos cerrados y abandonados, reedificó los que aun eran susceptibles de reparación y se iban desmoronando y levantó otros nuevos; alentó á los sacerdotes paganos, transfirió muchos bienes que servian al culto del verdadero Dios al de sus mentidas divinidades, restituyéndoles lo que habian perdido en los reinados anteriores, y tomando para sí la suprema dignidad del sacerdocio gentilico, llenaba sus funciones supersticiosas con un celo infatigable, ofreciendo víctimas sangrientas, que él mismo inmolaba ante las aras nefandas, y distinguiéndose sobremanera en el afan de escudriñar sus entrañas, é indagando el porvenir por el vuelo de los pájaros y por todas las ridículas invenciones de su mágia abominable. Pero en todo esto pudo tener modelos en los Emperadores idólatras que le precedieron, y así no hay para qué extenderse narrando tan conocidas torpezas, que han sido el baldon y el oprobio de la humana naturaleza. Á Juliano tocaba hacer un papel mas distinguido entre los sostenedores de la idolatría. Y á decir verdad que si las reglas y consejos, que dió á los pontífices y sacerdotes de los ídolos, y las máximas morales, que quiso difundir y aun hacer practicar por los gentiles, hubiesen sido fruto de su propio ingenio, hubiera merecido el extraordinario concepto, que de él mostraron te-

ner los volterianos filósofos del pasado siglo. Pero cuanto aparece bueno, útil al procomun, acorde con los mas sanos principios de la moral y digno de elogio en lo que escribió y mandó para rehabilitar, corregir, engrandecer y mejorar la idolatría, no es mas que una vil rapsodia de lo que prescribe y enseña el cristianismo. Con la hermosura de los despojos de nuestra divina religion se propuso este su insigne enemigo encubrir y decorar la fealdad de la suya. Se ve claro y se halla patente en sus cartas y exhortaciones: pudiera decirse que varias veces lo confiesa casi sin rebozo, poniéndoles por modelo á los idólatras la conducta de los cristianos, á los cuales llamaba galileos; contradiccion maravillosa, que solo se explica por la irresistible fuerza de la bondad y belleza de nuestra adorable religion, que él tanto aborrecia. Así entre otros muchos pasajes de sus escritos pudiera citarse el siguiente, que se halla en la carta que dirigió á un pontífice de los ídolos: dice así hablando del espíritu de caridad y beneficencia: «Habiendo los nefandos galileos observado que los sacerdotes gentiles desatendian el cuidado de los pobres, se han dedicado con grande empeño á este género de beneficencia, y por tal medio han llevado á cabo su pésima empresa, y se han hecho fuertes y poderosos.» Bello testimonio de

un enemigo en favor de la grande caridad de los fieles y de la dureza de corazon, que caracterizaba al paganismo.

Luego que Juliano llegó á Constantinopla, cambió la faz del imperial palacio; fueron de él arrojados los cortesanos satélites de esplendoroso uniforme y los muchos sirvientes de inferior rango, mas no de menos lujo, que lisonjeaban la vanidad de Constancio; pero así como este habia sido el maniquí de sus eunucos, que le dominaban, del propio modo Juliano estaba infatuado por su ciega aficion á los magos, á los agoreros, á los adivinos, á los sofistas de profesion y á los filósofos gentiles, que señoreaban su espíritu embaucado, y de todos ellos llenó el palacio, en el cual se introdujo igualmente una considerable porcion de mujercillas infames, aunque él afectaba conocer el precio de la castidad y hacia alarde de recomendarla á los sacerdotes de los ídolos. El jardin imperial se convirtió en oratorio, en que el sumo pontifice del gentilismo manchaba sus augustas manos con la sangre de los toros y demás animales, que frecuentemente sacrificaba á sus dioses. Hasta los mismos gentiles le tacharon de supersticioso; y es muy problemático que filósofos de juicio, aunque pertenecieran á las antiguas sectas, aprobáran las irregulares extravagancias, que ostentaba en su

misma persona llevando la barba larga y en extremo desaseada, las uñas muy crecidas y todo el traje conforme á estas rarezas.

Á pesar de su ódio feroz al cristianismo, no pudo, al menos desde un principio, hacerle una guerra á muerte á fuego y sangre, porque los adoradores del verdadero Dios, si no excedian en número á los idólatras, por lo menos les igualaban, y hubiera sido grande imprudencia provocar la indignacion de unos hombres, que formaban una sociedad ya extendida por todo el universo. Pero es sabido que el principal motivo, que impulsó á Juliano á proceder de un modo diverso, no empeñándose en imitar á los Neronos y Dioclecianos, fue haber la experiencia enseñado bastantemente en el espacio de tres siglos que la religion cristiana lejos de perecer con los martirios, se corona de inmortales laureles y ostenta los prodigios del heroismo de sus secuaces invencibles y los de la maravillosa proteccion de los cielos. Tenia el apóstata en los filósofos paganos, á quienes regalaba en su palacio, un consejo permanente dedicado á escogitar los medios mas oportunos para humillar, combatir, desarmar, empobrecer, extenuar y, si posible fuera, aniquilar el cristianismo. Así se reunieron esta vez en su daño la fuerza del poder, las meditadas combinaciones de la mas

refinada sagacidad, los perversos ardides de la malicia, todos los recursos de ingenios cultivados y las enseñanzas de la experiencia conspirando á un solo objeto, é inspirándose con las infernales llamaradas de la mas violenta ira y de la aversion mas viperina; por manera que de semejantes formidabilísimos ataques dirigidos por la ciencia y el poderío universal solo podia haber salido bien y victoriosa una religion divina. Se adoptó, pues, en el congreso de la pseudofilosofía imperante que la primer medida contra el cristianismo fuera fomentar en su seno la division para debilitarle y despues arruinarle. Con tal fin mandó Juliano que volvieran á sus Iglesias todos los Obispos desterrados, y en general cuantos por causa de religion se hallasen peregrinando en extraños países; y como su intento era promover las guerras intestinas, llamó especialmente á los heresiarcas fautores de ellas, y él por sí mismo escribió á Fotino, á Aecio y á otros muy conocidos por sus doctrinas perturbadoras y contrarias á los sacrosantos dogmas enseñados y defendidos por la Iglesia católica. Empero la divina Providencia, que se vale de sus mismos enemigos para la ejecucion de sus bienhechores designios, hizo que lo intentado y puesto en obra para angustia, estremecimiento y dilaceracion de la religion de Jesucristo, sirviese

á su gloria y defensa, pues retornaron de sus destierros y fueron recibidos en triunfo los sabios é invencibles Prelados, que el arrianismo habia arrojado de sus sillas episcopales; y en su firmeza apostólica, en su celo incansable, en su santidad y en su sabiduría tuvieron los fieles un escudo, que los pusiese á cubierto de los envenenados dardos de su nuevo enemigo astuto y prepotente. Lucífero de Cagliari y Eusebio de Vercellis vinieron en auxilio de sus Iglesias, y su vuelta produjo el gozo y la reanimacion de la fé y la esperanza de alcanzar nuevas victorias.

El apóstata no perdonaba medio alguno para dañar á la verdadera religion, y convencido de que el estudio de la literatura le es muy útil y ventajoso, y que la elocuencia es un arma poderosísima en las lides científicas, mandó que todos los profesores cristianos dejasen de enseñar las bellas letras, ó abandonasen las banderas de Jesucristo; mas como en este primer ordenamiento se permitia á los niños cristianos asistir á las aulas de los gentiles; luego le pareció que aun en esto habia algun peligro, y prohibió absolutamente que los adoradores del verdadero Dios se dedicaran á las letras humanas. Los profesores cristianos se mostraron dignos de participar de la gloria de los mártires, pues retirándose

de sus cátedras por abrazarse con la oscuridad y la cruz de su divino Redentor, renunciaron á los ¡emolumentos de aquellas, al prestigio grande de que gozaban en el público, y á los aplausos que acompañaban y seguian á sus lecciones. Distinguiéronse entre ellos dos ancianos venerables, que por mas de medio siglo venian asombrando al mundo con la fama y esplendor de su profesorado. Eran sus nombres Proeresio y Victorino, y á los dos se les habia levantado una estátua en el foro de Roma como á reyes de la elocuencia. Juliano admiraba á Proeresio, y quiso darle una muestra de su afecto, exceptuándole de la ley general; pero el anciano rehusó esta gracia, y dejó su cátedra, desairando al tirano y exponiéndose á su furor. Muerto el apóstata, volvió á emprender el curso de su enseñanza y prosiguió en ella hasta la edad de 92 años, en que Dios recogió su alma para premiarla en el cielo. Victorino habia ido del África á Roma, donde enseñando la retórica, alcanzó una celebridad extraordinaria: alimentándose con las fábulas de la Grecia, habia llegado á la vejez sentado todavía en las sombras del paganismo: leyó al fin las Sagradas Escrituras, y se convenció de la verdad y divinidad de la religion cristiana, y la abrazó humildemente con sumo gozo de los fieles de Roma. Scébolo, que

tenia su famosa cátedra en Constantinopla, lejos de seguir tan brillantes ejemplos, se apresuró á dejar el culto del verdadero Dios; pero despues que la divina Justicia, quitando la vida al coronado apóstata, disipó cual humo su efimero reinado, arrepentido de su grave culpa, en trage de lúgubre penitencia y prosternado á la puerta de la Iglesia, confesando humildemente su delito, pedia á los fieles que le pisáran, pues de otra cosa no era digno.

CAPÍTULO XXXIV.

SUMARIO.

Intimacion que hace Juliano á los empleados públicos para que dejen el cristianismo. Hazaña religiosa de Valentiniano. Artificio de Juliano para comprometer al ejército en el culto de los ídolos y su vario resultado. San Cesáreo. Guerra á la religion cristiana. Martirios de Emiliano, de Teóduo, Taciano y Macedonio. Mártires de Pesinunta. Martirio de San Basilio de Ancira. Filoromo y Busiris. Crueldades de Juliano en Cesarea de Capadocia.

Prosiguiendo Juliano en el empeño de abatir el cristianismo, intimó á todos los jefes de sus ejércitos, y á los gobernadores y demás dignatarios del imperio que abandonáran sus

puestos ó el servicio de Jesucristo; y muchos llevados de la ambicion y la codicia antepusieron el vano esplendor de un solo dia á la bienaventuranza eterna. Como el Emperador, que acababa de bajar al sepulcro, habia sido arriano é insigne protector de arrianos, es muy verosimil que estos se hallasen en posesion de los empleos mas encumbrados tanto en la milicia como en la magistratura, y por consiguiente fueran ellos los apóstatas, que para no perder su destino, se pasaron al bando de los necios adoradores de los ídolos de metal ó de piedra. Joviano y Valentiniano, que despues sucedieron en el imperio á este malvado príncipe, mostraron la grandeza de sus almas, haciendo pronta renuncia de sus mandos y dignidades; pero necesitaba de ellos el Emperador, y por eso los obligó á continuar al frente de sus ejércitos. Mas adelante tuvo Valentiniano ocasion de ostentar la intrepidez de su animosa fé. Un sacerdote idólatra llegó á echarle una gota de agua lustral en el vestido, y aunque se hallaba presente el fanático Emperador, no pudo represar su indignacion violenta, dió un recio bofeton al ministro del ídolo, y con la espada cortó el pedazo de su manto, que conceptuó manchado con aquel agua ominosa. Se airó Juliano, y le desterró, privándole de su empleo.

Todo lo puso por obra el apóstata para seducir, rendir, engañar y comprometer á la adoracion de sus falsos dioses á los soldados cristianos. Del lábaro mandó quitar el monograma de Cristo, y en vez de la santa cruz se veian en los estandartes las efigies de los ídolos. Un dia presentó á la fé de sus soldados una batalla campal, en la que habian de pelear en favor de la idolatría el dolo, la codicia, el temor, el respeto á la magestad imperial y el artificio mas pérfido. Era costumbre de los Emperadores romanos el hacer de cuando en cuando considerables donativos al ejército; y de aquí tomó ocasion Juliano para su designio venenoso. Colocado su trono en el campo para distribuir monedas de oro á los guerreros, que se fuesen acercando á besarle la mano, había puesto junto á él braseros encendidos, en los cuales debia echar unos granos de incienso todo soldado, que se llegase á recibir del mismo Emperador el oro reluciente. Se hizo correr la voz de que aquella era una antigua ceremonia, y se ocultó la trama que se urdia. Los militares cristianos obraron, como suele suceder en muchedumbre de gentes, de un modo muy diverso: los de mas viva piedad y entendimiento mas perspicaz sospecharon, y bajo este ó aquel pretesto procuraron evadirse, porque indicaban traicion los

estandartes con efigies de ídolos, que rodeaban el trono, y aquel fuego y aquel incienso: los mas incautos cayeron en el lazo: los tibios despreciaron el escrúpulo; los tímidos no se atrevieron á arrostrar el enojo del príncipe, y se acercaron temblando y con interior espanto dejaron caer en los braseros algunos granos del malhadado incienso: en otros la sorpresa no dió lugar á reflexiones, y su corazon estaba limpio del crimen, que cometia la mano.

Terminada la ceremonia, se retiraron las tropas á sus cuarteles; y comian juntos una porcion de soldados, cuando uno de ellos al levantar en alto un vaso de vino para beberse-lo, hizo sobre él la señal de la cruz, como lo tenia de costumbre, y otro le dijo: ¿Cómo sigues invocando á Cristo despues de haberle negado? Sorprendido el militar al oirle, pues era de los que sin saberlo habian sacrificado á los ídolos, cayó en cuenta, y reconoció el engaño, y prorumpió en tristesimas exclamaciones, que denotaban la vehemencia de su sentimiento y de su horror á la idolatría. Otros muchos se levantaron de improviso, y exhalando lastimeros gemidos, echaron á correr por las calles y por las plazas, protestando á voz en grito que habian sido engañados, que aborrecian el culto de los ídolos y que estaban dispuestos á dar la vida por Jesucristo. En tal

conformidad penetraron en el imperial palacio, y diciendo á Juliano que en vez de regalarles los habia condenado, le devolvieron indignados y presurosos su oro. Montado en ira el Emperador ordenó que los decapitáran, mas luego, y cuando ya iba á principiarse la ejecucion, conmutó en destierro aquella pena de muerte, porque sabiendo que á los cristianos era glorioso el martirio, hacia todo lo posible para privarles de la gloria de mártires, aunque en realidad fueron muchos los que en su reinado la consiguieron por su causa ó por su tiranía. Pero es positivo que en esta ocasion produjo su mal intencionado sistema un grande sentimiento en los generosos pechos de aquellos valientes cristianos, que estaban ya á punto de conseguir la palma del martirio vivamente anhelada.

Otro desaire y bochorno sufrió Juliano de Cesáreo, su primer médico de cámara, y uno de los personajes mas distinguidos de la córte tanto por sus virtudes como por su ciencia. Era Cesáreo hermano de San Gregorio Nacienceno, y su santa familia se hallaba llena de sentimiento al verle seguir ocupando su antiguo puesto al lado de un Emperador apóstata. No le comprendió este en la destitucion, que hizo de funcionarios cristianos, porque conocia su mérito eminente y que podia hacerle

suma falta si se viese acometido de peligrosa enfermedad, y así prefirió trabajar en pervertirlo. Despues de haberle solicitado varias veces en vano á imitarle en su apostasia, llegó á entablar con él una formal disputa acerca de la verdadera religion, y en ella Cesáreo con suma facilidad é incomparable maestría rebatió y desvaneció cual humo los sofismas, que con toda la pompa de la elocuencia y la autoridad del Monarca íbale presentando en contra del cristianismo el sagacísimo apóstata. Por último, el atleta de la fé exclamó protestando que era cristiano y que renunciaba á su empleo. Así se retiró Cesáreo á Nacianzo, y con su venida trocó en júbilo el sentimiento de su anciano padre. Para entender la afectada moderacion de Juliano, que hacia alarde de ser benigno con los cristianos, es preciso no olvidar que por su órden se despojó de sus bienes á las iglesias y al clero, á las vírgenes y á las viudas, y que en muchas partes se puso en la tortura y se hizo padecer cruelísimos tormentos á los eclesiásticos y á los seglares, que condenados á reedificar los templos de los ídolos ó á devolver las sumas, que habian percibido por donacion de los Emperadores cristianos, ó por otros títulos sagrados, se veian en la imposibilidad de verificarlo. Con entera verdad pudiera asegurarse que una persecucion

general ordenada por los edictos del Emperador hubiera sido para la grey de Jesucristo mas aceptable que lo que con ella hizo Juliano: concitó los ánimos y el fanatismo de los paganos contra cuantos profesaban nuestra divina religion: generalizó la persuasion de que maltratándoles y haciéndoles todo género de daños se le proporcionaba un gusto especialísimo, y no era menester mas para que en toda la extension del imperio se sobrepusiesen los idólatras y cometiesen con los cristianos toda clase de atropellos seguros de su impunidad, y para que los magistrados y los gobernadores de las provincias multiplicasen las vejaciones, y persiguiesen á los cristianos atormentándolos y derramando su sangre bajo cualquier pretexto, y aun sin alegar alguno, ciertos de que con ello complacian sobremanera al Soberano, que pagaba semejante clase de servicios con señaladas muestras de particular benevolencia, al paso que miraba con malos ojos á los que no secundaban su conocido intento de exterminar el cristianismo. Así por todas partes ardió la llama de la persecucion. Como el Emperador daba el ejemplo de las burlas y de los dicterios y punzantes sarcasmos, los cristianos eran por doquiera combatidos con estas armas, y muchos de ellos respondian ridiculizando á su vez las idolátricas supersticiones,

y de ahí comenzaba el tumulto del populacho que los hacia mártires. Otros llevados sin duda por una interna moción del Espíritu Santo se atrevían á desbaratar los altares de los ídolos, ó á pegar fuego á sus templos, ó á derribar sus simulacros, y en seguida eran sacrificados. Así en Doróstoro, ciudad de la Méxia, fue quemado vivo el intrépido Emiliano, despues de haber sufrido varios terribles tormentos; así en Mero, poblacion de la Frigia, Macedonio, Teódulo y Taciano introduciéndose de noche en un templo de ídolos restaurados, los despedazaron: el Prefecto Amaquio mandó prender á muchos fieles, que no habian tenido parte en la empresa, y se preparaba á darles pronta muerte; mas los autores de la atrevida hazaña se le presentaron, clamando que ellos y no sus hermanos eran los que debian morir. Amaquio los sentenció á padecer uno en pos de otro los martirios mas horrorosos, y finalmente los quemó á fuego lento, y en este atroz suplicio renovaron los tres invictos cristianos el admirable espectáculo de San Lorenzo, repitiendo sus palabras, y bañándose en las delicias de un gozo de todo punto divino.

Juliano, que en nada ponia mas empeño que en perseguir y arruinar la religion cristiana, no llevó adelante por mucho tiempo su propósito de no ensangrentarse personalmente

en los fieles, reputándolo sin duda por indigno de un filósofo. No era la consecuencia una de sus prendas características, y así cuando á los ocho meses salió de Constantinopla, y en Pesiunta de Galacia le presentaron dos jóvenes cristianos, que le confundieron con la heroica libertad de sus razonamientos, los sentenció á los mas crueles suplicios y por último á perder la vida junto con su madre y el Obispo de la ciudad. Al llegar á Ancira los sacerdotes idólatras le salieron al encuentro, trayéndole en procesion una de sus mentidas divinidades, y él les pagó este obsequio distribuyéndoles dinero. Estaba preso en aquella capital un mártir, de cuya causa le habian ya dado conocimiento hallándose todavía en Constantinopla, y no tardaron en traérselo á su presencia. Era el sacerdote Basilio, que habia sido un héroe de la fé ortodoxa cuando preponderaba el arrianismo. Restablecida la idolatría por Juliano, la combatia con igual denuedo: el proconsul le mandó atormentar, y la constancia de Basilio le admiró, le venció: viendo que nada conseguia con los tormentos, ordenó que le encerráran en una oscura prision mientras consultaba al mismo Emperador; y este envió dos comisarios apóstatas, los cuales se asociaron á un sacerdote de Esculapio: llegados á Ancira, los tres embistieron la fortaleza de

San Basilio, y fueron rechazados con pérdida de tiempo y honra. Se recurrió de nuevo á los tormentos, y de nuevo triunfó en ellos la constancia del invencible Basilio. Ni se mostró menos valeroso delante del Emperador, á quien afeó su apostasía y predijo su próxima y desventurada muerte. Juliano mostró con él su humanidad filosófica, mandando que todos los dias le hicieran en el cuerpo siete incisiones ó tajos. Hallándose ya dilacerado por tal sentencia, manifestó Basilio deseos de hablar al Emperador, quien le dió audiencia en el templo de Esculapio: allí se trabó una animada lucha de palabras entre el Emperador y el mártir, y este la terminó arrojándole á la cara un pedazo de carne que le colgaba por efecto de las crueldades de aquel dia. No hay para qué describir la irritacion de Juliano: el conde Frumentino, que era el oficial encargado de cumplir sus inhumanas órdenes, tomó á su cuenta vengarle, mandando que las heridas que se hicieran al Santo le penetráran hasta los huesos y le llegáran hasta lo mas íntimo de las entrañas; ni satisfecho con estas atrocidades, hizo meterle por las espaldas hierros encandilados, en cuyo bárbaro suplicio espiró el santo mártir.

Asimismo hablan las historias eclesiáticas de los martirios, que por esta época padecieron

en la misma ciudad Filoromo y Busiris. Ambos sobrevivieron á ellos por largo tiempo. Era el primero un fervoroso cristiano, que desprendido de todo lo terreno abrazó la vida monástica, y llevado de su devoto fervor fue despues en peregrinacion á Alejandria, Jerusalem y Roma, habiendo llegado á la edad de 90 años. El segundo pertenecia á la secta de los Encratitas, y despues de sus tormentos sufridos por amor de Jesucristo con heróica fortaleza tuvo la dicha de abjurar su heregia. Despues de haber hecho otros mártires en la Galacia, pasó Juliano á Capadocia, y llevaba en el corazon reconcentrada una ira grande, que cual torrente habia de soltar sobre Cesarea, capital de la provincia, porque sus habitantes eran casi todos cristianos, y no quedaba en ella templo alguno de ídolos. En efecto, le quitó el rango de ciudad, despojándola de todos sus privilegios y preeminencias, y la redujo á sufrir los gravámenes y humillaciones de un triste pueblo, mudándole el nombre de Cesarea en el de Mazaca. Además, arrebató á las Iglesias de toda la provincia sus riquezas, los enseres del divino culto, sus ornatos, sus muebles, y cuanto á ellas pertenecia; y á sus moradores, que habian tenido parte en la destruccion de los templos de ídolos, á unos condenó á destierro y á otros al último suplicio.

CAPÍTULO XXXV.

SUMARIO.

Viajes de San Basilio: fundacion de su primer monasterio: su vida apostólica. San Gregorio Nacianceno en casa de su padre: es elevado al sacerdocio. El Emperador apóstata y la ciudad de Antioquía. El templo del ídolo de Dafne. Conversion y extraordinario suceso del hijo de un sacerdote pagano. Atrocidades que los idólatras de Eliópolis cometen con el diácono Cirilo. Castigos milagrosos. Horrores de Gaza y Ascalona. Martirio de los Santos Eusebio, Zenon y Nestabo. Juliano favorece á los perseguidores. Reliquias de San Juan Bautista y del profeta Eliseo. Estátua del Salvador: la de Juliano abrasada por un rayo. Persecucion contra los monges y ascetas. Marcos Obispo de Aretusa.

Los dos santos amigos Gregorio de Nacianzo y Basilio, muy lejos de temer las iras del tirano apóstata, no pensaban mas que en levantar los muros de la santa Sion: su único anhelo era la gloria de Dios y la mas cumplida perfeccion de sus almas. Á su vuelta de Atenas brilló Basilio por breve tiempo en la escena del mundo, enseñando retórica en Cesarea; pero suspirando siempre por una union

estrecha con Dios en la soledad, dejó su cátedra, y emprendió una larga peregrinacion por Egipto y Oriente con ánimo de estudiar la vida monástica y las virtudes de los solitarios, que embalsamaban todas aquellas regiones con el aroma de su santidad. Visitó los mas célebres monasterios, y vió en ellos á unos hombres, que parecian no pertenecer á la tierra sino porque la pisaban. Tan verdadero era su desprendimiento de todo lo caduco y tan admirable la vida que hacian, triunfando del sueño, del hambre, de la fatiga, de la intempérie y sujetando sus cuerpos extenuados á una continua sucesion de penitenciales ejercicios. Restituido á su patria Basilio, como para imitar un ejemplo mas inmediato, eligió para su retiro un sitio ameno de las márgenes del Iris, á cuya opuesta orilla gobernaba su hermana Santa Macrina un monasterio de vírgenes. Fuéronsele juntando algunos fervorosos discípulos, á quienes instruía en los caminos del Señor, y pronto se aumentó su número hasta obligarle á fundar su primer monasterio, que sirvió de modelo á muchos otros. La regla, que dirigia en esta santa empresa á Basilio era abarcar en un mismo instituto la obra de la propia santificacion y el propósito de contribuir á salvar las almas de los prójimos: así estableció que sus monges cantáran

salmos, cultiváran la tierra y se dedicáran á la contemplacion de las cosas divinas, mientras en medio del mayor silencio trabajaban sus manos; empero el tiempo todo estaba de tal suerte distribuido que aun les quedaba lugar para el estudio de las Sagradas Escrituras, á fin de que con esta ciencia derramáran en los pueblos las luces de lo alto y sostuvieran la fe en sus combates con el error.

Este ilustre Santo devorado por el celo de salvar almas innumerables, salia de su monasterio cual cometa, que recorre el reino de la noche, derramando vivisimos resplandores; á su paso veian los vicios derribado su trono, y las virtudes levantado el suyo; huian las tinieblas de la ignorancia, se disipaban las sombras de la heregía, y los entendimientos y los corazones suavemente conquistados para Dios abrazaban un nuevo género de vida bastante parecido al de los felices moradores del cielo. Mas no le sufria el alma estar por mucho tiempo fuera de la mansion que se habia escogido para vivir en solo Dios, y así luego volvía á ella, y con voces de amor convidaba á su amigo Gregorio á que fuera á gustar sus dulzuras.

No suspiraba Gregorio menos que Basilio por la soledad y por el desasimiento de todos los lazos de este mundo. Pero su piedad filial

le obligaba á estar en compañía de su anciano padre, á asistirle en los afanes del episcopado y á consolarle en sus tribulaciones y duras pruebas. El venerable viejo, Obispo de Nacianzo, miraba á su hijo como una antorcha, que Dios le habia dado, como una fortaleza, que la Providencia le habia deparado, y como un ángel, que para su consuelo le habia venido á su propia casa. Sin embargo, iba Gregorio de cuando en cuando al reclamo de su amigo Basilio, y en su monasterio con las delicias de Dios refrescaba y fortificaba su espíritu. Hacia tiempo que su padre ardía en deseos de elevarle al sacerdocio por el bien de la Iglesia, y él lo rehusaba por su humildad profunda. Al cabo fue investido de esta dignidad, y al verse con ella sintió en el alma un dolor imponderable, porque conocia toda la trascendencia y peso de la grave carga que se le habia impuesto. Así él como su anciano padre fueron mártires en cuanto al deseo de dar su vida por Jesucristo: desafiaron la airada prepotencia del apóstata Emperador y de sus emisarios, que en la firmeza de sus pechos hallaron una barrera insuperable.

Juliano prosiguió su viaje, y desde Capadocia se dirigió á Antioquía, lisongeándose con la falaz idea de hacer triunfar en ella el paganismo. Y se engañó. Casi toda la ciu-

dad era cristiana, y el culto de los ídolos se hallaba por tierra, produciendo tal espectáculo un vivo sentimiento en el apóstata. No obstante, hizo lo que pudo por reanimarlo, y á este fin fue á celebrar una fiesta en el famoso templo de Dafne, en el cual no halló vestigios de su antigua gloria: viéndose sin víctimas que inmolar, sin ofrendas del pueblo, sin pompa y sin aparato en el día de la acostumbrada solemnidad, por ello increpó al Senado y á los sacerdotes. El que cuidaba de este abandonado templo comió con él aquel día, y dos hijos suyos de tierna edad, que él empleaba en el servicio del ídolo, fueron tambien invitados á tomar asiento en la mesa del Emperador, sumo pontífice de la idolatría. Mas uno de estos niños estaba ya resuelto á abrazar el cristianismo, y cabalmente entonces Dios le movió el corazón de suerte que acabada la comida, echó á correr á Antioquía, y se presentó á una diaconisa, con quien tenia el secreto convenio de hacerse cristiano á persuasion de la misma, que habia sido amiga de su difunta madre. «Aquí me tienes, le dijo el niño, puesto en tus manos para que salves mi alma.» La diaconisa le llevó á casa del Obispo San Melecio, que ya habia vuelto de su destierro, y el Santo para mejor guardarle le hizo subir á esconderse en un cuarto del piso mas alto de

su casa. Al verse sin su hijo, á quien buscaba en vano, el sacerdote gentil recorria afanado todas las calles de la ciudad, mirando á todas partes, y al pasar por delante de la casa del Obispo Melecio, vió á su niño asomado á la ventana. Entró en la casa, cogió al incauto muchacho, se lo llevó consigo, y descargó en él su furia, azotándole cruelísimamente y agujereándole con puntas de hierros encendidos las manos y los piés. Concluida esta bárbara operacion, dejó al niño encerrado en una pieza, donde habia varios ídolos, y él se fue á su templo de Dafne, porque la fiesta del ídolo duraba siete dias. El martirizado niño, viéndose solo, hizo pedazos cuantos ídolos habia en la habitacion; pero bien luego reflexionó sobre el tremendo castigo, que le daria su padre por tal destrozo, y no teniendo cómo escapar de aquel encierro, se volvió al divino Salvador y le dijo: «Señor, por vuestro amor padezco esto, y por vuestro amor he hecho lo que he hecho. Libradme pues; abridme estas cerraduras para que pueda salir del conflicto en que me hallo.» Le oyó el Señor, abriéronse las puertas, salió el niño, y se presentó de nuevo á la diaconisa, quien le volvió á llevar vistiéndole de mujer á casa del Obispo Melecio, y este se lo entregó á San Cirilo, Obispo de Jerusalem, que aquella misma noche habia de



partir para la Palestina. Así el valeroso niño fue transportado en compañía de un santo Obispo á la santa ciudad, en que murió su Salvador. Despues tuvo la dicha de convertir á su padre, y él mismo, siendo ya anciano, refirió todos estos sucesos al célebre Teodoreto, que en su historia los consignó.

Mas satisfecho que de Antioquia debia estar Juliano de otras ciudades del Oriente, que le dieron señaladas pruebas de su odio al cristianismo. En esto se distinguió malhadadamente la ciudad de Eliópolis, situada en la Fenicia. Vivía en ella un diácono santo llamado Cirilo, el cual en tiempo de Constantino habia despedazado varias efigies de ídolos, y los paganos de esta ciudad se vengaron de él no solo con darle muerte, sino con arrancarle el hígado y comérselo. Mas no tardó el castigo del cielo en caer sobre tan horrendos criminales: se les saltaron los dientes, se les pudrió la lengua, y por último les sobrevino una ceguera espantosa. Otros cometieron iniquidades indecibles con las vírgenes consagradas al Señor, y acabaron por abrirles el vientre, sacarles las entrañas, devorar parte de ellas y echar el resto á los puercos.

Iguales excesos de crueldad con las esposas de Dios presenciaron horrorizadas Ascalona y Gaza, ciudades de la Palestina; pero no se

conservan los nombres de las muchas víctimas del furor pagano, que entonces vieron entrar los cielos á coronarse de gloria. Entre los pocos, de quienes queda memoria, han pasado á la posteridad los nombres de Eusebio, Zenon y Nestabo hermanos por la sangre y por el martirio que sufrieron juntos. El pueblo pagano se amotinó contra ellos, y en medio del tempestuoso tumulto no hubo género de inhumanidad de que no fueran presa. Hasta las mujeres se convirtieron en fieras para atormentarlos. Como el desórden habia sido sobremanera ruidoso, el gobernador de la provincia creyó de su deber el que la justicia se mostrase con algunos castigos. Pero semejante conducta fue altamente desaprobada por el Emperador apóstata, pues le quitó el destino, y habiéndole representado que no habia hecho mas que cumplir las disposiciones de la ley, montó en ira y le desterró diciendo: «¿Por ventura ha de darse importancia á que un helenista sacrifique diez galileos?»

Juliano con su aprobacion y de otros modos diversos alentaba la audacia y el ímpetu bárbaro de los idólatras contra los cristianos. Ni sus sepulcros se respetaron, removiéronse en sus tumbas las cenizas de los Santos, que en paz dormian. Los restos del Precursor San Juan Bautista fueron en Sebaste, que era

la antigua Samaría, desenterrados y quemados; pero hizo la Providencia que se pudieran salvar algunos, que fueron enviados á San Atanasio. Tuvieron igual suerte los del Profeta Eliseo, pues donde quiera que se venerase la santidad, la furia de los paganos corria á desfogarse en ella. Y por orden del mismo Juliano fue en Paneades arrastrada y hecha pedazos la estatua del Salvador, que allí le habia levantado la Emorroisa, á quien curó al tocarle la orla de sus vestidos. Púsose en su lugar otra estatua de Juliano: vino un rayo sobre ella, le derribó la cabeza, le despedazó la parte superior del cuerpo, y el resto quedó allí requemado como en testimonio de las iras del cielo. El odio de Juliano habia naturalmente de dirigirse contra los monasterios y los ascetas, que eran uno de los mas espléndidos ornamentos de la Iglesia; así es que sus oficiales obligaron á muchos monges á servirle como soldados en los ejércitos; y venerandos solitarios fueron el blanco de las persecuciones de los paganos envalentonados, y en particular San Hilarion, que conforme al consejo del Evangelio hubo de huir de los que le buscaban para matarle.

Marcos, Obispo de Aretusa en la Siria, aunque habia llegado á la senectud, habiéndosele dado á escoger los suplicios ó contribuir

con dinero á la reedificacion de un templo de ídolos, que él mismo habia derribado en otro tiempo, prefirió sufrir, y sufrió efectivamente todo género de ultrajes y muchos tormentos dolorosos. ¿Y qué habian de hacer los gentiles sino levantarse amotinadamente contra los Obispos y demás cristianos de las ciudades en que ellos habitaban, si el Emperador lejos de castigar tales hechos, les aconsejaba que arrojasen á los Obispos? Buena prueba es de esto la carta de Juliano á los de Bóstria, á quienes aconseja que destierren á su Obispo Tito, calumniándole, aunque debia alabarle por los servicios que prestaba al órden público.

CAPÍTULO XXXVI.

SUMARIO.

Martirios de los santos Eugenio, Macario y Artemio. Atrocidades y sacrilegios de los paganos en Alejandría. Vuelta de San Atanasio á esta ciudad y Concilio que en ella celebra. Cisma de los Luciferianos. Diversas opiniones acerca de Lucifer de Cagliari. Mártires en Roma é Italia. Devastadora furia de los Donatistas contra la Iglesia de Dios. Fuga de San Atanasio de Alejandría y otros sucesos del mismo Santo.

Durante su permanencia en Antioquía hizo Juliano tres mártires, cuyas actas contenidas en un discurso de San Juan Damasceno ha publicado hace pocos años el Cardenal Mai en su *Specilegium romanum*. Llamábanse Eugenio, Macario y Artemio: eran los dos primeros sacerdotes, que se ocupaban en derramar la semilla del Evangelio, y así fueron presentados al Emperador cual enemigos de sus dioses. Eugenio le confundió en su interrogatorio, mostrándole la grande diferencia, que mediaba entre los héroes y sabios del paganismo y nuestro divino Salvador. Juliano sentenció á los dos sacerdotes cristianos á sufrir quinientos azotes, y despues de ellos, interrogando á Macario,

este digno ministro de Jesucristo le manifestó que estaban revestidos por el mismo Dios de una autoridad potestativa para predicar en su imperio, que era de Cristo, aunque él lo gobernase en cuanto á las cosas temporales. Furioso el apóstata al oír tan terminantes declaraciones, mandó que los pusiesen en la tortura. Y de entre los circunstantes se levantó con generoso ardimiento un antiguo militar cristiano, y rebotándole del pecho la indignacion, mostró á Juliano cuán errado iba en perseguir una religion venida de los cielos: era el duque Artemio, gobernador de Egipto y de la Siria, que acababa de llegar trayendo al Emperador los ejércitos que comandaba en aquellos países para la guerra, que iba á emprenderse contra la Persia. Juliano se exasperó con el razonamiento de Artemio, y mandó que le hirieran en las manos, despojándole de todas sus dignidades. El antiguo gobernador de Egipto tuvo en seguida la gloria de que se le asociara á los otros dos mártires; y los tres fueron por largo tiempo dilacerados con azotes de nervios de bueyes: cuatro veces se remudaron los cansados verdugos, y Artemio no dió la mas mínima señal de dolor. Llevados á la prision, Artemio se congratulaba consigo mismo por hallarse cubierto de las llagas de su Señor, y anhelaba el momento de consumir su martirio.

Al siguiente día desterró Juliano á los Santos Macario y Eugenio á un lugar inculto y mal sano de la Arabia, con órden de que allí los decapitasen, como se verificó el 20 de Diciembre del año 362. En el instante que cayeron sus cabezas al filo de la espada, en el mismo sitio de su martirio brotó una fuente de agua, que curaba toda clase de enfermedades, y continuaba corriendo y obrando tales prodigios en tiempo de San Juan Damasceno, que lo atestigua.

El Emperador se habia reservado á Artemio sin duda con la esperanza de ganarlo para sus ídolos, pues hizo los mayores esfuerzos por conseguir que apostatára. Artemio despreció sus promesas y sus amenazas, y dió muestras no solo de una singular firmeza, sino tambien de una extensa erudicion en sus discursos. Negó la participacion que se le achacaba en la muerte del César Galo, de quien dijo que habia sido un cristiano fiel y fervoroso, y probó su inocencia con hechos de una manera incontestable. Juliano ordenó que le atravesáran el cuerpo con alesnas escandecidas, y que despues le arrastráran por el suelo. Sufria Artemio tan bárbaro suplicio como si fuera espectador y no víctima, sin dar el menor indicio de sentimiento. Se le encerró en un oscuro calabozo para dejarle morir de hambre; y á media noche se

le apareció nuestro Señor Jesucristo, y con palabras de vida y de inefable suavidad y dulzura, le consoló, y le animó, y le dejó perfectamente curado de sus heridas. Con tan soberano auxilio pasó quince días sin tomar alimento alguno, y al cabo de ellos volvió á comparecer fuerte y robusto en presencia del apóstata Emperador. Le habló con una energía celestial, y el déspota filósofo dispuso que se partiera por medio una enorme piedra de mármol: una mitad quedó en el suelo, y en ella quiso Juliano que el anciano Artemio esperara tendido que cayera sobre él la otra mitad de la mole de mármol, que habia hecho suspender en el aire. Cayó, y crugieron todos sus huesos al dislocarse y romperse. Á las veinte y cuatro horas creyendo Juliano que ni señal de vida pudiese quedar á Artemio, mandó levantar el mármol que le cubria, y el santo mártir se puso en pié velozmente: solo le faltaban los ojos, que habian saltado de sus órbitas. Este prodigio asombró á Juliano sin convertirle; por último, el apóstata mandó degollar á Artemio; y el mártir invencible cuando se dirigia al lugar del suplicio, hizo á Dios una súplica ferviente, en la cual puso en claro que detestaba el arrianismo. Y una voz del cielo le respondió que aceptaba el sacrificio de su vida, y le anunció que pronto pereceria el

tirano, y que le sucedería un Emperador cristianísimo. Á esta sucesion de prodigios puso término el golpe, que el verdugo descargó sobre la cabeza del santo mártir.

Luego que se supo en Alejandría la muerte de Artemio, los paganos sacrificaron á su ódio y á su furor al Obispo Arriano Jorge, que era universalmente aborrecido, y habia desplegado un indiscreto celo en arruinar los templos de los ídolos. En el tumulto espantoso de los gentiles fueron igualmente asesinados otros dos personajes, que desempeñaban en la ciudad cargos importantes; y no dándose por satisfechos con su muerte los furibundos idólatras, pusieron los tres cadáveres sobre un camello y á la orilla del mar les pegaron fuego, quemándose con ellos aquel animalillo inofensivo. Los paganos de Alejandría llevaron luego la ruina y el estrago á la principal iglesia de la ciudad, vertiendo en ella la inocente sangre de los cristianos y profanándola horrorosamente. Como las sediciones de esta ciudad levantisca solian ser de mucha trascendencia, parece que Juliano intentó reprimirlas con algunos castigos; pero intercedió su tío el conde Juliano, que tambien era apóstata, y la severidad del Emperador sofista amenazó con la tortura solo á dos empleados que no anduviesen diligentes en descubrir todos los libros, que

hubiesen pertenecido al Obispo Jorge, porque era su voluntad el apropiárselos, sabedor de que su librería se distinguía por el gran número de obras de retóricos y de filósofos.

San Atanasio pudo haber vuelto á su Iglesia de Alejandria cuando los otros Prelados católicos tornaron de sus destierros; pero no quiso porque conocia la malévola impetuósidad de Jorge, y esperaba que la divina Providencia le allanaria los caminos, como en efecto sucedió con el trágico fin del Obispo arriano. Al saberlo regresó el grande Atanasio despues de siete años de dolorosa ausencia, y entró en Alejandria con universal aplauso y júbilo de los católicos. Su vuelta fue como la señal de una santa renovacion de cuanto bueno habia hecho antes: la dulzura y la caridad imprimian su amable sello en todos los actos de su gobierno, y resplandecian en las medidas, que tomaba para recuperar el terreno perdido durante la infausta dominacion de los arrianos. Las Iglesias que estaban en poder de estos pérfidos sectarios pasaron al de los católicos, que eran muchos, y se sobrepusieron á sus contrarios. Juzgó San Atanasio que para el remedio de males considerables seria muy conveniente la celebracion de un Concilio, y lo reunió en su Iglesia de Alejandria. El dulce temperamento, que en él se adoptó para la

reconciliacion de los extraviados sirvió de regla en otras Iglesias, y el no querer acomodarse á sus prudentes máximas fue el origen y el pretexto del cisma de los Luciferianos, que fue de corta duracion y de escasa importancia. Á su rigorismo añadieron el error de tener por inválido el bautismo de los arrianos, de cuya falsa opinion fue promovedor insigne aquel mismo Hilario, diácono de la Iglesia de Roma, que en Milan habia merecido bien de la religion, padeciendo por ella. Lucifero de Cagliari, que tuvo la desgracia de dar su nombre á estos cismáticos, es juzgado de un modo muy diverso por los historiadores Orsi y Rhorbacher. Ambos convienen en que fue causa de la prolongacion de esos dos partidos católicos, que habia en Antioquia de Melecianos y Eustacianos, ordenando por Obispo de estos últimos al sacerdote Paulino que los capitaneaba. Asimismo están de acuerdo en que no se avino con lo dispuesto por el Concilio de Alejandría, olvidándose del espíritu de caridad, que el divino Salvador dejó á su Iglesia. Pero mientras el Cardenal Orsi dice que no hay memoria de su arrepentimiento; Rhorbacher añade: «Si despues varios afectos á su persona formaron un cisma, tomando el nombre de Luciferianos, en cuanto á él, volvió á Cerdeña, unido en sentimientos y en comunión

con la Iglesia católica, como afirman Sócrates y Sozomeno, á los cuales ciertos críticos han juzgado conveniente hacerles decir todo lo contrario. Por lo demás, su vuelta á Cerdeña no se verificó inmediatamente. Según el manuscrito de Vercellis, todavía desempeñó otra legación con San Eusebio cerca de las Iglesias orientales; lo que confirma el griego Nicetas, diciendo que Lucífero y Eusebio fueron enviados de Roma á Cesarea de Capadocia. Por último, Lucífero, á quien San Gerónimo califica de bienaventurado y de buen pastor, siempre ha sido honrado como Santo en la isla de Cerdeña. (Acta 11, die 20 de maii. De Sancto Lucifero, cap. 5).»

Durante la dominación de Juliano tuvo Italia, y especialmente Roma, varios mártires. Entre ellos descuellan los dos santos hermanos Juan y Pablo, San Jordan y Santa Bibiana virgen, y su madre Dafrosa y su padre Flaviano, y en Arezo en la Toscana su Obispo San Donato.

En el África las víctimas fueron también los católicos; pero su torbellinosa persecución se debió á la desencadenada furia de los Donatistas, pues aquí fue donde verdaderamente tuvo buen éxito el malvado artificio de Juliano de levantar el destierro á cuantos lo padecían para que de nuevo voláran al campo del combate

á despedazarse mutuamente con encarnizada porfia cuantos se denominaban cristianos, diferenciándose entre sí por haberse segregado de la Iglesia católica, que el apóstata se proponía arruinar. Sobre ella se arrojaron como lobos hambrientos los feroces Donatistas en el momento, en que se vieron autorizados por el Emperador, y no hubo género de atropello, de injusticia, de crueldad, de sacrilegio, ó de cualquier otro delito abominable, que ellos no perpetrasen, invadiendo los templos á mano armada, profanándolos con derramamiento de sangre, inmolando víctimas sin cuento y envolviendo en el remolino de sus tumultos y de su ciego furor virgenes consagradas á Dios, matronas respetables, niños, ancianos y sacerdotes. El corazón se estremece, y la pluma se resiste á transcribir tales horrores y tan impíos atentados contra el Altísimo y contra la sociedad.

Si escenas semejantes eran gratas á Juliano, porque en ellas tenía cifrada su esperanza de ir minando el edificio divino que intentaba derribar; doloroso en demasía era á sus ojos el espectáculo de los triunfos, que alcanzaba en Egipto nuestra divina religion por el influjo, dulzura, sagaz prudencia, celo y sabiduría de Atanasio; las noticias, que le llegaban de Alejandría sobre este varon insigne le con-

tristaban, y muy á tiempo vinieron á inflamar el odio, que le tenia, varios despechados arúspices y magos, que viendo estrechado el imperio del enemigo infernal por aquel siervo de Dios en Alejandria, donde ellos abrian las entrañas de los niños para averiguar lo futuro, le indujeron á desterrarle. Mandó pues Juliano que inmediatamente saliera de Alejandria el Obispo Atanasio; pero al saberse en esta ciudad el edicto de su destierro, consternados sus moradores escribieron al Emperador, suplicándole que les conservára á su Obispo. Juliano les respondió negándose á su peticion, y ordenando que Atanasio saliera no solo de la ciudad sino tambien de Egipto. Noticioso el Santo de que además se le buscaba para darle la muerte, se embarcó en un vagel, que se hallaba en el Nilo; y ya la navecilla iba rompiendo las ondas, cuando se le avisó que venian en su seguimiento. Cuantos le acompañaban se llenaron de terror; pero él los tranquilizó, y dispuso que la barca se dirigiera al encuentro de la de su perseguidor; y pasando junto á ella, al preguntárseles si habian visto á Atanasio, respondieron los que con él iban: «No está lejos.» Con esto ambas embarcaciones aceleraron su curso en direccion opuesta, y desembarcando Atanasio volvió y se escondió en la misma Alejandria. Permaneció oculto en ella

hasta que sabiendo que se hacian nuevas pesquisas para prenderle, porque Juliano habia olfateado su guarida, se puso nuevamente en fuga y anduvo errante por los desiertos.

CAPÍTULO XXXVII.

SUMARIO.

Procesion cristiana con las reliquias de San Babilas: Juliano airado contra los cristianos de Antioquía. Invieta fortaleza del jóven Teodoro. El conde Juliano. Martirio de San Teodorito. Castigos divinos que caen sobre los apóstatas y sobre el imperio. Mártires militares. Escritos de Juliano. Empéñase Juliano en reedificar el antiguo templo de Jerusalem y lo impiden prodigios celestiales. Género de muerte que debe Domicio á la crueldad de Juliano. Funesto fin del Emperador apóstata.

La circunstancia de haber permanecido algun tiempo en Antioquía, preparándose para la guerra de Persia el coronado enemigo del cristianismo, hizo que el cielo y el infierno eligiesen esta ciudad como por campo de batalla. Juliano estaba desesperado, porque Apolo habia enmudecido en su templo de Dafne, y le ofreció muchos sacrificios á fin de que hablára; pero el ídolo no recobró la palabra sino para

decir que la vecindad de los muertos le impedía emitir sus oráculos. Desde luego se comprendió que aludía á las reliquias de San Babilas, las cuales habian sido transportadas desde Antioquía once años antes al bosquecillo inmediato para purificarlo de las abominaciones, con que lo infectaban los paganos en sus lúbricas fiestas. No hay para qué decir que Juliano estaria dispuesto á arrojarlas de aquel sitio; empero por una especie de rasgo de generosidad permitió á los cristianos, que se lo pidieron, que ellos mismos las llevarán á Antioquía. Así se hizo, y se desplegó en esta ocasion por parte de los fieles una pompa, un valor y un entusiasmo extraordinario. Formaron una procesion magnífica, pusieron sobre un carro las reliquias de su Mártir y Obispo santo, y las acompañaron cantando á coros los salmos mas adecuados á aquella solemnidad, y repitiendo la muchedumbre á cada versículo estas palabras: «Cúbranse de confusion cuantos adoran esculturas y se glorian en sus simulacros.» Altamente ofendido Juliano por lo que acababa de pasar, determinó vengarse de los cristianos, persiguiéndolos violentamente. Encargado de la ejecucion de sus órdenes el Prefecto de Oriente Salustio prendió á muchos cristianos, y entre ellos al jóven Teodoro, que fué el primero que entró en la gloriosa batalla

de los tormentos. Este héroe decidió la victoria en favor de nuestra divina religion. Le tuvieron en el ecúleo todo el dia, azotándole las espaldas, y desgarrándole los costados con uñas de hierro incesantemente; y él en tanto alegre y como impasible, cantaba salmos, y repetía las palabras, que tantas veces habian resonado el dia anterior. Al llegar la noche admirado el prefecto le mandó conducir á la prision cargado de cadenas, y representó al Emperador que de martirizar á los cristianos les resultaria la gloria que anhelaban, y al paganismo la confusion de ser vencido. El amor propio de Juliano temia esta afrenta, y así en vista del prodigioso triunfo de Teodoro, desistió de la persecucion general, que se habia propuesto hacer á mano armada á los cristianos, y volvió á su antiguo sistema de multiforme guerra mas embozada. En su consecuencia se puso en libertad á los cristianos presos, sin que por eso cesasen las hostilidades.

Un rayo destruyó el ídolo de Apolo en el templo de Dafne, reduciéndolo á pavesas, y Juliano imputó á los fieles este incendio. Su tio Juliano, conde del Oriente y apóstata, como él, recibió la órden de cerrar la principal iglesia de Antioquía, y se excedió cerrándolas todas: tambien se extralimitó dando la muerte al sacerdote Teodorito, que poco antes de ser

decapitado en medio de los mas atroces suplicios, le predijo el pronto y trágico fin del Emperador y el suyo propio. El conde al despojar á las iglesias de los vasos sagrados habia cometido los mas horrendos sacrilegios, y la venganza de Dios no tardó en hacerle sentir su airada mano. Fue lo primero que al dar cuenta á su augusto sobrino del martirio de Teodorito, cuando creia que con esto mereceria sus aplausos, en vez de benevolencia halló indignacion, pues Juliano le reprendió porque derramando sangre se apartaba del camino, que él se habia propuesto seguir en la empresa de arruinar el cristianismo. Esta reprension fue para el conde á manera de un rayo. Aquella misma noche le acometió una enfermedad terrible, y por espacio de dos meses estuviéronle royendo innumerables gusanos, que su putrefacto cuerpo producía. En tanto eran sus remordimientos agudisimos puñales, que le despedazaban el alma. No le convertian, pero le hacian prorumpir en espantosos clamores, que eran variados delirios de su tempestuoso corazon, que ora se volvia á Dios, á quien habia abandonado y hecho la guerra, ora á los demonios. Así murió Juliano. ¡Horroroso término el de la vida de un apóstata!

Fueron tambien objeto de la venganza divina, siendo presa de horribles enfermedades y

acabando la vida miseramente, los apóstatas Félix, tesorero del erario público, Elpidio, que lo era de Juliano, Eron, que habia llegado á ser Obispo, Teotecno sacerdote, y otros, de los cuales dice San Gregorio Nacianceno en su segunda invectiva contra Juliano que de noche los atormentaban sueños funestos y de dia visiones de estremecedora terribilidad. Todo el imperio fue castigado por la apostasia de su gobernador y por las de tantos otros débiles cristianos, que ofendieron gravísimamente á Dios, Rey de los siglos, por no desagradar á un príncipe, que muy luego habia de desaparecer. El hambre, la sequía y la peste affigieron dilatadas regiones. Bien merecidas tenia Juliano estas calamidades, y en particular el hambre y la sequía por haber mandado mezclar al agua de las fuentes de Antioquia la ofrecida á los ídolos y rociar con ella las carnes y demás comestibles, que se vendian en los mercados públicos, todo con el nefando fin de que en cierto modo comiendo ó bebiendo se contaminasen los cristianos. Indecible era la indignacion de los antioquenos; y la manifestada por Juventino y Maximino, oficiales de su guardia, llegó á noticia del Emperador, quien despues de haberlos hecho llamar y admirado la sublime intrepidez cristiana, con que le hablaron, les proporcionó la corona de un glo-

rioso martirio. Poco antes la habian alcanzado tambien otros cuatro oficiales abanderados por no prestarse á quitar de los lábaros de sus legiones el monograma de Cristo. Estos invictos héroes, á quienes el conde Juliano sentenció á varios horrososísimos suplicios, se llamaban Bonoso, Maximiliano, Joviano y Erculeano.

Odioso por demás se habia hecho este pequeño y barbudo Emperador al pueblo de Antioquia, y los que en él por estar inficionados de arrianismo, ó por tibieza no observaban fielmente la severa moral del Evangelio, tomaron por habitual entretenimiento el burlarse de Juliano, haciendo resaltar todo el ridículo de su persona y de sus actos con expresiones de donaire y gracejo, que iban pasando de boca en boca y se oian continuamente en toda la ciudad. Afectó Juliano despreciarlo todo á fuer de buen filósofo; pero en verdad tenia el corazon profundamente herido con tales chanzas. No era hombre que supiese despreciar los agravios, ni Emperador que guardase el decoro debido á su dignidad sin rebajarla, pues ya la habia echado por los suelos en muchas de sus cartas y edictos contra los cristianos, olvidando la magestuosa gravedad imperial y haciendo de bufon ó de sofista. Así no hay que extrañar que semejante Emperador corres-

pondiera á los antioquenos, burlándose de ellos en un folleto satírico.

Tambien compuso con el fin de desacreditar á Constantino y sus hijos otro libro intitulado los *Césares*, en el cual mostró las dotes del escritor ingenioso y elegante, pero superficial, maligno y falto de juicio, pues queriendo ensalzar á sus falsos dioses, pintó sus vicios y los ridiculizó sobremanera, como nota Rhorbacher; y atendida su decision á hacer al cristianismo una guerra omnimoda, no habia de olvidar combatirlo directamente con la pluma, puesto que sabia manejarla; y así emprendió la composicion de una obra, en que recopilaba las objeciones cien veces pulverizadas que los filósofos gentiles habian hecho á nuestra religion divina. Solo quedan de ella fragmentos, que á juicio del Cardenal Orsi son de suma importancia, porque consignan por mano del mas acérrimo enemigo del cristianismo la verdad inconcusa de que nuestras creencias y católicas prácticas son hoy las mismas que en los primeros siglos de la Iglesia. Para desmentir las santas Escrituras, que la autorizan y le sirven de baluarte celestial, acometió Juliano una empresa, que á su juicio habia de anadar el Testamento nuevo y antiguo: fue la reedificacion del templo de Jerusalem, del cual está escrito en el Evangelio y en los Profetas

que no volverá á levantarse. Creyó insensatamente el ciego Juliano que su poder imperial tendria mas fuerza que la palabra de Jesucristo, y lo empleó en la proyectada reconstruccion del templo. Dirigió á los judíos una carta muy lisonjera; luego llamó á sí á los principales, y en la entrevista, que con ellos tuvo, se mostró muy sagaz y artificioso. Circuláronse órdenes, hiciéronse inmensos preparativos, acudieron de todas las naciones innumerables judíos, que en ellas estaban esparcidos, y fueron ingentes los desembolsos que para la gigantea obra hizo el Emperador. Parecia que una nueva vida habia animado á la nacion proscrita, el favor del coronado apóstata la enaltecía, la esperanza de una completa restauracion la enloquecía de gozo; las mujeres se desprendian de sus mas preciosas alhajas para contribuir al levantamiento de la nueva fábrica, y las mas nobles y opulentas haciendo gala de sus riquezas y de su fanático entusiasmo mandaron construir instrumentos de plata para trabajar ellas mismas, cual principiaron á hacerlo empolvando sus vestiduras lujosas. San Cirilo, Obispo de Jerusalem, vió llegar un cúmulo de materiales de todo género y mil y mil ardorosos operarios, y hubo de sufrir mucho con los lamentos de los cristianos tímidos y tibios y con los insultos de los judíos ensoberbecidos.

Se comenzó por demoler los ruinosos restos del antiguo templo, y así se cumplió puntualísimamente la prediccion de Jesucristo, quien dijo que no quedaria de él piedra sobre piedra. Se trabajaba con el mayor ahinco, cuando de repente se estremeció la tierra, y se desplomaron los edificios de los alrededores. Globos de fuego salieron de las entrañas de la tierra y abrasaron los materiales aglomerados para la grande obra, quemaron los instrumentos, é hicieron cenizas á los espantados trabajadores. Los paganos y los judíos, atribuyendo estos portentos ¡oh ceguedad! á causas naturales, se empeñaban en llevar adelante la trastornada empresa, y nuevos globos de fuego desbarataban sus trabajos y á ellos los reducian á pavesas. Esta terrible escena repetida con aterradora insistencia convirtió á muchos judíos, que penetrados de espanto y llorando sus culpas, entraron en el maternal seno de la Iglesia. Y los que persistieron en su obstinacion, dejando el judaismo, abrazaron la idolatría.

Estos prodigios son uno de los hechos mas comprobados de la historia eclesiástica, cuyos autores citan el testimonio del idólatra Amiano Marcelino, los de los Santos Padres Ambrosio, Crisóstomo y Gregorio de Nacianzo y los de los historiadores Teodoreto, Rufino, Sócrates, Sozomeno y Filostorgio, los cuatro primeros

contemporáneos del extraordinario acontecimiento, y los otros cinco próximos á él porque vivieron poco despues. El mismo Juliano aludió á este grandiosísimo suceso, y su testimonio no puede ser sospechoso. Pero además, solo el haberse abandonado antes de la muerte del apóstata la colosal empresa de la reedificación del templo de Jerusalem, ya era bastante argumento de la verdad de los prodigios que la impidieron. Ni debe callarse otro portentoso, ó mejor dicho, otra porción de portentos, que sucedieron al mismo tiempo que los ya referidos: apareció en el cielo una cruz luminosa, en medio de la cual resplandecía una hermosísima corona. Y para mayor confusión de los judíos é idólatras, que habia en Jerusalem, en sus mismos vestidos aparecieron cruces bellísimas, que no podian borrar de modo alguno. De tal manera multiplicó la santa cruz sus triunfos.

Al salir Juliano para la guerra con los persas ofreció á sus dioses que cuando volviese triunfante de la campaña que emprendia, acabaria con el cristianismo, y á los que lo profesaban condenó desde luego á pagar la mayor parte de los cuantiosos gastos de aquella expedición. Al pasar por el territorio de Ciro, viendo mucha gente junto á una caverna, preguntó Juliano la causa de aquel extraordinario concurso, y se le dijo que en aquella caverna

vivia un monge llamado Domicio, y que iban muchos á visitarle por recibir su bendicion y curarse por medio de sus oraciones. Mandó el apóstata que le dijesen que habiéndose retirado á aquel sitio por dar gusto á su Dios, no debia complacer á los hombres, sino estar siempre escondido y no querer mas que silencio y soledad. Respondió el Santo que habiendo consagrado á Dios su alma y su cuerpo, se habia retirado á aquel lugar, pero que no podia impedir que le asediáran los que á él venian llenos de fé. Al oir tan inofensiva respuesta dispuso el tirano que tapiáran la entrada de la caverna, y el Santo, que en ella moraba, pasó desde aquella lobreguez á los resplandores de la gloria eterna.

Ni estaba lejos el momento, en que el Emperador apóstata habia de comparecer en el tribunal de Dios. Dejo á la historia profana el juicio de la torpeza, con que dió crédito á un noble persa, que vino á engañarle y le persuadió á prender fuego á mil doscientas naves, que componian su armada, y á internarse en un país enemigo, en que el hambre hizo á su ejército mas cruda guerra que las huestes del Rey de Persia; ni entro á referir las vicisitudes de su aterrado espíritu en los postreros dias de su vida, especialmente la noche en que se le presentó aquella espantosa

fantasma, de que hablan historias mas dilatadas: solo diré que en el último combate mostró valor, corriendo á donde quiera que hubiese inminente peligro. Una saeta, rozándole el brazo, le penetró las costillas, y fue á clavarse en el hígado. Cayó del caballo, y no tardó en morir. Los historiadores se hallan algo perplejos acerca de las circunstancias de tan funesta muerte. Pero es indudable que aquel mismo día fue revelada á varios siervos de Dios, que vivian en distintos países, y que estas revelaciones se hicieron con sublime solemnidad por medio de vision acompañada de palabras claras y terminantes. En Alejandría Didimo el ciego, celeberrimo por su memoria portentosa, vió en el aire las carreras de los caballos en la batalla que se le representaba; el gran San Basilio vió á Jesucristo enviando al mártir San Mercurio á dar muerte al apóstata, y vió al mismo San Mercurio, ejecutada ya la orden, volver con su lanza teñida en la sangre del impío Emperador. San Pammon, San Teodoro y San Julian Sabas recibieron del cielo extraordinaria luz acerca de la venganza, que de su enemigo tomaba el Altísimo en aquel mismo instante.

Rápidamente se extendió por el mundo la noticia de la muerte de Juliano; y así como en los cristianos produjo suma alegría, en los

idólatras causó vivo pesar y abatimiento profundo. Tenian razon para afigurarse, porque habia llegado la hora de la caida final de la idolatría y de la exaltacion del cristianismo. Antioquía se distinguió por el gozo y reconocimiento, con que dió gracias al Todopoderoso por el triunfo y la gloria de su santísima religion verdadera. Y la memoria del perseguidor sofista y mago supersticioso se cubrió de mayor ignominia al descubrirse en su palacio cofres llenos de cabezas de muertos y pozos henchidos de cadáveres, que sin duda habian servido para sus investigaciones de lo futuro, y al saberse que en Cárres, ciudad de la Mesopotamia, donde estuvo de paso para la Persia, habíase abierto despues de su muerte el templo de la luna, que dejó cerrado, y se habia encontrado en él ¡qué horror! una mujer colgada por los cabellos, con los brazos levantados y el vientre abierto. Tales eran las hazañas del héroe, que los pseudo-filósofos del pasado siglo pusieron sobre las nubes.

CAPÍTULO XXXVIII.

SUMARIO.

Joviano es elegido Emperador: ajusta la paz con los Persas. Decaimiento de la idolatría. Celo de Joviano en favor del cristianismo: sus relaciones con San Atanasio y grandes muestras que le dá de aprecio: su muerte.

El ejército del imperio romano se halló sin jefe cuando mas lo necesitaba estrechado por el hambre en un país enemigo, y al frente de poderosas falanges que combatir; era pues natural que se apresurase á nombrar un Emperador cuando tantos ejemplos habia en la historia de generales encumbrados al supremo mando, sin que el trono se hallase vacante como ahora. El ejército proclamó á Joviano, y los generales, que estaban reunidos en junta para designar de entre ellos el que habia de ser Augusto, dieron su asentimiento á la eleccion de los soldados. Vióse en esto una especie de milagro de la divina Providencia, porque un ejército que llevaba en sus estandartes los ídolos, á los cuales habia ofrecido reiterados sacrificios, un ejército acompañado de multitud de arúspices, magos y sacerdotes idólatras, un ejército, cuyos capitanes, escogidos por el apóstata, por lo

comun se parecian en ideas y sentimientos á este acérrimo adversario de la fé, segun el ordinario curso de las cosas habria elegido á un gentil y no á un cristiano fervoroso. Ni le apartó de su propósito de ceñirle la imperial corona la franca y generosa declaracion, que hizo Joviano incontinenti de no querer mandar á un ejército de idólatras. En todo el campo resonó el grito de aquellos decididos guerreros, que protestaron su adhesion al culto del verdadero Dios; y los paganos mas obstinados, que no participaron de aquel entusiasta pronunciamiento en favor de la verdadera religion, tuvieron que devorar su dolor en silencio, ó murmurando en voz baja.

Debe igualmente reputarse por un señalado favor del Altísimo la paz, que en tales circunstancias y en momentos tan azarosos pudo Joviano ajustar con el Rey de Persia, quien se hallaba en posicion de haber dejado morir de hambre todo el nérvio del romano imperio. Dióse á esta paz el epíteto de vergonzosa, porque en ella se perdian cinco provincias; empero mucho mas vergonzoso hubiera sido el total aniquilamiento de las fuerzas del imperio, que le habria puesto á merced de sus enemigos; y si las imperiosas circunstancias fueron tales que á ella obligaron, el nuevo Emperador cristiano lejos de haber sido causa de aquel

gravísimo conflicto, puso remedio á la situación fatal creada por su antecesor. Este es el hecho. Joviano habia adquirido en la guerra un gran renombre, y por lo mismo no hay que decir que le intimidasen los peligros; y acaso esto mismo contribuyó á que Sapor le ofreciese la paz. Le recomendaba la esbeltez gallarda de su elevada estatura, su genio franco, su carácter dulce, su corazón generoso y la amabilidad de sus modales. Todo le hacia simpático y respetado, al paso que su edad de solo treinta y dos años prometía al imperio un defensor y un padre que labrara su dicha por largo tiempo.

Salvado el ejército, dirigió Joviano su augusta solicitud á la reparacion de cuanto en el reinado anterior habian perdido el imperio y el cristianismo, y no menos que de las impiedades de Juliano se desviaba el ilustrado príncipe de la arriana pravedad de Constancio. Sin embargo, creyó que por entonces convenia á la pública tranquilidad el permitir á los paganos el libre ejercicio de su culto idolátrico, mientras él hacia todo lo posible para que la religion verdadera fuese honrada en sus dominios, y á este fin escribia á los gobernadores de las provincias, recomendándoles el que ellos mismos diesen ejemplo, asistiendo religiosamente á las iglesias. Devolvió á los templos

del Altísimo, á los eclesiásticos, á las vírgenes y á las viudas todos los privilegios, que por el lustre y decoro de la religion les habia concedido la piedad de Constantino y de sus hijos. Restableció en el ejército el uso del lábaro con el monograma de Cristo.

Raíces demasiado profundas habia ya echado la religion cristiana en el imperio para que la permitida libertad de conciencia pudiese sostener al desfallecido paganismo, ni continuase inmolando víctimas humanas y ofreciendo á los ídolos impuros sacrificios. Así los templos profanos comenzaron de nuevo á verse abandonados, y fueron sucesivamente cerrados, unos por falta de sacerdotes idólatras, que ya se avergonzaban de comparecer en público, temiendo ser el ludibrio de la mayor parte de los ciudadanos, y otros por el hastío que iba inspirando aun á los mismos, que todavía la profesaban, una religion no solo vencida de hecho, sino tambien desacreditada en las luchas científicas. Era, pues, la idolatría un enfermo que muere por consuncion.

Una de las primeras atenciones del vigilante Emperador fué llamar de su destierro á todos los Obispos católicos, que se hallaban fuera de sus diócesis, y ponerlos en pacífica posesion de sus Iglesias. Y no contento con que esta ley, que acababa de publicar, comprendiese á

San Atanasio, cual á otros muchos varones esclarecidos, le escribió en particular una carta hermosa y edificante, en la cual le colmaba de elogios y le daba las mas indudables muestras de aprecio y admiracion. Ya San Atanasio habia vuelto á Alejandría lleno del mas puro júbilo por el triunfo de la piedad verdadera; y poco despues tornó á escribirle Joviano, rogándole que le enviase una explícita profesion de fé que le sirviera de guía. Hizolo el Santo Obispo, y para dar mayor peso y autoridad á su escrito, llamó cabe sí á los Obispos de la Libia, del Egipto y la Tebaida, y en union de ellos compuso y envió al Emperador una epístola de altísimo mérito, en la cual le recomendaba sobre todo y con sumo encarecimiento una firmísima adhesion á las doctrinas enseñadas por el Concilio de Nicea, añadiendo muy luminosas declaraciones acerca de la divinidad del Espíritu Santo. Quedó Joviano tan pagado de la carta de San Atanasio que quiso conferenciar con él personalmente, haciéndole ir á Antioquía, donde por entonces tenia su corte. En vano los fautores de los disturbios de la Iglesia procuraron atraerse mañosamente el ánimo del Emperador, quien declaró que solo gustaba de los amadores de la paz y defensores de las creencias ortodoxas. Y como muchos de los extraviados en punto á religion,

están por su conveniencia dispuestos á acomodarse á los vientos que corren en los palacios, no faltaron arrianos, que en vista del catolicismo de Joviano, se apresuraron á abrazarlo, contándose entre estos el famoso Acacio de Cesarea. San Melecio para recibirlo en su comunión con mas solemnidad reunió en Antioquía un Sínodo compuesto de veintisiete Obispos, de los cuales algunos pocos vinieron de países distantes.

Llegado San Atanasio á Antioquía, tuvo sobre asuntos de religion diversas conferencias con el Emperador, que le recibió y trató honrosamente. Estaba Joviano tan convencido de su inocencia que fueron vanas cuantas tentativas hicieron para malquistarle los arrianos venidos á este fin de Alejandria. Tambien intentaron urdir algunas tramas por medio de los eunucos de palacio, y el católico Emperador mandó poner á estos en el tormento para que escarmentasen, y los demás con tal ejemplo no se atreviesen á levantar polvaredas en el campo de la Iglesia.

Razon habia para concebir las mas bellas esperanzas y prometerse el imperio una venturosa suerte por las eminentes cualidades, que distinguian á Joviano; pero los juicios de Dios son inescrutables. Á los ocho meses de imperio y á los treinta y tres años de su

edad fue hallado muerto en su lecho en la mañana del diez y siete de Febrero del año 364 este sobre-excelente Emperador en Dadas-tana, yendo de viaje para Constantinopla, á donde llegó cadáver. Se le dió sepultura en el vestíbulo de la Iglesia de los Santos Apóstoles, do se hallaban tambien las tumbas de los otros Emperadores.

CAPÍTULO XXXIX.

SUMARIO.

Sube al imperio Valentiniano y lo divide con su hermano Valente. Primeras disposiciones de ambos Emperadores. Apatía y flojedad de Valentiniano en orden á la religion. Conciliábulo de Lampsaco. Valente se declara por el arrianismo y principia á perseguir á los católicos. Conciliábulo de Nicomédia. San Basilio es ordenado sacerdote, se retira de Cesarea y vuelve á defenderla. Entran en el gremio de la Iglesia católica muchos Obispos semiarrianos. San Damaso sucede al Pontífice Liberio. Cisma del antipapa Orsino. Concilio de Tiana. Destierros de Obispos católicos. San Atanasio se esconde y á los cuatro meses se le restituye á su obispado. Turbulencias en Roma. Muerte de San Hilario. Valentiniano declara Emperador á su hijo Graciano. Concilio de Roma. Concilio alejandrino. Heroica firmeza de San Betranion, Obispo de los Scitas.

Á Joviano sucedió en el imperio Valentiniano, quien como su predecesor habia mostrado fortaleza cristiana en tiempo del apóstata. Eligiéronle los generales y le aclamó el ejército. Poco despues compartió el imperio con su hermano Valente, y ambos dieron principio

á su gobierno en lo tocante á cosas de religion con una ley que prohibia las operaciones de la mágia, las fiestas nocturnas de los idólatras y los sacrificios abominables, que la noche presenciaba con horror. No transcurrió mucho tiempo sin que Valentiniano dividiese el imperio, reservando para sí el Occidente, y dejando á su hermano el Oriente. Por respeto á la religion quiso no mezclarse en las cosas santas, reconociendo y publicando su incompetencia en semejantes materias. Mas sin embargo de las pruebas que tenia dadas de la firmeza de su fé, anduvo hartó condescendiente con los restos de la idolatría, otorgando á sus pontífices algunas distinciones y revocando su reciente prohibicion de los sacrificios nocturnos. Pero en lo que manifestó mas reprehensible indolencia fue en no interponer su mediacion para que su hermano no hiciera á la Iglesia Católica y á sus ministros la cruda guerra, que les declaró en el Oriente, poniéndose á la cabeza de los hereges arrianos. El mismo fue en Milan engañado por el Obispo de aquella secta Ausencio, el cual se fingió católico en una carta, cuyo veneno no percibió Valentiniano, y así dando oídos á sus pérfidas sujesiones, por amor de una paz mal entendida desterró de Milan á San Hilario, que valerosamente se oponia al Obispo arriano. Tuvo el

Emperador la desgracia de comunicar con él en las cosas santas.

En vista del retraimiento de que este príncipe hacia alarde, y juzgándolo permiso tácito, que les hubiese concedido cuando le hablaban, los Obispos semiarrianos celebraron un conciliábulo en Lampsaco, y habiéndose declarado en contra de los arrianos puros, á cuya cabeza estaba Eudosio, temerosos de que este se anticipara á ganarse el corazón de Valente, enviaron al referido Emperador diputados, que le previnieran y le atrajeran á su partido; pero ya Eudosio se había enseñoreado del ánimo de Valente y de sus aúlicos. Así cuando llegaron los diputados del conciliábulo de Lampsaco, á las primeras palabras los echó bruscamente de su palacio el irritado Emperador. Luego que volvió á Constantinopla, después de haber acompañado á su hermano hasta Sirmio, arrojó de aquella capital del imperio de Oriente á los católicos y á los novacianos, bien que estos últimos no tardaron en regresar por el influjo, que gozaba cerca del Emperador Cipriano, maestro de las princesas sus hijas y presbítero de la secta. Como Valente seguía los pasos de Constancio en haberse decidido por el arrianismo é ingerirse en los negocios de la Iglesia, á imitación suya reunió un conciliábulo en Nicomedia, en donde desplegó su tira-

nia para obtener de varios Obispos católicos ó semiarrianos el que firmasen fórmulas de avanzado arrianismo.

Parece que por este tiempo fue cuando Eusebio, Obispo de Cesarea en Capadocia, sin duda viendo la nueva y formidable tempestad que amenazaba á la Iglesia, y á fin de que tuviera esta ministros capaces de hacerla triunfar de sus enemigos, se empeñó en ordenar de sacerdote á San Basilio, y lo consiguió á pesar de la resistencia que le hacia este santo doctor. Mas ya era conocida su vencedora elocuencia, su lógica irresistible, su firmeza, su prudencia, y eran notorios los servicios que habia hecho á la Iglesia en ocasiones diversas, confundiendo á los hereges, y auxiliando con sus luces á los Obispos, que defendian la verdad de la fé. Y presto puso de manifiesto esas bellas dotes de su alma sublime, componiendo la primer obra, que publicó en contra de la dominante heregia, en la cual pulverizaba con vigorosa argumentacion los errores de Eunomio. Á las muestras de su fortaleza y de su sabiduría siguiéronse las de su paciencia magnánima, pues hubo de sufrir los desaires de su Obispo Eusebio, quien dejándose llevar de la envidia se mostraba pequeño, al paso que Basilio crecia en grandeza á los ojos de Dios y de los hombres por el ejercicio de la humil-

dad y demás virtudes, que ostentó en la tribulación de verse desposeído de honoríficos cargos inherentes á su ministerio sacerdotal. Se retiró á su amada soledad, y entre sus monges, que le reconocían por padre y maestro en los caminos de Dios. Pero no fue de larga duracion la desavenencia suscitada entre el Obispo Eusebio y el inmortal Basilio. Viendo su amigo San Gregorio Nacianceno que sobre la Iglesia de Cesarea venia una tempestuosa nube, es decir, Valente rodeado de los mas furiosos Obispos arrianos que formaban su comitiva, tembló por ella, é interpuso su mediacion entre Eusebio y Basilio para que se reconciliáran y peleáran juntos las batallas del Señor, porque juzgaba que en el duro trance era absolutamente necesaria en Cesarea la presencia de su entrañable amigo San Basilio; y en efecto los reconcilió. Vino el Santo á la capital, y fue el baluarte de la fé combatida por Valente y su corte arriana.

Los semiarrianos, que tenían contra sí al Emperador, aprovecharon el tiempo en que este se hallaba ocupado en reprimir la rebelion de Procopio, para celebrar varias juntas, en las cuales viendo su partido muy mal parado, procuraron acercarse á los católicos, y á este fin enviaron al Pontífice Liberio tres de sus Obispos, que llevaban el encargo de presentarle

el homenaje de su debida sumision y fórmulas de fé concebidas en términos admisibles. Luego que Liberio supo el objeto de su venida, los recibió cual amoroso padre, y se hizo pública la adhesion de aquellos Obispos orientales, que por algun tiempo habian vivido extraviados.

Por muerte de Liberio fue encumbrado al sόlio pontificio San Dámaso, á quien ilustraban las letras y las virtudes; pero su exaltacion estuvo acompañada del cisma, que introdujo Orsino ú Orsicino, el cual lleno de ambicion se puso á la cabeza de una turba de sediciosos, y consiguió que le consagrara por Obispo de Roma Pablo, que lo era de Tiboli. La capital del mundo cristiano se vió varias veces bañada en sangre, y los horrores del combate profanaron los mismos templos, en los cuales caian víctimas de su sacrilega furia los cismáticos, que los invadian con armas. Tan tristes espectáculos execrables no pueden menos de hacernos admirar el infinito amor, con que nuestro Dios sacramentado ha querido exponerse á semejantes ultrajes y profanaciones horrendas por estar entre nosotros, ocultando su magestad para mostrarnos sobre todo su bondadosísima paciencia y su anhelo de sernos perpétuo compañero, vida y sustento del alma. Para calmar la efervescencia y poner término á escenas desoladoras, fue necesario que el

poder secular hiciese salir de Roma al antipapa Orsino, el cual logró volver y producir nuevos trastornos hasta que por segunda vez se le expulsó de la ciudad eterna.

Entre tanto la reconciliacion de los Obispos semiarrianos con la Iglesia Católica proporcionaba á esta dias de júbilo y de gloria: volvieron los legados de aquellos al Oriente, trayendo una carta muy satisfactoria del Pastor de los Pastores, que los habia admitido á su comunión, y otras epístolas, en que manifestaban su benevolencia y su nueva amistad muchos Prelados occidentales. Los del Oriente celebraron en Tiana un Concilio, al cual concurrieron una gran porcion de los Obispos, que dejando las reliquias de la heregía se acababan de limpiar de todas ellas con su adhesion solemne y explícita á la fé del sacrosanto Concilio de Nicea. Todo en el de Tiana respiró caridad, triunfo y regocijo por el retorno de los extraviados al seno de su comun madre. Y oportunamente observa el Cardenal Orsi la suma deferencia de los Padres de este Concilio al Vicario de Jesucristo, pues aunque por su veleidad les era sospechosa la fé de Eustacio de Sebaste, uno de los tres diputados que regresaban de Roma, en vista de la recomendacion del Soberano Pontífice afectuosamente le recibieron en su comunión, cerrando los oidos á todas las razo-

nes, que se les ofrecian para sospechar de la sinceridad de su arrepentimiento.

Estos triunfos de la Iglesia llevan el sello de esas magníficas compensaciones, que la Providencia divina le proporciona cuando la ve atribulada. Lo estaba entonces sobremanera por la tiránica persecucion de Valente, quien expidió un decreto lanzando de sus sillas á los Obispos católicos, que hubiesen sido desterrados en tiempo de Constancio. Se preparaba Valente para ir á la guerra contra los Godos, y quiso disponerse á ella, recibiendo el santo bautismo que borrarase sus culpas. Empero su espíritu se hallaba entenebrecido con las sombras del arrianismo, y aquel sacramento de vida le fue administrado por el impío Eudocio, el cual en aquel acto solemne le obligó á jurar que siempre se mantendria adicto á la faccion arriana y que desterraria á los católicos. Lo cumplió el Emperador arrojando de Antioquia á San Melecio, á quien amaban tiernamente los suyos. Sábese que este Santo fue de nuevo desterrado mas adelante de la misma Antioquia, de lo cual infiere el Cardenal Orsi que volveria á ella, aunque no se haya averiguado cómo ni cuándo. Claro es que los triunfantes arrianos se apresurarian á cumplir con Atanasio el imperial edicto relativo á los destierros de Obispos católicos. Pero el Santo Pre-

lado era el amor de toda la ciudad de Alejandría, la cual no quería consentir en que de nuevo le fuera arrebatado su Pastor insigne: los síntomas de levantamiento hicieron suspender el destierro de San Atanasio por algunos dias, y el Santo al fin huyó á esconderse en el sepulcro de sus padres pocas horas antes de que le buscárá el Prefecto para prenderle. Cuatro meses duró su trabajoso encierro, pues al cabo de ellos, temiendo el Emperador que se sublevase Alejandría empeñada en recobrar á su muy querido Obispo, permitió que volviese á ella y la gobernase en paz. Así el Señor que tiene en su mano los corazones de los príncipes, muchas veces los pone en la precision de hacer por miras de política aquello mismo de que sus ánimos se hallan mas distantes.

En medio de tales vicisitudes de la Iglesia y de sus santos Obispos corria el año 367 y en él se apagó una de las mas esplendorosas lumbreras del Occidente, pues lo era sin duda alguna por su celo, firmeza, elocuencia, sabiduría y santidad Hilario de Poitiers, que hacia tres años que disfrutaba de plácido sosiego, gobernando su amada grey; y desde aquella ciudad subió su alma á los cielos, que tanto merecia por sus trabajos y virtudes esclarecidas.

Esta sensible pérdida de la Iglesia parece

que en algun modo le fue compensada con haber Valentiniano elevado al imperio y revestido de la dignidad de Augusto, haciéndole su colega, á su hijo Graciano, niño de pocos años, pero de tan bellas prendas y felices disposiciones, que hacia presentir dias de ventura para el Estado y la Iglesia. Otro motivo de satisfaccion tuvo esta al publicar Valentiniano una ley, en que despues de haber expulsado de Roma al antipapa Orsino, disponia que los jueces seculares no conociesen de las causas de los Obispos, declarando que el exámen y fallo de estas correspondia únicamente al Romano Pontífice.

Ni satisfecho el celo del Emperador con haber desterrado á los principales fautores del cisma de Orsino, mandó al Prefecto de Roma Pretestato que cerrase la iglesia, donde extramuros de la ciudad se reunian unos cuantos cismáticos. Opusieron estos resistencia, y fue necesario que Pretestato se valiese de gente armada para desalojarlos; y en aquel trance ocurrió alguna muerte y corrió la sangre de varios foragidos, que se oponian á las órdenes de la autoridad. Y aunque el santo Pontífice Dámaso se hallaba exento de toda participacion en aquel hecho de armas, los cismáticos le atribuyeron el derramamiento de sangre humana. Tan atroz calumnia era por sí misma

insubsistente; pero Dios quiso ponerla en mas clara luz, castigando de una manera visible á sus autores.

La intestina guerra, que en los dos primeros años de su pontificado le hicieron los cismáticos, no habia permitido á San Dámaso desplegar todo el celo de su apostólica autoridad contra el arrianismo; mas luego que pudo reunió en Roma un Concilio de los Obispos de Italia, y en él confirmó plenamente la doctrina del Ecuménico de Nicea, condenó de nuevo la arriana heregía y depuso á Valente de Mursa y á Ursacio de Singiduno. Cuando recibió San Atanasio las actas de este Concilio de Roma, juntó en Alejandría otro, al que asistieron los Obispos de Egipto y de las dos Libias la Marmárica y la Sirenáica, y con ellos escribió á los Obispos de África una excelente y famosa carta, en la cual hablando de los conciliábulos arrianos, manifiesta que en todos ellos se varió la fórmula ó simbolo de la impia secta. Era menester un pecho tan generoso y magnánimo como el de Átanasio para haber reunido un Concilio de católicos en los dominios de un Emperador, que era el brazo armado del arrianismo.

Y por este mismo tiempo dió magnífico ejemplo de intrepidez y episcopal firmeza otro illustre campeon de la fé allá en las remotas

regiones de la Scitia, nacion de bárbaros, á donde habia ido Valente al dirigir su ejército contra los Godos. En Tomis, ciudad principalísima, donde tenia su residencia Betranion, Obispo de los Scitas, fue el Emperador con su comitiva de arrianos á la iglesia, empeñándose en que su Obispo habia de comunicar con él; pero Betranion en medio del gran concurso de gente que habia acudido á ver el insólito espectáculo, se negó á la pretension de Valente, y se fue á otra iglesia, dejándole con el corazon volcanizado de ira y despecho. Valente le hizo prender, y le envió al destierro. Pero temeroso de que la aguerrida nacion de los Scitas quisiese vengar el ultraje de su Obispo, mandó poco despues que volviera á Tomis el insigne Betranion, á quien la Iglesia venera como á Santo.



CAPÍTULO XL.

SUMARIO.

Tribulaciones de los fieles en Constantinopla. Ochenta sacerdotes mártires. Demófilo Obispo arriano de Constantinopla. Ocupa San Basilio la silla metropolitana de Cesarea y combate la heregía de los Macedonianos. Solicitud del Papa San Dámaso en el gobierno de la Iglesia. Triunfa San Basilio del prefecto Modesto y en su presencia tiembla el mismo Emperador Valente. Dios le protege con repetidos prodigios. San Gregorio Nacianceno es consagrado Obispo. Valente persigue á los católicos de Antioquía. El monge Afrates y San Julian Sabas.

El año 370 fue notable por el recrudecimiento de la persecucion, que los católicos sufrían en Constantinopla. Muerto Eudósio, obispo arriano de esta capital, aquellos se aprovecharon de la ausencia del Emperador Valente para que el obispado recayese en Evagrio, que era ortodoxo y fue consagrado por Eustacio. Mas luego que el Emperador supo este acontecimiento, mandó que de Constantinopla saliesen desterrados Evagrio y Eustacio, á los cuales la Iglesia venera como á Santos. Alentados los arrianos con tan arbitraria y tiráni-

ca disposicion de Valente, diéronse á perseguir á los católicos con mas furia y empeño, llenándolos de infamatorios denuestos, maltratándolos horriblemente y arrastrándolos á los tribunales arrianos para que los jueces descargáran sobre ellos con inícuas sentencias los injustos golpes de su exaltada saña. Sabian los magistrados que vejando de mil maneras á aquellas víctimas complacian al Emperador, y así ora las despojaban de sus bienes, ora las desterraban, y ora cometian con ellas otras odiosísimas crueldades. Cansados de sufrirlas los católicos se imaginaron ilusoriamente que acaso el medio de aminorar tantos padecimientos seria recurrir á Valente, pidiéndole justicia; y á este fin le enviaron á Nicomédia, donde entonces se hallaba, una respetable diputacion compuesta de ochenta presbíteros de la Iglesia de Constantinopla. Eran estos de los mas señalados por su virtud, y luego que llegaron á Nicomédia, hicieron al Emperador una verídica pintura de las persecuciones, que padecian los fieles de Constantinopla. Valente los oyó y disimuló su rabioso enfado; mas luego sigilosamente ordenó al prefecto Modesto que les hiciese morir. Temió el prefecto del pretorio que la ciudad se conmoviera al ver la ejecucion de la sentencia de muerte de tantas víctimas inocentes y venerables, y publicando que iban á

ser desterradas, las hizo embarcarse en una nave, á cuyos marineros previno que cuando estuviesen en alta mar, la incendiasen, abandonándola ellos y salvándose precipitadamente en las chalupas. Cumplieron su mandato, y un fuerte viento la impelió á tierra, donde acabó de abrasarse con su cargamento de mártires la embarcacion destinada á transportarlos al cielo.

En la silla de Constantinopla encaramó Valente á Demófilo, Obispo que era de Berea, y por cuya intrusion manifestó su disgusto el pueblo constantinopolitano. Conociéndolo Demófilo procuró desvanecer la mala impresion causada por su ilegítimo encumbramiento, y con este fin mostró al principio un ánimo conciliador; pero despues persiguió á los católicos del propio modo que hizo tambien la guerra á los anomeos.

En medio de tamañcs peligros para la fé del imperio de Oriente fue por muerte de Eusebio el gran Basilio elevado á la insigne y metropolitana sede de Cesarea, debiéndose su merecida exaltacion á los combinados esfuerzos de San Eusebio de Samosata y del anciano Gregorio de Nacianzo, que para dar el triunfo á la disputada eleccion de San Basilio emprendió el viaje á pesar de hallarse enfermo, porque en aquellas calamitosas circunstancias interesaba sobremanera á la causa de la reli-

gion el que Cesarea tuviese por Obispo á Basilio, que siendo solo sacerdote era el amparo y el padre de los pobres, el sosten de la virtud, la columna de la verdad, la antorcha de toda la Capadocia y del Ponto, el formidable enemigo de la heregía, el caudillo de los ejércitos del Señor y el ministro de los altares, en quien se reunian con su mas ínclito resplendor la elocuencia, la sabiduría y el divino coro de todas las virtudes. Sin embargo, hubo un partido de Obispos que se oponian á su eleccion, los cuales, aunque no prevalecieron, dejaron á la historia una prueba mas de la razon y justicia, con que á su debido tiempo fue abrogada aquella antigua disciplina. En el episcopado se ensanchó el magnífico círculo de los gloriosos hechos de San Basilio. Vino á ser en el Oriente como un nuevo sol, que se encumbraba sobre el horizonte de la Iglesia para iluminarlo con los rayos de su eminente saber y de su santidad excelsa. Parecia el Obispo de todas las Iglesias de aquella parte del mundo. Tan ardiente era el celo, que desplegabá porque triunfase en todas ellas la verdadera fe y fuese derrocado el arrianismo. Se puso de acuerdo con San Atanasio y con San Melecio para implorar del Sumo Pontífice Dámaso el pronto y eficaz auxilio de su autoridad suprema en favor de las conturbadas Igle-

sias orientales, pidiéndole en particular que á ellas enviase legados, que calmasen todo género de disensiones intestinas y terminasen el viejo cisma de los católicos de Antioquía.

El Pontífice San Dámaso correspondió á las instancias y representaciones de los ilustres Obispos del Oriente, ora condenando en su Concilio de Roma al hipócrita arriano Ausencio de Milan, segun se lo habia pedido San Atanasio, ora confirmando la fé de Nicea, ora tomando providencias en los asuntos de las Iglesias de Oriente, y ora enviando sus legados portadores de cartas importantes y encargados de cumplir comisiones especiales en aquellos remotos países.

Infelices en demasía fueron estos años del imperio de Valente para las dilatadas regiones á que su dominacion se extendia, pues á la sombra del cetro pululaban y se robustecian las plantas venenosas de heregías nefandas. La de los macedonianos, que negaban la divinidad del Espiritu Santo, haciendo de él una criatura, ganó terreno, levantó con audacia mayor su infernal cabeza, y se pavoneó gloriándose de conquistas ruidosas. Muy á tiempo habia la divina Providencia elevado al gran Basilio á la dignidad de Obispo de Cesarea para resistir los embates de la nueva heregía con la acrisolada prudencia, vigor, esfuerzo y supe-

riores luces de que le habia dotado. Seria prolijo referir las circunstancias de esta azarosa lucha, en que se vió envuelto el sapientísimo Basilio. Me limitaré á indicar que su conducta fue aprobada y seguida por San Gregorio Nacianceno y por el grande San Atanasio.

Entretanto el arriano Emperador desolaba las Iglesias de la Galacia y de la Bitinia, y amenazaba caer sobre la Capadocia. Precediéronle los batidores de su herética pravedad; y á todos ellos hizo frente el intrépido Basilio. Llegado el mismo Emperador á Cesarea, el Prefecto Modesto se empeñó en rendirle, empleando alternativamente promesas y amenazas; pero todas las oleadas de su prepotente furor se estrellaron y quedaron quebrantadas y desvanecidas en la firmísima roca de la invencible constancia de Basilio. Sus elocuentes respuestas y la grandeza de su alma dejaron atónito al Prefecto orgulloso, que se dió por vencido y lo confesó á Valente. Este mismo Emperador, aunque sin reducirse á mejor senda, se sintió poseido de un profundo respeto para con aquel Prelado sobremanera admirable. Quiso darle alguna muestra de afectuosa deferencia, y sin pretender el puesto que los Emperadores solian ocupar en la iglesia, fue con su comitiva á la en que el santo Obispo celebraba el dia de pascua los divinos oficios,

tomando para sí un asiento inferior. Creyó San Basilio que la prudencia y moderacion cristiana exigian algun miramiento y condescendencia respecto de aquel príncipe extraviado, y así le dejó en paz sin darse por entendido de su entrada en el templo, ni desairó su ofrenda en vista del humilde comedimiento con que la presentaba. Pero el magestuoso aspecto y la santidad del venerando Obispo impusieron tanto al Emperador que empezó á temblar en el acto solemne de presentar sus dones, y acaso hubiera caido desmayado á no haberle sostenido uno de los ministros del santuario. Sin embargo, no dejaron de molestar y de insultar al Santo los aúlicos arrianos, á quienes con su firmeza apostólica vencia y confundia. Dios, que tiene en su mano los corazones de los Reyes, dispuso que el de Valente se ostentára benévolo con su esclarecido Siervo, prohibiendo que se le hiciera daño y regalándole posesiones para el sostenimiento de un gran hospital, en que Basilio tenia sus delicias y empleaba su paternal y afanosa solitud.

Pero en el ánimo de este Emperador ejercia el genio del mal un influjo mas decisivo y durable, siendo flojo é inconstante para lo bueno. Los arrianos disiparon la inclinacion favorable, que habia empezado á mostrar al

santo Obispo de Cesarea y por último le indujeron á que le desterrára. Ya Basilio se preparaba á salir para su destierro, cuando de pronto enfermó gravemente el niño Valentiniano, hijo del Emperador, y aquella misma noche tuvo su madre espantosos ensueños y experimentó y sufrió terribles convulsiones. Esta Emperatriz habia precipitado á su marido en las impiedades del arrianismo, y viéndose castigada en su hijo y en su propia persona, se sobresaltó, descubrió á Valente sus temores de que aquellos males les viniesen del cielo por causa del destierro del Obispo Basilio, y Valente revocó la órden, y procuró por medio de varios cortesanos, que eran amigos del santísimo Prelado, que este fuese á palacio, creyendo que traeria la salud á su hijo. Ni andaba descaminado en creerlo, pues al entrar el Santo sintió alivio el enfermito niño; pero habiendo aquel manifestado al Emperador lo que debia hacer para aplacar á Dios, no hubo de conformarse ó no cumplió lo que prometia el arriano Emperador, y su hijo espiró. Al cabo de algunos días volvieron los sectarios á persuadirle que era preciso que desterrára á Basilio; y el mal aconsejado príncipe tomó la pluma para firmar el decreto de destierro, y la pluma se le rompió entre los dedos; cogió otra, y sucedió lo mismo; sin darse por ven-

cido, agarró la tercera, y del propio modo se le despedazó. No hubieran bastado acaso estos repetidos prodigios para que desistiese de firmar el decreto, si el Todopoderoso no le hubiese imposibilitado la mano, haciéndosela temblar de una manera insólita y portentosa. Tan claramente se decidió el airado cielo en favor de San Basilio; y para darle en la corte un protector de gran valía, hizo que una peligrosa enfermedad pusiera al borde del sepulcro al Prefecto Modesto, que este llamára al Santo en su auxilio y alcanzára la salud por la eficacia de sus oraciones, quedándole sumamente agradecido y dispuestísimo á servirle en todo lo que no fuese abrazar él mismo la verdadera fé.

Ni solo por parte de la autoridad imperial sobrevinieron á Basilio muy amargos disgustos. Acababa de ser dividida la Capadocia en dos provincias, y esto dió márgen á que Antimo, Obispo de Tiana, capital de la nueva provincia, como si á las civiles desmembraciones de territorio debiesen seguirse las de la jurisdiccion eclesiástica, constituyéndose metropolitano, usurpase los derechos del que lo era de toda la Capadocia y le declarase una guerra tan tenaz como furiosa. Hizo San Basilio cuanto le fue posible para la defensa de su legítima autoridad, y entre otras sagaces providencias

que tomó con este fin, fue una de las mas importantes el hacer que su amigo Gregorio aceptase por el bien de la Iglesia el obispado de Sásimis. Este fue un grande sacrificio para el alma sensible y tierna de Gregorio, que se vió obligado á separarse de su anciano padre en los postreros dias de su vida, y varias veces desahogó su dolor con sentidos lamentos, en los cuales se quejaba de su amigo Basilio, que le habia impuesto el peso de aquella dignidad tan contraria á las humildes inclinaciones de su alma enteramente desasida del mundo. Pudo tanto este sentimiento que le llevó á esconderse en la soledad; mas luego volvió á Nacianzo, y prestó eminentes servicios á la causa de San Basilio, que era la de la justicia. La oposicion de Antimo no le permitió ocupar el obispado, que se le habia conferido; y no por eso dejó de desempeñar las funciones de su nuevo y augusto ministerio, pues su padre, Obispo de Nacianzo, le hizo su coadjutor, cargo que por auxiliarle en su decrepitud admitió bajo la inteligencia de no ligarse á la Iglesia de Nacianzo con ninguna clase de vínculo.

Prosiguiendo Valente su viaje, antes que él entró en Antioquía el terror que á los católicos inspiraba su nombre. Perdió aquella ciudad á San Melecio transplantado cerca de Nicópolis

en la Armenia. Fueron cerradas las Iglesias, y el místico rebaño de Jesucristo se reunia en unas cavernas, que se hallaban fuera de puertas, y que era fama que habian servido de morada al apóstol San Pablo. Aun de allí por el delito de entonar las alabanzas divinas y oir la palabra de Dios, arrojó á los fieles ortodoxos la imperial tiranía. Fuéronse á congregarse á las márgenes del rio, y aun aquel sitio vedó á sus juntas el arriano Valente. Pero no se descorazonaron los valerosos católicos, á los cuales acaudillaban en las batallas del Señor los sacerdotes Flaviano, Diodoro y el monge San Afrates. Era este un varon respetabilísimo por sus años y por sus virtudes consumadas, y se distinguió entre todos por el cristiano heroismo, con que habló de una manera sublime en presencia del enemigo Emperador. Quisieron los hereges oponer á la grande autoridad, de que gozaba, la de otro asceta aun mas célebre, que hacia cuarenta años moraba en los desiertos. Empero los católicos sabian que esta era una horrible calumnia, y para mejor desvanecerla enviaron al calumniado San Julian Sabas una comision, que le enterase del malvado artificio de los arrianos y le persuadiese de la necesidad de presentarse él mismo á disipar la atroz mentira. Julian comprendió qué debia dejar su retiro,

el cual era una cueva inmediata á Edesa, desde donde sus numerosos discípulos habian llevado á distancias grandes el buen olor de la santidad de su venerando maestro y el género de vida que establecian ellos. San Julian Sabas apareció en Antioquia, y por su union estrecha con los católicos pudieron todos los que tuviesen ojos y oidos quedar enteramente cerciorados de que este Santo tenia un sumo horror á la heregia. De tan corta duracion suele ser el triunfo del padre de la mentira. Y con tal fuerza hace la Providencia que el sol de la verdad disipe los nebulosos vapores de la impostura.

CAPÍTULO XLI.

SUMARIO.

Influjo de la vida monástica en la conversion de los gentiles. Ultimos años de San Hilarion. El solitario San Abraham. San Barse. Animosa decision de los católicos de Edesa por la fé: destierro de ochenta sacerdotes de esta ciudad. San Eulogio y San Protógenes en Antinoo. Prosigue la persecucion de Valente. Amarguras de San Basilio. Apolinar extiende sus errores. Muerte de San Atanasio.

La vida monástica daba excelentes frutos y se dilataba su floreciente institucion singularmente en la Palestina, la Siria y la Mesopotamia, habiendo Dios prolongado de una manera muy notable la preciosa existencia de sus primitivos fundadores á fin de que su ejemplo fuera un largo magisterio y un modelo, del cual habian de sacarse innumerables copias. Aunque el propósito principal de los monges era atender á la santificacion de sí mismos, viviendo como ángeles en la contemplacion de Dios, abstraídos de todo lo terreno, quiso la Providencia valerse de su ministerio para llamar á la fé á muchos idólatras de la Siria y en especial á una considerable muche-

dumbre de Persas y Sarracenos. La fragancia de sus virtudes los atraía, haciéndoles reconocer como bajada del cielo una religion, que tales hombres sabia producir. San Hilarion, San Abraham, San Efren, San Barsés, San Eulogio, San Protógenes, San Moisés y los ya mencionados Santos Afrates, Julian Sabas y Acácio fueron como celestiales lámparas de los desiertos, que con sus resplandores ponian en fuga las sombras del paganismo. Pobláronse de gentiles convertidos las soledades, pues era natural que los hombres, que abandonaban el culto de los ídolos por la elocuencia de la maravillosa vida de los monges, los imitáran profesando ese género sublime y práctico de cristiana filosofía, que los habia convencido de la divinidad de su religion. Así se atribuyen á San Hilarion numerosas é importantes conversiones de Sarracenos, los cuales viendo que en el nombre de Jesús á muchos libertaba de los demonios que los tiranizaban, abrazaron su fé, notando que con ella se obraban prodigios tan admirables. Este anciano é ilustre solitario despues de haber hecho dilatados viajes por el Egipto, la Sicilia y la Dalmacia á fin de huir de las alabanzas y de los ojos de sus admiradores, por último fijó su residencia en lo mas escarpado de unos montes inmediatos á Pafos en la isla de Chipre, y allí permaneció cinco

años sin aflojar en los rigores de su austerísima penitencia hasta que la muerte se los convirtió en gloria el año 371.

Hacia este mismo tiempo pasó á mejor vida San Abraham, célebre solitario de las inmediaciones de Edesa. Sus padres, que eran ricos y nobles, le habian casado siendo todavia muy jóven con una doncella de familia ilustre, y él sin haberla tocado, la dejó al séptimo dia de su matrimonio, y se fue á entregarse á una terrible penitencia, encerrándose en una cabaña, en que vivió por espacio de cincuenta años orando y contemplando y ardiendo en el divino amor. Sin embargo, la caridad y la obediencia le hicieron mártir y apóstol, pues viendo el Obispo de su diócesis que habian sido ineficaces los esfuerzos de varios diáconos y sacerdotes para convertir á un pueblo todo lleno de idólatras, se valió de él para tan laudable intento. Nada pudo conseguir Abraham con sus exhortaciones repetidas, y confiando en que Dios ablandaria aquellos corazones de piedra, edificó una iglesia. Habiéndola concluido, arremetió con los ídolos del pueblo y los destrozó. Enfurecidos los paganos le maltrataron horrorosamente, y le expulsaron. Pero el Santo volvió, ni se dejó vencer; aunque varias veces le pusieron á las puertas de la muerte con sus fierísimas crueldades. Por último, al

cabo de tres años, maravillados de su constancia y sufrimiento se persuadieron de que una virtud tan extraordinaria habia de tener un origen divino, y entraron en el redil de Jesucristo, haciéndose sus ovejas. Despues de haber bautizado mil convertidos, Abraham permaneció un año entre ellos, siendo su padre, su maestro y su pastor, y cuando menos lo esperaban, desapareció y corrió á esconderse en la soledad. En vano le buscaron, y el Obispo viendo su desamparo fue con sus clérigos al transformado pueblo, y á muchos de los nuevos cristianos ordenó de lectores, diáconos y sacerdotes. Súpolo San Abraham, y volvió á su antigua cabaña, donde le visitaban para oír sus lecciones los fervorosos hijos, que habia dado á la Iglesia su agigantado espíritu.

Cuando murió San Abraham, era Obispo de Edesa San Barses arrebatado á la vida monástica para gobernar esta Iglesia, que era una de las mas célebres del Oriente no solo por la santidad de sus solitarios sino tambien por la de su clero y pueblo fiel. Pero no tardó en ser arrojado de su silla por el Emperador Valente, quien puso en su lugar á un arriano. La virtud del Santo Obispo, que acaso no era muy conocida sino en Edesa, y en los países circunvecinos, vino á ser en adelante un objeto de admiracion para los pueblos de la Fe-

nicia, del Egipto y de la Tebaida, que tuvieron la dicha de hospedarle sucesivamente, pues le iban desterrando de provincia en provincia. El primer lugar de su destierro fue la isla de Arado situada en las costas de la Fenicia, donde todos los dias le visitaba una innumerable muchedumbre de gente, porque con solo hablar curaba todo género de males. De allí le enviaron á Egipto, y fue confinado á la ciudad de Osiringa, y despues á la Tebaida hácia el confin del imperio. Dice Teodoreto que este Santo Obispo murió en su destierro, y hasta el tiempo del mencionado historiador se conservó en la isla de Arado un lecho suyo, que restituia la salud á los enfermos, que en él eran puestos.

Aunque huérfana de su pastor la Iglesia de Edesa, y entregada á un lobo de la secta arriana, se mantuvo firmísima en su propósito de no mancillarse con la escoria de la heregía. Valente se presentó en ella, y habiendo mandado que los arrianos tomáran posesion de todas sus iglesias, por no comunicar con ellos los Edesios, se salian al campo para celebrar sus santas asambleas; é irritado el Emperador viendo desiertas las iglesias, en la efervescencia de su ira dió un bofeton en la cara al Prefecto Modesto porque tales cosas consentia á los católicos, y le ordenó que á todo

trance estorbára sus juntas, aunque fuera preciso sacrificarlos á todos. Modesto, que desde sus conferencias con San Basilio se habia hecho mas humano, quiso evitar derramamiento de sangre, y á este fin divulgó que al frente de armadas huestes marcharia al campo donde los fieles se reunian. Era su ánimo el que intimidados no fueran aquel dia al sitio de su asamblea, y todo el aparato militar, que iba á desplegar, se redujera á un paseo tan pomposo como inútil. Empero los católicos anhelaban el martirio, y corrieron á buscarlo al lugar ya santificado con sus oraciones. Modesto se dirigia á él cuando al atravesar la plaza le llamó la atencion una mujer, que con su niño en brazos salia de su casa precipitadamente y como quien no habia tenido tiempo para acabar de vestirse.—«¿Á dónde vas?—le dijo el Prefecto. Y la mujer:—Voy corriendo para llegar cuanto antes al campo, en donde se congrega el pueblo de la Iglesia católica.—¿Y no sabes, repuso el Prefecto, que allá voy ahora á pasar á cuchillo á cuantos en él se encuentren?—Lo sé, respondió la mujer, y cabalmente por eso me doy prisa para no llegar tarde y verme privada de la gloria del martirio.—¿Pero á qué fin, le preguntó Modesto, llevas á ese niño?—Para que tenga parte en la misma corona, replicó la mujer.» Su coloquio con esta [heroína

reveló á Modesto la resolucion de morir con que le aguardaban en el campo todos los católicos, no le pareció bien derramar rios de sangre, y se dirigió al palacio del Emperador á decirle que de llevar adelante su propósito no se sacaria mas que afrenta y confusion, despues de haber hecho víctimas innumerables.

Accedió Valente á las enérgicas insinuaciones de Modesto acerca de no ensangrentarse en la multitud de los católicos; pero le mandó que llamando á todos los sacerdotes, bajo las mas severas penas les intimase la órden de comunicar con los arrianos. Fueron ochenta los que comparecieron ante el Prefecto, y todos ellos se negaron á la tiránica exigencia, por cuyo motivo el Prefecto los desterró á la Trácia. Era su marcha una continuada ovacion, pues los católicos salian de todas partes á rendirles el homenaje de su admirativo afecto y á felicitarles por sus gloriosos padecimientos. Saberlo Valente y mandar que los dispersasen, enviándolos de dos en dos á diferentes países fue todo uno. Eulogio y Protógenes fueron destinados á Antinoo, donde hallaron un Obispo católico, pero cuya poblacion era idólatra en su mayor parte. Estos dos siervos de Dios se propusieron convertirla, y á este fin oraba continuamente en su celda Eulogio, y Protógenes abrió una escuela de niños, en la cual

les enseñaba á escribir al mismo tiempo que los instruía en las máximas de la moral y de la religion. Habiendo caido enfermo uno de sus discípulos, fue Protógenes á visitarle, oró por él y le curó instantáneamente. Este prodigio hizo que los enfermos acudieran á pedirle la salud, y él no la daba sino á condicion de que antes recibieran el bautismo. De tal modo se fue en esta ciudad dilatando el reino de Jesucristo, y se vió que es muy frecuente trocar la divina Providencia en bienes los mismos males y las persecuciones en dilatacion y gloria de su Iglesia. Mas adelante sucedió San Eulogio á San Barses en el obispado de Edesa, y San Protógenes, que tanto se distinguía por su celo y hábil destreza en convertir idólatras, fue hecho Obispo de Cárres, ciudad que ofrecía á sus tareas apostólicas un campo extenso, pues en ella parecían haberse encastillado los restos del paganismo.

Otros muchos varones insignes y esclarecidos Obispos fueron en esta persecucion lanzados de sus sillas y desterrados por los arrianos, y entre ellos hace el Cardenal Orsi especial mencion de San Cirilo de Jerusalem y de San Pelayo de Laodicea, el cual desde sus mas tiernos años habia sido un admirable dechado de virtudes. Antioquía fue una de las ciudades, que mayormente experimentaron la

saña de Valente contra los católicos, á los cuales perseguia y daba muerte con diferentes géneros de suplicios, siendo uno de los mas comunes el arrojarlos al rio Oronte. No siempre fue tan furiosa la tempestad, pero si se exceptuan los de la Capadocia y los de Egipto durante la vida de San Atanasio, y los de Chipre, casi todos los demás Obispos católicos del imperio de Oriente fueron desterrados y lloraron la desgracia de ver sus queridas ovejas entregadas á los rapaces lobeznos de la secta de Arrio. Pero en tanto que Valente hacia la guerra á los católicos, dejaba en paz á los judíos y á los idólatras, los cuales cobraron ánimo con esta conducta del Emperador, que parecia no moverse sino instigado por el príncipe de los infernales espíritus. Tiempo de tribulaciones fue este para los siervos de Dios. Á San Basilio dió mucho que sentir Eustacio, obispo arriano de Sebaste, el cual anduvo algunos años con máscara de católico, porque juntaba á su maldad una diestra y astuta hipocresía. En cambio, Antimo de Tiana hizo la paz con el Santo Prelado de Cesarea. Afigian á este y á San Atanasio y á todos los demás Obispos católicos los heréticos errores, que por doquiera pululaban. Comenzaron á dilatarse mas y mas hácia estos años los de Apolinar, que aun ocultaba su nombre al difundir su

heregia, temiendo las autorizadas refutaciones del insigne Atanasio. Sin embargo no se vió libre de ellas, pues el invencible defensor de la consustancialidad del Verbo tuvo igualmente la honra de luchar con este nuevo hereje, que deliraba acerca del misterio de la Encarnacion. Tan gloriosamente terminó sus dias, llorado por todo su pueblo, el santísimo Obispo de Alejandría. Acerca de las circunstancias de su muerte, sábese únicamente que señaló por su sucesor á su discípulo Pedro, que le había acompañado inseparablemente muchos años. Magníficos son los elogios, que de las virtudes y sabiduría de Atanasio han hecho los Santos Padres. Su historia es su mayor panegírico.

CAPÍTULO XLII.

SUMARIO.

Sucede San Pedro á San Atanasio en la sede de Alejandría. Abominaciones y cruelísimos horrores que los paganos cometen. Los arrianos exacerban y dilatan la persecucion de los católicos por el Egipto. Padecimientos de los desterrados en Diocesarea y en Neocesarea. Conversiones de Sarracenos. Martirios de cuarenta monges del monte Sinaí y de otros cuarenta del desierto de Elim. Persecucion de los fieles Godos por parte de su Rey Atanarico.

Con premura y regocijo cumplieron los Obispos inmediatos y el clero y fieles de Alejandría los deseos, que habia mostrado San Atanasio de que su querido discípulo Pedro le sucediese en la cátedra de San Marcos. En ella el nuevo Obispo se ostentó digno de la eleccion de su maestro, y resplandeció con todo linaje de virtudes. Pero su exaltacion al patriarcado fue como la señal de soltarse las furias del averno y descargar sobre Alejandría y sobre todo el Egipto el ímpetu de su bárbara y homicida saña. Paladio, que era gobernador é idólatra, por respeto á la santidad y fama de San Atanasio habia hasta entonces represa-

do el vehemente ódio, que tenia á los católicos; pero luego que faltó aquel sosten de la Iglesia, con la hez del pueblo pagano embistió é invadió el templo de San Teonas, y la infame chusma que llevaba consigo, cometió tales sacrilegios, horrores y crueldades que la pluma se resiste á pintar escenas tan abominables, torpísimas, nefandas y hasta inauditas. La sangre de las vírgenes y de los sacerdotes fue derramada á torrentes; entró en el santuario la desolacion; y es cosa para espantar que las muertes aun horripilen menos que los demás crímenes execrables, que de aquel triunfo del infierno nos refiere la historia. Toda Alejandría lloró los públicos ultrajes de sus víctimas arrastradas por las calles y por último inhumanamente muertas. Nuevas tempestades habian de estallar sobre esta ciudad desdichada, y se formaron en Antioquía donde se hallaba el Emperador. Le persuadieron los arrianos que para suceder á Atanasio nombrase á Lucio, á quien ya hacia tiempo que habian escogido por jefe de su secta. Le consagró Euzoyo, obispo arriano de Antioquía, y le acompañó á Alejandría: diéronles tropa para la ejecucion de su empresa, y la mandaba el idólatra conde Magno. Entrar en Alejandría y emplear las armas contra los católicos persiguiéndolos, hiriéndolos y asesinandolos fue todo

uno. Nuevas tragedias vistieron de luto y de horror la ciudad consternada y estremecida. Volvieron como en tiempo de las persecuciones paganas á ponerse en ejercicio y á maniobrar los instrumentos de la mas horrible crueldad. Los verdugos, que capitaneaba el conde Magno, llevaban á las casas de los católicos el espanto y la muerte, y sacaban de ellas el oro y todo lo mas precioso que contenian. Inhumano distintivo de esta persecucion fue el haber elegido por blanco de sus furores no solo á las vírgenes, á las matronas, á los sacerdotes, á los ancianos, sino tambien á los niños, de los cuales hubo muchos mártires. Los suplicios de otros se prolongaron por medio de destierros á países muy distantes y acaso mas crueles que la muerte. Diez y nueve ilustres confesores fueron, despues de haber sufrido repetidos suplicios, enviados por mar á trabajar en minas y á padecer lo que no es imaginable. Once Obispos egipcios, todos ellos de santa vida, tuvieron por lugar de su destierro á Diocesa-rea, poblacion de Palestina compuesta de obstinados y feroces idólatras. Y como tal sitio era muy á propósito para tormento de los católicos, llegaron á él otros ciento veinte y siete desterrados. Era el gobernador pagano y muy enemigo de ellos, y así ordenó que nadie se atreviera á prestarles el menor servicio ni á

darles socorro alguno. Santa Melania, que llevada de su fervorosa devoción había ido á Palestina, tuvo necesidad de disfrazarse de hombre y de que las sombras de la noche la favorecieran para ejercitar con estos santos proscriptos su tierna y generosa caridad. El gobernador la mandó prender por último; mas luego que oyó de labios de la misma Santa quién era y á cuán ilustre familia pertenecía, le pidió mil perdones y le permitió que libremente auxiliase á aquellos desvalidos menesterosos.

Siendo de todo punto insoportable la tiranía, bajo cuyo férreo yugo gemían los católicos de Alejandría, varios de estos pensaron en ir á Antioquía á representar al Emperador sus muchos padecimientos, suplicándole que se dignase atenuarlos, como de consuno lo requerían la justicia y el buen orden de la sociedad. En vano. Contra ellos habían los arrianos prevenido el ánimo de Valente, que lejos de atender á sus ruegos, los condenó á ir desterrados á Neocesarea en el Ponto, donde según de algunos datos infiere el Cardenal Orsi, aunque eran personas muy principales, las tuvieron penando en el durísimo trabajo de las minas.

Siempre la divina Providencia compensa con nuevos triunfos los trabajos de su Iglesia. Mientras Valente la perseguía con tanto encarnizamiento, apresurábanse á entrar en su ma-

ternal gremio las numerosas tribus de los Sarracenos, cuyos corazones fuéronse conquistando por la eficacia de los bienhechores prodigios de varios santos solitarios. Obró el Señor uno muy grande por consideracion á su siervo Moisés, que decidió á convertirse al Filarco ó jefe de la tribu que se extendia á lo largo del desierto de Farán. Este caudillo estaba obseso, y como el afamado solitario Moisés hubiese á muchos libertado de la tiranía del enemigo infernal, varios amigos suyos que esto sabian, le persuadieron el ir á buscar su liberacion visitando al célebre anacoreta. Pero Moisés para mayor recogimiento de su espíritu de nadie absolutamente se dejaba ver durante la cuaresma, y por hallarse en ella no hubiera abierto sus puertas al suplicante Filarco. Dios, que es bondad infinita, todo lo concilió: dejó tranquilo en las delicias de su oracion al anciano Moisés, y libró del demonio al príncipe sarraceno cuando se iba aproximando á la estancia del solitario. Y fue tanto lo que agradeció este favor el magnate sarraceno que no solo se convirtió al cristianismo él y toda su tribu, sino que mereció ser llamado el amante de Jesucristo por su fervorosa devocion. Pero aunque esta y otras tribus se fuesen convirtiendo, y aun se tenga como cosa probable el que fuera cristiana su valerosa Reina Mávia;

es cierto que por aquellos días una banda de Sarracenos feroces acometiendo el monte Sináí, en el cual hacían vida de ángeles muchos solitarios, que solo salían de sus celdas para pasar juntos la noche del sábado, cantando las alabanzas divinas y recibir en la madrugada del domingo el sacratísimo cuerpo del Salvador, hizo mártires á cuarenta de ellos, habiéndose salvado el superior Dula, Ammonio y algunos otros subiéndose á una torre y favorecidos por Dios, que ahuyentó á los Sarracenos haciendo aparecer un fuego milagroso en la cima del monte.

El mismo día que los Sarracenos hicieron el estrago que se acaba de describir en el monte Sináí, habiendo pasado el mar Rojo trescientos Blemos, cometieron igual atentado con otros cuarenta monges, que servían á Dios en el desierto de Raites, llamado Elim en la Escritura, donde había doce fuentes y setenta palmas, y que no distaba del monte Sináí mas que dos jornadas. Cada uno de estos monges tenía por morada una horrible caverna, y solo los domingos se reunían en la iglesia, para asistir á la celebracion de los divinos misterios y recibirlos en su pecho. Hallábase la iglesia rodeada por un muro, tomando de aquí la denominacion del Castillo. Al aproximarse los bárbaros, se refugiaron en este lugar los

santos monges, en el cual Pablo que era el superior, los exhortó á someterse á la voluntad divina con la debida resignacion y á aprovechar muriendo gloriosamente la bella ocasion que se les ofrecia para salir de este amargo destierro. Todos respondieron que estaban prontos á beber el cáliz de la salud; y Pablo volviéndose hácia el Oriente, y levantando las manos al cielo, pidió al Señor que les diera fortaleza y que aceptára el sacrificio de sus vidas. Todos contestaron: *amen*; y en aquel mismo instante oyeron estas palabras que del altar salian: «Venid á mí todos vosotros que estais cansados, y afligidos; y yo os aliviaré.» Al oir esto se persuadieron de que ya no debian pensar mas que en el cielo. Escalaron los bárbaros la muralla, que circundaba la iglesia, y al primer monge, que hallaron en aquel recinto, le preguntaron dónde estaba el superior. Habiéndose negado Jeremías, que así se llamaba el monge, á satisfacer sus deseos, le ataron de piés y manos, y le acribillaron á flechazos. No sufriendole á Pablo el corazon que por su causa fuesen maltratados y muertos sus monges, corrió á presentárseles y se les dió á conocer diciéndoles que él era el superior que buscaban. Preguntáronle dónde tenia sus riquezas, y él respondió que todas ellas consistian en aquel tosco sayal que cubria

sus carnes. No le creyeron los ladrones, le atormentaron por mas de una hora para sacarle lo que no tenia, y por último le dividieron la cabeza. Entraron luego en la iglesia, y á cuantos allí encontraron dieron muerte inhumana. Únicamente se compadecieron de Sergio, porque era jovencillo y de gracioso aspecto, y quisieron llevárselo consigo. Pero él pensando en los peligros á que podia exponerle su juventud y belleza entre aquellos bárbaros, rompió en copiosísimo llanto, y luego poseido de inspiracion sobrenatural arrebató á uno de ellos la espada, y con ella hirió á otro, provocándolos con esto á que le hicieran pedazos, y él en tanto exclamaba: «Bendito sea el Señor, que no me ha abandonado á manos de pecadores.» Despues que aquellos asesinos hubieron buscado en vano el tesoro de los santos monges, se dirigieron á la playa, en la cual con 'grande asombro suyo hallaron rotas todas sus barcas, y alcanzados por seiscientos Sarracenos, que habian salido de Farán en el momento que llegó á su noticia su excursion, todos fueron acuchillados sin que uno solo escapára.

En seguida se dirigieron á la iglesia los Sarracenos y llegaron á tiempo de prestar sus auxilios á dos monges, que habian sobrevivido á sus heridas: vinieron otros potentados de

Farán, y envolviendo los cadáveres de los cuarenta monges en riquísimas telas, se hizo una magnífica procesion para conducirlos al lugar de su sepultura, y los que la formaban llevaban en la mano ramos de palma en señal del triunfo de los difuntos. Notó el monge historiador que entre estos, á quienes la Iglesia ha venerado como á mártires porque fueron asesinados en odio de la piedad, uno solo pertenecia al imperio romano, siendo todos los demás faranitas ó sarracenos.

Haria ya un siglo que en la nacion de los Godos acampada al otro lado del Danubio habian introducido el cristianismo algunos cautivos, de los que llevaban al volver de sus expediciones al romano imperio. Es lo cierto que San Gerónimo hace mencion de las vírgenes y monasterios, que ya florecian entre ellos. Pero en un país de costumbres tan fieras, era muy natural que padeciese muchas contradicciones la religion venida de los cielos; y así es que hácia esta época la perseguia atrozmente el Rey Atanarico. Empeñado en que los cristianos adoráran á uno de sus ídolos, lo hizo llevar sobre un carro magnífico, paseándolo por delante de las barracas y tiendas de campaña en que habitaban los fieles, y habiéndose estos negado á prestarle género alguno de homenaje, mandó que los quemáran vivos junto

con sus tiendas. Y otros muchos fueron inmolados por la fé con distintos suplicios, llenándose el cielo de gloriosos mártires, que Dios escogia para darles una corona inmortal antes de que su patria se contaminára con la pestilencial heregía de Arrio. Entre estos héroes de la fé se distinguió sobremanera Sabas, á quien adornaban todas las virtudes. Despues de ilustres y repetidos combates fue arrojado á un rio, y hasta las aves de rapiña respetaron su cadáver. Acerca de su martirio escribió una extensa carta la Iglesia Gótica á la de Capadocia.

Viendo Atanarico que para acabar con los cristianos de su reino era necesario derramar rios de sangre, y que semejante empresa le acreditaba de cruel sin fruto alguno, desistió de ella finalmente; pero buscó una satisfaccion á su ódio al cristianismo, haciendo salir de sus dominios á cuantos profesaban esta religion divina. Así pues expulsaba de su patria una muchedumbre de fieles Godos, que pasaron á refugiarse á las fronteras del romano imperio, trayendo los trofeos de su invencible constancia y el fragantísimo aroma de su virtud heroica.

CAPÍTULO XLIII.

SUMARIO.

Muerte de San Gregorio Obispo de Nacianzo. Exaltacion de San Anfloquio al obispado de Iconio. Destierro de San Eusebio de Samosata. Dos obispos arrianos en Samosata. San Basilio es objeto de la ira atropelladora del vicario del Ponto y de la defensa de la ciudad conmovida. Principios de San Ambrosio: su eleccion para el obispado de Milan: admirable desempeño de sus funciones episcopales. San Martin es hecho Obispo de Tours y sus palabras y prodigios triunfan de los restos de la idolatría: se presenta á Valentiniano y dos portentos le hacen propicio al Emperador, que contra él estaba prevenido.

Entre las esplendorosas lumbreras de santidad, que se apagaron en estos años calamitosos, debe contarse á Gregorio Obispo de Nacianzo. Su edad se aproximaba á un siglo, y sin embargo conservaba una salud excelente, alentado corazon y entendimiento claro y vigoroso. Padeció en su última enfermedad dolores fuertes y prolongados, pero el Señor le dispensó la gracia de que le permitiesen celebrar el santo sacrificio de la Misa todos los dias, que cesasen mientras la decia y se le

aliviasen despues de ella considerablemente. Cuarenta y cinco años habia ocupado la sede de Nacianzo, trabajando por la gloria del Altísimo. Le sobrevivió su esposa Santa Nona, á quien siempre tuvo encomendada la distribucion de sus bienes entre los pobres de su Iglesia, y cuya caridad para con los menesterosos habia llegado á una altura de exaltacion sublime.

Siempre la divina Providencia repara las pérdidas de su Iglesia, y á unos Obispos santos sustituye otros, bien que no sea en las mismas diócesis. Así al tiempo de la muerte de Gregorio vemos á San Anfiloquio encumbrado á la sede de Iconio, metrópoli de la segunda Pisidia. Este célebre Santo, que ilustró la Iglesia con sus virtudes preclaras, habia sido abogado, y humildemente huia de la dignidad episcopal. Fue grande amigo de San Basilio y de San Gregorio Nacianzeno, y á los dos se parecia en las alas de su inflamado corazon y de su excelso entendimiento.

Otro insigne amigo del Santo Obispo de Cesarea fue al fin arrebatado por la arriana crueldad al amor de su pueblo. El gran Eusebio de Samosata recibió la órden de salir desterrado para la Trácia, y para que su destierro produjera menos consternacion en su querida grey, quiso que se guardára silencio y escogió

las sombras de la noche por compañeras de su partida dolorosa. Pero en el momento que esta se supo en la ciudad, fue universal la pesadumbre, y muchos de sus mas distinguidos habitantes corrieron á alcanzar á su Santo Prelado y á ofrecerle cuanto valian y podian; mas él solamente aceptó lo mas indispensable para su largo viaje, llevándose el entrañable cariño de sus apasionados corazones. Los Sarmosatenos dieron en esta ocasion pruebas nada equívocas de la firmeza de su fé. Pusiéronles dos obispos arrianos uno en pos de otro, y aunque el primero era de caracter dulce y apacible, por no contaminarse con su heregía, los constituyeron en el mas completo aislamiento. Despechado el segundo, hizo desterrar á los católicos de mas ferviente celo, y entre estos contábase al santo sacerdote Antioco, que fue enviado á un extremo de Armenia, y al diácono Evólico, que tuvo por destierro un sitio inhabitado, que se llamaba Oasis.

Conspiraban los arrianos en contra de San Basilio, y como no les fue dado conseguir que el Emperador le persiguiera directamente, echaron mano de otros arbitrios para perderle. Una noble matrona, que habiendo quedado viuda no queria casarse con un empleado público que la solicitaba, hubo por último de refugiarse en la casa de Dios, y San Basilio

la amparó como debia. Un hecho tan laudable sirvió de pretexto á sus enemigos para acusar al Santo y llevarle al tribunal del vicario del Ponto. Este magistrado le habia ya inferido diversos agravios, y teniendo al Santo, cual si fuera un reo, de pié en su presencia, soltó la rienda á sus iras, y le trató desafortadamente hasta amenazarle que le haria despedazar con las uñas de hierro. No se desconcertó Basilio, despreció sus amenazas y puso de manifiesto la fortaleza invicta de su alma grande. Pero en el momento en que se esparció por la ciudad el inícuo atropello que su Obispo sufría, todos sus habitantes se indignaron de suerte que hasta las mujeres corrieron á la defensa de su pastor amado. Al ver el tumulto y el improvisado ejército, que se habia levantado en favor de la justicia y de la santidad, se estremeció el vicario del Ponto, cayó de ánimo, y postrándose á los piés del Obispo, le suplicó que le salvára la vida. Basilio le libró de la muerte, y á su voz pacificadora se tranquilizó el conmovido pueblo, dejó las armas que habia cogido apresuradamente, y cesó la tempestad.

No menos digno Obispo que Basilio conseguia Milan en la asombrosa exaltacion de Ambrosio á su respetable sede. La familia de Ambrosio era muy ilustre y antigua, y entre sus

ornamentos contaba á Santa Sotera, vírgen y mártir. Su padre, que tambien se llamaba Ambrosio, como prefecto del pretorio tenia bajo su jurisdiccion las Galias, la Gran Bretaña, la España y la Mauritania Tingitana. Parece que el Santo nació en Tréveris, aunque por su alcurnia no sin alguna propiedad pudiese llamarse romano. Muerto su padre, y siendo él todavía muy niño, se encargó de su educacion su hermana Santa Marcelina, que habia consagrado su virginidad al Señor y por sus virtudes merecia la honra de que la visitasen varios Obispos. Luego que pudo tomar una carrera, emprendió la del foro, empezó en él á distinguirse por su elocuencia, fue hecho asesor de uno de los mas elevados dignatarios del imperio, y poco despues obtuvo el gobierno de la Liguria y de la Emilia, dilatadas provincias, que comprendian mas de la mitad de Italia, á saber, desde las Galias hasta cerca de Roma. Murió el arriano obispo Ausencio, y Milan habia de darse otro Obispo. Competian los arrianos con los católicos, y en cumplimiento de su deber para que no se alterára el órden, asistia á la eleccion del nuevo Prelado el gobernador Ambrosio, y hablaba sábiamente al pueblo congregado, exhortándole á la paz y á la concordia, cuando un niño gritó: «Ambrosio Obispo.» Y arrianos y católicos

repitieron: «Ambrosio Obispo.» Pero Ambrosio estaba resuelto á no serlo, y puso por obra cuanto es imaginable para que el pueblo desistiese de su empeño. Aparentó un excesivo rigor; aparentó ser hombre de mala vida; suplicó, instó, se escondió, huyó y tornó á huir y á ocultarse; mas todo en vano. La divina Providencia se habia conjurado contra su intento, y le descubria, y la ciudad porfiaba en tenerle por Obispo, y el Emperador Valentiniano empleaba toda su autoridad y poderío para hacer que lo fuese. Hubo, pues, de someterse á la voluntad divina declarada con señales muy manifiestas. Aun no estaba bautizado Ambrosio, y así fue lo primero recibir el bautismo, para lo cual tuvo particular cuidado en que no se lo administrase algun obispo arriano. Despues hizo cuanto pudo para diferir su consagracion, alegando el cánon del Apóstol y los de la Iglesia que prohiben la ordenacion de los neófitos. Pero á todas las leyes se sobrepuso el empeño del pueblo y la autoridad del soberano. Mas los Obispos, que le impusieron las manos, juzgaron que en aquella ocasion se atenian al espíritu de la ley, aunque se desviasen de su letra, pues teniendo tantas pruebas de la profunda humildad de Ambrosio, no parecia estar en vigor aquel ordenamiento hecho para evitar el que soplára el viento de

la vanidad en los corazones de los agraciados con improvisadas dignidades. Así al octavo día de su bautismo, después de haber pasado por todos los grados del ministerio eclesiástico, se le consagró por Obispo de Milan.

Para cumplir los sacrosantos deberes de su nueva dignidad se dedicó Ambrosio al estudio de la sagrada Escritura y de los autores eclesiásticos, aprovechando todos los instantes que le dejaban libres las funciones de su elevado ministerio, y cercenando al sueño cuanto le era posible. Diríase que el Espíritu Santo suplía á todo lo que por un órden regular habia de faltar en un principio á este varon insigne. Fue desde luego su predicacion un torrente de celestial doctrina, ni hacia cosa que no llevase el sello de una perfeccion admirable. Desde el instante en que se vió consagrado al servicio divino, rompió con el mundo y con todos sus embarazos: vendió sus joyas de oro y plata para repartir su importe á los menesterosos: cedió sus bienes á la Iglesia, y como estaba obligado á mirar por su santa hermana Marcelina, mientras sus días le reservó el usufructo de ellos, encargando su administracion á su hermano Sátiro, cuyas virtudes se encumbraban sobre las de otros muchos cristianos fervorosos. Con evangélica libertad se opuso á los desórdenes de varios magistrados y les amo-

nestó y corrigió, ni perdonó á los ricos sus demasías, ni temió reprender á los magnates. Pero la prudencia y la dulzura hacian suaves y amables sus reprensiones. Confesaba, y al hacerlo mezclaba sus lágrimas á las de sus penitentes, y con su propia compuncion los excitaba á un arrepentimiento mas vivo y mas sincero. El anhelo principal del nuevo Obispo fue estirpar el arrianismo en todo el ámbito de su diócesis.

Ni eran menos afortunadas las Galias con otro esclarecido siervo del Altísimo, que casi al mismo tiempo fue arrebatado de su monasterio para sentarle en la silla de Tours. El célebre Martin, cuya fama de santidad crecido habia grandemente con haber resucitado dos muertos, conservó en el episcopado la misma sencillez de trage y la misma austeridad de vida y el mismo fervor y la misma abnegacion, que habian sido como su particular distintivo siendo humilde monge. Sin embargo, conciliaba estas virtudes con el decoro propio de su dignidad y sabia hacerla respetar. Iba de aldea en aldea, de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad acabando con los restos del paganismo, que á su ardoroso celo no podia resistir. Fue en efecto como el apóstol de los campos, porque á ellos se habian refugiado en su derrota las gentílicas supersticiones. Donde

no lograba derrocar á los ídolos con solo su palabra persuasiva y vehemente, los derribaba con el poder de lo alto, que se le habia dado para obrar los portentos mas asombrosos. Ora hacia que cayesen las armas de las manos de los idólatras dispuestos á defender con ellas sus templos amenazados, ora los privaba del habitual movimiento de sus miembros, quedando como estátuas, mientras las falsas divinidades eran echadas por tierra; ora convencidos ellos mismos por la eficacia de sus razones se volvian contra sus dioses, y los despedaban. Valentiniano habia dejado vivir esas vencidas divinidades, que habiendo huido avergonzadas de las poblaciones mayores, todavia subsistian encastilladas en las menores, y el Todopoderoso dió á San Martin de Tours la maravillosa mision de fulminarles rayos de exterminio.

Lo que sin duda costó mucho á San Martin por la grandeza de su humildad y su amor al retiro fue el verse obligado á tratar con elevados personajes y con el mismo Emperador, que por lo comun residia en Tréveris. Era segunda mujer de Valentiniano Justina, que tenia oculto en el corazon el veneno del arrianismo, guardándose de manifestarlo por miedo á su marido, ó por no disgustarle, pues era sagaz y cautelosa; pero no dejaba de

sugerirle especies contrarias al buen nombre y estimacion de los Obispos católicos; y así se dió tal maña para indisponer el ánimo de su esposo que cuando San Martin fue á Tréveris por negocios urgentes de su Iglesia, se negó á concederle audiencia. Despues de haberla el Santo solicitado en vano varias veces, recurrió al Todopoderoso con oraciones humildes, y se le apareció un ángel, que de parte de Dios le dijo que volviese á ver al Emperador y que hallaria abiertas de par en par las puertas. Así fue. Penetró San Martin hasta la misma estancia en que se hallaba Valentiniano, y como habia este comunicado órden de no dejar que entrase el Obispo de Tours, le indignó su presencia y mostró no hacerle caso; mas en aquel instante se prendió fuego á la silla en que el Emperador estaba sentado, y saltando de ella velocísimamente, poseido de admiracion y espanto corrió á echarse en brazos del portentoso Martin, á concederle cuanto solicitaba aun antes de que se lo pidiera, y á darle reiteradas muestras de afecto y veneracion.

CAPITULO XLIV.

SUMARIO.

Concilio del Ilírico. Ley de Valentiniano en favor de la verdadera fé. Carta del Papa San Dámaso en que condena varias heregías. San Gregorio Nacianceno. Muerte de Valentiniano y proclamacion de su hijo el niño Valentiniano por Emperador. Sube de punto la tiranía de Valente para con los católicos. Conciliábulo de Ancira y Nisa. Conducta de Demóstenes. Santa perseverancia de los fieles de Nicópolis. Valente persigue á los monges. San Juan Crisóstomo, su juventud, estudios y retiro á la soledad: sus primeros escritos. Furor de Lucio obispo arriano de Alejandría contra los monges. Conversion de los habitantes de una isla por el ministerio de cuatro santos monges desterrados á ella. Humillacion de Lucio. San Moisés Obispo de los Sarracenos.

Para acudir Valentiniano á la defensa de las fronteras del imperio fue á Panonia, y los Obispos católicos de este pais le hicieron presente el lamentable estado, en que se hallaba la fé en muchas Iglesias del Asia. Con este motivo se reunió en el Ilírico un Concilio notable por la claridad y fuerza de sus decisiones contra los hereges macedonianos y ar-

rianos, y en él fueron depuestos por sus depravados errores Fausto, Amancio, Asclepiades, Cleópatro, Telémaco y Policronio.

Las católicas declaraciones de este Concilio del Ilírico tuvieron la protección del Emperador Valentiniano, que las insertó en una carta circular escrita por él mismo á los Obispos del Asia. Fue este documento un público testimonio de su fé ortodoxa y un esfuerzo de su voluntad para salir de aquel estado de apatía en lo tocante á religion, en que se le habia visto desde su encumbramiento al imperio. Y lo mas notable fue el haber encabezado el referido escrito no solo con su nombre y el de su hijo Graciano, sino tambien con el de su hermano Valente, cuyos conocidos sentimientos eran visiblemente contrariados en aquella famosa carta. En ella se lee la siguiente cláusula memorable entre otras muchas: «Nadie alegue por disculpa el haber seguido la religion del principe que domina sobre la tierra, con menosprecio del que reina en los cielos, y nos ha prescrito las reglas de la salvacion, estando escrito en el Evangelio de nuestro Dios: Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.» Llevaba el citado documento todos los caracteres y formalidades de una verdadera ley, en la cual además de hacerse un magnífico elogio de los Obispos cató-

licos y de reprobarse la conducta de los arrianos, se mandaba que todos los habitantes del imperio abrazasen las decisiones dogmático-ortodoxas del mencionado Concilio.

El cisma que por muchos años dividió á los católicos de Antioquía, dando á unos la denominacion de Melecianos y á otros la de partidarios ó secuaces de Paulino, recibió hácia el año 375 un recio golpe del Sumo Pontífice San Dámaso, el cual en una profesion de fé que habian de firmar los sospechosos, que solicitasen ser tenidos por católicos, añadió un cánón, que sin nombrar á San Melecio, probablemente en consideracion á sus esclarecidas virtudes y merecimientos, decidia contra él la cuestion, diciendo que segun los cánones de la Iglesia no debía reputarse por verdadero Obispo al que hubiese sido trasladado de otra sede. No podia el Papa haberse expresado con mayor moderacion, pues no solo calló el nombre de Melecio, y no hizo mérito de que los arrianos le habian llamado á Antioquía y habia estado con ellos menos severo que otros Obispos católicos, sino que se contentó con recordar una prescripcion de los cánones de la Iglesia. En ella perdía San Melecio por haber sido trasladado del obispado de Sebaste.

En la mencionada carta á Paulino de Antioquía condenaba San Dámaso los errores de

Arrio, de Eunomio, de Macedonio y de Marcelo de Ancira contra el Hijo de Dios y contra el Espíritu Santo; y los de Fotino y Apolinar acerca del misterio de la Encarnacion del divino Verbo; pero no designaba con su propio nombre á Apolinar, aunque caracterizaba y señalaba su monstruosa heregía.

Despues de la muerte de su padre siguió San Gregorio gobernando la Iglesia de Nacianzo, mas siempre con el empeño de dejarla, pues no se habia desposado con ella y clamaba porque se diese á esta ciudad un Obispo propio. No habiéndolo podido conseguir, la abandonó, porque sus continuas enfermedades exigian el que se descargase de aquel grave peso. Se retiró pues á Seleucia, metrópoli de la Isauria, donde vivió por algunos años para el estudio y para Dios, que era el imán de su alma.

Entre tanto desaparecia de la escena del mundo el Emperador Valentiniano á la edad de 55 años. Las legiones, que se hallaban en el Ilirico, proclamaron por Augusto y Emperador á su hijo Valentiniano, niño de cuatro ó cinco años. Naturalmente habia de resentirse el jóven Emperador Graciano; pero muy pronto lo olvidó todo con su magnánima bondad, y tomó por colega á su hermanito Valentiniano, cuidándole y amándole como á un hijo.

Con la muerte de Valentiniano se empeoró sobremanera la situación de la Iglesia y de los fieles católicos de Oriente, pues el arriano Valente, libre del respeto que le inspiraba aquel ilustre Emperador, se puso á perseguir á los adoradores del divino Verbo con mas brio, resolución y fiereza que antes. Quedan testimonios de los grandes padecimientos de las Iglesias de Berea y Cálcide en la Siria, y de la constancia y fortaleza, con que los sufrían por no faltar á la fé los sacerdotes y los simples fieles.

Los arrianos tuvieron un conciliábulo en Ancira y la deshonor de haberse allí reunido por órden de un hombre sin religion y sin cultura y del estado seglar, cual era Demóstenes, vicario del Ponto. Hizo este prender á San Gregorio de Nisa y conducirle al referido conciliábulo; pero el Santo, aunque se hallaba enfermo, burló la vigilancia de sus guardias y por algun tiempo permaneció escondido. Fue Demóstenes para la Capadocia y para la Armenia una tempestad desoladora: por todas partes llevaba consigo la aflicción de los buenos y el estrago de las Iglesias: juntó en Nisa otro conciliábulo de arrianos: en Nicópolis, metrópoli de la Armenia, prestó la fuerza de su brazo secular y tiránico para dar posesion de la silla episcopal á Fronton, quien para

sentarse en ella se habia hecho apóstata abrazando el arrianismo. Pero los fieles y el clero de esta ciudad le dieron el pago de su defecion impía, huyendo de él y reuniéndose en el campo para el cumplimiento de los deberes de la religion. Así con esta ejemplar conducta el clero y pueblo de Nicópolis mostráronse dignos de su inclito Obispo San Teodoto, á quien poco antes habia la muerte trasladado al cielo.

Si todos los católicos de Oriente tuvieron mucho que sufrir en estas persecuciones, cupo sin duda una parte mayor en la universal tribulacion á los monges de Egipto y de la Siria. Eran muy formidables al arrianismo, porque sus virtudes y sobre todo sus milagros formaban una expresiva elocuencia de hechos, que testificaba al pueblo dónde se hallaba la verdadera piedad, la religion venida de los cielos y el mismo Dios con su prodigiosa omnipotencia. Por eso Valente mandó que tomáran las armas y se alistáran en sus ejércitos estos apacibles siervos del Altísimo. Claro es que no le habian de obedecer, y que semejante orden era un pretesto para ensañarse con ellos por la pureza de su fé so color de castigar su desobediencia.

Fue sin duda este siglo el de las mas admirables lumbreras de la Iglesia, y es positivo que el Crisóstomo haya sido una de sus

mayores glorias. En elocuencia excedió no solo á los sabios oradores sagrados de su tiempo sino á los de los siglos, que le habian precedido, y á cuantos le han seguido hasta nuestros dias. Este Doctor incomparable habia nacido hácia el año 347 en la ciudad de Antioquía, capital del Oriente. Fue su padre Segundo, comandante general de los ejércitos de Siria, y descendió al sepulcro ignorando que el niño, que dejaba huerfanito, habia de ser el asombro del universo. Su madre Antusa, aunque se halló viuda en la primavera de su vida, lejos de pensar en nuevo esposo, consagró su alma y su corazon á cuidar de aquel tesoro que la Providencia le habia confiado. Y Dios premió el piadoso esmero, con que esta madre de inmortal memoria educó á su hijo Juan, porque vió sobrepujadas sus esperanzas en los adelantos prodigiosos que el niño hacia, recorriendo como un gigante el mundo de las ciencias. Sábese que el célebre sofista Libanio, aunque gentil, tuvo la honra de tenerle por uno de sus muchos discípulos de retórica y que bien luego confesó la envidia que le causaba la dicha, que los cristianos gozarian contando entre los suyos el maravilloso talento de este jóven. Sin embargo, y á pesar de sus excelentes disposiciones para la virtud, el privilegiado alumno de Libanio perdió con tal

maestro, disipándose algun tanto su espíritu sublime y gustando de asistir á los teatros. Mas pasó presto su distraccion, debiéndose á los consejos de su jóven amigo Basilio el que pronto volviera á la senda de la cristiana perfeccion. Bellísima es la idea que los historiadores del Crisóstomo nos dan de él y de sus tres íntimos amigos Basilio, Máximo y Teodoro cuando estudiaban juntos la divina ciencia de la religion, teniendo por guía y maestro en los caminos de Dios al célebre Diodoro, que fue despues Obispo de Tarso, y á Carterio que gobernaba todos los monasterios de Antioquía. La oracion, el retiro, el estudio y meditacion de las Sagradas Escrituras y el platicar entre sí acerca de las cosas divinas eran las ocupaciones y las delicias de aquellos cuatro Benjamines del Dios de las virtudes. Uno de ellos se extravió perdido de amores profanos hácia la jóven Ermione, y Juan inconsolable por la muerte espiritual de su querido Teodoro, le escribia cartas tan llenas de uncion y de celestial sabiduría y de vehemencia patética y de profundo dolor que al fin vencido por ellas volvió Teodoro al servicio de Dios y á la vida contemplativa.

Era ya tan conocido el mérito de Juan que á pesar de su juventud los Obispos de la Siria quisieron darle un obispado; pero su humildad

le hizo huir y esconderse hasta que pasó el peligro. San Melecio, Obispo de Antioquía, que por luz profética habia descubierto lo que seria para la Iglesia, le admitió á su mas íntimo trato, le confiaba sus secretos y le instruia como á hijo queridísimo en los arcanos mas profundos de la ciencia y de la santidad. Pero su espíritu, que anhelaba vivir en Dios, le llevó á la soledad, y en ella estuvo cuatro años sujeto á un anciano solitario, venciéndose á sí mismo y viviendo para la penitencia y para la contemplacion. Durante su retiro compuso el Santo sus tres libros sobre la vida monástica, porque fue entonces cuando Valente y sus arrianos hacian la mas cruda guerra á los monges, arrancándolos de sus desiertos, arrojándolos en medio del bullicio de las ciudades, infiriéndoles toda clase de agravios, llevándolos presos ante los jueces, soterrándolos en cárceles horrendas y maltratándolos de mil maneras. Al descrédito de la institucion perseguida se opuso Juan, que la profesaba, y formó de ella en su obra la mas completa apologia.

En esta atroz persecucion se distinguió por el fiero impetu con que la llevó á cabo, secundando las miras de Valente, Lucio, obispo arriano de Alejandria, el cual tomando consigo tres mil hombres de guerra corrió á hacerla á los santos moradores de los desiertos. Saqueó,

destruyó, dió cruda muerte, inundó en sangre inocente y purísima los venerandos sitios santificados por la oracion y la penitencia. Los monges que pudieron librarse de las espadas homicidas, se dispersaron por los montes mas escarpados y padecieron hambre, desnudez y todo género de calamidades. En la provincia de Berea llegó el furor de los hereges hasta incendiar las chozas ó las cavernas perfumadas con las maravillosas virtudes de tantos anacoretas de vida mas angélica que humana.

En Egipto continuó Lucio ensañándose con los santos monges, y á fin de que perdida la cabeza, pereciese el cuerpo, hizo desterrar á los Prelados de los solitarios de Nitria, que eran Heráclides, Isidoro, y los dos Macarios, el Alejandrino y el Egipcio. Los arrestaron de noche, y embarcándolos los llevaron á una isla de idólatras. No podia haberse escogido un destierro mas insoportable; pero los hombres se engañan en sus juicios. Los del Altísimo eran de misericordia. Apenas saltaron en tierra los santos monges cuando una doncella, en quien acababa de entrar el espíritu maligno, en un estado horrible de convulsion se arrojó á sus piés, confesándolos por siervos de Dios. Hablaban los demonios por su boca, y declaraban que ellos los hacian huir de aquella isla. Los monges expelieron al espíritu infernal del

cuerpo de aquella jóven, que era hija de un sacerdote de ídolos, y quedó sana y tranquila. Este milagro abrió el camino á los Apóstoles de los desiertos para introducirse en los corazones de los isleños paganos, los cuales en el momento que oyeron anunciárseles por tan autorizados lábios la buena nueva del Evangelio, lo abrazaron, y derribando el templo que tenian de ídolos, edificaron una iglesia. Llegó noticia de estas maravillas á Alejandria, y el pueblo se conmovió clamando contra Lucio. Se aterró el perseguidor, y por miedo dispuso que aquellos santos solitarios quedasen en libertad de volver á encerrarse en sus cavernas.

Aun fue mas humillante para Lucio lo que le sucedió con el famoso anacoreta San Moisés. Mávia, Reina de los Sarracenos, hacia la guerra al imperio romano, y desolando la Fenicia y la Palestina, obró hazañas tan superiores á su sexo que al Emperador Valente aconsejaron sus generales que propusiese la paz á aquella heroína. Era Mávia cristiana, y celosa de que en su reino floreciera la religion del Crucificado, entre otras cosas exigió en el convenio que fuese consagrado por primer Obispo de los Sarracenos el solitario Moisés, que se hallaba en los desiertos próximos á Palestina y Egipto. Aceptada la condicion, mandó Valente que lle-

vasen á Alejandría al santo monge para que Lucio imponiéndole las manos, le confriese la dignidad episcopal. Empero luego que Moisés supo que Lucio se disponia á consagrarle, en presencia del pueblo y de los ministros imperiales protestó que jamás consentiria en que se pusiesen sobre su cabeza unas manos teñidas en sangre de mártires. Las palabras de Moisés fueron como un rayo para el corazon del obispo arriano: procuró este disimular su encono y persuadir al Santo que no era herege; mas se engañó creyendo alucinar al venerable anacoreta, el cual renovó su juramento de que jamás consentiria en ser Obispo si Lucio le consagraba. Los ministros imperiales temieron un nuevo rompimiento, si se insistia en semejante propósito; y así Moisés fue á consagrarse donde se hallaban desterrados los Obispos católicos. Sus virtudes y sus milagros dilataron entre los Sarracenos el reino de Jesucristo; suavizó las costumbres de la nacion, y contribuyó sobremanera á su bienestar temporal, aunque sus miras principales eran llevarla al cielo.



CAPÍTULO XLV.

SUMARIO.

Mártires de Persia. Santísimo y Doroteo legados de los Obispos orientales cerca del Sumo Pontífice. Ulfila introduce el arrianismo entre los Godos. Apolinar constituye su secta. Concilio Romano. Castigos que el imperio sufre. Valente muere quemado. Prediccion del solitario Isaac.

En Persia continuaba la persecucion del cristianismo, renovándose de cuando en cuando sus furores siempre que los atizaba alguna delacion de que habia adoradores del verdadero Dios. Refiérense al año 375 los martirios de los santos Ebedjesu y Abda, Obispos de Abdalaa, y otros quince presbíteros, de Eliabo y ocho diáconos, de Papa y otros cinco monges, de María y otras cinco vírgenes consagradas al Señor, cuyos tormentos y gloriosa muerte pueden verse en Asemani T. 1. Act. Martyr. Orient., ó en la Historia de Orsi. Notable es la circunstancia de haber llegado los dos hermanos Baradvesiaba y Samuel al lugar del suplicio únicamente llevados del ímpetu de su caridad hácia los santos mártires, cuyas almas acababan de volar al cielo. Baradvesiaba y Samuel abrazaron sus venerandos cadáveres,

les imprimieron amorosos besos, les limpiaron la sangre y con ella se tiñeron las caras. Suplicaban á los verdugos que no les privasen de la corona de sus compañeros, y por último vieron satisfechas sus ánsias de que se les cortára la cabeza como á confesores de la fé de nuestro Señor Jesucristo.

Al año siguiente recibió la corona de mártir Bademo, Abad de un monasterio que él mismo había fundado. En dicho año se encruelció la persecucion por un nuevo edicto de Sapor contra los cristianos. Ordenábase en él á los prefectos de las provincias que les hiciesen padecer los suplicios mas dolorosos: se multiplicaron los acusadores, los tormentos y las víctimas. Fue uno de los presos Aceptsima, Obispo de Omita: tenia mas de ochenta años y gozaba de completa salud y robustez: bella y noble era su fisonomía: este venerable anciano parecia todo dulzura y caridad; reputábasele por el comun refugio y padre de pobres y peregrinos, y las miserias de otros le atormentaban mucho mas que las propias. Convirtió multitud de gentiles con su predicacion. Afligia su cuerpo ayunando continuamente; y cuando se ponía á orar, el sitio en donde se arrodillaba quedaba regado con sus lágrimas. Pocos dias antes de su prision, un cristiano le dió un beso. diciendo: O dichosa Cabeza, que

has de morir mártir de Cristo! Y Aceptima abrazándole tiernamente, añadió: O hijo! Dios quiera que se cumpla tu vaticinio, y se digne concederme la feliz suerte que me has anunciado.» Llevaron al Santo á la ciudad de Arbellá, y presentado al prefecto, en su interrogatorio se mostró digno de su ancianidad magestuosa y de su báculo pastoral. Por orden del tirano le extendieron en tierra, y atándole fuertemente los piés, le azotaron con tanta crueldad que de todos sus miembros manaban arroyos de sangre. En medio de tal carnicería le insultaba el prefecto, y él le menospreciaba, defendiendo la verdad con admirable intrepidez.

El septuagenario presbítero José, celosísimo por la gloria de Dios y á quien hacian venerable no solo sus canas, sino muy especialmente su religioso valor, juicio é integridad de costumbres, cayó en poder de los soldados junto con Aytalá, diácono de mas de sesenta años y muy amado de todos los fieles por su fervorosa devoción, su modestia singular y su nunca interrumpida alegría. Después de haberlos martirizado atrocísimamente, los encerraron en el mismo calabozo en que se hallaba el Obispo Aceptima. Á los cinco dias fueron de nuevo presentados al prefecto los tres invictos ancianos: se les preguntó si todavía estaban resueltos á desobedecer el edicto del Rey; y ellos

repetieron su confesion de fé con igual heroismo. Atáronles en seguida á las costillas, piernas y muslos muy recias y fuertes cuerdas, y los verdugos con palos de figura cilindrica los torcian y comprimian violentamente. Así con inmenso dolor les separaron las junturas y huesos. Luego los volvieron á la prision, en la cual por espacio de tres años padecieron los martirios de la angustiosa desnudez, del hambre y de la sed y del conjunto de misérrimos trabajos, que terminaron por sus muertes cruelísimas á la par que gloriosas.

Una nueva legacion de los Obispos Orientales fue al Occidente á representar al Sumo Pontífice el lastimoso estado de tribulacion, en que se hallaban las Iglesias de aquella parte del mundo y á reclamar su auxilio. Eran los legados Santísimo y Doroteo, presbiteros de grande celo y actividad, que por la causa de la religion recorrieron dilatadísimos países y por último llevaron las cartas de San Basilio y de otros insignes Obispos del Oriente. Quedaron estos consolados con las satisfactorias respuestas, que recibieron del Papa San Dámaso y de otros esclarecidos Prelados occidentales, que tanto por la viva voz de Santísimo y Doroteo como por sus epístolas les hicieron saber el tierno y afectuoso interes, que se tomaban en sus padecimientos y en sus triunfos gloriosos.

Sucedía entretanto la funesta calamidad de inficionarse la nación de los Godos con la heregía de Arrio. Su obispo Ulfila fue quien tuvo la culpa de tamaña desgracia. Gozaba entre ellos de merecida nombradía y era muy estimado por su ciencia y por haber inventado los caracteres góticos, y así se hallaba revestido de suma autoridad, que empleó en pervertir á aquellos cristianos inocentes. Había estado en la córte del Emperador arriano encargado de una negociacion de paz, y de ella volvió con el veneno que fue dando á los Godos semibárbaros para que en ellos muriese la verdadera fé. Sin embargo, aun subsistió esta por mas de un siglo, que no todos se apresuraron á beber el mortífero tósigo.

Con no menos afan que Ulfila trabajaba Apolinar en extender el reino de sus errores. Con este fin envió á Antioquía por Obispo á su discípulo Vital, y poco despues quitándose la máscara, con que hasta entonces habia cuidado de encubrirse, se apresuró á enviar á grandes distancias á muchos de sus secuaces, consagrándolos al efecto de sacerdotes y obispos para que fueran los apóstoles de su heregía. Cumplian estos sus órdenes, atacando principalmente el misterio de la Encarnacion al enseñar que Jesucristo en vez de entendimiento humano, tenia los resplandores de su divini-

dad, y al establecer de nuevo en sus flamantes iglesias muchos de los ritos y observancias de la Sinagoga. Habia Apolinar compuesto una multitud de canciones, y los de su secta las entonaban en lugar de los salmos. Innumerables fueron sus producciones, y con ellas embriagó de vapores pestilenciales á sus lectores poco seguros en la fé, alucinando á los incautos con el brillo de su atrevida poesia.

Acerca de un Concilio Romano, en el cual condenó el Papa San Dámaso por este tiempo las heregias de Apolinar, dice el Cardenal Orsi lo siguiente: «Cuanto á Apolinar y sus primeros discípulos, que á petición de los orientales hayan sido condenados y depuestos en un Concilio, que en este tiempo celebró en Roma San Dámaso, no oscuramente lo manifiestan Rufino, Sozomeno y aun el mismo San Dámaso cuando dicen que Apolinar con su discípulo Timoteo fue depuesto en un Concilio de Roma, hallándose presente Pedro, Obispo de Alejandría.»

La acumulacion de tantas maldades y heregias y los prolongados padecimientos de tantos Obispos católicos, que tenian bien merecido el renombre de mártires de la fé, atrajeron sobre el imperio romano el derramamiento de las iras que atesoraba el Omnipotente. Uno y otro extremo oriental y occidental temblaron y gi-

mieron, sintiendo sobre sí el fulminante carro de la guerra. En Occidente alcanzó Graciano brillantes victorias, desbaratando á los Lesnos, pueblos de la Germania, que habian pasado el Rin, y con ellos se mostró humano y generoso, reconociendo que debia sus triunfos á la proteccion del Salvador divino. En Oriente prevaleció el esfuerzo de los Godos, que se juntaron con los Alanos para caer sobre los que ellos tenian por opresores pérfidos: como un caudaloso rio, que sale de madre é inunda la campiña, así se extendieron, desolándolo todo y arrollando cuanto se oponia á su triunfal carrera. Constantinopla se estremeció al verlos llegar hasta cerca de sus murallas. En esta capital reconvino el Emperador al general Trajano por las derrotas, que habia sufrido el ejército de su mando; y el esforzado general tuvo valor para decirle: «No soy yo, Señor, la causa de tus pérdidas; tú mismo te has hecho indigno de la victoria; peleando contra Dios, has sido causa de que favorezca á los bárbaros; y declarándote contra él, le has obligado á que esté de su parte.» Esta religiosa franqueza de Trajano irritó á Valente, quien le quitó el mando de sus ejércitos, aunque poco despues volvió á llamarle en la hora del peligro. Acercábase la postrera de la vida del coronado perseguidor. Se decidió á

dar una batalla campal á los Godos, que acababan de recibir refuerzos, sin esperar él los que le traía su sobrino Graciano. Su ejército fue deshecho por el enemigo. Trajano dió la vida heroicamente, despues de haber salvado la del Emperador: huia este, y le alcanzó una flecha, que hiriéndole le derribó del caballo. Lleváronle los suyos á una inmediata casa de campo, cuyas puertas cerraron al ver que se aproximaban los bárbaros vencedores. En ella intentaron penetrar estos; mas persuadidos de que para lograrlo debian perder algun tiempo, que ellos reputaban precioso, pegaron fuego á la casa cerrada, y ardió con ella el Emperador Valente, que á ochenta sacerdotes constantinopolitanos habia mandado quemar vivos junto con la nave que los llevaba. Tan desastroso fin tuvo este enemigo de Jesucristo. Al salir á campaña se lo habia predicho el santo solitario Isaac, que sobrenaturalmente movido á levantar su voz fatídica, salió al camino por donde pasaba Valente, y le anunció, que su ejército seria derrotado y él muerto, si no se convertia y dejaba de perseguir á los católicos. Mandó el Emperador airado que le tuvieran en una prision hasta su vuelta, y prometió al solitario privarle de la vida para aquella época; pero Dios habia efectivamente dispuesto que no volviese á cumplir su promesa formidable.

CAPÍTULO XLVI.

SUMARIO.

Vuelta de los Obispos desterrados á sus diócesis. Invasiones y crueldades de los bárbaros septentrionales. Las Iglesias emplean sus tesoros en redimir á los cautivos. San Ambrosio defiende la perpétua virginidad de la Madre de Dios. Teodosio hecho Emperador de Oriente. San Gregorio Nacianceno puesto á la cabeza de los católicos de Constantinopla. Prodigios de la Santísima Virgen en la Anastasia. Tribulaciones de los católicos constantinopolitanos y arremetida de los arrianos á la Iglesia de aquellos. Victorias que van consiguiendo la sabiduría y santidad del Nacianceno.

Cambió de faz el imperio. Graciano con su prudencia y sabiduría contuvo, cuando menos podia esperarse, las tremendas arremetidas de los pueblos septentrionales, que como negra nube de tempestad iban á descargar sus rayos asoladores. Luego que el jóven Emperador se vió único dueño del universo romano, publicó una ley, con que puso feliz término á la persecucion de los católicos, y mandó en ella que volviesen á sus Iglesias los Obispos desterrados. Habíase anticipado á regresar á Alejan-

dria su Obispo Pedro, que de Roma, donde se hallaba, llevó del Papa San Dámaso cartas, que confirmaban su eleccion y los decretos del Concilio de Nicea. Los alejandrinos se encargaron de hacer que el arriano Lucio dejara el puesto usurpado. Tornaron los confesores como en triunfo á sus respectivas Iglesias; mas no todos los Obispos que volvian de sus destierros tuvieron en ellas igual recibimiento. Se habia sobrepuesto en muchas la heregía, y sus legítimos Pastores hubieron de sufrir contradicciones dolorosas y aun malos tratamientos. Quedó erguida la cabeza de los arrianos, porque Graciano á pesar de sus excelentes sentimientos creyó que aun no era llegada la hora de darles golpe de muerte, y así á todos los que se denominaban cristianos, excepto á los sectarios de Manes, Fotino y Eunomio, permitió que celebrasen sus religiosas juntas, con lo cual creyeron los de la secta arriana que se hallaban autorizados para seguir haciendo alarde de jactancioso poderío.

Pero no obstante los esfuerzos de Graciano y su hábil política, faltaba un poderoso ejército, que hiciese frente á los vencedores Godos, los cuales se derramaron hasta las puertas de la ciudad imperial como una inundacion. Uniéronse sus habitantes irritados con la caballería sarracena, que envió en su auxilio la

Reina Mávia, y repelieron á los invasores. Empero luego juntándose estos con los Sármatas, los Quados, los Alanos, los Unos, los Vándalos y los Marcomanes, inundaron, saquearon y asolaron, como atestigua San Jerónimo, la Trácia, la Macedonia y la Grecia. Destrozo horrendo, calamidad espantosa, que bañó en rios de sangre aquellas enlutadas provincias. Pero aun tuvo la religion mayor motivo de llanto y dolor profundo. Las matronas, las vírgenes fueron presa del fiero desenfreno de aquellos bárbaros. Perdieron la vida al filo de las espadas los ministros del divino culto; se desplomaron los templos al rudo empuje de la feroz pujanza de los devastadores. En mesas de juego venian á parar los altares, los vasos sagrados en profanaciones sacrílegas, los Obispos en esclavos de aquellos hijos de las selvas, y las reliquias de los mártires desenterradas en dispersion ó incendio. Se oian en todas partes clamores y gemidos lúgubres, y en todas partes reinaba sola la pavorosa imágen de la muerte y de la desolacion.

Fueron tantos los esclavos, que los bárbaros llegaron á juntar, que aquellos solos podian haber poblado todo un reino. Pusiéronlos en venta, y las Iglesias emplearon sus tesoros en comprar, ó mejor dicho, redimir á millares de cristianos, cuyas almas inmortales estaban bajo

el yugo de sus amos hereges ó idólatras expuestas á perderse eternamente, apostatando los hombres, ó consintiendo las mujeres en las violencias de la barbarie voluptuosa. En esta importantísima obra de caridad se distinguió San Ambrosio de una manera admirable, haciendo fundir muchos de los sagrados vasos que servian al divino culto, y vendiendo los que estaban todavía sin consagrar, pues tan crecida era la riqueza de la opulenta Iglesia de Milan. Creyó su Santo Arzobispo, y con mucha razon, que era aquel un caso extremo y extraordinario; y así despues de haber agotado todos sus propios recursos, echó mano de los del templo para librar de la muerte espiritual los templos vivos de Dios. Bello y magnífico ejemplo, que han imitado los Obispos en tiempos de suma calamidad, y que todos los dias pueden imitar todos los cristianos cercenando su lujo ó sus regalos supérfluos por contribuir con alguna limosna á la conversion de los infieles y á la eterna salvacion de sus almas, en la cual dilatando el dulce imperio del cristianismo civilizador, se emplean con tanto fruto como regocijo del cielo las dos sobre-excelentes y piadosísimas Obras de la Propagacion de la Fé y de la Santa Infancia.

Ni se dedicaba menos San Ambrosio á cultivar en su Iglesia las flores de todas las vir-

tudes cristianas, entre las cuales parece que merecia su principal atencion el precioso lirio de la virginidad. Muchos de sus elocuentes sermones tenian por objeto esta hermosa virtud, que es tambien la que en sus libros exhala un aroma mas delicado. En su sentir lo que mayormente realza la virginidad es el haber Dios escogido por madre suya una Virgen, haber levantado la Madre de Dios el estandarte de la virginidad, y tener las doncellas que se consagran al Señor la bella suerte de seguir sus pasos y de militar bajo sus banderas. Reprimió el Santo la insolencia y temeridad de aquellos, que aunque admitian haber la Madre de Dios concebido y dado á luz á su divino Hijo sin menoscabo de su virginidad, se atrevian á negar que la hubiese conservado hasta el fin de su vida. Fueron los primeros autores de este escándalo Joviniano y Elvidio: considerando San Ambrosio que eran personas de ninguna autoridad en la Iglesia, creyó por algun tiempo que seria mejor callar, no haciendo caso de semejante opinion sacrilega y escandalosa; pero al saber que la prohibaba Bonoso, obispo de Nayso, ciudad de la Dácia, juzgó que debia combatirla vigorosamente, y de viva voz en el púlpito y con la pluma pulverizó las objeciones de los hereges y probó del modo mas terminante con multi-

tud de símbolos, testimonios de las divinas Escrituras, é invencibles razones la perpétua virginidad de María. Amb. de Inst. Virg. «La divina Bondad, añade el Santo, no pudo honrar mas á la honestidad virginal, ni inflamar mas los ánimos de los mortales al amor de esta bella virtud que con nacer de una Virgen, que al mismo tiempo fuese el sagrario de la inmaculada castidad y el templo vivo de Dios, la cual nos hizo útil y ventajosa la misma culpa, por haber conseguido mucho mas por la fecundidad purísima de María, de lo que perdimos por la transgresion de Eva.»

Mientras en Occidente derramaba Ambrosio los copiosos resplandores de su elevada ciencia, faltó á las regiones orientales en San Basilio una de las mayores lumbreras del universo cristiano. Este insigne Doctor del Asia fue llorado en toda ella, porque era como el alma de la religion en aquella parte del mundo. La muchedumbre que concurrió á sus funerales y la magnificencia de estos fueron un espectáculo de todo punto nuevo y sorprendente. En él hicieron el papel principal el amor que su pueblo le profesaba, la admiracion de propios y de extraños, y el concepto de agigantada santidad en que se le tenia.

Bellísimo y magnífico es el lugar, que en la historia ocupa Graciano: vémosle atender

al bien del imperio mas que al suyo propio: habiendo quedado dueño del mundo romano por muerte de su tío Valente, y á pesar de que ya existia otro Emperador niño, de cuya infancia y educacion cuidaba él mismo, puso los ojos en Teodosio para elevarle á la suprema dignidad de Emperador del Oriente. Le habia llamado de España su patria por sus esclarecidos méritos y confiádole el mando de una expedicion contra los bárbaros, á los cuales Teodosio desbarató en la Trácia completamente. Ni por atender Graciano á los negocios del imperio, descuidaba los de la religion. Excitaba el celo de San Ambrosio á componer magistrales obras en defensa de la fé. Y dábale en sus afectuosas cartas repetidos testimonios de mirarle como á padre. En Milan, probablemente siguiendo sus consejos, publicó otra ley favorecedora de nuestra divina religion, prohibiendo los conventículos de todas las sectas heréticas, que por otra disposicion suya, hija de las circunstancias y no de los sentimientos de su corazon, se hallaban gozando, como ya se ha visto, de cierta engreida libertad.

Teodosio por su parte emprendió una nueva campaña contra los Godos para limpiar el imperio de huéspedes tan formidables, y por doquiera iba la victoria volando á su lado y en todas las batallas le coronaba las sienes de

gloriosos laureles. Á la sombra de su poderosa proteccion pensaron muchos Obispos en la suma importancia de poner coto á los males, que padecia la desgraciada Iglesia de Constantinopla. Se hallaban sin pastor los pocos fieles, que en ella habian permanecido firmemente adictos á la doctrina católica, y era de la mayor urgencia enviar á aquella capital un Obispo, que por su celo, virtud y sabiduría fuese capaz de levantar de entre sus ruinas el magestuoso y celestial edificio de la verdadera religion. No habia para tan noble y árdua empresa un Prelado mas á propósito que Gregorio de Nacianzo, y en él se fijaron los Obispos de acuerdo con el Emperador, é hicieron tanto que al fin le sacaron de su retiro de Seleucia, persuadiéndole á dejar las delicias de la contemplacion para pelear como sabio y esforzado caudillo con las heregias dominantes en la ciudad imperial. Aunque Gregorio de Nacianzo llevó á Constantinopla un cuerpo agobiado por los años y un semblante pálido y descarnado por los ayunos y austeridades, y no tenia riquezas, pompa, ni servidumbre; iba con su alma grande el espíritu de Dios, y así el catolicismo, que en aquella populosa ciudad era poco menos que un cadáver, empezó á su llegada á reanimarse, y no tardó en adquirir mas vida y movimiento. Se habia el Santo

alojado en casa de unos parientes, donde se juntaban los fieles á oír la divina palabra que salía de sus elocuentes lábios, pues todas las iglesias habian caído en poder de los hereges arrianos, macedonianos, ó novacianos; y no pasó mucho tiempo sin que aquel lugar privilegiado se convirtiese en un templo, al cual se dió el nombre de Anastasia, que significa resurreccion, porque en tan privilegiado sitio habia revivido la verdadera fé, creciendo y multiplicándose el número de los fervorosos adoradores del Padre, del divino Verbo y del Espíritu Santo. Allí estaba con el Nacianceno la omnipotencia de Dios, obrando portentos en confirmacion de la doctrina, que enseñaba: una mujer que se hallaba en cinta, cayendo de lo alto de una tribuna, quedó sin vida, y al instante la recobró por las oraciones de San Gregorio y demás siervos del Altísimo reunidos en aquella nueva basílica. Repetíanse en ella los prodigios; una virtud sobrenatural se aparecía allí algunas veces velando, y otras en sueños á los enfermos, ó á los que affigia gravísima tribulacion; y los curaba, ó les daba fortaleza ó los instruía en el modo de remediar sus males. Despues de la ausencia y muerte del Nacianceno continuaron por mucho tiempo los prodigios; y es constante opinion que estos favores y visiones se atribuian á la Virgen

Madre de Dios, que como dice el Historiador Sozomeno l. 7. cap. 5. de tal manera acostumbraba aparecerse.

No varió el Nacianceno en Constantinopla su género de vida austero, frugal, pobre y sencillo, que formaba un singular contraste con la pomposa opulencia, el lujo refinado, la voluptuosa molicie, la ostentacion y la galantería reinantes en aquella imperial corte. Y como es casi natural al hombre el mirar con malos ojos á quien con la oposicion de sus costumbres le reprende las suyas desarregladas y viciosas; llovian sobre el Obispo católico las burlas y los dicterios, las injurias y los insultos de los hereges, los cuales, aunque divididos en diversas fracciones enemigas unas de otras, se reunian en el comun designio de hacer al Santo guerra atroz y encarnizada. Por mas que tomó él por constante modelo de su conducta á Jesucristo, que en el patíbulo de la cruz respondia á los ultrajes de los deicidas con pedir para ellos perdon á su eterno Padre; llegó el odio de sus adversarios hasta apedrearle en la calle. Ni fueron menores los desmanes, que cometian con los demás católicos, ora arrancándolos del hogar doméstico, ora arrojándolos de la ciudad, ora persiguiéndolos hasta en las soledades de los montes inmediatos, adonde iban, bien que en vano, á buscar

un asilo en que poner á salvo de tan continuos riesgos su mísera existencia. Exacerbándose el furor de los sectarios al ver que muchos se convertían y aumentaban la grey del Salvador que se reunía en la Anastasia, determinaron acometer esta casa de oración á mano armada; y del templo de Santa Sofía, donde tenía su trono el arriano obispo Demófilo, salió una turba de mujercillas descompuestas, y de monges estragados y de toda clase de frenéticos ministros de las infernales furias sedientas de la sangre de los católicos, y agitando teas, que en medio de la noche despedían resplandores siniestros, y armándose de piedras, y llevando por caudillo de su sacrilega expedición el frenesí de la herejía volcanizada, cayó el loco ímpetu de aquella ciega multitud sobre la Anastasia, en que el Pastor San Gregorio estaba con su místico rebaño. Todo fue horror, estrago, sacrilegio, guerra de muerte á la santidad, que orando cantaba las divinas alabanzas. Celebrábase aquella noche una de las primeras solemnidades, y San Gregorio repartía al devotísimo concurso de los fieles los divinos misterios. Las piedras y los gritos desaforados, y el furibundo tumulto, los mortíferos golpes, las heridas y el espanto entraron á turbar la función religiosa y á sustituirla con una escena de infierno. San Grego-

rio recibió varias pedradas; mas no sentia el propio daño, sino la ofensa de Dios y la consternacion y padecimientos producidos por aquella arremetida de la impiedad en los inocentes é indefensos siervos del Altisimo. Podia haber acudido en demanda de justicia al Emperador Teodosio: poderosas razones le movian á ello; pero su caridad se sobrepuso á todas, creyendo que para triunfar de la maldad obstinada de los arrianos era mas conducente la paciencia y el silencioso sufrimiento de sus agravios inhumanos. No se engañó. Sus virtudes fueron abriendo los ojos de los mismos, que tanto habian mostrado aborrecerlas; y poco á poco fue consiguiendo cautivar con el hechizo y fragancia de su apacible y caritativa santidad muchos corazones, que al principio habian sido una hoguera de ódio encendida para quemarle vivo.

CAPÍTULO XLVII.

SUMARIO.

Concilio de Antioquía. Martirio de San Eusebio de Samosata. Muerte de San Efrén. Bautismo de Teodosio y su ley en favor del catolicismo. Falsas conversiones. El cínico Máximo es sacrílegamente consagrado por obispo de Constantinopla; mas no prevalece su trama, oponiéndose á ella el pueblo, el Emperador y el Sumo Pontífice. Teodosio en Constantinopla. San Gregorio Nacianceno, y el pueblo constantinopolitano empeñado en que fuese su Obispo, resistiéndolo él.

Una de las mas importantes disposiciones, que tomaron los Obispos católicos despues de la muerte de Valente para restablecer el imperio de la fé ortodoxa fue reunirse en Antioquía, formando en el año 379 un Concilio numeroso. Y no contentos con haber promulgado un símbolo de sana y pura doctrina, al que añadieron los anatemas contra las principales sectas, que en este tiempo inficionaban el Oriente; para manifestar con mayor claridad su union con la Silla Apostólica, y por este medio con los demás Obispos Occidentales, quisieron suscribir, y cada uno con su propio nombre firmó la carta decretal del segundo

Concilio celebrado en Roma en el pontificado de San Dámaso, en la que con las mas vivas y eficaces expresiones condena las antiguas y nuevas heregías en órden á la Trinidad y Encarnacion del Verbo, y ante todo anatematiza á los que con plena libertad no confiesan que el Espíritu Santo es de una misma potestad con el Padre y con el Hijo, y de una misma sustancia. Y como el sacrílego error de que el Espíritu Santo habia de colocarse en el órden de las criaturas, se hallaba tan extendido; el mismo Santo Pontífice en su Concilio de Roma y carta decretal con crecido número de anatemas se opuso á esta nueva blasfemia, y solicitó poner en el mas claro órden la verdad; teniendo por ageno de la comunión católica á cualquiera que no dijese que el Espíritu Santo como el Hijo es de la divina sustancia, y verdadero Dios, pudiendo él como el Padre y el Hijo conocer todas las cosas, y estar en todo lugar; y que por él como por el Hijo hizo el Padre todas las cosas visibles é invisibles: que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tenían una misma divinidad, potestad, magestad, poder, gloria, dominio, reino, voluntad y una misma verdad: que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo eran tres personas verdaderas é iguales, siempre vivientes, omnipotentes; por las que subsisten todas las cosas

visibles é invisibles; por las que todas son juzgadas; y de quienes todos traen la salud y la vida: que el mismo Divino Espiritu como el Padre y el Hijo debe ser adorado por todas las criaturas. «Si alguno, añaden los Padres, tiene recta creencia del Padre y del Hijo, y yerra en la persona del Espiritu Santo, es herege, y se halla envuelto en la maldad de los gentiles y judíos. Por último, se fulminó el anatema contra todo el que dando á cada una de las divinas Personas en particular el nombre de Dios, hubiese rehusado reconocer en todas tres un solo poder y divinidad; por lo que la fé firmemente confiesa ser las tres divinas Personas un solo Dios. Opina el Cardenal Orsi que este Concilio Antioqueno en vista del lastimoso estado, en que se hallaban muchas diócesis del Oriente, revistió de facultades extraordinarias á algunos Obispos, y les confió la mision de ir á proveer de Obispos ortodoxos á varias provincias, que de ellos carecian por la calamidad de los tiempos. Parecé que fue de este número San Eusebio de Samosata, el cual en circunstancias que no prometian martirio, lo alcanzó en Dolica, pequeña ciudad de la Siria, en que el arrianismo tenia cátedra y sόlio. En el instante en que el Santo puso el pié en ella, una mujer embriagada con el tósigo de la heregia desde lo mas elevado de su casa le ar-

rojó una teja, que hiriéndole gravemente en la cabeza, le fue causa de una gloriosa muerte. Pero antes de espirar resplandeció admirablemente su caridad heróica, haciendo jurar á cuantos le rodeaban que no solicitarian castigo alguno para aquella mujer, que le habia arrebatado la existencia. ¡Oh cuán bello es morir dando tales ejemplos y lecciones de acrisolada virtud!

No fue menos admirable la muerte de San Efren, oráculo, doctor y profeta de los Siros, en cuyos escritos resplandece la inspiracion de lo alto. Su testamento fue tan extraordinario como su vida: consignó en él su humildad, contricion, temor de los juicios divinos é inviolable afecto á la fé católica. Fulminó terribles maldiciones contra los hereges y en primer lugar contra los arrianos. Si alguno, dijo, hace al Hijo menor que el Padre, que la tierra se lo trague vivo. Si alguno contradijere al Espíritu Santo, que no consiga misericordia. Échese al cuello el lazo de Judas quien quiera que de mi fé se aparte. Y á Paulona y Arvad, que habiendo sido discípulos suyos, eran ministros de Satanás, dirigió las siguientes palabras: al primero: «¡Sea maldita tu madre! ¡Ay del seno que te dió á luz! porque manchado te has con todas las heregías! Y al segundo: Del libro de la vida sea borrada tu memoria,

porque has dejado el vino de Cristo y has bebido las heces del pecado. El Hijo, á quien has blasfemado, tomará de sus ultrajes la debida venganza!» Estas maldiciones han de entenderse como las que se leen en los Salmos de David y en los demás profetas antiguos, es decir, ó como expresiones de los sentimientos de un justo, que conforma su voluntad á la divina justicia en el castigo de los malvados, ó como vaticinio de las calamidades, que en pena de sus delitos caerán sobre su cabeza. Bendijo tambien á sus discípulos y á la ciudad de Edesa. Mandó que no fuera embalsamado su cuerpo, ni se le vistiera de adornos magníficos, ni se le llevara á la sepultura con pompa y solemnidad, ni se le acompañara con hachas, ni se le pusiera debajo del altar ni en alguna otra parte del templo, ó cerca de las reliquias de los mártires, ó en sepulcro particular y que nadie tomase una hilacha de sus vestidos para conservarla como reliquia; y dispuso que cubierto de su túnica y manteo ordinario le colocasen en el cementerio de los extranjeros. «Porque, decia, tengo pactado con mi Señor Jesucristo ser sepultado entre los peregrinos, forastero y peregrino sobre la tierra como uno de ellos.» Pero cuanto se manifestó ageno de la pompa de los funerales, tanto mas cuidó de los sufragios para el reposo

de su alma, y entera remision de sus culpas. «Dadme, dice, ó hermanos, el viático, mediante vuestras oraciones, el canto de los salmos y divinas oblaciones; y cuando se cumpla el día treinta, renovareis, ó hermanos, mi memoria.» Las oblaciones de los vivos sirven de alivio á los muertos; y trayendo á la memoria el hecho de Judas Macabeo y los sacrificios que ofreció por los pecados de los soldados que murieron en la batalla, añade: «Mucho mejor los sacerdotes del Hijo de Dios, mediante sus santas oblaciones y oraciones vocales, podrán pagar los débitos de los difuntos.» Por el mismo fin ordenó tambien, llamando al rededor de su cama á sus hermanos, señores, padres é hijos que repartiesen á los pobres cuanto habian ofrecido á Dios para honra de sus exequias y adorno de su sepulcro; y si alguno, añade, ocultase alguna parte, que tenga una muerte semejante á la de Ananias.

Habia Teodosio heredado de sus padres la piedad cristiana y la fé de Nicea, pero aun no habia recibido el bautismo, y le movió á bautizarse cuanto antes una gravísima enfermedad que le sobrevino en Tesalónica. Con esta celestial medicina del alma no solo sintió renovarse su espíritu, creciendo en las virtudes, sino que en breve recobró la salud del cuerpo. Era Obispo de Tesalónica San Acólio,

que por su santidad sublime merecia que la divina Providencia le hubiese destinado á ser el padre espiritual del gran Teodosio, quien no solo tuvo una singular complacencia en que un varon tan ilustre y de prendas tan eminentes le imprimiera el indeleble carácter de cristiano, sino que le oyó con particular regocijo la satisfactoria aseveracion de que en toda aquella parte del Ilírico reinaba íntegra y pura la fé de la Iglesia Romana, al paso que se apesadumbró con la triste pintura, que el santo Obispo le hizo del estado deplorable de las Iglesias del Oriente inficionadas con el veneno de varias heregias, entre las cuales ocupaba el lugar primero la arriana perversidad. Esto fue lo que á Teodosio dió márgen para publicar una ley Cod. Theod. lib. 16. tít. 1.º, en la cual mandó á todos los pueblos de su imperio que profesasen aquella religion, que siempre se habia conservado ilesa é inviolable en la Iglesia Romana, lo que era claro argumento de que la habia anunciado el divino Apóstol Pedro; y que el Pontífice Dámaso, y Pedro, Obispo de Alejandría, hombre de una santidad apostólica, profesaban, creyendo segun la disciplina de los Apóstoles, y la doctrina del Evangelio en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo una misma divinidad é igual magestad. Ordenaba que fuese propio el nom-

bre de cristianos católicos de los que seguían el tenor de esta ley, y que todos los demás como necios y furiosos fuesen notados con la infamia de heregía, y á sus conciliábulos no se les diese el nombre de Iglesias, amenazándolos que además de la divina justicia habian de experimentar el rigor de su indignacion imperial. Dirigió el católico príncipe el edicto en particular á Constantinopla, para que de allí, como de la capital del imperio oriental, se extendiese con mas facilidad la noticia á todas las ciudades del Oriente.

Esta ley en extremo saludable y bienhechora no solo produjo excelentes resultados, sino tambien fue causa de muchas conversiones aparentes y no reales; pues no pocos, en quienes solo dominaba el interés, con la misma facilidad con que abrazaron la heregía en el reinado de un Emperador herege, declaráronse católicos en el de Teodosio, que lo era de corazon, quedando aquellos dispuestos á volver á la maldad cuando la viesan sobre el trono. Entre los obispos arrianos, que se reconciliaron con la Iglesia sin hallarse arrepentidos, porque les convenia seguir en público la voluntad del nuevo Emperador, contábanse varios, que para escalar á las cátedras episcopales habian tenido el mérito de ser los mas descarados en declamar contra la fé divina, llegando la audacia

de algunos hasta bañar el santuario en sangre de purísimas víctimas; habian otros apoderádose del rebaño de Jesucristo por medios abominables, ó cuando menos sin legítima vocacion, ciencia y virtudes y usado de su autoridad de un modo ageno de la humilde mansedumbre y espíritu del Salvador. Y hubo la desgracia, muy sentida por San Gregorio de Nacianzo, de que en diversos países del Oriente se recibiese á semejantes personas á la comunión de la Iglesia sin primero asegurarse de que estuviesen sinceramente convertidas. Admitirlas pues como Pastores y Obispos, fiándoles el gobierno de las almas, el magisterio y funciones del sacerdocio, fue á juicio del mismo Santo fomentar el indigno tráfico que hacian de las cosas divinas, contravenir á los Cánones y aniquilar la disciplina de la Iglesia. Es cierto que se habia establecido en los Concilios de Alejandría y Roma, y en otros varios que se admitiese á los grados de la gerarquía eclesiástica á los que por debilidad, ignorancia ó sorpresa habian firmado el formulario de Rimini ú otras equívocas profesiones de fé, si daban auténticos testimonios de su arrepentimiento. Mas no entendia el Nacianceno que la intencion de los Padres hubiese sido dejar en posesion de los tronos mal adquiridos á los que varias veces habian vendido la fé; y así

contra este abuso empleó su vigorosa elocuencia y el fuego de su vehemente poesía.

La ley de Teodosio dilató el corazón de los católicos de Constantinopla, y hasta hizo concebir á algunos la idea de que el Obispo de esta ciudad se vería muy en breve en posición tan elevada y esplendorosa que le envidiasen los próceres del imperio. Aunque trabajaba incesantemente, llevando el peso de las obligaciones episcopales, siempre el doctor de Nacianzo se abstuvo de tomar el título de Obispo de aquella metrópoli, huyendo de semejante dignidad cual pudiera hacerlo de nocturna fantasma sobrecogido de espanto un tierno niño. Ni un instante abandonó el campo de batalla mientras se hallaba llena de peligros la causa del Altísimo; mas luego que la hermosa paz comenzó á brillar en el horizonte de la Iglesia pensaba en retirarse; y al mismo tiempo se proponía suplantarle y ocupar su puesto un embaucador insigne, que logró revestirse con el oropel de virtudes fingidas. Llamábase Máximo este hipócrita, y hacia profesión de filósofo cínico, llevando el manteo blanco y larguísima la cabellera, tronando día y noche contra los vicios y mentirosamente jactándose de haber padecido por la fé. Con tales artificios engañó al Nacianceno, y ganó para sí todo su sencillo y fogosísimo afecto. San Gregorio llegó



á elogiarle en público; mas no tardó en experimentar chasco horrible y doloroso. Era Máximo con toda propiedad un sepulcro blanqueado por fuera, y podredumbre en lo interior. Tenia Alejandria el baldon de que en su seno hubiese nacido este mónstruo, que parecia educado en la escuela de los espíritus infernales. Tan abominables eran los vicios, que ocultaba su alma pérfida y diestra en falsías. Atrajo á su partido á un sacerdote envidioso, por medio de este se granjeó el favor y valimiento del Patriarca de Alejandria, con inicuas tramas se apoderó de una suma considerable destinada á un objeto santo, repartió oro mal habido, sedujo una pequeña porcion de plebe, llegaronle obispos egipcios, que venian á consagrarle, y entre las sombras de la noche, mientras Gregorio de Nacianzo se hallaba enfermo, corrió á la Iglesia católica con su tumultuaria comitiva, y sus desaforados partidarios principiaron á ordenarle de obispo. Los primeros rayos del nuevo dia hicieron que levantándose los ministros del santuario, al oir el insólito ruido de la iglesia, fuesen á ella apresuradamente, y que el escándalo cesase de profanar la casa de Dios, huyendo á la de un particular el filósofo cínico y cuantos concurrían al sacrílego acto. El pueblo, los magistrados, las vírgenes, las matronas, los ancianos y los niños se lle-

naron de horror y consternacion, detestaron el hecho execrable, enaltecieron los méritos y santidad de Gregorio, y todos á porfía se afanaban por desagrarle con las mas vivas manifestaciones de su adhesion, filial amor y gratitud encendida.

Ocurrió en el templo una escena muy patética: con motivo de haber soltado el Nacianceno alguna que otra palabra, que revelaba su intencion de ausentarse, todo el pueblo clamó, gimió y lloró pidiéndole que desistiera de semejante pensamiento y que subiera al trono episcopal. El Santo hubo de rendirse á la vehemencia de las súplicas y del llanto; pero no consintió en tomar el obispado, porque era cosa anticanónica hacerlo sin el concurso é intervencion de otros Obispos.

Sábese por una carta de San Dámaso á San Acólio, Obispo de Tesalónica, y á quien su Santidad habia encargado velar por la Iglesia y por la fé en aquella parte del Ilírico y en los próximos países del Oriente, que este Santo le escribió informándole de todo lo acontecido en Constantinopla y Tesalónica, donde todavía se hallaba Teodosio, y el Papa le respondió haciéndose cargo de todas las circunstancias de aquella profana escena; es á saber, que ordenaron algunos egipcios obispo de Constantinopla á un cínico, que con el manto ido-

látrico deshonoraba el nombre cristiano; que habian concluido la ordenacion en una casa particular despues que los echaron de la iglesia; que entonces solamente advirtieron se le debia cortar su larga é ignominiosa cabellera; y finalmente su recurso á la corte imperial, en donde fueron reprendidos sus temerarios atentados por la pública autoridad. El cínico Máximo despues de haber salido mal de su recurso al Emperador, quien no quiso admitirle á su presencia, pasó á Alejandria, y aunque al principio se lisonjeaba de tener de su parte al Obispo Pedro, no tardó este anciano en quitarse la venda de los] ojos y reconocer que se habia equivocado respecto de aquel mónstruo favoreciéndole, y torció camino negándole su proteccion y reconciliándose con San Gregorio de Nacianzo.

Al fin llegó el dia, en que Constantinopla recibiese dentro de sus muros al gran Teodosio, y este católico Emperador dió á los ciudadanos el gusto de manifestar á Gregorio de Nacianzo que habia de ser su Obispo. Á los dos dias de su llegada hizo preguntar al obispo arriano Demófilo si se hallaba dispuesto á abrazar la fé de Nicea, y habiendo contestado negativamente, mandó que se entregasen las iglesias á los católicos, quedando destronada con tal medida la arriana heregia. El mismo

Emperador quiso acompañar á San Gregorio á tomar solemnemente posesion de la principal iglesia, que era la de Santa Sofia. Iba el Nacianceno con el espíritu muy alejado de la imperial pompa y magnífico esplendor que le rodeaba, absorto en Dios, levantados al cielo los ojos contemplativos, vestido el corazon de profunda humildad, y respirando todo él modestia, dulzura y celestiales virtudes. Y en tanto la ciudad alborotada festejaba su triunfo, y ensordecia los aires con aclamaciones de férvido entusiasmo.

Grande pena sentia el santísimo Prelado por las demostraciones de afecto que le hacia la córte, y aun fue mayor la que le ocasionaron los honores, que contra su voluntad se vió precisado á recibir en la iglesia. El pueblo siempre se hallaba impaciente con el deseo de verle Obispo y colocado sobre el trono. Empero San Gregorio huia de semejante honra, siempre anhelando volver á su amada soledad. No obstante, no pudo el pueblo ver por mas tiempo vacante el trono, teniendo una persona por tantos títulos merecedora de ocuparlo, é impaciente le llevó á él en hombros. Resistió San Gregorio cuanto le fue posible, lloró, gritó y se encolerizó de tal modo con los que manifestaban mas ardoroso empeño que algunos se dieron por agraviados; pero sus lágrimas y

clamores de nada le sirvieron, y solo fueron auténticas pruebas de la violencia que le hicieron, y por consiguiente de la nulidad del acto. No sabemos, dice Orsi, que lo reprobasen Teodosio y los Obispos, que se hallaban en Constantinopla. El fue el primero, y acaso el único que altamente lo publicó por ilegítimo, y condenó como un atentado contra los cánones, y no se tuvo por Obispo de Constantinopla hasta que el Concilio le confirmó el título.

CAPÍTULO XLVIII.

SUMARIO.

Concilio de Zaragoza é historia de la heregía de los priscilianistas. San Ambrosio en Sirmio. Ley de Teodosio contra los hereges.

En el año 380 se tuvo el primer Concilio de Zaragoza para oponer un dique á la heregía de los priscilianistas. Convienen los historiadores en que fue traída de Egipto por Marcos, nativo de Menfis é inficionado con los errores de los Maniqueos, el cual los difundió en el Mediodia de la Francia, contaminando en España á una influyente señora llamada Agape y al retórico Elpidio. Contagiaron estos con

la peste de la nueva heregia á Prisciliano, quien la estableció en Occidente, dándola á conocer á las edades venideras con la denominacion de priscilianismo por haberle debido su novel forma y desenvolvimiento. Prisciliano habia nacido en Galicia y pertenecia á una familia noble y rica: adornábale una copiosa erudicion, y á manera de aúreo rio salia de sus lábios la persuasiva elocuencia. Bella figura de cuerpo, imaginacion ardiente, costumbres bastante puras, desprendimiento de las riquezas y otras dotes de su ánimo generoso le habian granjeado la estimacion de muchos; y así no le fue difícil atraer á su maldad venenosa á nobles y á plebeyos. Corrieron particularmente á alistarse en sus banderas mujeres curiosas, amantes de novedades, amigas de saberlo todo y propensas á estimar y venerar á los que son diestros en cubrirse, como Prisciliano lo hacia, con una mascara de piedad y un exterior modesto y muy humilde.

Los obispos Instancio y Salviano no solo aprobaron los extravíos de este herege, sino que conjurándose contra la Iglesia, los propagaron y defendieron acaloradamente. Higinio, Obispo de Córdoba, los denunció á Idacio, que lo era de Mérida. Impugnó este con vehemencia á Instancio y demás Priscilianistas, y como viento impetuoso, que en vez de apagar las

llamas de un incendio, las dilata dándoles nuevos bríos, exasperó los ánimos con su violencia. Después de repetidos choques, se adoptó por último el partido de que para la decisión de causa tan ruidosa se reuniese en Zaragoza un Concilio nacional, del cual por serlo no se excluyesen los Obispos de Aquitania también interesados en esta contienda grave. No se atrevieron los hereges á presentarse á juicio; y así los Padres los condenaron en su ausencia, y en especial á Prisciliano y Elpidio y á los obispos Instancio y Salviano. Á Itacio, Obispo de Osobona, en particular se le dió comision de publicar por todas partes los hechos y sentencia del Sinodo, y de declarar incurso en las mismas censuras y excomulgado á Higinió, aquel Obispo de Córdoba, que habiendo sido el primero que denunció á Salviano y á Instancio, después se dejó engañar por sus artificios, y los recibió en su comunión. No podían los Padres haber encargado este negocio á hombre mas animoso para cumplirlo, pero al mismo tiempo mas dispuesto á llevar con su imprudencia las cosas á los últimos excesos.

Era Itacio intrépido y violento como un torbellino, y obró en esta causa mas por passion que por celo apostólico. Diferenciábanse sus costumbres en gran manera de las que distinguian á los discípulos de Prisciliano: estos

afectaban un exterior rígido y severo; y aquel era dado al lujo y á la gula; y por lo mismo aborrecia á las personas que hacian especial profesion de santidad; las inquietaba en sus piadosos ejercicios, y para turbar la paz abusó de su comision de perseguir la heregía. Á cualquiera que procuraba, ó alimentar su espíritu con lecturas piadosas, ó domar su carne con la abstinencia, le tenia por sospechoso, y le llamaba á juicio, ó como compañero, ó como discípulo de Prisciliano. Llegó á tal extremo su temeridad que no se avergonzó de llamar públicamente herege á San Martín, hombre digno de ser comparado con los Apóstoles, por la santidad de su vida y por la multitud y esplendor de sus prodigios. Pero si no eran laudables las costumbres y conducta de Itacio, gozaba de crédito grandísimo por su elocuencia, que le mereció el sobrenombre de claro ó de ilustre, é hizo buen uso de su talento escribiendo un libro en forma de apología, en el que puso de manifesto los detestables dogmas, artes maléficas, y liviandades vergonzosas de la escuela de Prisciliano.

Entretanto Istancio y Salviano, condenados en el Concilio de Zaragoza, en vez de someterse, hicieron esfuerzos por dar alas á su partido, y á este fin encaramaron al obispado de Ávila á Prisciliano, que aun era seglar, pero

cabeza de la faccion, prometiéndose muy grandes ventajas de esa autoridad episcopal de que improvisadamente le revestian. Tan horrendo atentado irritó y movió el celo de los Obispos Idacio é Itacio, persuadidos de que urgia oprimir á este mónstruo antes de que creciese; pero con imprudencia y falta de cautela recurrieron á los jueces seculares, para que de las ciudades fuesen desterrados los hereges. Graciano expidió un edicto, que privaba de sus sedes usurpadas á los Obispos priscilianistas y los hacia salir de España. Confiados estos en sus malas artes, idearon sorprender al Pontífice San Dámaso, y se pusieron en camino para Roma. Á su paso por las Galias, Prisciliano, cuya austeridad se habia convertido en vergonzosa relajacion de costumbres, sedujo á una jóven, que procurando el aborto, á su primer delito añadió el del infanticidio. Llegados á la capital del mundo cristiano, los fautores de la nueva heregía, se vieron burlados en su intento, porque debidamente informado de quienes eran, el Pontífice no quiso recibirlos en audiencia, manifestando con semejante negativa cuán abominables parecian á sus ojos las doctrinas de los nefandos heresiarcas. Eran estas una mescolanza de los errores de otras varias sectas reprobadas. Negaban que el Hijo de Dios hubiese tomado verdadera carne humana:

hacian del adorable sacramento de la Eucaristía un uso indigno y sacrilego: contravenian en los dias festivos á lo dispuesto por la Iglesia, y daban en otros muchos excesos execrables. Desesperanzados de conseguir cosa alguna en Roma, se dirigieron á Milan Prisciliano y sus compañeros con la mira de engañar á San Ambrosio; pero el Santo Arzobispo no les dió oídos, y hubieron de retirarse confusos. En la corte del Emperador Graciano hallaron mejor acogida, pues sobornando á Macedonio, que tenia en palacio un elevado empleo, consiguieron no solo volver á España sino tambien ser repuestos en sus obispados. En vano el Obispo Itacio hizo los mayores esfuerzos por sostener contra ellos una guerra encarnizada: su justicia fue oprimida por el influjo poderoso de Macedonio, á quien ganó por segunda vez con dinero la corruptora faccion de Prisciliano. El poder civil de Volvencio, que mandaba en España, se declaró en favor de los hereges, y con esto llegaron á lo sumo las tribulaciones y angustias de los católicos perseguidos en todas partes y de mil modos diversos y crueles.

La Emperatriz Justina obstinada en la heregía arriana bramaba de rabia por la decadencia de su secta, y solicitaba impedir su total ruina. Como viuda de un Emperador, madre y tutora de otro, no podia menos de

tener en la corte quien se hallase dispuesto á darle gusto; pero el valimiento que San Ambrosio tenia con Graciano, fue un poderoso resorte para desconcertar los planes de aquella mujer patrocinadora de la heregía. Estando vacante el obispado de Sirmio, Justina, que se hallaba en esta ciudad, hacia esfuerzos para que fuese colocado en aquel puesto un obispo de su secta. San Ambrosio, aunque no tenia jurisdiccion sobre la mencionada Iglesia, acudió á impedir que aquella grey cayese de nuevo en poder de algun lobo. Probablemente le convidaron los Obispos de la provincia, quienes juzgaron era necesaria la presencia de este héroe para oponerse á las violencias y maquinaciones de Justina. La multitud de la plebe seguia el empeño de la Emperatriz, queriendo arrojar de la iglesia á San Ambrosio; pero el Santo arrostrando todo género de peligros, permaneció en el campo de batalla. Una jóven arriana tuvo el atrevimiento de ponerse en las gradas del mismo sólio, le tiró del vestido, le derribó, é hizo que cayese hácia donde se hallaban otras mujeres arrianas, dispuestas á maltratarle y á echarle fuera de la iglesia con insultos y ultrajes. No se defendió el Santo sino con las armas de la mansedumbre, paciencia y humildad, y volviéndose á la mujer alevosa, le dijo: «Aunque yo sea indigno del

sacerdocio, no es conveniente á tí ni á tu profesion poner las manos en ningun sacerdote; y debes temer el juicio de Dios, para que por este atentado no te sobrevenga algun mal.» Se cumplió en breve el presagio. Al siguiente día el mismo Santo acompañó su cadáver hasta el sepulcro, pagándole la injuria con esta honra y con haberle conseguido la conversion á la fé, porque no se concibe que un San Ambrosio hubiese hecho semejante obsequio á una mujer muerta en la heregía. Esta manifestacion de la divina Justicia puso en consternacion el bando de los hereges, y fue causa de que en paz fuese elegido y consagrado Anemio, á quien San Ambrosio tuvo por digno del episcopado. El enemigo infernal impugnó su promocion, y el cielo la favoreció con señales visibles.

Á principios del año 381 dió el Emperador Teodosio á la Iglesia católica un illustre testimonio de su celo y de la resolucion magnánima, que tenia de protegerla. Publicó una ley, que ordenaba que en su imperio solo á la fé de Nicea se dejase libre el curso y el predominio; que no se consintiesen en las ciudades los conventículos de los hereges, y que á estos no se les permitiera encubrirse con mentiroso velo de religion cristiana, sino que lleváran el denigrativo nombre de la sec-

ta á que pertenecian; que las iglesias todas se pusieran en poder de los Obispos y sacerdotes católicos; y que la pública autoridad amparára á estos y menospreciára á todos los cismáticos y hereges.

CAPÍTULO XLIX.

SUMARIO.

Primera parte de la biografía de San Gerónimo.
Prosigue la de San Juan Crisóstomo.

Por este tiempo empezó á darse á conocer en la Iglesia uno de los varones insignes, que mas la habian de ilustrar con sus obras y su vida penitente y santa. Hablo del gran Doctor San Gerónimo, que firmemente adicto á la Cátedra de Pedro no queria oir mas que su voz en medio de las disputas religiosas, en que ardia el Oriente, en donde él habitaba. Habia nacido en Stridon, ciudad situada en los confines de la Panónia y la Dalmácia. Sus padres fueron cristianos, y le enviaron á estudiar á Roma. Pasó pues su juventud entre el glorioso polvo de los libros, leyendo los legados de la docta antigüedad, y deseando ampliar sus conocimientos, hizo variòs viajes y en especial por las Galias, contrayendo amistad con va-

rones esclarecidos en virtudes y letras. Habia recibido el bautismo en Roma y consagrádose á la piedad cristiana aun en la primavera de su vida, y no tardó en desenvolverse el germen de santidad asombrosa, que abrigaba su ardiente corazon.

Se retiró por fin al desierto de Cálcidos en Siria, por aquella parte que confinaba con los Sarracenos, en donde un vastísimo pais abrasado con los ardores del sol daba habitacion hórrida á crecido número de solitarios. Con palabras no se puede explicar el fervor de su espíritu en crucificar su carne y en domar la rebelion de las pasiones por medio de austeridades, ayunos, vigiliass, meditacion, y estudio de las divinas Escrituras. Tambien se dedicó al trabajo de manos, en particular copiando libros, y á aprender la lengua hebrea, estudio para él en aquella edad de gran fatiga, pero emprendido con menosprecio de todas las dificultades y del fastidio que en él experimentaba, continuándolo ansioso de poder consultar por sí mismo en sus propias fuentes los textos originales y oráculos de la divina Sabiduría. Escribió en este tiempo la vida de San Pablo, primer Ermitaño, y diversas cartas á sus amigos. No parece que en los primeros años de su retiro hubiese sufrido otra guerra y persecucion que la promovida

por el demonio, quien lanzaba contra él los dardos abrasados de las pasiones rebeldes, las cuales le fueron tan molestas, como él mismo lo significa con las siguientes palabras en una carta á la virgen Eustoquio. «¡Oh cuántas veces, decia, viviendo en el desierto, y en aquella soledad, que abrasada con los rayos del sol ofrecia á los monges una terrible habitacion, me parecia estar en medio de las delicias de Roma! Me hallaba solo, porque estaba lleno de amargura mi espíritu. No tenia cubierta la carne sino de un áspero saco, el cútis seco era semejante al de los habitantes de Etiopía; el dia lo pasaba en lágrimas y gemidos, y si tal vez no podia resistir al sueño, entregaba los huesos casi desnudos á la tierra desnuda, mas por tormento que por reposo. Nada digo de la comida y bebida; porque los monges, aunque se hallen débiles y enfermos, solo usan de agua fria. Yo pues, que por el temor del infierno me habia condenado á mí mismo á semejante prision, y solo me hallaba acompañado de escorpiones y fieras, figurábame frecuentemente que estaba en medio de las conversaciones amenas de las alegres doncellas. Tenia el rostro pálido con los ayunos; y no obstante, en un cuerpo frio ardian los deseos ilicitos, y en un hombre ya casi muerto á su carne her-

vian los incendios de la liviandad. Postrado á los piés de Jesucristo los bañaba con mis lágrimas y los enjugaba con mis cabellos; y con el hambre de muchas semanas sujetaba la rebelion de la carne. No me avergüenzo de confesar mis miserias; lloro al presente no ser lo que entonces yo era. Me acuerdo de haber muchas veces pasado dias y noches clamando á Dios, y no haber cesado de darme golpes de pecho hasta que Dios piadoso me volvía la suspirada calma. Casi temía mi pequeña celda como sabedora de mis pensamientos, é irritado contra mí mismo me retiraba á los desiertos mas remotos. Siempre que se me ponian delante, ó lo profundo de los valles, ó las concavidades de las peñas ó montes, tenía en ellos el lugar de mi oracion y habitacion de esta miserable carne. Despues de muchas lágrimas, teniendo por largo tiempo los ojos fijos en el cielo, me parecia, como me es testigo el mismo Dios, que me unia con los escuadrones de los ángeles, y alegre y gustoso cantaba: «Correré en pos de tí movido del buen olor de tus ungüentos.»

Á estos espirituales é internos combates de Gerónimo se siguieron las guerras, que le hicieron los monges de la Siria por causa de la controversia sobre el número de las hipóstasis para precisarle á que se declarase ó por el

partido de Paulino ó por el de Melecio. En las perplejidades y angustias, en que le pusieron, recurrió al Sumo Pontífice Dámaso para no errar, como á centro de la unidad, oráculo é infalible intérprete de la fé, representando el miserable estado de las Iglesias Orientales, y la dificultad de poder saber entre tantas facciones como reinaban en el Oriente, en dónde estuviese la fuente sellada, es á saber, la vena de la doctrina celestial y la verdadera Iglesia; y por esta causa la necesidad de consultar la Cátedra de San Pedro, y la fé que le encargó con la viva voz el Apóstol, y su derecho de buscar el alimento de su alma en donde habia recibido la vestidura de Cristo. «Aunque, añade, me acobarde tu grandeza; con todo me convida y da fuerzas tu benignidad; como víctima pido la salud del sacerdote; como oveja el socorro del buen Pastor. Retírese la envidia, no se me ponga por delante el fausto de la ambicion romana. Hablo con el Sucesor del Pescador y con el discípulo de la cruz. No siendo secuaz sino de Cristo, me hallo unido en comunion con tu Beatitud, es á saber, con la Cátedra de San Pedro. Sobre esta piedra sé que está edificada la Iglesia. Cualquiera que fuera de esta casa come el Cordero, es un profano; y cualquiera que esté fuera del arca perecerá reinando el diluvio..... No conozco á

Vital; no admito á Melecio; ni tengo que hacer con Paulino. Cualquiera que no recoge contigo, derrama; es á saber, el que no es de Cristo, por consecuencia es del Anticristo.» Y en otra carta decia al mismo Sumo Pontífice: «La Iglesia dividida en tres partidos quiere que me declare y me adhiera á alguno, y se levanta contra mí la autoridad de los antiguos monges de estos países. Entretanto me defiende diciendo que cualquiera que se halla unido á la Cátedra de San Pedro es mio. Melecio, Vital y Paulino se glorian de estar unidos contigo. Pudiera creerlo, si uno solo fuera el que se gloriase; pero es necesario, ó que dos á lo menos mientan, ó los tres. Por esta causa por la cruz del Señor suplico á tu Beatitud, por el necesario decoro de vuestra creencia, y por la pasion de Cristo, que así como has sucedido á los Apóstoles en el honor, así los sigas en el mérito. Así te vea en el solio juzgar el mundo con los doce: así otro te ciña ya viejo como á San Pedro; así consigas con Pablo el ser ciudadano del cielo; como de nuevo te conjuro y pido que me manifiestes con tus cartas con quien debo comunicar en la Siria. No quieras despreciar un alma, por quien dió Jesucristo su vida.»

Poco despues dejando el yermo, pasó San Gerónimo á Antioquia, donde Paulino le ordenó

de sacerdote, lo que dá á entender que San Dámaso le habria contestado que podia estar en comunion con este Obispo; pero deseoso de aprovechar en el estudio de las sagradas Escrituras, llevado de la fama de San Gregorio Nacienceno y con ánimo de tomarle por su maestro, se puso en camino para Constantinopla.

Aunque con diverso motivo que San Gerónimo, tambien el Crisóstomo habia dejado el desierto, en donde vivió por seis años en admirable austeridad y aspereza de vida, y los dos últimos separado del todo de los hombres, encerrado y como sepultado en una oscura cueva. Los ayunos, vigiliass, escasez del alimento de solo pan y agua, y tal vez como por delicias las yerbas y legumbres, y las incomodidades de su última habitacion subterránea le quitaron la salud del cuerpo; y se vió precisado á volver á la ciudad, manteniéndose por algun tiempo encerrado en su casa. Despues que convalació de su enfermedad, San Melecio que le habia bautizado y ordenado lector, le promovió al diaconado. Y no siendo costumbre que los diáconos predicasen en la Iglesia de Antioquía, se dedicó el Santo á la composicion de varias obras de un mérito incomparable, en las cuales resplandecen y compiten el fervor de su espíritu y lo fuerte y

nervioso de su magnífica elocuencia. Tales son los tres libros que escribió al monge Stagirio, el de la virginidad, los del sacerdocio y el del consuelo dirigido á la viuda de Terasio.

CAPÍTULO L.

SUMARIO.

Breve reseña de las obras de varios escritores cristianos del siglo IV.

Es muy sabido que fue este siglo cuarto digno de llamarse el gran foco de la sabiduría cristiana por los muchos y esclarecidos Santos, que lo ilustraron con los celestiales resplandores de una ciencia, que mas parecia venida de los cielos que adquirida sobre la tierra con el estudio y la meditacion. Son efectivamente sus grandes Doctores las lumberras de todas las edades posteriores, y bien pudiera asegurarse que sus obras llenarian una biblioteca, si á todas hubiese respetado el tiempo, que todo lo destruye, pero las que se conservan bastan para formar su gloria. Aun de los autores mas célebres y conocidos se han perdido muchedumbre de obras, y tantas que al recorrer las noticias, que de ellas nos dá el eruditísimo Ceiller, veo que de algunos

Santos Padres son las que perecieron acaso no inferiores en número á las que han sobrevivido por un especial cuidado de la divina Providencia. Ardua tarea y hasta impropia de las condiciones de esta mi breve historia seria hablar de las obras que ya no existen; y así habré de limitarme á una rápida reseña de las que todavía poseemos, tomando por guia al citado Ceiller, que empleó su vida en tan laudables investigaciones.

De San Eustaquio, Obispo de Antioquia, solo se conserva entero el libro que escribió contra Orígenes sobre la Pitonisa consultada por Saul, y se halla impreso en el tomo 27 de la Biblioteca de los Padres.

De San Pacomio existen dos reglas escritas para sus monges, las cuales pueden verse en Bolando en 14 de Mayo, así como en Holstenio algunas cartas dirigidas á varios superiores de sus monasterios.

Se dá por cosa cierta que existen veinte libros de Santiago de Nisibe, los cuales en tiempos del sábio benedictino Ceiller aun no estaban impresos, y cuyos títulos se leen estampados en la Historia general de los autores sagrados y eclesiásticos.

Las obras que de San Hilario se conservan son sus Comentarios sobre los salmos y el Evangelio de San Mateo, los doce libros sobre

la Trinidad, el de los Sínodos ó de la fé de los orientales, y la Apología de dicho libro; otra Apología presentada al Emperador Constancio en defensa de la religion contra los arrianos, otro escrito dirigido al mismo Emperador, pidiéndole una conferencia ó disputa pública contra los Acacianos para justificar su fé y su conducta calumniada por ellos, otro á los Obispos de las Galias, defendiendo la fé contra el proceder del Emperador Constancio. Poseemos igualmente el libro que San Hilario escribió contra Auxencio, descubriendo la mala doctrina de este Obispo, y el libro de los fragmentos sacado de la historia escrita por el mismo Santo de los Concilios de Rímimi y de Seleucia.

Del insigne San Atanasio nos quedan: el Discurso contra los paganos: otro de la Encarnacion: un tratado sobre estas palabras: *Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre*: otro que se intitula *Exposicion de la fé*: su carta á los Obispos católicos cuando Gregorio se apoderó de la Iglesia de Alejandría: su Apología contra los arrianos: un tratado sobre los decretos del Concilio de Nicea: una Apología en defensa de San Dionisio de Alejandría: una carta á Draconio, Abad sobre que admita el obispado á que se le ha promovido: otra á los Obispos del Egipto y de la

Libia contra los arrianos: la Apología de su conducta dirigida al Emperador Constancio: otra sobre su retiro ó huida: una carta á Serapion sobre la muerte de Arrio: otra á los solitarios, dándoles noticia de lo que contra él han hecho los arrianos: cuatro discursos contra los arrianos: cuatro cartas á Serapion sobre la Divinidad del Espíritu Santo: un Tratado de los Sínodos: una carta á la Iglesia de Antioquía de resultas del Concilio de Alejandría en 362: otra al Emperador Joviano, exponiéndole la fé y sus obligaciones: la vida de San Antonio Abad: dos cartas á Orsise, Abad de Tabena: noticias de la muerte de Arrio: el Tratado de la Encarnacion del Verbo contra los arrianos: una carta á los Obispos de África: otra á Epícteto, Obispo de Corinto: otra á Adelfo, Obispo de Onufis: otra á Máximo contra los arrianos: dos libros contra Apolinar: otro de la Trinidad y del Espíritu Santo. Una carta á los presbíteros Juan y Antíoco: otra á Palladio: otra á Amon: otra sobre la fiesta de la Pascua: otra á Rufiniano: dos á Lucífero de Cagliari: otra á los solitarios: otra á los fieles de Alejandría: otra á Marcelino. Los comentarios sobre Job, sobre el Ecclesiastes y el Cántico de los Cánticos; sobre el Evangelio de San Mateo. De sus comentarios sobre los salmos se dice que no están enteros y que con-

tienen algunas adiciones de otra mano. Además, se conservan varios fragmentos de otros diversos escritos de San Atanasio.

Lucifero de Cagliari escribió seis libros contra el Emperador Constancio: los dos primeros son en su propia defensa: el tercero sobre que es necesario morir por el Hijo de Dios: el cuarto de los reyes apóstatas: el quinto sobre que no se debe comunicar con los hereges; y el sexto sobre que no se ha de perdonar á los que pecan contra Dios. Hállanse estas obras en el tomo 4.º de la Biblioteca de los Padres.

De San Eusebio de Vercelis no han llegado á nuestros dias mas que una carta á las Iglesias de Vercelis, Novara, Reggio y Tortona, dándoles parte de lo que los arrianos le hacian padecer en Scytopolis, que incluyó Baronio en sus Anales, y otra epistola á Gregorio, Obispo de Elvira, escrita en la Tebaida, aprobando la conducta que observaba respecto de Osio, y se halla entre las obras de San Hilario, y la respuesta que dió al Emperador Constancio sobre el Concilio de Milan.

Julio Materno, Senador romano, dirigió á los Emperadores Constancio y Constante una obra célebre contra el paganismo, intitulada: *Del error y falsedad de las religiones profanas para incitarlos á arruinar los restos de la ido-*

latria, la cual se ha impreso muchas veces y se halla en la edicion de las obras de San Cipriano hecha en París en 1666.

Entre las obras de San Efreñ de la impresion de Colonia del año de 1675 encuéntrase un discurso de San Amon, uno de los mas illustres Padres de la vida eremítica, en el cual exhorta á sus discípulos á despreciar las cosas de este mundo, á imitar á Jesucristo y á amar la virtud y adelantarse en ella.

De las obras cristianas de Victorino, afamado retórico, solo nos quedan sus cuatro libros de la Trinidad, el Tratado contra los maniqueos, el que escribió en defensa de la consubstancialidad del divino Verbo, y tres himnos, todo lo cual puede leerse en la Biblioteca de los Padres impresa en Lyon.

Lo único que se conserva de las obras de San Melecio es el discurso que pronunció al tomar posesion de su obispado de Antioquia, en el cual expone el texto de los proverbios *el Señor me crió al principio de sus caminos*, y se halla con las obras de San Epifanio.

Tenemos de San Serapion, Obispo de Thmuis en Egipto, un libro contra los maniqueos, al cual llama San Gerónimo obra excelente.

De Tito, Obispo de Bostres, quedan tres libros contra los maniqueos, los cuales se hallan en las Bibliotecas de los Padres de 1677 y 1725.

Siendo todavía presbítero escribió San Basilio el Magno nueve homilias sobre la obra de los seis dias, y las trece sobre los salmos 1.º, 7.º, 14, 28, 29, 32, 33, 44, 45, 48, 59, 61, 114; y los cinco libros contra Eunomio. De este santísimo Doctor es el Comentario sobre Isaías, aunque en algun tiempo se dudó que fuese suyo. Compuso además dos homilias sobre el ayuno, una sobre las palabras del Deuteronomio: *Velad sobre vosotros mismos*: otra sobre la accion de gracias: otra sobre Santa Julita mártir: otra contra la avaricia: otra contra los ricos: otra sobre el hambre y la sequía del año 368: otra sobre que Dios no es autor del mal: otra contra los iracundos, otra contra la envidia, otra sobre los seis primeros versículos de los Proverbios: otra sobre el bautismo: otra contra la embriaguez: otra sobre la fé: otra sobre las palabras: *In principio erat Verbum*: otra sobre San Górdio mártir: otra sobre los cuarenta mártires: otra sobre la humildad. Tambien compuso San Basilio una instruccion para los jóvenes: otra homilia sobre el mártir San Mamante: otra contra los sabelianos, los arrianos y los anomeos. Son igualmente suyos los ascéticos, esto es, un Tratado del Juicio de Dios, otro de la fé; los morales; otros dos discursos sin título; las reglas grandes que son 55 y las pequeñas que son

313; algunos reglamentos para el castigo de los religiosos y de las religiosas: el libro intitulado del *Espiritu Santo* y mas de trescientas cartas á varios sugetos de todas clases, estados y condiciones.

De San Cirilo, Obispo de Jerusalem, tenemos las Catéquisis ó instrucciones catequísticas. La primera se intitula: *Preparacion al bautismo*: La segunda: De la penitencia: la tercera es sobre estas palabras: *los que hemos sido bautizados en Jesucristo, lo hemos sido en su muerte*: la cuarta es una explicacion del Simbolo: la quinta es sobre estas palabras: *La fé es la sustancia de las cosas que se deben esperar*: la sexta sobre estas palabras: *Vuélvanse á mí las islas, para ser renovadas, el Señor salvará á Israel con una salud eterna*: la séptima sobre estas: *Yo me arrodillo delante del Padre*: la octava sobre la Omnipotencia de Dios: la novena sobre que Dios es el criador de todas las cosas: la décima sobre este artículo: *Creo en nuestro Señor Jesucristo*: la undécima sobre que el Único Hijo de Dios nacido del Padre, verdadero Dios antes de todos los siglos, es por quien han sido hechas todas las cosas: la duodécima sobre estas palabras: *Él ha sido encarnado*: la décima-tercia sobre la crucifixion y sepultura de Cristo: la décima-cuarta sobre que Cristo ha

resucitado al tercer dia, subió á los cielos y está sentado á la diestra de su Padre: la décima-quinta sobre la segunda venida de Cristo, sobre el juicio final y sobre el reino eterno: la décima-sexta, décima-séptima y décima-oc-tava sobre este artículo: *Creo en el Espíritu Santo consolador que ha hablado por los Profetas*, y sobre estos artículos: Creo en una Santa Iglesia Católica, la resurreccion de la carne y la vida perdurable. Las cinco Catéquesis restantes son llamadas mistagógicas, porque contienen la explicacion de los mas altos misterios. La primera trata de las ceremonias que preceden al bautismo: la segunda de la uncion del aceite santificado por los exorcismos y del bautismo: la tercera de la confirmacion: la cuarta de la Eucaristía: la quinta de la liturgia y de la comunión. Tambien es recibida como de San Cirilo la homilia sobre la curacion del paralítico por Jesucristo, y todos los católicos reciben como suya la carta de San Cirilo al Emperador Constancio sobre la aparicion de la cruz vista en Jerusalem el año 351.

Tambien se conservan y se reciben como de San Cirilo dos fragmentos de un discurso sobre la conversion del agua en vino en las bodas de Caná, y otro del discurso que hizo sobre estas palabras de Cristo: *Yo me voy á mi Padre.*

Á su debido tiempo y en el lugar correspondiente se hará la honorífica mención que tienen sobremanera merecida otros varios Santos y escritores eminentes, que florecieron en la segunda mitad del siglo cuarto.

CAPÍTULO LI.

SUMARIO.

Primer Concilio Constantinopolitano. Muerte de San Melecio. Deja San Gregorio Nacianceno el obispado de Constantinopla y se elige á Nectario para sucederle. Nueva ley de Teodosio en favor de los católicos. Concilio de Aquileya. Otros Concilios. Graciano manda quitar el altar de la Victoria, y en vano representan en contra los senadores idólatras. Teodosio declara Augusto á su hijo Arcadio y le da por maestro á Arsenio. Reúnen-se en el palacio de Constantinopla los jefes de las sectas y Teodosio rasga sus fórmulas de fé: órdenes de este Emperador favorables al catolicismo.

El año 381 concurrieron á Constantinopla hasta 150 Obispos del Oriente llamados por el Emperador Teodosio, que deseaba dar un golpe de muerte á las pululantes heregias con una solemne decision y anatema, que en contra de ellas fulminasen estos Prelados. En efecto, re-

unidos en Concilio condenaron las heregias antiguas y modernas, y tuvieron la gloria de poner un sello de eterna reprobacion á los nuevos errores de los hereges macedonianos y apolinaristas, amplificando á este fin el símbolo compuesto por el Concilio de Nicea. Tal fue el glorioso timbre del primero de Constantinopla, que no pudiendo aspirar al título de ecuménico por no haber sido convocado por la Cabeza de la Iglesia, ni haberlo presidido el Romano Pontífice, ni haberse hallado en él los Obispos Occidentales, sin embargo ha llegado á tener la honra de que se le cuente entre los Concilios generales, porque sus decisiones dogmáticas fueron desde luego aprobadas y sancionadas por el Vicario de Jesucristo y despues elevadas á un supremo rango de autoridad por el alto aprecio, que de ellas hizo el Ecuménico Concilio de Calcedonia. No sucedió lo mismo con sus disposiciones canónicas, pues la Santa Sede rechazó constantemente su tercer cánón, que colocaba á la silla de Constantinopla entre las primarias, inmediatamente despues de la de Roma, con menoscabo de los derechos de las de Alejandría y Antioquía, hasta que habiendo variado las circunstancias del Oriente, tuvo á bien admitirlo el Papa Inocencio tercero el año 1215 en el cuarto Concilio Lateranense.

En este primero de Constantinopla resplandecian por sus luces y virtudes célebres y acrisoladas San Melecio de Antioquía, San Gregorio de Nisa, San Pedro de Sebaste, San Pelagio de Laodicea, San Anfiloquio de Iconio, San Eulogio de Edesa, San Cirilo de Jerusalem y San Gregorio Nacienceno. Tuviéronse las primeras sesiones bajo la presidencia de San Melecio; pero bien pronto vino la muerte á arrebatár al Concilio su carísimo Presidente, que en pocos dias se habia ganado todas las voluntades y hecho admirar el conjunto de sus virtudes tan dulces como sublimes. Constantinopla le lloró amargamente, le lloró el Emperador, y le lloró el numeroso Concilio. Sus funerales fueron magníficos de una manera extraordinaria, y procesionalmente de un modo desusado se condujo su cadáver hasta Antioquía, en donde se le dió honrosísima sepultura en el mismo templo, en que reposaban las cenizas del mártir San Babilas. La elocuencia desplegó sus alas para encomiarle: celebráronle á porfía los mas ilustres oradores y varios esclarecidos Santos del Concilio Constantinopolitano. Bajo su presidencia habia este examinado la atentatoria y sacrílega consagracion del cinico Máximo y declarádola nula y altamente vituperable; habia confirmado la eleccion de San Gregorio Nacienceno para

Obispo de aquella imperial córte, y no dudó conferirle la autoridad suprema de Presidente del Concilio, reconociendo los Padres en su persona venerable un perfecto dechado de episcopal fortaleza, de celo, de abnegacion y de sabiduría. Pero no todos ellos eran del temple de los Santos arriba mencionados; habíalos de menos ciencia y de menor virtud, y no pocos se dejaron llevar de una secreta envidia del mérito del Nacianceno, proporcionándole disgustos y sinsabores de tal naturaleza que se retiró del Concilio, y á pesar del grande amor que le profesaba el pueblo de Constantinopla, resolvió dejarle y huir á buscar la paz del alma en la soledad, por la que siempre suspiraba para hablar con su Dios mas desahogadamente. Este suceso produjo dolor acerbo en los Padres, que por su santidad miraban con interes mas vivo los negocios y la suerte de la Iglesia; mas no hubo fuerza humana que le pudiese detener: fueron vanas las súplicas y vanos los gemidos.

Ya no quedaba mas arbitrio que buscarle un sucesor no indigno de varon tan eminente; pero Teodosio, el pueblo y muchos Obispos se fijaron con grave yerro en un anciano, que no era mas que catecúmeno, y á quien solo recomendaban la nobleza de su familia y la amabilidad de su propio carácter

apacible y bondadoso. Se atropelló por todo; se violó el derecho comun; se faltó á lo que prescribe el Apóstol acerca de no elevar á los neófitos á los órdenes sagrados; y el viejo Nectario, que se hallaba investido de una dignidad profana, se vió de repente hecho Obispo de Constantinopla, recibiendo á toda prisa el bautismo, que en tanto tiempo no habia solicitado. No hay para qué decir que si los Santos Obispos, que habia en el Concilio, no opusieron abierta resistencia, fue porque la creyeron inútil, y en silencio lloraron el torcido curso de un suceso tan deplorable. Y razon tenian para sentirlo, pues destituido Nectario de las altas prendas propias de un Obispo, permitió que se abusára de su condescendencia y afabilidad, y llegaron las cosas á tal extremo que oyendo San Gregorio Nacianceno en su retiro que levantaba la cabeza la hidra de la heregía, se creyó en el caso de escribir á Nectario exhortándole á contener los desmanes y la audacia de los hereges petulantes y bulliciosos. El nuevo Obispo de Constantinopla fue puesto á la cabeza del Concilio para presidirlo, y así se vió lo que con tanta frecuencia sucede en este mundo que es postergarse el mérito, la virtud y la ciencia, y levantarse en alto la ignorancia, ó la mezquina mediania, avasallando á los expertos, á los sábios

y á los virtuosos. Habíalos sin duda alguna en el Concilio, y ahora en el cielo ya se hallan en el superior grado que les correspondia. Treinta y seis obispos semiarrianos eran la fea lepra de aquella sagrada asamblea, y los católicos llenos de prudencia, dulzura y comedimiento les invitaron á mostrarse consecuentes consigo mismos, adhiriéndose al símbolo de Nicea de un modo explícito y permanente, pues ya varias veces se habian comprometido á unirse con los ortodoxos; pero los obstinados semiarrianos, lejos de doblegarse á las exhortaciones y propuestas de los buenos Obispos, prefirieron retirarse del Concilio, ausentándose de Constantinopla y hostilizando con sus hechos la causa de la verdad y de la fé, que en el Concilio triunfaba.

Teodosio á petición del Concilio Constantinopolitano publicó una nueva ley, en que volvía á mandar que todas las Iglesias se entregasen á los Obispos católicos, ó sea á los que dignamente sentian de la augustísima Trinidad.

Casi al mismo tiempo que en el Oriente alcanzaba la religion estos triunfos, los Obispos del vicariato de Italia celebraban otro Concilio en la ciudad de Aquileya, realizándolo con su presencia, luces y virtudes los Santos Ambrosio de Milan, Valeriano de Aquileya, Eusebio

de Bolonia, Sabino de Plasencia, Filastro de Brescia, Basano de Lodi, Evencio de Ceneda ó de Pavía, Eliodoro de Altino y Justo de Leon. Quedaron en él confundidos y condenados dos obispos arrianos, y se pidió al Emperador Graciano que reprimiese las maquinaciones del antipapa Orsino contra el legítimo Pontífice San Dámaso.

Consérvase en la historia eclesiástica la noticia de que al de Aquileya se siguió otro Concilio de varios Obispos occidentales, así como la de que volvió á reunirse otro en Constantinopla, y finalmente otro en Roma presidido por el Pontífice San Dámaso; pero no quedan muy auténticos testimonios de sus hechos, ni ofrecen estos una notable importancia, si se exceptúa la categoría de Concilio ecuménico, que adquirió el primero Constantinopolitano por el sello de confirmacion, que en cuanto á la doctrina dogmática le puso en el suyo de Roma el Papa San Dámaso, á lo cual se unió el asentimiento de los Obispos de Occidente allí reunidos.

Consecuente Graciano con el celo, que desde un principio habia mostrado en favor de la fé, y atento á los consejos de su amigo San Ambrosio, dió una nueva y esclarecida prueba de su piedad, ordenando que desapareciese del senado de Roma el altar de la victoria, que

en tiempo de Juliano el apóstata había vuelto á colocarse en aquel sitio augusto. Representaron en contra de esta medida los senadores paganos, haciendo cabeza de ellos el famoso Símaco; pero los senadores cristianos no se descuidaron en acudir al Emperador, delatando la mala fé, con que se les había comprendido á todos en aquella representacion, pues ellos lejos de participar de las ideas y sentimientos de los idólatras, aplaudian de todo corazón la justísima providencia dictada contra el altar de la victoria y la confiscacion de los bienes, que pertenecieron á aquel ídolo nefando.

Teodosio no se mostraba menos celoso del bien de la religion que de los intereses y engrandecimiento de su propia familia, pues á su hijo Arcadio, niño de seis á siete años, hizo cólega suyo en el imperio, revistiéndole de la dignidad de Augusto. Dióle por maestro á Arsenio, diácono de la Iglesia Romana y hombre de raro mérito y de ilustre familia, confiriéndole toda su autoridad sobre el príncipe; pero este se mostraba indócil y reacio para aprender; por lo cual disgustado Arsenio, á los pocos meses huyó de la corte á las soledades del Egipto, y abrazó la vida eremítica, en la que llegó á ser un modelo admirable de fervor y penitencia.

Entretanto con la ausencia del Nacienceno



habian los hereges de Constantinopla vuelto á envalentonarse, y por calles y plazas se proferian blasfemias contra el Hijo de Dios; y deseando Teodosio atajar de algun modo tan pernicioso torrente de impiedades, se le ocurrió mandar á los acaudilladores de sectas que fuesen á Constantinopla á conferenciar en su presencia con los obispos católicos. De todas partes acudieron los obispos inficionados con el veneno de la heregia y llevaron consigo multitud de dialécticos y sofistas, proponiéndose esgrimir las armas de su falsa elocuencia en disputa acalorada. Del bando católico no se sabe que se hallasen presentes mas Obispos que Nectario, San Anfiloquio y San Gregorio de Nisa. Advertido el Emperador de que las disputas en materia de religion, lejos de conciliar los ánimos, son muy propias para encenderlos en fuego de mayor ira, siguió el consejo de Nectario, reducido á que preguntase á los jefes de las facciones contrarias si admitian la autoridad de los Doctores Santos, que ilustraron la Iglesia con su doctrina y escritos antes de la aparicion de sus sectas. Ó confesaban los hereges que les merecia respeto su autoridad, y en tal caso se les hacia ver que los Padres enseñaron unánimes la eterna generacion del Hijo de Dios de la sustancia del Padre, ó rehusaban admitir el testimonio de los doctores

antiguos, y con esta negativa se obligaban á anatematizar igualmente á los Santos Padres, lo que bastaba para que la multitud escandalizada desechase sus doctrinas temerarias. Preguntó, pues, el Emperador á los sectarios si estimaban en algo la enseñanza de los doctores y antiguos Padres del cristianismo; y aquellos, no atreviéndose á decir que los menospreciaban, aseguraron que los veneraban como á maestros. Preguntóles de nuevo el Emperador si se hallaban dispuestos á someterse á la autoridad de unos testigos tan irrecusables de la doctrina cristiana y de las creencias antiguas. Esta segunda pregunta causó gran confusión á los obispos hereges y á sus dialécticos. No tenían todos la misma opinion de los Santos Padres. Algunos no rehusaban admitirlos como jueces de su doctrina, pero otros mas advertidos conocieron que esto no convenia á sus intereses, y temieron adelantarse á dar semejante paso. Por tanto, hubo una gran disputa no solo entre jefes de las diversas facciones, sino aun entre los que pertenecian á una misma secta. Advirtiéndolo el Emperador que su ánimo era disputar y altercar, sin intencion de poner fin á las controversias, y abrazar la verdad, ordenó que cada una de las sectas le presentase una fórmula de su fé. Recibida esta órden, los mas hábiles y elo-

cuentas que habia en cada faccion, pesando todas las palabras para escoger aquellas que pareciesen mas proporcionadas á dar una justa idea de sus sentimientos, se aplicaron con grande estudio á componerla. Concluido su trabajo, por órden del Emperador se juntaron de nuevo en palacio: Nectario presentó la de los católicos, Demófilo la de los arrianos, Eleusio la de los semiarrianos, y Eunomio la de los anomeos. Teodosio las recibió; leyó con atencion, y declaró que no admitia sino aquella que en las tres Divinas Personas reconocia una sola sustancia; y rasgó todas las que dividian la Trinidad. Grande fue la confusion de los caudillos de la heregía; acusábanse unos á otros, y cada dia veian sus personas y doctrina en mayor descrédito y menosprecio. Pero aun seguian celebrando sus profanas asambleas en los campos, hasta que mediante el celo de San Anfiloquio les fue prohibido por una nueva ley de Teodosio. Siguiéronse á esta otras varias disposiciones legislativas encaminadas al aniquilamiento de las sectas heréticas. Añade Sozomeno que los jefes de secta, y en particular Eunomio, fueron transportados á parages distantes y desiertos; que á algunos se les notó de infamia, y se les privó de los derechos de ciudadanía; que con penas severas desterró las disputas de religion, que se tenian

en calles y plazas; pero advierte que semejantes leyes no se llevaban á debido efecto con rigor, pues segun la intencion de Teodosio se habian hecho para contener y atemorizar á los hereges mas bien que para reducirlos con la fuerza y castigo á profesar la religion católica, aunque colmaba de alabanzas á cuantos se convertian á la fé voluntariamente.

CAPÍTULO LII.

SUMARIO.

Muerte y mérito de San Ascólio: le sucede San Anicio en el obispado de Tesalónica. Muerte de Graciano y entronizamiento del tirano Máximo. San Ambrosio como embajador de la Emperatriz Justina en la corte de Máximo: conducta de San Martin en ella. Causa y castigo de Prisciliano y varios de sus secuaces. San Ambrosio se opone á la exposicion que en favor de la idolatría presenta Símaco á Valentiniano. Extraordinaria piedad de algunas señoras romanas. Menciónanse otros varones ilustres, que además de San Gerónimo brillaban en aquel tiempo por su santidad en la capital del mundo.

Pérdida muy lamentable hubiera sufrido la Iglesia de Tesalónica el año 383 con la muerte de su santo Obispo Ascólio, si no se hubiese

reparado pronto eligiendo á San Anicio su discípulo y heredero de su espíritu. Toda su vida fue el primero, como le llama San Ambrosio, el muro de la fé, de la santidad y de la gracia. Á sus méritos y oraciones, mas que á las armas y valor de Teodosio, debió la Macedonia el que cuantas veces vinieron á invadirla con ánimo de asolarla los Godos y otros bárbaros, se retirasen sobrecogidos de un terror extraordinario sin que nadie los persiguiese, ó se vieran atacados de peste, ó en absoluta precision de pedir la paz. No solo le sucedió San Anicio en el obispado de Tesalónica, sino tambien por disposicion de San Dámaso en la dignidad de Vicario de la Silla Apostólica en todo el Ilirico Oriental.

Harto mas dolorosa é irreparable fue la pérdida, que experimentó el imperio en la persona de Graciano vencido y muerto por Máximo, que era uno de sus generales, y ambicionando la púrpura, sedujo al ejército sometido á sus órdenes, se hizo aclamar Augusto, y acabó con el imperio y la vida de su Príncipe, á quien consideró San Ambrosio no solo como víctima de la ambicion, sino tambien como mártir de Jesucristo. Dios, que le habia escogido por modelo de monarcas cristianos, permitió que un rebelde prevaleciese en su alevosa sublevacion cuando mas se señalaba su santo celo

contra la idolatría, para que su muerte funesta á los ojos de los hombres se juzgase preciosa en el divino acatamiento y cual temprana recompensa de su acendrada religiosidad. Tenia veinte y cinco años cuando su bella alma dejó el imperio de la tierra por el de la vida perdurable, que esperamos le haya dado el que reina en los siglos y decide de la suerte de los que fueron árbitros del mundo.

Consternada la Emperatriz Justina con los sucesos que cubrian de luto al mundo romano, y temerosa de que Máximo no tardara en invadir la Italia, aunque en su cualidad de arriana aborrecia á San Ambrosio, humilde y rendidamente se volvió á suplicarle que hiciese lo posible por atajar aquel torrente de impetuosa desolacion que les amenazaba, puso en sus manos al Emperador Valentiniano II, niño de doce á trece años, y le rogó que con su autoridad le salvase el imperio y la vida. Creyendo el santo Arzobispo que es muy propio de un Prelado tomar á su cargo la defensa de los huérfanos, aunque el invierno iba á comenzar á cubrir de nieve los montes y los caminos, no rehusó la difícil embajada que se le confiaba, y emprendió el viaje á las Galias, donde se hallaba Máximo. Al principio no consiguió del tirano un favorable despacho de su pretension reducida á pedirle la paz, porque

esperaba el éxito de la embajada, que él mismo había enviado á Valentiniano. Entretanto Ambrosio en la corte de un hombre manchado con la sangre fresca de su soberano, se mantuvo impertérrito sin perder un adarme de su entereza y libertad sacerdotal. Declaró á Máximo que en las cosas santas no podia comunicar con él, y le exhortó á penitencia porque había derramado la inocente sangre de su Señor. Al fin se ajustó la paz entre ambos Emperadores, quedándose Máximo con las Galias, la Gran Bretaña y España, y conservando Valentiniano la Italia, el África y el Ilirico Occidental. Y al valor y mérito de San Ambrosio, como despues lo confesó Máximo, se debió el que este no pasára los Alpes y ensangrentára su triunfante espada en el cuello de la bella Italia.

Entre los Obispos, que fueron á la corte de Máximo para pedir alguna gracia en favor de los desdichados, se vió tambien al ilustre San Martin; mas su conducta fue muy diversa de la de sus compañeros. Estos para lograr favorable audiencia del tirano se expresaban de un modo impropio de su dignidad episcopal, mientras en Martin constantemente se hizo respetar la autoridad apostólica. Sin embargo, pedia con humildad y alcanzaba sin jactancia las gracias que solicitaba. Convidábale Máximo

á su mesa, y se excusaba el Santo diciendo que no podia participar de la mesa de quien habia quitado la vida á un Emperador y á otro una considerable extension de dominio. Por último, ablandado con las disculpas y súplicas de Máximo consintió en sentarse un dia á su mesa, y entre los personajes mas distinguidos de la corte fue colocado un presbítero, que le acompañaba. En medio del banquete el ministro ofreció la bebida á Máximo, quien ordenó que la taza se presentase primero al santo Obispo, á fin de recibirla de su mano despues que la hubiese gustado; pero el Santo no la volvió al Emperador, sino que la pasó á su presbítero.

Máximo y los demás personajes de su corte, lejos de darse por agraviados, celebraron el hecho, y en palacio se dijo que San Martin se habia portado en la mesa del rey cual no se hubieran atrevido á obrar otros Obispos en convites de oficiales muy inferiores. San Martin predijo á Máximo que pasando, como siempre pensaba, á Italia á llevar la guerra á Valentiniano, en el primer choque saldria victorioso su ejército, pero que despues, como se verificó puntualmente, perderia la vida con el imperio.

Créese que quiso Dios castigar en esta vida con transitorias calamidades la falta de celo,

que Graciano manifestó en la causa de los priscilianistas, y que elevó á Máximo para que estos hereges sufriesen el castigo que merecian. Cuando Macedonio, favorecedor de la heregía, perseguía á Itacio, y este se salvaba en Tréveris, llegó la nueva de la rebelion de Máximo en la Bretaña. Itacio esperó á que viera triunfante el nuevo Emperador, y luego que llegó á la ciudad mencionada le presentó un memorial, en el cual con vivísimos colores pintaba las maldades de Prisciliano y sus secuaces. El Emperador dió orden al prefecto de las Galias y al Vicario de España para que llevasen á los sectarios al Sínodo de Burdeos. El Sínodo privó del obispado á Instancio. No queriendo Prisciliano sujetarse á la sentencia de los Obispos, apeló al Emperador; y se le admitió la apelacion, dice el historiador Sulpicio, por la inconstancia y debilidad de los nuestros, los cuales debian haberle condenado en contumacia, ó si se pretextaba que los tenia por sospechosos, haber remitido el conocimiento de aquella causa á otros Obispos, sin permitir que la llevase al tribunal de un príncipe secular. Prisciliano y los suyos fueron conducidos á la corte, y les siguieron sus acusadores los Obispos Idacio é Itacio, que procedian impulsados por indiscreto celo, lo cual hizo decir á Sulpicio que igualmente le des-

agradaban los reos y sus acusadores. San Martín reprendía á Itacio, persuadiéndole á desistir de aquella acusacion, y no pudiendo contener el ímpetu de su furor, suplicaba á Máximo que no vertiese la sangre de aquellos miserables, bastando que condenados cual hereges fuesen por sentencia de los Obispos privados de sus Iglesias, y que era nuevo é inaudito atentado que un juez secular se entrometiese á juzgar una causa eclesiástica; pero habiéndose ausentado San Martín, dieron nuevo impulso á la causa Magno y Rufo, ambos Obispos españoles. Encomendada aquella al prefecto Evodio, Prisciliano confesó que habia celebrado nocturnos congresos de mujeres deshonestas, y que en su presencia habia acostumbrado orar desnudo. Tambien fue convencido de haberse dado á la mágia, á hechicerías y encantos. Los reos fueron puestos en la tortura, hallándose presente Itacio. Mas luego dejó este el papel de acusador, que tomó á su cargo el abogado Patricio, por cuya instancia fueron condenados á muerte Prisciliano y varios de sus secuaces.

Á Símaco, que era el mas distinguido de los paganos, le pareció la menor edad de Valentiniano una excelente ocasion para abogar de nuevo en favor de la idolatría, quejándose de los agravios que se le habian inferido.

Presentada su exposicion en el consejo de Valentiniano, unos por miras de política, y otros como paganos interesados en pro de la impiedad, aconsejaron casi todos al jóven Emperador que diese al memorial de Símaco un despacho favorable. Pero San Ambrosio contrarestó el influjo de los propensos al paganismo, presentando al Príncipe una multitud de razones poderosas, que le debian obligar á desechar la demanda de Símaco. Le advirtió además que no se dejase sorprender con el nombre del Senado, porque así como poco antes en el imperio de Graciano un corto número de senadores idólatras se llamaron á sí mismos el Senado, habia sobrada razon para presumir que otro tanto se hiciese ahora. Le instó por último á que le diera la relacion de Símaco á fin de responder á ella y defender la causa de la religion, que como á Obispo le tocaba, exponiéndole que si se tratase de una causa civil, no se negaria á la parte contraria la facultad de responder, defender y alegar sus razones. Y añade: «Ciertamente, si se decreta alguna cosa en contrario, nosotros los Obispos no lo podemos sufrir, ni deberemos disimular.»

Mas no se crea que era pujante el partido del paganismo en Roma, aunque hiciesen mucho ruido algunos pocos ricos idólatras, que

todavía se hallaban en puestos encumbrados. Es admirable la escogida porcion de matronas romanas del mas elevado rango, que para subir al monte de la santidad tomaron por guía á San Gerónimo, el cual desde el Oriente habia pasado á Roma con motivo del último Concilio, que en esta capital tuvo el Papa San Dámaso. Gerónimo hacia en ella la misma vida penitente, que llevó en la soledad. Entre aquellas nobilísimas señoras, que seguian sus consejos y ponian en práctica sus lecciones de evangélica perfeccion, se distinguian Santa Paula y sus hijas Eustoquio, Blesila y Paulina, la célebre Santa Marcela y la virgen Santa Principia, la viuda Santa Lea y la santa virgen Asela, Marcelina y Felicitas y Santa Faviola, que hizo una penitencia pública, Proba Faltonia, Juliana y Demetriades. Todas estas señoras eran la fior de la nobleza romana, y se gloriaban sus familias de los mas altos empleos de la república y del imperio. Al esplendor de las grandezas terrenales antepusieron estas gloriosas heroinas la humildad de la cruz, á las riquezas heredadas de sus mayores la pobreza del Evangelio, á las pompas del siglo la modestia de sus vestidos, á los suntuosos convites la austeridad de los ayunos, al suave y prolongado sueño las vigiliass de la noche, á los blandos lechos los viles gergones

duros, ó la desnuda tierra, á la muchedumbre de los criados y dependientes la asistencia á los pobres y á los enfermos, á la festiva bulla de las conversaciones amenas el silencio y el retiro, á los espectáculos y teatros la continua meditacion de la divina palabra y el incansable estudio de las sagradas Escrituras.

Ni admiraban menos por su virtud en esta época en la capital del universo cristiano un Donion, á quien San Gerónimo llama hombre santísimo, un San Pamaquio, que despues de haber sido senador ilustre, se hizo entre los monges romanos el mas sabio, el grande entre los grandes, el primero entre los primeros, su maestro y océano de piedad y doctrina, un San Marcelino tribuno y notario, que despues fue víctima del furor de los donatistas y consiguió la corona de mártir.

CAPÍTULO LIII.

SUMARIO.

Exterminio del paganismo decretado por Teodosio y llevado á cabo por Cinegio. Educacion y primeros extravíos de Agustin. Se hace maniqueo. Va á Roma y se afilia en la secta de los académicos. Pasa á Milan y los discursos de San Ambrosio producen saludables impresiones en su alma. Defiende San Gerónimo la perpétua virginidad de la Madre de Dios.

Atento el Emperador Teodosio no solo á reprimir la heregía sino tambien los vergonzosos desmanes de los paganos, prohibió primero en el Oriente las ofrendas de los sacrificios y mandó cerrar sus templos; despues ordenó destruirlos, echando por tierra sus altares y rompiendo ó quemando las efigies de los falsos dioses. Irritado con esto el sofista Libanio, que por su elocuencia habia logrado captarse las simpatías de los cortesanos y del mismo Teodosio, se atrevió á escribir en defensa de las supersticiones idolátricas; pero solo consiguió poner su causa de peor condicion, pues excitado el celo de los Emperadores cristianos por el compromiso, en que Libanio los ponía con su escrito imprudente, ordenaron la destruccion

de todos los templos de los ídolos, y á sus adoradores excluyeron de los empleos civiles y militares.

Cinegio fue el encargado de cumplir las terminantes órdenes de Teodosio, quien para revestirle de mayor autoridad le hizo prefecto del Pretorio de Oriente. Por espacio de dos años recorrió Cinegio todas las provincias del imperio en el Asia, luego pasó á Egipto, llevando el exterminio á toda supersticion gentílica. No perdonó en Alejandría el famoso templo de Serapis. Prohibia los sacrificios y todas las ceremonias del paganismo bajo las penas mas severas; hacia cerrar y tabicar las puertas de los templos de ídolos, y limpiando de la escoria del paganismo todo el Oriente y el Egipto todo, en cuanto le era posible, exhortaba á los pueblos á no adorar sino á un solo Dios, soberano criador y conservador del universo. Habiendo cumplido su comision satisfactoriamente, volvió á Constantinopla; y Teodosio para recompensar su celo, le tomó por compañero suyo en el consulado. Cinegio pasó á mejor vida aquel mismo año, que era el de 384, y por orden del Emperador fue llevado su cadáver, seguido de las lágrimas de toda la ciudad de Constantinopla, á la iglesia de los Santos Apóstoles, donde estaban los imperiales sepulcros, y despues trasladaron á España sus

cenizas: prueba suficiente, dice el Cardenal Orsi, para creer que fue español, y pudiéramos añadir segun la verdad de la historia que tambien es suficiente para que se atribuya á los españoles la gloria de haber entronizado la fé en el Oriente. Antes de su última hazaña contra la idolatría habia Cinegio servido al Emperador Teodosio en la empresa, que le fue encomendada de hacer una rigurosa pesquisa de todos los eclesiásticos y obispos eunomianos, arrianos, macedonianos y apolinaristas, y desterrarlos á los sitios menos poblados del imperio para que la ciudad de Constantinopla quedase libre de la peste de la heregía.

La Providencia, que habia destinado á Agustín á ser el mas vigoroso defensor de la Iglesia contra los donatistas, su mas esforzado caudillo contra los maniqueos, y despues de San Pablo el mas insigne doctor de la gracia de Jesucristo, permitió que por algun tiempo tuviese entenebrecido su espíritu y fuese mísero juguete de sus viles pasiones, á fin de que por su propia experiencia tuviese un profundo conocimiento de los abismos de la heregía y de la humana depravacion, para que levantándose de ellos hablára con maestría de aquellas regiones de tinieblas y tendiera la experta mano á muchos, sacándolos del lóbrego sepulcro de los errores. Habia nacido el

año 354 en Tagasta, ciudad pequeña de la Numidia. Su madre Santa Mónica tuvo la dicha de convertir del paganismo á su marido Patricio; y ambos esposos se esmeraron en cultivar las felices disposiciones de su hijo. Siendo este todavía niño fue enviado á Madauri á estudiar la literatura latina y griega, y despues á Cartago para que se fuera introduciendo en el bellissimo templo de la elocuencia. Agustin adelantó en los estudios, y dió harto motivo á su madre para llorar sus extravíos, pues apenas contaba diez y ocho años cuando sus pasiones habian tomado ya tal vuelo que de una concubina le nació un hijo llamado Deodato, el cual en lo sucesivo bautizándose junto con su padre, no contaminó con mancha alguna la hermosa vestidura de su nueva inocencia. Agustin entretanto se hallaba devorado por la noble ánsia de saber, y las divinas Escrituras no pudieron satisfacerle porque su alma pecadora se hallaba en un estado indigno de gustar de sus bellezas, sublimidad y purísima filosofía del cielo. Se dejó seducir por los maniqueos, haciéndose ardiente partidario y defensor de sus doctrinas extravagantes é impías; empero un alma grande y un entendimiento perspicaz y elevado no hallan reposo en los dominios del error.

Agustin fue descubriendo la vaciedad y los

vicios del sistema de Mánes, y llegó á persuadirse de la grande ignorancia de los mas esclarecidos corifeos de su secta. Así ya no cabia en ella este genio nacido para la verdad. Durante estas revoluciones de su espiritu habia enseñado por algun tiempo la gramática en Tagasta, y despues en Cartago el arte de la oratoria. Anhelando para su ambicion científica y literaria teatro mas lucido y mas extenso horizonte, pasó á Roma, y continuó fluctuando entre las sombras del error, el cual le hizo afiliarse en la secta de los académicos, entendiendo que eran hombres de mas saber. La Providencia le deparaba un maestro, que en union de los extraordinarios auxilios de la gracia le condujera al reino de la verdadera luz; era San Ambrosio, y él sin saberlo fue á buscarle á Milan, adonde le envió de profesor de elocuencia Símaco, Prefecto de Roma. Célebre en todo el mundo era la sabiduría de Ambrosio, y Agustin fue á visitarle no porque le creyese maestro de la verdad, que anhelaba encontrar, sino por una de aquellas deferencias, que impone la cortesía á ciertos hombres respecto de otros colocados en posicion mas elevada. El africano profesor de elocuencia no podia menos de asistir á los discursos del afamado Arzobispo para formarse idea y apreciar por sí mismo la que en este ponderaba el pú-

blico. Aunque no era su ánimo apropiarse las doctrinas de Ambrosio, le fueron estas entrando por el atento oído y conquistándole el corazón suavemente, si bien su entendimiento persistía en vivir enredado en los matorrales del infierno. Yendo y viniendo en varios pensamientos y agitado de continuas dudas, y por el impulso de la verdad rasgando últimamente el velo de sus preocupaciones, concluyó consigo mismo que hasta que le alumbrase mayor torrente de luz debía volver á considerarse cual catecúmeno de la Iglesia católica, en cuyo grado habia estado en su infancia y en el cual le habian sus padres encargado que permaneciese.

San Gerónimo á instancias del Papa San Dámaso, que se valia de su pluma para la redacción de sus cartas á los Obispos y respuestas á los Concilios, continuaba en Roma sus tareas literarias, las cuales tanto han inmortalizado su ciencia; y fue una de ellas un libro, en que redujo á polvo los errores y blasfemias, que en otro habia publicado contra la perpétua virginidad de María un ignorante atrevido, que no pudiendo hacerse lugar en el mundo de las letras por su absoluta carencia de mérito y de luces, deseoso de llamar sobre sí la atención pública, ideó este execrable medio de oponerse á la constante y universal

creencia de la Iglesia católica. Llamábase Elvidio este abominable herege, y fundaba su error en algunos textos del Evangelio, que segun su privado juicio habia entendido muy torcidamente, contrariando la autoridad de la tradicion, y en algun pasaje de Tertuliano y de San Victorino, Obispo Petavionense. Siguiendo San Gerónimo los pasos de su adversario, patentizó como debian entenderse aquellos lugares del Evangelio, y en cuanto á la cita de Tertuliano, manifestó que nada le importaba saber cómo hubiese pensado semejante escritor, pues no habia muerto en la comunión de la Iglesia. Y sobre las palabras de San Victorino dijo que cuando hablaba de los hermanos del Señor, se debia entender como se entiende el Evangelio cuando los menciona, á saber, no de hijos de María, porque jamás los llama así, sino de algunos parientes del Salvador por parte de su Madre, ó de la de San José. «¿Pero á qué fin, añadía el Santo Doctor, nos paramos en vagatelas y dejando á un lado la fuente de la verdad, seguimos los arroyuelos de las opiniones privadas? ¿O por ventura no puedo yo levantar contra tí todas las falanges de los escritores antiguos, á un Ignacio, á un Policarpo, á un Justino mártir, y á otros muchos varones apostólicos y elocuentísimos, que contra Ebion, Teodoto de Bizancio

y Valentino inficionados con el mismo veneno, escribieron volúmenes llenos de sabiduría, los cuales, si los hubieras leído, tal vez te hubieran hecho mas discreto?»

CAPÍTULO LIV.

SUMARIO.

Decretales de los Sumos Pontífices. Carta del Papa Siricio á Himerio Obispo de Tarragona. San Gerónimo y Santa Paula salen de Roma para la Palestina. La corte arriana en lucha con San Ambrosio y su pueblo. Santa Mónica: Agustin y sus amigos en Milan. Muerte y virtudes de la Emperatriz Flacila.

Desde el pontificado de Siricio, que sucedió á San Dámaso, son tenidas por auténticas las decretales de los Pontífices Romanos, ó sean aquellas célebres cartas, con que solian responder á las consultas sinódicas de los Obispos del Oriente, las cuales forman la parte mas bella y noble del derecho canónico tanto por la excelencia de sus reglamentos y hermosura de estilo grave como por la magestad de la Silla Apostólica, en que reside como en pura fuente la plenitud de la eclesiástica autoridad. Se sabe que las decretales de los Papas se conservaban desde la mas remota antigüedad,

como prueba el Cardenal Orsi, en el cartario ó archivo de Roma destinado al efecto; mas se ignora cómo se han perdido, aunque por otra parte no se deba extrañar que hubiesen perecido en una de las varias veces, que la Ciudad eterna fue en el siglo quinto saqueada y destruida por los bárbaros septentrionales.

La primera decretal de Siricio es particularmente célebre en España por haberse dirigido á Himerio, Obispo de Tarragona, y contener reglas excelentes para la reforma del clero hispano, el cual por las turbulencias, que se originaron de la heregía de los priscilianistas, se hallaba entonces en un estado tan poco satisfactorio que Himerio creyó de su deber exponerlo al Vicario de Jesucristo, consultándole sobre los medios mas adecuados para que la disciplina recobrase toda su entereza y saludable vigor. Es notable en este venerabilísimo documento la amenaza, ó mejor dicho, pena de separacion, ó sea excomunion, con que el Sumo Pontífice castiga cierta clase de infracciones, aunque no se trataba del dogma sino de moral y disciplina eclesiástica.

Por haberse mostrado San Gerónimo bastante severo en censurar ciertas irregularidades, que notaba en algunas personas consagradas á Dios por su vocacion y estado, vió levantarse contra sí una ruidosa tempestad,



que suscitaban los que se creían agraviados con sus palabras; y persuadido de que para el sosiego de su alma indignada era necesario el alejamiento de Roma, la dejó volviéndose al Oriente, donde juzgaba que hallaría á su Dios y las delicias de la vida contemplativa en penitente soledad.

Este mismo era el blanco de los ardorosos deseos de Santa Paula y de su santa hija Eustoquio, las cuales, aunque vivían en la ciudad eterna para solo el servicio de su Criador y sin mas pensamiento que el de su salvacion, se convencieron de que para vivir á solo Dios ofrecen las grandes poblaciones varios inconvenientes; y así con el anhelo de visitar los sagrados lugares, que el divino Redentor habia regado con su sangre, rompieron todos los lazos del parentesco, de la amistad y del cariño mas entrañable para volar en pos del Santo Doctor, que era su maestro y guia espiritual, y alcanzándole en Antioquia, pasaron con él á Palestina.

Abusando la Emperatriz Justina de la autoridad, que como madre tenia sobre Valentiniano, y olvidada de los servicios importantísimos, que á ambos hizo San Ambrosio, le movió de nuevo una guerra implacable. No podia sufrir que por el celo del Santo se viese Milan limpia del contagio de la heregia, de

que ella se hallaba inficionada con algunas damas de su servidumbre y varios oficiales de la real familia, á todos los cuales presidia cual obispo arriano un Scita llamado Mercurio, que cambió su nombre en el de Ausencio. No consiguieron de San Ambrosio el que les cediese una iglesia; y esta negativa irritó sobremanera sus corazones emponzoñados. Después de varias tentativas intimaron al venerable Obispo que les entregase la nueva basílica. Y Ambrosio respondió que un sacerdote no podía entregar el templo de Dios, y que si con toda su autoridad imperial no tenia el príncipe derecho para apropiarse la casa de un ciudadano particular, con mucha menos razon podría posesionarse de la casa de Dios. Instaban los enviados del Emperador; y Ambrosio les replicaba que al príncipe pertenecian los palacios, y las iglesias á los sacerdotes. Al siguiente dia hallándose San Ambrosio en su iglesia, recibiendo los plácemes de los fieles, que aplaudian su invencible fortaleza, llegó un ministro de Valentiniano á pedirle una iglesia, que de su fundador habia tomado el nombre de Porciana; y el pueblo se le opuso, y aquel volvió á palacio á participar al Emperador la resistencia que habia encontrado.

Este fue como el principio de ruidosas batallas entre la corte imperial empeñada en

favor del arrianismo y los católicos, que con su Santo Arzobispo estaban decididos á dejarse acuchillar antes de rendirse á poner en posesion de las iglesias á los enemigos del divino Verbo. Justina impuso penas pecuniarias al gremio de comerciantes, hizo encarcelar á muchos fieles, envió diversas veces al valeroso Arzobispo comisionados imperiales, que con la persuasion ó la violencia le obligasen á darle alguna iglesia, y puso en obra todos los arbitrios del poder. Mas el Santo Obispo respondia: «Si el Emperador me pidiese aquello que fuese mio, como el dinero y mis haciendas, bien que todo esto no es ya mio sino de los pobres, no haria resistencia; pero se debe desengañar de que las cosas divinas no están sujetas á la potestad imperial. Si quiere mi patrimonio, tomadlo; si mi cuerpo, saldré á recibir á los ministros. ¿Quereis ponerme en prision, ó llevarme á la muerte? No me podreis hacer cosa mas agradable. No abrazaré los altares para librar mi vida; voluntariamente la ofreceré en sacrificio por los mismos altares.» Por último, los soldados que habian de ser los instrumentos de las sacrílegas violencias de la corte, en vista de las lágrimas y afflictiva conmocion de todo el pueblo se acordaron de que tambien ellos eran católicos, y se pusieron de parte de los oprimidos,

uniendo á las suyas sus fervorosas súplicas. Grande fue el regocijo del pueblo cuando convencidos los soberanos de que el catolicismo de los fieles por su constancia y heroicidad se hacia superior á las amenazas fulminantes y al aparato ruidoso de las armas, tomaron la resolucion de contemporizar y mostrarse benignos, desistiendo de su tenaz empeño mas que por voluntad propia, por el imperioso poderío de las circunstancias.

De esta brillante victoria de San Ambrosio fue testigo ocular el retórico Agustin, en cuyo ánimo siguieron luchando por mucho tiempo la luz de la verdad y las tinieblas, que en su espíritu reinaban por el influjo de sus pasiones voluptuosas. Mas era el continuo objeto de la oracion y gemidos de su madre Santa Mónica, la cual confiada en las dulces revelaciones, en que el Señor le habia prometido la conversion de su hijo, y no pudiendo vivir sin él por lo mucho que le lastimaba su ausencia, dejó su casa y su patria, y se vino á Milan á buscar su compañía. Ni fue poco lo que se regocijaron sus maternales entrañas al ver que su hijo empezaba á salir del laberinto de las sombras infernales, acercándose al reino de la luz eterna, aunque todavía se hallaba sumergido en el atolladero de los vicios. Efectivamente, era aquella para Agustin

una época de tránsito, porque le traía desasosegado el ánsia de adquirir el escondido tesoro de la sabiduría, y vislumbraba que el reposo de su espíritu habia de hallarse en ella. Varios amigos suyos, y en especial Alipio y Nebridio, participaban de la misma inquietud y tenian el mismo anhelo de hacerse felices por medio de la filosofía; y no en vano consumia sus corazones esta inquieta llamarada de vivísimos deseos. Reteníalos sin embargo en las márgenes del abismo el atractivo de los bienes de la tierra y de la licenciosa sensualidad.

Apagóse por entonces con la muerte de una mujer encumbrada á lo sumo de las grandezas humanas una de las antorchas mas brillantes, que en la extension de los siglos ha presentado el bello sexo. La Emperatriz Flacila, mujer de Teodosio, resplandecia en el trono con todo género de virtudes, haciendo que la mas profunda humildad fuese la inseparable compañera de su pomposa elevacion. No solo socorria con inagotable generosidad á los pobres, y era el amparo de todos los desdichados, sino que por sí misma servia á los enfermos en los hospitales, y se abatia á desempeñar los mas bajos oficios con esa dulzura inimitable, que solo la caridad puede inspirar. El imperio la lloró como á una madre, y San Gre-

gorio Niseno pudo con toda verdad pintar en su oracion fúnebre el bellissimo cuadro de sus virtudes sublimes. Poco antes el mismo Santo habia encomiado las de la tierna princesa Pulqueria, quien precedió á su madre en dejar los fugitivos esplendores de este mundo por la eterna gloria, que el Santo panegirista no dudó asegurar habia alcanzado aquella alma virtuosa y pura.

CAPÍTULO LV.

SUMARIO.

Noble conducta de Benévolo. Ley favorable al arrianismo. San Ambrosio hace frente á las indebidas exigencias de la corte, y el pueblo de Milan se muestra heróico. Prodigio que Dios obra para librar de la muerte á Ambrosio. Descubrimiento de los santos cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio. Conversion de Agustin.

Persistiendo la Emperatriz Justina en la idea de entronizar su secta, influyó de nuevo en el ánimo de su hijo Valentiniano para derribar á San Ambrosio, á quien tenia razon en mirar como á fortísimo antemural de la Iglesia católica, y le persuadió á dar una ley favorable al arrianismo. Mas el que habia de suscribirla como ministro, aunque se le pro-

puso ascenderle á mas alta dignidad, no solo rehusó mancillar su conciencia, sirviendo á la maldad arriana, sino que en el instante se despojó de las insignias propias de su elevado empleo. Llamábase Benévolo este católico incorruptible, era nativo de Brescia, y guardaba en el magnánimo pecho profundamente esculpidas las saludables máximas, que debia al celo y sábia direccion de San Filastrio, Obispo de la ciudad mencionada.

Despues de la negativa del valeroso Benévolo se publicó la proyectada ley por medio del obispo arriano Ausencio, que la envió á todas las ciudades como una espada volante en expresion de San Ambrosio. Mandábase en ella que fuesen despojados los sacerdotes católicos y muertos los que se opusiesen á sus prescripciones, condenando á la pena de destierro á los magistrados, que no se mostrasen solícitos en cumplirla. Era general, y así cubrió de luto á todas las Iglesias, bañándolas en lágrimas. Sucedia este triunfo de la arriana heregía en 23 de Enero del año 386, y habiéndose firmado en Milan la orden impía, á mediados del mes siguiente se publicó en Pavia otra del mismo tenor.

Restituida la corte á Milan, creyó Justina que mediante su inícua ley le eran mas propicias las circunstancias para que San Ambrosio

no se resistiese á dar una iglesia á los arrianos; pero sus tentativas y sus medios de coaccion fueron tan inútiles como la vez primera. Recurrióse pues á mas violentos arbitrios, esparciendo voces de que se le iba á quitar la vida; mas el Santo se mantuvo sin dar muestra alguna de que hubiese decaido la invicta heroicidad de su alma grande.

Viendo los arrianos que no era posible intimidar á Ambrosio, le tendieron un lazo peligrosísimo. Se le presentó un comisario del Emperador diciéndole que escogiese algunos jueces ó árbitros, que Ausencio elegiria otros tantos, y que ambos Obispos disputarian en presencia del Emperador, quien habia resuelto decidir por sí mismo en su palacio aquella ruidosa causa y contienda, despues de haber oido cuanto los dos partidos alegasen; y en caso de que el Santo Arzobispo no obedeciese á tan extraña resolucion del príncipe, se le intimaba que sin pérdida de tiempo saliese de Milan, dejando á su arbitrio el punto á donde habia de dirigirse. No quiso Ambrosio en negocio tan grave resolver por sí solo, aunque se hallaba determinado á no ajar su autoridad, sometiendo indignamente su sacerdocio al juicio de persona seglar, por mas que su gerarquía fuese en el órden civil la primera del mundo; y así consultó con varios Obispos, los que en

union de otros fieles celosos é instruidos le dieron el consejo de que no fuese á palacio á manifestar de viva voz al príncipe las razones de su negativa, sino que se las expusiese por escrito. Así lo hizo el Santo en una enérgica representacion dirigida á Valentiniano, en la cual entre otras muchas convincentísimas razones, «¿cuándo has sabido, le decia, que en causa relativa á la fé hayan los legos juzgado á un Obispo? ¿Me has creido capaz de abatirme á tal extremo que olvidando el derecho sacerdotal, me halle dispuesto á ceder á algun otro lo que me ha confiado el mismo Dios?» En cuanto á su salida de Milan, replicó Ambrosio que el verificarla en tan críticas circunstancias seria lo mismo que abandonar á los arrianos la Iglesia de Jesucristo encomendada á su pastoral solicitud. Por manera que el invencible Ambrosio solo negaba la obediencia al príncipe por el inminente peligro que corria su Iglesia, y anteponia ser víctima de las violencias imperiales á toda idea de transigir con el arrianismo entronizado.

Repitióse en cierto modo la escena del año anterior. San Ambrosio estaba en su iglesia circundado de la multitud de su pueblo, que se apiñaba para oir la palabra divina salida de sus labios y para escudarle de las espadas enemigas, exponiendo la propia vida; y las mi-

licias de Valentiniano tenían puesto sitio á la iglesia para aterrorizar á Ambrosio, mientras se le exigia la entrega de una iglesia. Tal era el fervor y la santísima insistencia, con que velaban dias y noches por los intereses de su fé y guardando la sagrada persona de su Obispo aquellos católicos antiguos. «Nos amenazan, les gritaba Ambrosio desde el púlpito, con destierro, espada y fuego; mas cual siervos de Jesucristo hemos aprendido á no temer.»

Esta feroz persecucion de Justina contra el Santo Arzobispo de Milan variaba de formas, ó se recrudecia por intérvalos, pues la arriana Emperatriz se valió de los medios mas inícuos para dar en tierra con aquel coloso de virtud y fortaleza apostólica. Entre otras se refiere de ella en la historia la infamia de haber buscado un asesino, que le diera la muerte en su propia casa; pero Dios hizo que el brazo del sicario levantado ya en el aire para descargar el golpe, de repente quedára seco, permaneciendo suspenso hasta que confesó que la Emperatriz habia sido la autora y móvil de su horrendo crimen.

Para consuelo de tantas tribulaciones supo Ambrosio por revelacion divina que hallaria dos celestiales defensores en los santos cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio, que desde el cielo habian sido su amparo; y efectiva-

mente en el mismo sitio, en que mandó hacer la escavacion, se descubrieron incorruptos y con las cabezas separadas del tronco los dos insignes mártires, los cuales hicieron luego una infinidad de curaciones milagrosas, y á muchos obsesos libraron de la tiranía y furia de los espíritus infernales.

De todas estas maravillas, así como de la persecucion de Justina y de las conmociones de la ciudad consternada, fue testigo ocular Agustín, en quien la gracia peleaba con la naturaleza corrompida. Sus estudios y meditaciones filosóficas le iban aproximando á Dios; y el Señor se dignó penetrar con su voz divina hasta lo íntimo de su alma. Y sin embargo, la obra de su conversion procedia lentamente, asemejándose á un dia de tempestad, en que los esfuerzos del sol luchan con las nubes sombrías, y alternan las ráfagas de los relámpagos con los pavorosos estampidos de los rayos. La luz le venia de la lectura de los libros inspirados y de la interna mocion del Espíritu Santo, y las tinieblas se formaban en el horizonte de sus pasiones borrascosas. Convencido ya de la verdad, que debia abrazar, aun no se resolvia á entrar en los santísimos senderos de Jesucristo, y consultó con Simpliciano, que era el padre espiritual de San Ambrosio. Simpliciano le impulsó á romper sus cadenas, refiriéndole

la conversion del célebre Victorino, que era como él profesor de elocuencia. Incansable la misericordia divina en llamarle al reino de la luz, parece que uno en pos de otro le enviaba diversos mensajeros. Fue uno de ellos Poticiano, el cual en una conversacion habló á Agustin y á Alipio de la maravillosa vida del grande Antonio, y de los monasterios y Santos, que llenaban considerable parte del Egipto, convirtiéndolo en un cielo de virtudes balsámicas. Nada sabian Agustin y Alipio de la vida monástica, ni habia llegado á su noticia que cerca de allí y fuera de los muros de Milan existia un monasterio, que San Ambrosio sostenia á sus espensas y en el cual reinaba edificante santidad.

Esta conversacion produjo en el alma de Agustin una série de agitados movimientos, escitándole á mirar con horror su vida pecadora, á dolerse por las muchas dilaciones de su conversion y á salir con impetuosa prontitud de aquel estado y á lanzarse en los abiertos brazos de su Dios. En semejante situacion dijo á Alipio exclamando: «¡Qué es esto! ¡qué es lo que tú has oido! ¿Y nosotros qué hacemos? Los ignorantes arrebatan el cielo. Y nosotros con todo nuestro saber ¿aun nos revolvemos en el fango de la sensualidad?...» Siguió prorumpiendo en parecidas y vehementes exclama-

ciones; y al oírle quedó atónito Alipio, y miraba á su amigo con un asombro mezclado de profunda y vivísima emocion. Todo hablaba en Agustín, el desusado tono de su voz, el color de su semblante, lo expresivo de sus ojos, lo violento de sus ademanes y lo grande y patético de la escena que representaba. El mismo Agustín refiere en el libro de sus Confesiones que como si ansiára templar con aire libre su agitacion, ó en aquel instante le fuera necesaria la soledad, pasó de la habitacion, en que se hallaba, al contíguo jardín de aquella misma casa.

Alipio le siguió, y ambos se sentaron en sitio solitario. Pero continuando en el alma de Agustín la borrasca de sus afectos exaltados, y sintiéndose dispuesto á romper en copiosísimo llanto, hasta de Alipio se apartó, y en voz alta empezó á clamar á Dios. Y luego queriendo poner término al combate de sus irresoluciones para acabar de convertirse, instaba á su propia alma con estas sentidas palabras: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Mañana?... ¿Y por qué no ahora? ¿Por qué mis maldades no han de tener fin en este mismo instante?» Dicho esto, le corrian de los ojos dos torrentes de lágrimas, que le arrancaba su contricion. Y oyó una voz, que le gritó: «Toma y lee: toma y lee.» Venia del Señor esta voz, y

por eso le produjo repentina serenidad. Obedeció, y volvió al sitio en donde se hallaba Alipio á coger las Epístolas de San Pablo, que allí habia dejado. Abrió el libro, y lo primero que leyó al abrirle fueron estas palabras: «Vestíos de Jesucristo, y no tengais cuidado de vuestra carne.» No quiso leer mas, porque en el instante se le infundió una luz segura, y desaparecieron inmediatamente todas las tinieblas de sus dudas. Manifestó á Alipio lo que le acababa de pasar, le dió el libro, y en él leyó Alipio las siguientes palabras: «Recibid al que es débil en la fé.» Alipio se las apropió, y acto continuo se unió á Agustin en la generosa resolucion de convertirse, entregándose enteramente á Dios.

Una conversion acompañada de tan extraordinarias circunstancias no podia menos de llevar consigo una total mudanza de vida. Así Agustin renunció su cátedra, luego pasó á una casa de campo en compañía de su madre, la cual enloquecida de gozo por el inmenso favor, que Dios le acababa de hacer, cumpliendo sus ardorosos deseos, no cesaba de darle gracias; y libre ya de los cuidados del mundo, de cuyas esperanzas y dulzuras se habia despedido, se entregó á la meditacion y al estudio de las cosas divinas, y comenzó á componer esas obras tan llenas de profun-

didad como de vehemencia de espíritu, que han admirado los sabios de los siglos posteriores al suyo.

CAPÍTULO LVI.

SUMARIO.

Paz que recobra la Iglesia de Milan. Condescendencia de San Martín; un ángel le consuela. Bautismo de Agustín y sus compañeros: emprende su viaje al África. Nueva embajada de San Ambrosio á Máximo. Invasión de Italia por el ejército de Máximo: Teodosio declara la guerra á este usurpador. Muerte de Santa Mónica. Agustín en Roma. Hereges Mesalianos. Los Obispos Flaviano y San Anfloquio los persiguen. San Juan Crisóstomo principia su predicación.

La Iglesia de Milan respiraba después de sus dilatados combates y tribulaciones. Su constancia, el descubrimiento de los santos cuerpos de sus defensores y ciudadanos Gervasio y Protasio, los admirables prodigios de todo género que obraron estos mártires, confirmando con ellos la fé católica, y haciendo subir de punto la fervorosa devoción del pueblo, contuvieron á los arrianos de palacio, y una carta gravísima y excelente, que el jóven Valentiniano recibió de Máximo, contribuyó á que

no se siguiera turbando la tranquilidad de los fieles.

Por irregular y atentatoria que hubiese sido la elevacion de Máximo al imperio, es innegable que con aquella carta hizo un importante servicio á la verdadera religion, y que se manifestó muy contrario á todos los hereges. Gozaba de su favor Itacio, á quien habia complacido en la causa de Prisciliano. Sin embargo los Obispos católicos miraban á Itacio no solo con desvío y desagrado sino hasta con horror, primero por haber llevado la causa de los priscilianistas al profano tribunal del imperio, y en segundo lugar por la acre animosidad, con que se habia conducido en ella. Negáronle su comunion, y costó mucho á Máximo el reconciliarle en cierto modo con algunos y el lograr de San Martin que disimulase algun tanto su decidida prevencion contra este obispo, obligándole ora por medio de la astucia, ora con mal embozada violencia á asistir con él á la solemne consagracion del nuevo Obispo de Tréveris, que se llamaba Felix y sucedia á San Briton en esta silla. Pero excesivamente se affligió San Martin, reflexionando sobre la inevitable condescendencia de que habia usado; y el Señor le envió un ángel á que le animára, diciéndole que no habia obrado de tal suerte por culpa propia sino im-

pelido por desgraciadas causas de imprescindible necesidad. Con efecto, el compasivo anhelo de salvar la vida á dos infelices y de obtener la revocacion de órdenes perjudiciales al bienestar de la Iglesia de España fue lo que á San Martin habia móvido á ceder á aquella importuna exigencia del tirano Máximo.

El año 387 fue de suma dicha para Agustin, porque en él recibió el bautismo junto con su amigo Alipio y su hijo Deodato, que ya tenia 15 años y descubria talento extraordinario y felices disposiciones para la virtud. El mismo San Ambrosio fue el ministro del sacramento de su regeneracion, y antes y despues de él los instruyó en la doctrina del Evangelio con aquella abundancia de erudicion, dulzura y celo, que caracterizaban su pastoral ministerio. Habiéndose aprovechado copiosamente de sus lecciones y vivido en Milan por algun tiempo en una misma casa y con un mismo espíritu, los recién convertidos tomaron por último la resolucion de volver al África, y á este fin emprendieron su viaje para Roma.

Otro viaje de muy distinta especie, y que nadie hubiera imaginado, se vió obligado á hacer Ambrosio. Y á la verdad ¿quién habria creido que aquella misma Emperatriz Justina, que le hizo el blanco de su ódio y de sus persecuciones, le habia de elegir de nuevo

por su embajador, fiando de su pericia y sabiduría en el manejo de los negocios la conservación del imperio, la vida de su hijo y la suya propia? Fue el aparente motivo de esta embajada del Santo Arzobispo á Máximo el pedirle los huesos de Graciano; mas lo que en realidad se pretendia era que el grande Ambrosio salvára de nuevo á Valentiniano y á la Italia, descubriendo á tiempo las intenciones hostiles del tirano Máximo, para que se previniese la resistencia, si la sabiduría y mucha autoridad del Santo Embajador no alcanzaban á impedir la guerra é invasion temida. No omitió San Ambrosio diligencia alguna para llevar á cabo su legacia, ni se mostró menos digno, enérgico y autoritativo que la primera vez. Sin embargo, Máximo, que era astuto y ambicioso, habia ya maquinado y dispuesto los medios de eludir la nueva mision de Ambrosio. No le dió buena acogida, y se condujo de modo que muy luego se vió el venerable Obispo precisado á salir de una corte, cuyo soberano y ministros se le manifestaban ostensiblemente contrarios. Envió Valentiniano por nuevo embajador á un favorito suyo; Máximo le burló, haciéndole promesas mentirosas, y cuando mas se esperaba de su amistad, entró con un poderoso ejército en Italia; y Justina y su hijo apenas tuvieron tiempo para huir



despavoridos. Llegaron á Tesalónica, y vino Teodosio al encuentro de los Emperadores fugitivos hasta aquella ciudad, tendiéndoles en su desgracia una mano propicia; persuadió al jóven Valentiniano á limpiarse de la infeccion de heregía, con que la Emperatriz Justina le habia contaminado, y declaró la guerra á Máximo.

Estos disturbios ocurridos en el imperio y el fallecimiento de su madre Santa Mónica, grandemente sentido por su alma tierna, impidieron á Agustin el proseguir su viaje al África, y le determinaron á volver desde Ostia á Roma, donde vivió algun tiempo dedicado á la composicion de libros llenos de la mas elevada filosofia del cristianismo.

En el último tercio de este siglo inficionaron algunas ciudades del Oriente unos sectarios, que participaban de los errores de los maniqueos, y se parecian en algo á los priscilianistas. Llamáronse mesalianos, palabra que en el idioma de la Siria significaba hombres aplicados al estudio de la oracion. Tuvieron tambien la denominacion de adelfianos por su maestro y principal fundador Adelfio, que fue nativo de Mesopotamia, y la de entusiastas á causa de los singulares y extraordinarios movimientos á que los incitaba el infernal enemigo, y que ellos tenian por indicio de la veni-

da del Espíritu Santo á inflamarlos. Creían que del primer hombre habían heredado todos sus descendientes la esclavitud del espíritu maligno, y que para ahuyentarle carecía de eficacia el bautismo, y era preciso el ejercicio contínuo de la oracion. Decían que expelido del alma el diablo, venia el Espíritu Santo á habitar en ella con visibles y manifiestas señales de su presencia; y libre el cuerpo de los movimientos de las pasiones, no necesitaba mortificarse, ni de la doctrina el alma para dirigirse por el camino de la salud. De estas máximas perniciosas, que eran el distintivo de su heregía, se derivaban otras ridículas extravagancias, en que suelen dar los falsos místicos, enseñoreándose fácilmente de sus visionarios espíritus la soberbia, seguida de mil y mil ilusiones, hijas del fanatismo. Gloriábanse de que eran iguales á Dios, porque conocían cuál era en la otra vida el estado de las almas, así como se preciaban de penetrar en lo íntimo de los corazones, viendo lo que en ellos pasaba. Hacían los mesalianos profesion de renunciar los bienes de la tierra y de vivir de limosna, la cual segun ellos no se podia hacer lícitamente sino á los mismos, pues eran los verdaderos pobres de espíritu. Aborrecían el trabajo de manos, considerándolo contrario al estudio de la oracion, y por aplicarse á ella

pasaban durmiendo muchas horas del día, y luego publicaban sus sueños cual profecías y revelaciones divinas. Para mejor encubrir su abominable sistema no querían dejar la compañía de los católicos, y concurrían á sus templos, asistiendo á la celebracion de sus misterios y demás funciones santas.

Treinta mesalianos, que eran presbíteros ó diáconos, fueron con Adelfio, cabeza de la secta, llevados á Antioquía desde la provincia de Edesa. Con sagaz artificio logró el Obispo Flaviano que Adelfio le descubriera su doctrina, y le condenó en un Sínodo, enviándole al destierro junto con sus compañeros. No se advierte que en esta medida hubiese intervenido la autoridad política; mas ha de considerarse que los mencionados mesalianos pertenecían á la inferior gerarquía eclesiástica, y por lo mismo la superior representada en el metropolitano Obispo de Antioquía ejercía un derecho propio al castigarlos como á súbditos extraviados y criminales. Y los Obispos de la provincia Osroena, en la cual residían aquellos inficionados sectarios, dieron su asentimiento á las disposiciones del Sínodo de Antioquía.

Desterrados de la Siria, se retiraron á la Panfilia, llevando el contagio de su heregía, é hicieron lo posible para contaminar la Liccaonia. Pero hallaron vigorosísima oposicion en

el metropolitano Obispo San Anfiloquio, cuyo celo no satisfecho con expulsarlos de su provincia, los persiguió en la Panfilia. En ella presidió Anfiloquio un Concilio de 25 Obispos, el cual se tuvo en Syda, metrópoli de la provincia. De nuevo se vieron anatematizados los fanáticos mesalianos; y el Santo Obispo de Iconio escribió libros, en que confundía y pulverizaba su pestilencial doctrina. Aunque herida de muerte por tantos rayos como se fulminaron contra ella, invadió esta heregía la Armenia Menor, en la cual consiguió inficionar varios monasterios, y halló protección en un Obispo. De muy diverso modo se condujo Lepto, Obispo de Melitina en la misma provincia, quien después de haber consultado á Flaviano, que le respondió enviándole las actas del Sínodo de Antioquía, incendió algunos monasterios, que convertidos en cuevas de ladrones, servían de madriguera á los mesalianos, y limpió de aquella escoria todo su obispado. Incansable Flaviano en hostilizar á los hipócritas hereges, les hizo guerra en la Mesopotamia, Armenia y Asia, siempre excitando el celo de los demás Obispos cuando llegaba á su noticia que solicitaban algun asilo en sus obispados.

Flaviano era ya viejo; pero Dios le habia dado en el Crisóstomo un auxiliar poderoso, que era como la luz y la firmeza de su fati-

gada ancianidad, su brazo derecho para todos los ministerios eclesiásticos. Lleno de la ciencia de Dios, de consumada virtud, vigilancia, actividad, valor invencible, caridad y celo ardiente, asombraba con su elocuencia toda espíritu y fuego, que relampagueaba, tronaba y vibraba rayos irresistibles.

Flaviano le elevó al sacerdocio, y por primera vez resonó en el púlpito el día de su consagración aquella magnífica trompeta del Espíritu Santo, y el pueblo de Antioquía salió del templo tan admirado de su talento oratorio y de su ciencia sublime como de su profundísima humildad, que fue entre sus virtudes inclitas la que mas resplandecía en su discurso. Muchas fueron las homilias, con que instruyó al pueblo de Antioquía, ora explicándole las sagradas Escrituras, ora afirmándole en la fé al rebatir las heregias, ora dilucidando algun punto de moral, ó excitándole á la piedad, ó inflamándole en el divino amor. De ellas han hecho los autores eclesiásticos, los Santos Padres y los literatos y críticos de todas las edades los mas encarecidos elogios, dándole sin género de duda el primer lugar entre los cristianos oradores y ministros de la divina palabra. El Cardenal Orsi indicando su tierna devoción al sacramento de nuestros altares, dice que ninguno de los Santos Padres ha hablado

mas frecuentemente, ni con mayor energía, ni con mas vivos sentimientos, ni con expresiones mas claras y magníficas así de la presencia real del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo en los divinos misterios, como de las disposiciones que deberíamos tener para recibirle en nuestros pechos. Del profundo respeto y amor encendidísimo, de que el Crisóstomo se hallaba penetrado para con la adorable Eucaristía, nacen los ardores de su fé y las extraordinarias gracias, con que el Altísimo se dignaba enfervorizar mas y mas su tierna devocion, premiando su eminentísima piedad. Tenemos de esto en San Nilo, autor contemporáneo, un testimonio irrecusable. Aquella gran luz, decia el Santo Abad, Lib. 2. ep. 294, de la Iglesia de Bizancio y de todo el mundo, el admirable sacerdote Juan, tenia los ojos del alma tan iluminados que con frecuencia veia en la Iglesia á los ángeles y especialmente en el tiempo del sacrificio incruento; lo que lleno de asombro y regocijo refirió muchas veces con el mayor sigilo á sus mas íntimos amigos.

CAPÍTULO LVII.

SUMARIO.

Sedición de Antioquía, duelo de la ciudad, San Juan Crisóstomo, el Obispo Flaviano y los monjes empeñados en salvarla. Clemencia de Teodosio. El solitario Juan. Disposiciones de Teodosio contra los apolinaristas y los arrianos. Su piedad para con sus vencidos enemigos: nuevas medidas á fin de exterminar el culto de los ídolos. El Senador pagano Símaco. Leyes contra los eunomianos y maniqueos.

Aunque la celestial lluvia de la doctrina del Evangelio salida de los lábios del Crisóstomo hubiera bastado para apagar en Antioquía el fuego de las pasiones y de los vicios entronizados, no llegó á extenderse por la ciudad demasiado entregada á ruidosos pasatiempos para atender á la voz de penitencia, que resonaba en la Iglesia. Fue preciso que la divina Providencia permitiese el desbordamiento de una violenta sedición, en que el pueblo furibundo derribó y llenó de inmundicias las estátuas de los Emperadores, y que la consternacion y el espanto tendiesen sobre la estremecida Antioquía un manto fúnebre de sombrío dolor, para que al sentir la pesada mano

de la indignada justicia levantase al cielo los ojos arrasados en lágrimas, y prestando atento oído al ministro de Dios, se convirtiese. Pavor horrendo se enseñoreó de los ánimos, tanto por los terribles castigos, con que se daba la muerte hasta á los niños, cuanto por el temor de que sobreviniese mayor duelo y ruina. Los ciudadanos huían y se escondían en montes, selvas y cavernas, ó encerrados en sus propias casas se deshacían en compungido llanto, ocupándose en aplacar la ira del Todopoderoso, el cual por medio de la justicia humana creían que muy en breve descargaría sobre ellos sus rayos irresistibles. En tan afflictiva situación fue el Crisóstomo para Antioquía el ángel del consuelo y de la esperanza; fue un astro, que disipaba las tinieblas de luto y horror. Las conversiones multiplicadas y sinceras eran fruto de la vehemencia de sus discursos, y curando las heridas de las almas, al mismo tiempo que las resucitaba para la vida de la gracia, las sacaba del sepulcro de dolor, en que las tenía abismadas la angustiadora desolación.

Ni fue menor la caritativa solicitud, con que el Obispo Flaviano, no obstante los achaques de su ancianidad, lo riguroso del invierno y el extremo apuro, á que una aguda dolencia tenía reducida la vida de su hermana única,

se puso en camino para Constantinopla á fin de alcanzar de Teodosio con sus lágrimas, gemidos y súplicas dolorosas la clemencia y perdón para aquella ciudad, que temblaba verse devorada por el fuego é incendio de su ira. Admirable fue tambien el celo, que por la salvacion de los culpables y el consuelo de la ciudad desolada inspiró Dios á los monges, que poblaban los antes solitarios bosques ó cavernas de las inmediaciones de Antioquía. Luego que oyeron que se hallaba en un abismo de dolor y embriagada con un cáliz de muerte, dejaron sus tranquilos hogares de retiro, oracion y penitencia, y volaron á mezclar sus lágrimas con las de aquellos ciudadanos, de cuya compañía tiempo ha que habian huido para siempre á fin de no hablar mas que con Dios en la soledad. Presentáronse de improviso á compartir con ellos su pesadumbre, y en actitud suplicante pedian á los jueces perdón y misericordia, ofreciéndose á ir en persona á conseguirla del mismo Emperador con su llanto y suspiros. «Si no quereis, clamaban, suspender la ejecucion de la sentencia, sabed que junto con ellos hemos de morir nosotros.» Consiguieron por último que se suspendiesen los castigos, mientras ellos intercedian cerca de Teodosio en favor de los reos; pero Elébico y Cesario, distinguidísimos personajes del im-

perio, que habian ido á Antioquia para ser jueces de aquella causa y con pleno poder de castigar, les ahorraron el trabajo de viajar hasta Constantinopla á echarse á los piés del irritado Emperador para aplacarle, diciéndoles que bastaba que le expresasen sus votos en una carta suplicatoria. Mas con lágrimas que con tinta escribieron los santos solitarios su vehemente y humilde representacion al Soberano. Y el mismo Cesario se ofreció á llevarla á Constantinopla á fin de mover mas y mas con este paso el pecho de Teodosio á piedad y clemencia. Pero ya Flaviano se habia anticipado, presentándose al Emperador con la cabeza inclinada, llenos de lágrimas los ojos y cubierto de confusion, como si él mismo hubiera sido el autor de los males y de los ultrajes hechos á la imperial magestad. Teodosio al verle en semejante estado de abatimiento y penetrado de dolor por la culpa de su pueblo, se le acercó deponiendo su enojo, y no hizo mas que lamentarse de la ingratitude horrenda, con que la ciudad de Antioquia habia correspondido á sus multiplicados beneficios. Flaviano tomó en seguida la palabra, y pronunció un discurso admirable para arrancar del Emperador el perdon anhelado. Y Teodosio al oirle tuvo que violentarse para reprimir sus propias lágrimas. Su respuesta empapada en

sentimientos de profunda religiosidad le honró mas que cien victorias. No solo perdonó á la ciudad culpable, sino que se mostró impacientísimo porque sin pérdida de tiempo llegára á Antioquía la noticia de su perdon. Celebróse esta volviendo Flaviano en la solemnidad de la pascua con festivas aclamaciones, y bendiciendo á Dios en medio del mas vivo y religioso entusiasmo para con el príncipe, que usaba de tan benigna indulgencia, y para con su pastor anciano, que venia de conseguir el mas esclarecido triunfo de su caridad y de su amor entrañable á su mística grey.

Á gran distancia de su palacio tenia Teodosio un consejero, á quien debió el feliz éxito de muchas de sus heróicas empresas. Era un santo solitario llamado Juan, que vivia en una peña de difícil acceso en la Tebáida. Y viéndose próximo á entrar en la arriesgada lucha contra Máximo, tambien le consultó sobre esta guerra, y la favorable respuesta del siervo del Altísimo le animó grandemente á no temer la superioridad de su enemigo, cuyas huestes eran mas numerosas y en extremo valientes y aguerridas. Puso en Dios su confianza, y para tenerle mas propicio publicó varias leyes represivas de las heregías, y en especial contra los apolinaristas, prohibiendo sus reuniones, la creacion de Obispos en las

sectas y el uso entre ellas del título y distintivo de la dignidad episcopal, y ordenando que cuantos se hallasen inficionados de heregía fuesen compelidos á irse á vivir á los desiertos. Llegó por último á su noticia que los arrianos divulgaban con su nombre una ley favorable á los intereses de su pandilla, y declaró que no era suya aquella ley, y que debía ser castigado como falsario cualquiera que la alegase.

Triunfó Teodosio de Máximo en dos grandes batallas. Sitiado el tirano en Aquileya cayó en poder de los soldados del vencedor, al cual fue presentado con los piés descalzos y las manos atadas. Empezó Teodosio á dar señales de compasion, y temiendo que le perdonára, le alejaron de su vista los soldados y le dieron sangrienta muerte. Tambien el hijo del tirano, llamado Victor, que siendo todavía niño ya tenia los honores y la investidura de Augusto, perdió la vida junto con el imperio, que en su triunfal carrera le arrebató uno de los generales de Teodosio. Perdonó este piadoso Emperador á todos los cómplices y partidarios de su enemigo: llamó del destierro á sus hijas, y las entregó á uno de sus parientes á fin de que cuidára de educarlas, y señaló una renta á la infortunada madre del tirano. Antes de concluirse la guerra habia la Emperatriz Justi-

na pasado del tiempo á la eternidad; y así no tuvo la satisfaccion de ver á su hijo Valentiniano vuelto á su trono y engrandecidos sus estados con los que pertenecieron á Graciano por el victorioso esfuerzo y la generosidad laudabilísima del magnánimo Teodosio.

Mas para gloria de la religion cristiana que por su propia honra, hizo el invicto Emperador su entrada triunfal en Roma, é inmediatamente acabó de limpiar esta ciudad insigne de los nefandos restos de la idolatria. Despojó los templos de los falsos dioses y despedazó la mayor parte de sus simulacros: solo se reservaron los que por su belleza artística podian servir de adorno á los edificios públicos. Sin embargo, mostraba su moderacion y prudencia, ascendiendo á mas altos empleos civiles ó militares á los pocos gentiles, que por su mérito personal parecian dignos de semejantes distinciones. Ya en Milan se habia negado á las súplicas de algunos senadores idólatras, que habiendo ido á felicitarle por sus victorias, solicitaron para el paganismo varias gracias; y en la capital del imperio no solo menospreció las lisonjas, que le prodigó Símaco en un pánegírico elocuente, porque entre ellas reiteró la peticion del restablecimiento del altar de la victoria, sino terminado aquel su laudatorio razonamiento, mandó que le despojasen de las

insignias de Senador, y que en un carro le sacasen de Roma, desterrándole á cien millas de distancia de esta ciudad. Sin embargo, poco despues, amortiguado el ímpetu de su indignacion, volvió á admitirle en su amistad, y le hizo Cónsul el año 391. Habia en Milan publicado una ley contra los partidarios y secuaces de Eunomio, y en Roma fulminó otra contra los maniqueos, ordenando que fuesen desterrados de toda la redondez de la tierra, y sus bienes confiscados á beneficio del pueblo. «Siendo, decia, la peste de la sociedad civil, la misma razon persuade que deban ser excluidos de sus derechos.»

CAPÍTULO LVIII.

SUMARIO.

Sedición de los paganos de Alejandría: destrucción del templo de Serapis y de este ídolo. Conviértense muchos gentiles. La iglesia del martirio. La ciudad de Canopo: sus abominables prácticas y su conversión. Celo y muerte de San Marcelo de Apamea. Tiránico extrago hecho en los habitantes de Tesalónica: episcopal fortaleza de San Ambrosio: penitencia del Emperador. Condenaciones de los itacianos. San Félix. Heregía de Joviniano: la condena el Papa San Siricio: la impugnan San Ambrosio y San Gerónimo. Santa Paula funda monasterios en Belen. Ocupaciones de San Gerónimo.

Para la mas completa extincion de la idolatría en el Oriente, se amotinaron los gentiles de Alejandría, pues habiéndose encastillado en el famoso templo de Serapis, que era una especie de ciudadela, ó mejor dicho, una excelente posicion militar para los sediciosos, cogieron prisioneros y martirizaron á muchos cristianos, que no querian rendirse á tributar el indigno homenaje que les exigian para aquel ídolo. Por último, fue preciso que las autoridades de Alejandría suspendiesen el hostilizar

á los idólatras, mientras venia la respuesta de la comunicacion enviada á Teodosio. Respondió este benigno Emperador perdonando la vida á los gentiles amotinados, y mandando que fuesen demolidos los templos de los ídolos por Teofilo Obispo de la ciudad auxiliado por las autoridades civiles y militares. Apaciguados los idólatras, se procedió á la destruccion del famoso dios Serapis. Era de una grandeza desmedida, y entre otras fábulas habia la ciega gentilidad acreditado la de que si algun temerario se atrevia á tocar ó á insultar á aquella colosal estatua, inmediatamente se aruinaría el cielo, se hundiria la tierra, y la naturaleza toda volveria al caos primitivo. Aunque los cristianos se burlaban de tan ridicula supercheria; sin embargo, así como los sueños de cosas formidables todavía despues que se dispierta, parece que siguen en posesion de producir algun miedo; de igual manera el vulgo alejandrino conservaba un no sé qué en el pecho de temerosa impresion por el crédito, que en lo antiguo habia logrado aquella graciosa patraña. Hallándose, pues, un poco conmovido al ir á presenciar el espectáculo de la destruccion del ídolo y del mundo, cogió un soldado un enorme martillo, y en medio del natural estremecimiento de los gentiles, que no se creian seguros de que en aquel instante les

sorprendiese la improvisa muerte del universo, levantó el brazo, y descargó con toda su fuerza sobre la cara de Serapis un golpe tremendo y ruidosísimo. Alzóse una grande gritería, como si se hundiese la tierra y el cielo se cayese; pero viendo que la tierra y los cielos permanecían en sus respectivos puestos, y que nada hacia Serapis por vengar sus agravios, todos se tranquilizaron, y vieron con mucho gusto cómo el valiente soldado iba con su martillo hiriendo y desmenuzando aquella famosa estatua; y sus miembros rompidos pasaban de mano en mano, y eran arrastrados por la ciudad con estrepitoso escarnio de las antiguas supersticiones, y por último el tronco informe fue deshecho en medio del anfiteatro por la actividad de las llamas, que lo redujeron á cenizas. Demolido el templo del ídolo difunto, convirtiéronse á la fé y recibieron el bautismo muchos gentiles, y aun los mismos sacerdotes de aquella mentirosa divinidad.

En el lugar, en que habia estado el templo de Serapis, se edificaron dos iglesias, y á una de ellas se dió el nombre del *martirio* por haberla dedicado al culto de las reliquias de San Juan Bautista transportadas á Alejandría en tiempo de San Atanasio. Tal era la veneracion, que en aquella edad de oro de la Iglesia se tenia á los Santos, y en especial á

los mártires, honrando sus sepulcros y sus cenizas, y levantándoles templos suntuosos.

Distaba poco de Alejandría la ciudad de Canopo, que por su clima suave y su deliciosa situación era en Egipto muy afamada, y porque en ella podia decirse que habitaban como en su corte imperial los falsos dioses. Habia una escuela pública de mágia, infausto origen de aquellos horribles crímenes, que los maestros de arte tan abominable y los sacerdotes idólatras cometian en los subterráneos de sus templos, á donde á solo ellos era permitida la entrada. Así cuando el Obispo Teófilo arruinó los templos de Alejandría, y penetró en aquellas oscuras cavernas y pretendidos santuarios de ídolos, halló cabezas de niños con los lábios dorados como víctimas inmoladas á los demonios, y pinturas, que ofrecian á la vista diversidad de muertes inhumanas. El descubrimiento y publicacion de semejantes abominaciones dieron motivo para convertirse á la religion cristiana á multitud de infieles. Canopo, que hasta entonces habia sido, cual ciudad dedicada al ídolo Serapis, una escuela de obscenidades, en breve tiempo se vió hecha un jardin de virtudes, y despojándose hasta de su antiguo nombre, se llamó La Metanea, es decir, la penitencia, denominacion, que le vino del monasterio insigne, que allí se fabricó y

habitaron los cenobitas del Orden de Tabena.

Como ya se daba en todo el Oriente la última batalla contra el paganismo, los celosos Obispos se apresuraron á derribar los templos de ídolos, que sobrevivian: distinguióse entre ellos San Marcelo, Obispo de Apamea en la Siria, y adquirió mayor celebridad su activa empresa por la resistencia, que halló no solo por parte de los idólatras sino tambien por la del infernal enemigo al derruir el templo de Júpiter. Hasta del fuego se hechó mano para arruinarlo; pero al ímpetu de las llamas se oponia amortiguándolo un fantasma negro. En tal conflicto recurrió el santo Obispo á la oracion, é hizo rociar con agua bendita las maderas del gentílico edificio, el cual fue luego consumido por las llamas devoradoras. Toda la ciudad habia asistido á aquel espectáculo, y luego que los cristianos supieron de qué modo consiguió el Santo Obispo ahuyentar al demonio, entonaron himnos de bendicion y alabanza al Todopoderoso. La corona del martirio fue el celestial premio de Marcelo. No contento con haber arruinado los santuarios de la idolatría en el recinto de la ciudad, pasó á exterminarlos en las comarcas circunvecinas; y mientras los soldados que le acompañaban luchaban con los paganos que se les oponian, habiéndose el Santo quedado solo á alguna dis-

tancia atormentado por los dolores de la gota, recibió la muerte de mano de algunos de aquellos idólatras furiosos.

Una sedición del pueblo de Tesalónica ha adquirido extraordinaria celebridad por las consecuencias gravísimas, que sobrevinieron al delito. Excitada la indignación de Teodosio, sus ministros la impulsaron hasta atropellar las leyes de la justicia y de la humanidad. San Ambrosio acudió á tiempo de moderarle y de arrancarle la promesa de revocar su injusta y sanguinaria sentencia; mas prevalecieron de nuevo en el ánimo de Teodosio los crueles consejos de sus ministros, y á torrentes se vertió la sangre de los ciudadanos de Tesalónica, que sin distinción alguna de culpables ó inocentes fueron acuchillados por las tropas. En tres horas de matanza llegaron á siete mil las víctimas, comprendiéndose en el universal estrago los niños y las mujeres. Semejante atrocidad consternó al universo. San Ambrosio se ausentó de Milan por no ver al Emperador, á quien escribió una carta llena de energía y santo celo, reprendiéndole su crueldad y exhortándole á penitencia. Pero transcurridos algunos dias, volvió á su Iglesia determinado á no admitir en la casa de Dios al culpable Emperador, si antes no se hubiese limpiado de su pecado con lágrimas de verdadera penitencia.

Y así lo hizo. Iba Teodosio al templo, y el venerable Prelado salió á su encuentro, y le detuvo en el átrio: con terribles palabras le puso de manifiesto que no era digno de asistir á los divinos misterios, y le declaró que le cerraba las puertas del santuario hasta que expiase su delito con los rigores de una sincera penitencia. Teodosio al oírle solo se acordó de que era cristiano y de que como pecador debía sujetarse al ministro de Dios. Volvió á palacio, deshaciéndose en lágrimas de compuncion, y quitándose las insignias de su dignidad suprema, gimió, se humilló en la presencia del Altísimo y apareció en todo como un verdadero penitente. Á los ocho meses de llanto, compuncion y rigores expiatorios, uno de sus aúlicos fue en vano á interceder por él cerca del Santo Obispo: Ambrosio se mostró inflexible. El mismo Emperador se le presentó en su propia casa á suplicarle que le absolviese; y San Ambrosio le dijo: «¿Qué frutos habeis hecho hasta ahora de verdadera penitencia?» No fue sin embargo del todo vana la humilde resolucion de Teodosio de implorar la clemencia del Santo. Movióle este á mandar que en adelante las sentencias capitales no se ejecutasen hasta haber sido revisadas al cabo de treinta dias y confirmadas en caso de ser justas. Además, le recordó la obligacion de

sujetarse á la penitencia pública; y el gran Teodosio fue á postrarse á las puertas del templo, á llorar su delito, á dar un preclaro ejemplo de humildad cristiana y á merecer la admiracion de las generaciones venideras mas que por sus victorias ilustres por su humildísima penitencia. Sabido es que en casos extraordinarios, y cuando los penitentes mostraban señalarse en el fervor de su espíritu, podian los Obispos abreviar el tiempo de la penitencia pública, y de esta facultad usó San Ambrosio con el edificante Emperador prosternado á las puertas del templo. Si el Obispo se mostró grande en corregir al Emperador culpable, no fue menor la grandeza de alma, que en este resplandeció al sujetarse humildemente á un ministro de Dios al mismo tiempo que estremecia las naciones con su espada y su cetro.

Por aquel mismo tiempo condenó San Ambrosio, como lo acababan de hacer otros Obispos de las Galias en un Sínodo á los partidarios de Itacio, que aun turbaban aquella provincia. Ni se mostró menos enérgico con ellos el Sumo Pontífice San Siricio, fulminándoles igual sentencia de condenacion. Siguieron su ejemplo pocos años despues los Obispos del Sínodo de Turin, los cuales protestaron que no admitian á la comunión de la Iglesia ca-

tólica á los que no se hubiesen separado de la del itaciano Félix de Tréveris, conforme lo ordenaban las cartas del Sumo Sacerdote de la Iglesia Romana. Era Félix de intachables costumbres, y es fácil observar en el curso de la historia que los que las conservan puras suelen ser objeto de una particular misericordia de Dios, que los vuelve al buen camino, haciéndoles dejar sus extravíos. Así sucedió con Félix. Viendo este Obispo que por su causa ardia en las Galias la tea de la discordia, dando un brillante ejemplo de humildad y abnegacion cristiana, dejó el obispado y se retiró á hacer penitencia á un monasterio que él mismo habia fundado en las inmediaciones de Tréveris. Allí fue tan edificante su vida que la Iglesia le ha puesto en el número de los Santos, y su nombre se lee en el martirologio romano á 26 de Marzo.

Mayor que la maldad de los itacianos llevados de un exceso de celo imprudente y ageno de la dulzura del Evangelio, fue la de Joviniano, á quien con sobrado fundamento pudo llamarse el Epicuro de las sectas heréticas. Habiendo abrazado la vida monástica, se cansó de sus saludables rigores, y se entregó á la molicie y á la depravacion de costumbres. Hízose maestro de voluptuosidad, enseñando que estaban demás las penitencias para cuan-

tos habian recibido el bautismo, cuya gracia y justificacion se conservaba á pesar de todos los desórdenes de la vida; y soltó la rienda á la lujuria, á la gula y á todo género de intemperancias. Semejante doctrina habia de tener de su parte á los hombres flojos, á los de ánimo apocado, á los de corazon corrompido, y en una palabra, á los viles esclavos de la carne, pues su autor declaraba abierta guerra á la virginidad, combatiendo las santas y austeras máximas del Evangelio. Á este fin escribió un libro impuro y de ideas tan innobles como destituido de todo mérito literario. Fue lo peor que conservando Joviniano un engañoso barniz de santidad, logró seducir á varias gentes de uno y otro sexo; que hasta entonces habian ido por el camino de la virtud.

Informado el Pontífice San Siricio de que la pestífera maldad de Joviniano hacia prosélitos, reunió la porcion mas escogida de su clero, y en su presencia examinó la nueva y perniciosa doctrina de Joviniano, y la condenó solemnemente. Su autor y sus principales secuaces fueron tambien comprendidos en la condenacion del Papa San Siricio, quien la publicó en una carta dirigida á todos los Obispos de Italia. Viéndose Joviniano condenado y excluido de la comunión de la Iglesia de Roma, se trasladó á Milan, en donde se hallaba la

corte, lo que fue causa de que el Pontífice enviara tres legados, que en aquella ciudad defendiesen la fé de las artificiosas asechanzas de la heregía. Pero el campo estaba bien dispuesto en favor de la verdad, y el negro error huyó avergonzado y confundido. El Emperador Teodosio se horrorizó luego que supo sus blasfemias. Los hereges eran mirados como personas apestadas, y fácilmente consiguieron desterrarlos de las ciudades los legados del soberano Pontífice. San Ambrosio respondió á la carta de San Siricio alabando su vigilancia y pastoral cuidado en defender la grey de los asaltos de aquellos lobos. Lejos de corregirse Joviniano, tuvo en Milan el descaro de blasfemar contra la virginal integridad de la inmaculada Madre de Dios. No se atrevió á negar la concepcion del divino Verbo en sus purísimas entrañas por sola la virtud del Espiritu Santo; pero afirmó que Jesucristo no habia salido del virginal tálamo de su Madre sin violar su candor immaculado. Contra esta asercion no menos opuesta á la fé que injuriosa á la virtud y omnipotencia del Hijo de Dios y á la dignidad de su Madre purísima hablaba enérgicamente San Ambrosio en su contestacion á la carta del Romano Pontífice. Esta epístola de San Ambrosio llevaba tambien las firmas de San Sabino, Obispo de Plasencia, de San Basiano

de Lodi, y de otros Obispos que habian asistido al Sínodo de Milan. Despues de algunos años volvió Joviniano á celebrar en las inmediaciones de Roma sus sacrílegos conventículos, y habiéndose quejado el Papa, el Emperador Honorio le desterró á la isla de Boas sobre las costas de la Dalmácia.

Entre los impugnadores de esta nueva herejía sobresalió San Gerónimo, que escribió contra Joviniano con su acostumbrado calor y vigoroso razonamiento.

Hacia algun tiempo que el Santo Doctor se habia establecido en Belen, cerca de la venturosa cueva en que nació el Salvador del mundo. Santa Paula y su hija Eustoquio, que le tenian por maestro en la ciencia de las divinas Escrituras y en los caminos de Dios, se fijaron igualmente en Belen despues de sus viajes por Egipto y Palestina. Santa Paula edificó dos monasterios, el uno para hombres, poniéndolo bajo la direccion de San Gerónimo, y el otro para mujeres, haciéndose ella misma maestra y guia de las que en él abrazaban la vida religiosa. La Santa fundadora y su hija la virgen Eustoquio, aunque de estirpe nobilísima y criadas en medio de la mayor opulencia, se ocupaban incesantemente en los oficios mas humildes, y el único recreo de su espíritu era leer la Sagrada Escritura en compañía de San

Gerónimo á fin de que este sabio maestro les explicase, como lo hacia, los pasos mas dificiles. Tanto estas sus dos excelentes discipulas, como Santa Marcela desde Roma por medio de sus cartas, le instaban á que escribiese los comentarios ya de uno, ya de otro libro de la Sagrada Biblia. Ni podia hacerse á Gerónimo una peticion mas conforme á su genio y á sus inclinaciones. Cumplia exactamente los deberes de la vida monástica, y alentaba á los demás con su ejemplo; pero en cuanto al trabajo de manos, en el cual acostumbraban los monges emplear diariamente algun tiempo, creyó que debia dispensarse de él, porque sin duda alguna era mas grato á los ojos de Dios el afan provechoso de interpretar la Sagrada Escritura con el caudal de ciencia que en sus largos estudios habia adquirido. Aunque no le era desconocido el hebreo, para poseerlo con mayor perfeccion, á pesar de sus años, tomó por maestro á un judío, que iba de noche á darle sus lecciones por miedo de que lo llevasen á mal los demás judíos si llegaban á saberlo. Así consiguió San Gerónimo completísimo conocimiento de la lengua, en que originalmente se habian escrito las divinas letras.

CAPÍTULO LIX.

SUMARIO.

Vuelve San Agustín al África y establece en ella la vida monástica: va á Ipona y recibe el órden sacerdotal: sus santas empresas: su celo por la conversion de los hereges. Carácter y predominio de Arbogastes. Firmeza cristiana y demás virtudes del jóven Valentiniano: su muerte: sentimiento de San Ambrosio. El tirano Eugenio viste la púrpura: consulta Teodosio al profeta Juan sobre la guerra: se prepara á ella de un modo edificante. Eugenio se deja doblegar por los paganos. San Ambrosio se ausenta de Milan, y escribe á Eugenio: resucita á un niño en Florencia.

Agustín desde su dichosa conversion habia, como San Gerónimo, suspirado siempre por la soledad, y casi al mismo tiempo que este Santo Doctor en Palestina, echó en África los cimientos de una nueva órden religiosa. En el momento que vió libre el paso del mar y en paz la tierra por los triunfos del gran Teodosio, se restituyó á su patria, enagenó todos sus bienes, y por amor de Jesucristo se desprendió de ellos, no reservando su generosa caridad mas que lo muy preciso para su propia manutencion y la de su hijo. Se retiró con

varios de sus amigos igualmente empeñados en la obra de su santificacion á una casa de campo, que bien luego se convirtió en monasterio, cuyo fundador, director y ejemplar primero y brillantísimo fue él mismo. La oracion, los ejercicios de penitencia, las divinas alabanzas y la práctica de todas las virtudes eran su ocupacion continua; mas aunque su anhelo hubiera sido vivir para solo Dios entregado á las delicias del estudio y de la contemplacion, la caridad le obligaba á derramar las luces de su sabiduria y los consuelos de la religion en las muchas personas que venian de Tagasta á consultarle, ó á descubrirle los amargos secretos de sus almas atribuladas. Sin embargo hallaba tiempo, muchas veces privándose del sueño y de todo reposo, para componer sus obras magistrales. Entre los opimos frutos que en esta época produjo, el mas admirable fue su tratado de la verdadera religion: Alipio lo envió á San Paulino de Nola, y este Santo, que al mismo tiempo era un insigne literato y uno de los mejores poetas de su siglo, hizo de él los mas encarecidos elogios. Ni era inferior al de Agustin el talento de su hijo Deodato, que prometia ser una esplendorosa lumbrera de la Iglesia; pero el Señor se enamoró de la hermosura de su inocencia, y transplantó al cielo aquella delicada flor, que ya exhalaba

rico aroma de esquisitas virtudes. Murió Deodato en la tierna edad de 16 años, y su padre Agustin tuvo el consuelo de saber que no habia dejado esta region de espinas sino para volar á la eterna gloria.

Pero no pudo Agustin disfrutar por largo tiempo de la quietud apacible de la vida monacal. Su caridad le llevó á Hipona con el objeto de tener una conferencia espiritual con un magnate, que deseaba abandonar el mundo. El Señor habia dispuesto aquel viaje para dar en Agustin un celoso ministro de los altares y un sabio auxiliar en la predicacion del Evangelio al anciano Obispo de aquella ciudad llamado Valerio, el cual no expresándose con soltura en la lengua latina por ser nativo de Grecia, á Dios pedia que le diese un hábil coadjutor en su ministerio. Hablando estaba el venerable viejo de estos sus vivos deseos con su pueblo reunido al pié del púlpito, cuando Agustin, ignorando lo que pasaba, entró en la iglesia, y los fieles, que le conocian y amaban por su sabiduría, su celo, su caridad y demás virtudes, le presentaron al Obispo como el varon que Dios le enviaba para llenar sus votos. Valerio á pesar de toda su resistencia le ordenó de sacerdote, y le agregó á su Iglesia. Pidióle Agustin que al menos le dejara algun tiempo para disponerse

al desempeño de las sagradas funciones del sacerdocio. Y no solo accedió Valerio á sus deseos, sino que sabiendo que buscaba un local para establecer en Hipona un monasterio semejante al fundado en Tagasta, le dió un huerto contíguo á la iglesia, y en él levantó el Santo Doctor otro monasterio muy célebre en lo sucesivo. porque de entre sus monges salieron varios Prelados eminentes. Así fue Agustin como el alma y como la raíz de la vida monástica en el África, pues formó con su ejemplo, enseñanza y austero régimen á los que en el Continente africano habian de ir dilatando los institutos monásticos hasta poblarlo de ellos. Solo en Hipona en vida del mismo San Agustin se veian varios monasterios, y por su influjo, consejo y obra se establecieron otros muchos en diversas ciudades y provincias. Á él tambien fue debido el establecimiento de monasterios de vírgenes, que antes no se conocian en África, aunque la santa virginidad habia enarbolado su celestial bandera desde que se introdujo en aquel país el cristianismo, pues muchas mujeres piadosas ofrecian al Señor la azucena de su castidad virgínea. El monasterio que fundó en Hipona tuvo por superiora á su hermana, y las hijas de su hermano formaban parte de aquella edificativa comunidad.

Admirable es Dios en sus grandes siervos. Lo es sobremanera en las maravillosas empresas, que á San Agustin concedió llevar á cabo. Pasmá el considerar que un solo hombre fuese capaz de tanto. Él se propuso extirpar los abusos que notaba en las Iglesias de África, y lo consiguió; él tomó á pechos destruir la herejía y cisma de los donatistas, y que sus deseos no fueron vanos bien lo comprueba la historia; él intentó hacer que por todas partes reináran las virtudes y floreciera la piedad; y á sus esfuerzos correspondieron los bellisimos resultados, pues jamás brilló con tanto esplendor la Iglesia de África como en su tiempo. En todas estas grandiosas obras tuvo por compañero y partícipe de su gloria á su constante amigo Aurelio, que por espacio de treinta y seis años gobernó la Iglesia de Cartago con fructífero celo, prudencia, dulzura y fortaleza. El cielo por su parte parece que se complacia en bendecir las empresas de estos dos Obispos, que eran como el alma, el corazon y la cabeza del cristianismo en África: llovian los favores divinos, multiplicábanse las gracias extraordinarias, y la piedad hallaba su recompensa aun antes de volar á las alturas celestiales.

Entre los mas esclarecidos triunfos de Agustin debe contarse su disputa con el maniqueo

Fortunato, presbítero de gran valia en su secta, á quien confundió en público, avergonzándole de tal suerte que tuvo que ausentarse de Hipona. El Santo Doctor recopiló, en un libro su controversia con aquel afamado herege, y cuantos maniqueos llegaron á leerlo se convirtieron y entraron en el seno de la verdadera Iglesia. Pero nada mas digno de imitacion que el incansable celo desplegado por Agustin para convertir á los donatistas, que infectaban toda el África. Predicaba contra sus errores, los desafiaba á disputar con él, los buscaba en todas partes y á todas horas para traerlos al camino de la salvacion; no se desalentaba cuando sus trabajos eran infructuosos, no retrocedia al ver que le aborrecian los que él intentaba llevar al cielo. Así clamaba desde la cátedra del Espíritu Santo: No me avergüenzo de decir que soy un importuno; porque estoy oyendo al Apóstol: *predica la palabra de Dios oportuna é importunamente*. Oportunamente á los que la aman, é importunamente á los que no la quieren oír. No queria que el Señor le reconviniere diciendo: *No llamaste al que andaba extraviado, ni buscaste al que caminaba á la perdicion*. Devorábale en verdad el envidiable celo de salvar almas.

Despues que el jóven Valentiniano salió de la corrompida atmósfera en que su madre le

criaba, por la tribulacion y por los consejos de Teodosio llegó en breve tiempo al conocimiento de la verdad católica, la amó y con ella mejoró su corazon de tal manera que vino á ser uno de los príncipes mas grandes y excelentes que se hayan presentado en el mundo en la dilatada sucesion de los siglos. Tuvo en él la religion verdadera un baluarte firmísimo. El conde Argobastes, bárbaro de nacimiento, pagano y sobremanera ambicioso, era el primer personaje de su imperio; mandaba los ejércitos; habia prestado en la guerra importantes servicios; su prudencia, su valor, sus dotes de gobierno le habian elevado á encumbradísima categoría y le hacian necesario al estado. Lleno de orgullo su corazon altivo, se propuso ser el único árbitro del imperio y que el jóven príncipe, si bien sentado en el trono, no hiciese mas que obedecerle. Y se engañó. Arbogastes creyó que podia levantar de su posturacion al paganismo: hizo que algunos pocos senadores idólatras le dirigiesen una peticion para el restablecimiento de las prerogativas de su falso culto: doblegó los ánimos de cuantos componian su consejo á acceder á aquella demanda: hasta los cristianos por temor ó cobardía emitieron un voto favorable al desacreditado paganismo. Pero todo el poderío de Arbogastes se estrelló en la firmeza del jóven



Valentiniano, que desechó indignado el parecer de su consejo y reprendió la pusilánime vileza de los cristianos, que á él suscribieron. Arbogastes se ofendió al ver por tierra sus designios y sus maquinaciones. Poco despues el magnánimo príncipe moria á las orillas del Ródano asaltado por una banda de ladrones; y la voz pública acusaba á Arbogastes de haber privado al imperio de un señor incomparable por su magnanimidad, su celo y sus virtudes. Acababa de llamar á San Ambrosio á que viniese á bautizarle; y su muerte fue para este insigne Santo una espada de dolor, que le atravesó el alma; y así es que difícilmente se hallarán afectos tan vivos y patéticos, tan tiernos y sentimentales como los que San Ambrosio derramó en la oracion fúnebre pronunciada en presencia de las dos hermanas de su llorado Valentiniano. No dudó asegurar en ella que su alma habia volado al cielo, aunque todavía no hubiese recibido el bautismo, porque su piedad acendrada y sus vehementes deseos de recibirlo eran ya un bautismo á los ojos de Dios.

Llegada á Constantinopla la noticia de la muerte de Valentiniano y de que Arbogastes habia entregado el imperio de Occidente al retórico Eugenio, fue grande, como era de esperarse, el sentimiento de Teodosio, que estaba

casado en segundas nupcias con una hermana de aquel malogrado Emperador. Incitábanle á la venganza tanto los afectos de familia como poderosas razones de estado; pero nada quiso emprender sin consultar antes la voluntad del Altísimo, á la cual queria estar de todo punto sujeto; y no contento con hacerlo por sí mismo en la oracion, envió á uno de los personajes de su córte á los desiertos de la Tebaida á llamar al solitario Juan para que le dijese lo que debia hacer, ó si no podia reducirle á dejar su retiro, desde luego le descubriese los secretos de Dios. El Profeta Juan respondió al enviado de Teodosio prometiéndole la victoria en la guerra, y añadió que despues de ella moriria en Italia, dejando á uno de sus hijos el imperio de Occidente.

Asegurado Teodosio del buen éxito de la empresa, se preparó á la guerra con ayunos y oraciones, pasando gran parte de la noche en ejercicios de piedad, y visitando junto con los Obispos y con el pueblo los santuarios de mas devocion. Muchas veces postrándose sobre un cilicio en los sepulcros de los mártires, pedia mediante su intercesion que el Dios omnipotente bendijera sus armas. Y para moverle á que le fuera propicio, publicó varias leyes muy conformes al espíritu del Evangelio.

Diversa de la de Teodosio fue la conducta

del tirano Eugenio. Era cristiano, y aunque despues de su elevacion al imperio todavía al menos en lo exterior se conducia como tal, la circunstancia de haber debido su exaltacion al general Arbogastes le tenia como postrado á sus piés, y dicho se está que le quitaba el valor necesario para resistir á las exigencias de los paganos, siéndolo el que en realidad hacia de Emperador, y no llevando Eugenio mas que el título y las insignias de esta suprema dignidad. Y con efecto, los pocos senadores idólatras acudieron segun su costumbre á pedirle la devolucion de las rentas de los templos de ídolos: Eugenio por dos veces se negó á concedérselas; pero á la tercera sucumbió cobardemente, porque la instancia se hacia en presencia del terrible Arbogastes, que la apoyaba con su crédito y su pujanza formidable. Al observar San Ambrosio que iban á romperse las hostilidades y que el tirano avanzaba con su ejército hácia Italia, creyó que no debia esperarle en Milan, y se ausentó confiado en que su clero sabria mantener con firmeza los derechos de la Iglesia. Sin embargo, motivos de caridad le impulsaron á escribir á Eugenio en favor de algunos desgraciados, y aprovechando esta ocasion, con santa libertad y calorosa energía le reconvino por haber devuelto á los ídolos las rentas, que

les habian quitado los Emperadores cristianos.

Mientras duró la guerra estuvo San Ambrosio en Florencia hospedado en casa de un ciudadano ilustre, que se llamaba Decente; y Dios puso de manifesto el poder de su siervo obrando la maravilla de resucitar á un niño. Estaba este obsesò, y era hijo del piadoso Decente: fue en vano que San Ambrosio orára por él y le impusiera las manos; no quiso el demonio dejar su presa; murió el niño, y entonces fue cuando el Señor entregó á su siervo su omnipotencia para resucitarle. Su madre llena de fé y de esperanza llevó su cadáver á lo mas alto de la casa en donde vivia Ambrosio, y le puso sobre la cama del Santo; hallándole este al volver de la calle en su propio lecho, comprendió cuánta era la piedad, la afliccion y la fé viva de aquella madre, y como otro Eliseo se tendió sobre el cadáver del niño, juntó sus miembros vivos con los del muerto y orando fervorosamente alcanzó del Señor volverle á la vida y entregársele resucitado á su madre.

CAPÍTULO LX.

SUMARIO.

Historia de San Paulino de Nola. Marcha, batalla, vision y milagrosa victoria de Teodosio. Muerte de Eugenio. Clemencia de Teodosio: su muerte: sus preclaras cualidades y fama póstuma.

Bello es observar cómo entre las revueltas del mundo prosigue la divina gracia sus conquistas y la grande obra de la santificación de los elegidos para el cielo. En estos mismos años, en que con frecuencia se estremeció el universo romano al rudo empuje del carro de la guerra, el nobilísimo Paulino, que á la edad de veinte y cinco años habia sido cónsul y despues gobernador de una de las principales provincias del imperio, por efecto de la gracia del bautismo, que recibió en Burdeos de mano de San Delfin, se movió á hacer una vida enteramente santa. Inmensas eran sus riquezas y las de su esposa Terásia, y vendieron todas sus posesiones para que su importe pasára á mano de los pobres, y ambos quedáran mas libres de los cuidados del mundo para entregarse á Jesucristo desnudos de todo bien terreno. Mas no eran las dignidades, la nobleza,

y la opulencia las únicas ventajas, que daban á Paulino un alto puesto en la sociedad: la elocuencia y la poesía tejian para sus sienes las mas hermosas guirnaldas de su siglo: un carácter amable, un ingenio sublime, una educacion brillante y todo el coro de las mas dulces virtudes hacian que Paulino fuera un conquistador de corazones, rodeándole siempre una porcion de amigos fieles y cariñosos. Pero él lo dejó todo por consagrarse mas de veras al divino servicio. Determinado á pasar en Nola el resto de sus dias junto á la iglesia del célebre mártir Félix, de quien habia recibido singulares favores, y al cual tenia una extraordinaria devocion, se dirigia desde España á Italia, y á este fin se hallaba ya en Barcelona cuando el pueblo de esta ciudad por especial mocion del Espíritu Santo le presentó á su Obispo para que le ordenára de sacerdote. Sorprendido Paulino se resistió, pero en vano. Lo único que pudo lograr fue el no quedar adicto á la Iglesia de Barcelona. En Nola junto al templo del mártir Félix habia hecho edificar un monasterio, y en él congregando á algunos amigos imitadores de su fervorosa piedad, se consagró á los ejercicios de la caridad cristiana y de la devocion mas piadosa y ardiente, poniendo á la santa humildad por cimientto del edificio de sus virtudes. Su es-

posa Terásia no vivia con él para compartir el lecho sino para acompañarle con un mismo espíritu en las vigiliass y en los rigores de la penitencia. Ni por eso dejaba el famoso Paulino de cultivar las letras y la poesía puestas ya al servicio de Dios y de sus Santos: todos los años componía un poema en loor de San Félix. Y á la devocion á este glorioso mártir juntaba la de los Apóstoles Pedro y Pablo, yendo todos los años á Roma á visitar sus sepulcros. Ni tantas virtudes le libraron de los tiros de la envidia y de la maledicencia, que no perdonan á los Santos. En Roma fue perseguido por individuos del clero. ¿Ni qué extraño que lo fuese si son las tribulaciones el sello de los predestinados?

Habiendo Teodosio concluido los preparativos de la guerra, vino con su ejército en busca del tirano Eugenio. Acompañábanle como tropas auxiliares los Godos, entre cuyos principales jefes figuraba Alarico, que despues se hizo tan célebre, y los iberos que marchaban á las órdenes de su Rey Bacurio, hombre de acendrada piedad, de valor y mérito eminente. En el ejército de Eugenio se tremolaban los estandartes de los ídolos: la entrada de los Alpes se hallaba defendida no solo por el Prefecto Flaviano, que como insigne agorero habia prometido la victoria, sino tambien por

las estatuas de Júpiter armadas de rayos. Sin embargo, Teodosio penetró y forzó el paso de los Alpes, y el Prefecto Flaviano buscó su muerte en la batalla que perdió con la vida. Esperó el general Arbogastes en el llano, y el combate fue tremendo. Los Godos de Teodosio se vieron obligados á cejar, y pereció gloriosamente en la lid el Rey Bacurio. Teodosio, que esto veía desde una eminencia, se prostró en tierra é hizo al Todopoderoso una fervorosa deprecacion. Cobraron ánimo los oficiales que le rodeaban, y corrieron á detener á los fugitivos, y de nuevo volvieron á la carga. Se renovó la lucha con encarnizada ferocidad; pero la noche separó á los combatientes, y Teodosio la pasó implorando el auxilio divino; estando ya para amanecer le rindió el sueño, y tuvo una vision, en la cual se le aparecieron dos hombres vestidos de blanco y montados en caballos igualmente blancos. Entendió que eran los Apóstoles San Juan y San Felipe, y le exhortaron á volver á la pelea, prometiéndole el triunfo.

Idéntica vision tuvo un soldado. Con esto se animó todo el ejército. El nuevo dia fue la señal del combate: bajó Teodosio de la eminencia en que habia estado aquella noche, y se vió en gran conflicto, porque en pos de él descendian al llano otras fuerzas enemigas, que

habian estado emboscadas, de modo que tenia contra sí un ejército delante y otro detras, siendo el suyo muy inferior. Sin descorazonarse recurrió al cielo, y Dios le oyó, y en aquel momento se sintieron mudados los corazones de los caudillos que mandaban las huestes, que le acometian por la espalda; le reconocieron por legítimo Emperador, y se pusieron de su parte. Arbogastes se lanzó como un leon á la batalla; pero los suyos hubieron de ceder á un impetuoso viento, que el Dios de los ejércitos envió contra ellos: no podian sostener las armas defensivas, ni manejar las ofensivas, y sus saetas tornaban á herirlos impelidas por el furioso torbellino que las revolvia. Dan testimonio de estos prodigios en sus obras Rufino, Orosio, San Agustin, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, que vivian por aquellos tiempos, y entre los gentiles el poeta Claudiano en el panegirico que compuso diez y ocho meses despues de tan memorable batalla para el tercer consulado de Honorio, si bien como pagano atribuyó el milagro al buen destino del príncipe, que todavía era niño. Arrojaron las armas los soldados de Arbogastes, no queriendo pelear contra los cielos, é imploraron la clemencia de Teodosio, quien los recibió benignamente y les dijo que en prueba de su fidelidad le trajesen al tirano Eugenio. Hallá-

base este en la cima de un collado, esperando la noticia de su victoria, cuando algunos de los suyos fueron corriendo hácia él, y al verlos venir muy fatigados, creyó que conforme á las órdenes, que les tenia comunicadas, habrían hecho prisionero á Teodosio; mas ellos le dijeron: «No hemos venido á traerte á Teodosio, sino á llevarte á tí á la presencia del Emperador, porque nos lo ha mandado el que gobierna el universo.» Y acto continuo le cargaron de cadenas, y llevándole con las manos atadas á las espaldas, le presentaron á Teodosio, quien ordenó que le quitáran la vida.

Despues de este ejemplar castigo hizo Teodosio resplandecer en su conducta la clemencia, mansedumbre, dulzura y caridad, que inspira nuestra divina religion, á lo cual contribuyó grandemente la piadosa solicitud de San Ambrosio. Los vencidos, aunque culpables, no solo fueron perdonados con magnánima generosidad y presteza, sino tambien acariciados y ensalzados por la munificencia del victorioso Emperador. Así mostró cuán diversa es en sus triunfos la conducta de un príncipe cristiano de la de otros vencedores, á quienes no anima el espíritu del Evangelio. Fue tambien uno de los primeros cuidados del inclito Teodosio el mandar que en todo su imperio se mostrase el mas vivo reconocimiento al Todopoderoso

con muy solemne accion de gracias por las maravillas obradas en favor de sus armas. Muy oportunamente reflexiona el Cardenal Orsi que con semejantes prodigios anticipó el Altísimo una elocuente respuesta á los impíos, que habian de atribuir la ruina y decadencia del romano imperio á la desaparicion del culto de los ídolos, como si estos que no pudieron defenderse á sí mismos, fueran capaces de sostener el mundo estremecido por violentos terremotos. Sí; el verdadero Dios es el único que puede levantar de su postracion un reino, rejuvenecerle, vestirle de gloria y coronarle de magníficos triunfos. Es cierto que las tribulaciones son el patrimonio de los justos sobre la tierra; pero tambien nos asegura la Sagrada Escritura que los ojos de Dios están fijos en ellos para protegerlos, y muchas veces ha concedido la mas completa victoria á los Reyes que defendian la sacrosanta causa de su religion. La historia es buen testigo.

Viendo Teodosio cumplida en cuanto á sus victorias la primera parte de la prediccion del santo profeta Juan, creyó que en breve se realizaria la segunda, que le anunciaba una próxima muerte. Disponiéndose á ella cristianamente, llamó de Constantinopla á su hijo Honorio, al cual aunque era niño habia ya declarado Augusto, señalándole por su herencia

el imperio de Occidente. Y no tardó en verificarse el vaticinio. Murió el gran Teodosio, dejando un testamento edificante y el mundo romano á sus dos hijos. Dicese que tenia cincuenta años cuando la muerte le despojó de las grandezas de la tierra para encerrarle en un sepulcro; pero Dios remunerador de las virtudes habrá premiado en los cielos las de su alma grande, heróica y piadosa. Tanto los Padres de la Iglesia, como los historiadores cristianos y gentiles, le han tributado á porfia las mas encarecidas alabanzas, exaltando su comportamiento así en la vida privada como en la pública, las dotes de su alma y las de su cuerpo, sus disposiciones legislativas, su constante piedad, su valor y esfuerzo en la guerra, su clemencia y su moderacion en la paz y despues de sus victorias. Fue buen padre, buen esposo, buen amigo, buen príncipe y excelente cristiano. Su único defecto la facilidad de encolerizarse. La Iglesia le debió mucho, y ha sido eterna su gratitud. Todas las generaciones le han admirado, y han de admirarle los siglos venideros.



CAPÍTULO LXI.

SUMARIO.

San Gregorio Nacianceno en el desierto. Los Emperadores Honorio y Arcadio y sus perversos ministros. Entronizamiento de los vicios. Amenazas y aterradores prodigios en Constantinopla. Edictos de Eutropio en menoscabo de la religion. El mundo romano desolado por los bárbaros del Norte.

En el imperio de Teodosio pasó á mejor vida San Gregorio Nacianceno, que al fin vió logrados sus deseos de vivir santamente en soledad. Retirado en los desiertos de Arianzo de cuanto en el mundo podia distraer su atencion, oraba, contemplaba, volaba al cielo con su espíritu, escribia para enseñanza de los hombres, defensa de la Iglesia, gloria de Dios y desahogo de su alma. Exhalábase esta en dulces cantares de sublime poesía, y los misterios divinos, la virtud, las reglas de la moral cristiana y los combates interiores eran el argumento de sus versos llenos de fuego y embalsamados con el aroma de la santidad. Sin embargo, en medio de una situacion tan envidiable el venerando anciano sentia los estímulos de la carne, y se quejaba de ellos amarga-

mente. Para que siempre mereciera, dispuso Dios que este gran Santo estuviese en perpétua guerra. La hacia él en aquel desierto á su débil cuerpo con vigiliass, ayunos, trabajo continuo, lecho de piedra, derramamiento de lágrimas de contricion y rigores de dolorosísima penitencia. Por otra parte, le affigian antiguas y habituales enfermedades, que en otro hubieran hecho incompatible esa vida penitentísima.

Fueron muchísimos los Santos, que en esta época florecieron en la Iglesia de Dios; pero tambien se desbordaron las iniquidades, porque con la muerte de Teodosio cayeron los imperios de Oriente y Occidente en manos tan ineptas como las de Arcadio y Honorio, los cuales obedecian á sus ministros ambiciosos. Especialmente el primero tuvo la desgracia de haberse entregado á Rufino, hombre que en grandes maldades puede figurar entre los mas perversos que han deshonrado el humano linaje: contra su patria y su Emperador habia llamado á los Hunos y á los Godos, que á su paso cubrian de luto y desolacion dilatadas provincias: despues del fin trágico de este abominable monstruo, Arcadio puso en su lugar al Eunuco Eutropio, cuyos vicios é iniquidades competian con las de su antecesor. Desterró de Constantinopla este infame ministro á cuantos por su mérito ó por sus virtudes le hacian sombra,

y levantó del polvo á los mas encumbrados puestos á los que se le asemejaban en la perversidad. Tan lamentable trastorno produjo el entronizamiento de los vicios y la mas desenfrenada corrupcion de costumbres.

El clamor de las maldades é injusticias, que se cometian principalmente en Constantinopla, llegó, como el de Sodoma, hasta los cielos. Y el Señor irritado dió visibles señales de su enojo para manifestar á aquella ciudad soberbia lo que sus culpas merecian, y los castigos que la amenazaban si pronto no hacia penitencia. San Agustin refiere el hecho en uno de sus sermones, y protesta decir no solo lo que ya sabian algunos de sus oyentes por noticias seguras, sino lo que habian visto muchos testigos oculares. Pocos años há, dice el Santo, siendo Arcadio Emperador de Constantinopla, quiso Dios atemorizar la ciudad, y corregirla, convertirla, purificarla y mudarla por medio del terror. Se apareció á un soldado, que era su fiel siervo, y le dijo que en tal dia pereceria la ciudad, bajando fuego del cielo sobre ella; y le mandó que lo pusiese en conocimiento del Obispo. No menospreció el aviso el anciano Nectario; exhortó al pueblo, y toda la ciudad se movió á penitencia, imitando á la antigua Nínive, y alcanzó con sus lágrimas la revocacion de aquella sentencia for-

midable. Sin embargo, llegado el día de la divina amenaza, estaban sumamente atemorizados los habitantes de Constantinopla esperando lo que sucedería, y puesto el sol, por el Oriente se descubrió una nube de fuego muy pequeña al principio, pero que luego se fue dilatando á medida que la noche se acercaba, hasta que toda Constantinopla vió sobre sí con grande espanto extendidas las llamas, sintiendo al mismo tiempo un insufrible hedor de azufre. Á vista de tan horrendo portentoso corrian todos á refugiarse á las iglesias, ni podían estas contener tanta multitud de gente como entraba á buscar en ellas el remedio de su tribulación. Apresuráronse á bautizarse cuantos todavía no habían recibido el agua de la regeneración. Pero después que de esta suerte hubo el Señor autorizado la revelación hecha á su siervo, empezó la nube á empequeñecerse poco á poco, y por último desapareció del todo. Comenzó el pueblo á respirar; mas luego repentinamente se divulgó la voz de que era preciso abandonar la ciudad, que había de ser arruinada al siguiente sábado. Con toda su córtice se retiró el Emperador: no hubo quien quedara en su propia casa; hombres, mujeres, y niños se despedían llorando de los techos que los vieron nacer, y salían de la ciudad dejando abiertas sus casas. Ya toda aquella inmensa muchedum-

bre estaba á algunas millas de distancia de Constantinopla, y reunida en un mismo sitio ocupábase en pedir misericordia cuando á la hora señalada de improvisó se vió Constantinopla cubierta de espeso humo y de negra oscuridad. Á tal espectáculo redobló el pueblo sus clamores y sus lágrimas, y no se calmó hasta que serenándose el aire, fueron algunos á observar lo que pasaba en la ciudad, y volvieron diciendo que la habian hallado en buen orden y sin el menor quebranto en las murallas ni en las casas. Con tan feliz noticia tornaron á Constantinopla muy gozosos, y para colmo de alegría á nadie faltó la menor cosa en su casa, aunque las puertas seguian abiertas como se habian dejado al huir.

En medio de la desgracia de estar los dos jóvenes Emperadores avasallados por indignos ministros, daban señaladas muestras de piedad, publicando diversas leyes favorables á la religion católica y contrarias al paganismo y á la heregía, y haciendo beneficios á las iglesias. Sin embargo, Eutropio en el Oriente quitó á estas el derecho de asilo, convenientísimo para evitar los atropellos de la injusticia airada y para conceder algún breve espacio de tiempo al desgraciado á fin de que se arrepienta; restableció tambien la infame fiesta gentilica llamada mayuma, de cuyos impúdicos excesos

se avergonzaban aun los mismos paganos que conservasen ese pudor tan natural al hombre honrado. Así podia decirse que habia de todo tanto en los gobiernos como en los gobernados: ora un rasgo de piedad por parte de los Emperadores, ora una escandalosa providencia de sus ministros. Y al mismo tiempo íbase derramando sobre el mundo romano la copa de la cólera divina. Las naciones bárbaras seguian corriendo por las provincias, cubriéndolas de ruinas y bañándolas en sangre. Alarico, á quien parece que Dios habia escogido para ejecutor de sus formidables castigos, llevaba la desolacion y la muerte, y cebaba su furia particularmente en las risueñas comarcas de la Grecia; en ellas le atacó Estilicon, y le derrotó varias veces; mas no sacó el debido fruto de sus victorias sobre los Godos. Era un gran general, pero no merecia que el Señor bendijera sus empresas. Así no fueron durables los resultados de sus triunfos.

Nada mas triste y horroroso que el funesto espectáculo, que el Oriente y el Occidente ofrecian, gimiendo bajo la ruda planta de los destructores hijos del Septentrion. La historia lo describe con pinceladas que aun ahora inspiran horror y compasion. Dignos son de transcribirse los lúgubres rasgos de un testigo tan autorizado como San Gerónimo. Me horrorizo, dice

el Santo, al referir las ruinas de nuestros tiempos. Ya há mas de veinte años que entre Constantinopla y los Alpes se derrama la sangre romana. La Scythia, Trácia, Macedonia, Dardania, Dácia, Tessalia, Acaya, Epiro, Dalmácia, y las dos Panonias son assoladas y saqueadas por los Sármatas, Quados, Alanos, Hunos, Vándalos y Marcomanes. ¡Cuántas matronas, cuántas vírgenes, y cuántos cuerpos nobles y puros han sido el ludibrio y oprobio de estas fieras! Los Obispos, presbíteros y demás clérigos de todos grados han sido ó muertos, ó hechos esclavos; las iglesias arruinadas; los altares de Cristo convertidos en mesas de banquete, y esparcidas por el viento las cenizas y reliquias de los mártires. En todas partes se oye un continuo gemido; todo es luto é imagen de la muerte. El mundo romano se arruina; pero nuestra cabeza no se inclina. ¿Con qué ánimo creeremos que sufran el imperio de los bárbaros los Corintios, Atenienses, Lacedemonios, Arcadios y toda la extensión de la Grecia? No he nombrado sino pocas ciudades, que fueron capitales de no pequeños reinos. El Oriente parece que estaba libre de estos males, y solo se hallaba consternado con las noticias que oía de lejos, cuando el año pasado de las últimas peñas y cavernas del monte Cáucaso salieron contra nosotros los lobos, no de la Ara-

bia, sino del Septentrion, y en breve espacio de tiempo corrieron gran número de provincias. ¡De cuántos monasterios se han apoderado! ¡Cuántos rios han mudado el color de sus aguas con la sangre humana! Ha sido sitiada Antioquía, y otras ciudades por donde corren el Ali, Cidno, Oronte, y Eufrates. A tropas han sido llevados los prisioneros, y por el temor han quedado reducidas á modo de esclavas, Arabia, Fenicia, Egipto y Palestina. Aunque yo tuviese cien lenguas, ó cien bocas, ó una voz de hierro, no podria referir solos los nombres de nuestras calamidades. No me he determinado á escribir una historia, sino solo á llorar brevemente nuestras miserias; porque para referirlas como conviene, seria muda la elocuencia de Salustio y Tucídides.»

CAPÍTULO LXII.

SUMARIO.

Relacion de las contiendas de San Epifanio y San Gerónimo con los origenistas: reconciliaciones. Prodigio obrado en favor de la inmunidad de las Iglesias. La Reina de los Marcomanes y San Ambrosio: favores divinos hechos á este Santo: su muerte.

Á fines de este siglo cuarto en el año 95 se suscitó en la Iglesia una nueva discordia, á la cual dieron márgen los errores contenidos en las obras de Orígenes y calurosamente abrazados y defendidos por Rufino, monge ya célebre por su vida ejemplar y sus estudios, y por Juan, Obispo de Jerusalem, que en el año 86 habia sucedido á San Cirilo. Hallándose San Epifanio en edad avanzada fue á Jerusalem á combatir el origenismo, y aunque Juan le hospedó en su mismo palacio, el celo del Obispo de Salamina exasperó al de Jerusalem, y se rompió entre ambos el fuego de la nueva guerra. San Gerónimo, que hasta entonces habia sido admirador de Orígenes, reconoció de buena fé que sus errores debian condenarse y se puso de parte de San Epifanio, aconsejando á este Santo que

volviese á Jerusalem para atraer á su obispo al camino de la verdad. Hízolo así el anciano Epifanio; pero la misma noche del dia en que llegó á Jerusalem, tuvo que salir huyendo, y se frustraron sus esperanzas de triunfo y reconciliacion. Tambien Rufino se obstinó en seguir los errores que se leen entre las obras de Orígenes. Los nuevos hereges no daban oidos á las razones de los católicos, y una larga carta de San Epifanio, lejos de producir en ellos el efecto que su autor se proponia, los irritó sobremanera al paso que mereció los mas cumplidos elogios á los verdaderos fieles. El ódio de Juan de Jerusalem tuvo por blanco principal á San Epifanio, á San Gerónimo y á sus monges, á los cuales affigió de diversos modos y hasta llegó á conseguir que se diera la órden de destierro á San Gerónimo; pero no se verificó que el Santo Doctor saliese de Belen, porque á ese tiempo ocurrió la catástrofe del ministro Rufino, que era el autor de tan injusta sentencia, y como sucede por lo comun á los impíos cuando caen de la cumbre de las grandezas humanas, inmediatamente despues de su muerte fueron revocadas sus órdenes.

En vano el conde de Palestina Arquelao, varon rectísimo y de suma piedad al par que distinguido en la elocuencia, intentó conciliar los ánimos tan discordes y prevenidos unos

contra otros. Consiguió que los monges católicos y eclesiásticos de la mas elevada gerarquía se reuniesen en un lugar señalado para terminar las desavenencias por medio de una reconciliación franca, sincera y generosa: Juan de Jerusalem despues de haber prometido que habia de asistir á aquella asamblea, se excusó con un pretesto tan frívolo como ridículo, mereciendo las terribles diatribas de San Gerónimo. Tambien Teófilo de Alejandría quiso poner paz; pero no estaba libre de la nota de partidario de la heregía origeniana, y así eligió un medio nada oportuno para lograr el laudable intento de que se apaciguasen las borrascas de Palestina. Envió á ella á Isidoro, que fraternizando con Rufino y con Juan de Jerusalem, parece que mas bien habia ido á dar el triunfo á la heregía trabajando para que San Gerónimo se sometiese al Obispo Juan; empero Gerónimo era incapaz de doblegarse á las repetidas instancias de Isidoro, quien vió frustradas sus irregulares pretensiones, y volvió á Alejandría, donde no faltaban otros secuaces de los delirios del famoso Origenes, ó de los hereges, que los intrudujeran en sus obras, como él lo dijo vindicándose cuando se le acusaba de ellos. Ni hay para qué añadir que un escritor como San Gerónimo, á quien sobran fuego y fortaleza, é impetuosidad en el ataque, no dejaria

de defenderse con la pluma, que tan bien sabia manejar. Sucedió en esta lucha lo que en otras de su género. Se combatia de palabra y por escrito: cruzábanse las cartas; se echaba mano de arterias innobles cuando faltaba la razon á los hereges, y por sus bocas hablaba la calumnia particularmente contra Epifanio y Gerónimo. Sin embargo, al cabo de 7 años se pacificaron los ánimos, y fue obra de Santa Melania la reconciliacion de Rufino y San Gerónimo. Hizose esta en público en la iglesia de la resurreccion en Jerusalem, dándose un ósculo y apretándose la mano derecha los dos sabios campeones, que tambien habian hecho pública su contienda. Parece que Rufino, al menos por aquel tiempo, no habia dejado de ser católico en cuanto á su voluntad de no separarse de la Iglesia, y por esta razon dice el Cardinal Orsi que San Gerónimo no le exigió abjuracion de errores. Reconcilióse igualmente el Santo Doctor de Belen con Juan, Obispo de Jerusalem, y en adelante vivieron ambos muy concordes y hermanados por los lazos de una sincera caridad.

Se aproximaba San Ambrosio al dichoso término de su vida, y el año 96 de este siglo le ocurrió un suceso afflictivo en su principio, pero del cual resultó la mayor honra y gloria de Dios, que se declaró prodigiosamente en fa-

vor de la inmunidad de sus iglesias. Celebrábase un espectáculo de fieras, y hallándose en él el conde Estilicon, mandó á los soldados que fueran á la iglesia á prender á un malhechor llamado Cresconio, que se habia refugiado en ella. Al ver entrar gente armada corrió al altar Cresconio, y San Ambrosio le rodeó con sus ministros, para defenderle y librar el trono del Señor de aquel insulto sacrílego; pero los soldados venian á las órdenes de capitanes arianos, que no respetaron la santidad de los altares, y á pesar de los ministros del Altísimo que se les oponian, prendieron y sacaron de la iglesia á Cresconio. Quedó el templo cubierto de luto y lleno de dolor. San Ambrosio prosternado delante del altar, por mucho tiempo lo estuvo regando con sus copiosas lágrimas. Vueltos al anfiteatro los desalmados militares, daban cuenta del modo con que habian desempeñado su comision. Pero mientras se vanagloriaban del ultraje inferido á la Iglesia, unos leopardos destinados á la diversion del público los acometieron furiosísimamente, y en breve los despedazaron. Este prodigio de la divina justicia hizo entrar en sí mismo á Estilicon, el cual arrepentido de su demasia dió al Santo Arzobispo reiteradas satisfacciones por el agravio, que se habia hecho á la casa de Dios.

Pero no solo el cielo se mostraba favorable

al grande Ambrosio. Casi por este mismo tiempo le honró de un modo extraordinario Frigitila, reina de los Marcomanes. Habiendo llegado á su noticia algunas de las acciones de Ambrosio, fue tanto lo que las admiró que se resolvió á abrazar la fé cristiana, y envió al Santo embajadores, que de su parte le llevaron magníficos regalos. Pidióle tambien por medio de ellos una instruccion mas ámplia de la que ella tenia acerca de la divina religion, en cuyo seno acababa de entrar. San Ambrosio satisfizo á sus deseos con una extensa carta, que no se ha conservado entre sus obras. En ella despues de instruirle cual convenia, le rogaba que procurase persuadir á su marido á que viviera en paz con los romanos. Ni desoyó Frigitila el buen consejo del Santo, habiendo logrado que el Rey su esposo y su pueblo en cierto modo se sometiesen al romano imperio.

Otro de los asuntos que ocuparon á San Ambrosio en el último período de su vida, fue el componer los discordes ánimos de los ciudadanos de Vercelis para que se conviniesen en la eleccion de un buen Obispo. No pudo lograrlo con la hermosa carta que á este fin les escribió, y pasó en persona á Vercelis, donde hizo que fuera elegido Obispo el ilustre San Onorato. Despues de otro viaje á Pavia, en cuya ciudad consagró un Obispo, se sintió de tal manera

indispuesto que habiendo tenido costumbre de escribir todas sus obras por sí mismo, para la última, que fue una exposicion del salmo cuarenta y tres, hacia que le sirviese de amanuense su diácono Paulino. Vió este con mucho asombro bajar un globo de fuego sobre la cabeza de San Ambrosio é introducirse por boca y pecho. Refirió la vision á otro diácono llamado Casto muy versado en los caminos de Dios, y de él entendió que habia visto bajar al mismo Espíritu Santo. Otro suceso vino á confirmar la idea de las íntimas comunicaciones extraordinarias de Dios con su esclarecido siervo. Hallándose gravemente enfermo el santo Arzobispo, varios de sus diáconos entre sí en voz baja y colocados á tal distancia que no podia oirlos San Ambrosio, hablaban acerca de quién habia de sucederle en la silla de Milan. Uno de ellos nombró á Simpliciano, poniendo sin embargo el reparo de que era viejo. Y el santo enfermo, como si fuera uno de los interlocutores, es viejo, pero bueno, repitió por tres veces. Y con efecto fue Simpliciano su sucesor. Poco antes de morir se le apareció nuestro Señor Jesucristo, que le llamaba á sí. Y San Onorato que le asistia, hallándose en la habitacion mas alta de la casa, oyó una voz que le dijo: Baja pronto, porque ya va á morir. Corrió Onorato, le administró la Santísima

Eucaristía, y al instante que entró en el pecho de Ámbrosio este manjar divino, espiró dulcemente, y voló su alma á los cielos, viéndola subir lleno de júbilo su fiel amigo San Onorato. Corria el año 397 cuando ocurrió su dichoso tránsito á la gloria segun la opinion mas verosímil, dice el Cardenal Orsi, y á los 57 de su edad. Y el Señor publicó la santidad de su Siervo con grandes prodigios y apariciones del mismo.

CAPÍTULO LXIII.

SUMARIO.

Los Santos Sisinio, Martirio y Alejandro. Muerte de San Martin de Tours: cómo el Señor le honró despues de muerto. San Agustin es consagrado Obispo: hace una guerra incesante á los donatistas. Última ruina de la idolatría. Conversiones.

Aunque el mundo cristiano gozaba por esta época del beneficio de la paz, hubo, por decirlo así, una pequeña escaramuza que envió al cielo tres mártires llamados Sisinio, Martirio y Alejandro. San Vigilio, Obispo de Trento, los habia empleado en convertir algunos pueblos rústicos, que aun eran paganos y habitaban en los valles de los Alpes. Sufrian estos Apóstoles del cristianismo diarios ultrajes de aquellas

fieras, pagándolos con dulzura, caridad y mansedumbre, y sin oponer á las rudas costumbres de aquella gente indócil y salvaje mas que su invencible perseverancia y los admirables ejemplos de sus virtudes acrisoladas. Con estas armas vencieron la obstinacion de muchos, y los introdujeron en el redil del divino Pastor. Pero los que no se habian convertido estaban furiosísimos, y en cierta ocasion arremetieron con los tres Santos, y despues de haberles hecho padecer tormentos inhumanos, quemaron sus sagrados cuerpos junto con la iglesia, que habian edificado al verdadero Dios. Las llamas de este incendio quitaron la vida á San Alejandro, que de los tres siervos del Altísimo era el único que aun vivia, y en el momento en que exhaló su alma preciosa, el aire todo se cubrió de oscura nube, cuyos espantosos truenos, relámpagos y rayos aterra-ron de tal suerte á aquellos bárbaros que los obligaron á reconocer y confesar la enormidad de su delito.

En este mismo año de 397 voló á la gloria el espíritu del célebre San Martin, Obispo de Tours, el cual en su muerte que esperó sobre el cilicio y ceniza, que eran su ordinario lecho, edificó tanto á los que le rodeaban cuanto habian admirado á otros los prodigios de su valimiento para con Dios. Quedó su cuerpo,

escribía Severo Sulpicio, con la gloria de un bienaventurado; su rostro resplandecía mas que la luz, y en su cadáver, aunque siempre habia estado cubierto de cilicio y envuelto en la ceniza, no se vió mancha alguna. Como la muerte le habia cogido en viaje de vuelta á su monasterio, entre los ciudadanos de Tours y Poitiers, en cuyo territorio parece que ocurrió su fallecimiento, se suscitó disputa sobre cual de las dos ciudades habia de tener la dicha de poseer su cuerpo santo. Pero á la noche siguiente mientras dormian los de Poitiers, vinieron los de Tours y arrebataron el cadáver de San Martin. Extraordinario fue el concurso de gentes, que salió á recibirle y acompañarle procesionalmente. Intenso era el sentimiento de haber perdido á tan buen padre: corrían copiosas lágrimas por las mejillas de muchos de los concurrentes, y se distinguían por lo profundo de su dolor cerca de dos mil monges, que á ejemplo de su difunto Obispo habian dejado todos los halagos del mundo para vestirse de la mortificacion de Jesucristo. Mas en medio de duelo tan universal no faltaban personas que experimentasen un júbilo grande excitado por la persuasion de la gloria, que ya en el cielo gozaba aquel pastor amado y venerado. La fama de la santidad y prodigios de San Martin de Tours se dilató de una ma-

nera asombrosa por todos los países del mundo conocido, especialmente por medio del libro de su vida que escribió Sulpicio Severo.

Si unos santos Obispos bajaban al sepulcro, otros Santos subían á reemplazarlos en el esplendor de la mitra y de las virtudes episcopales. San Agustin se vió hecho Obispo cuando menos lo pensaba. El de Hipona Valerio temia que se lo arrebatasen para confiarle la grey de alguna otra diócesis, y resolvió hacerle su sucesor, componiéndose á este fin secretamente con Aurelio, Metropolitano y Obispo de Cartago. Se manejó de modo que se juntáran en Hipona varios Obispos, que formáran un sínodo provincial, y hallándose reunidos, les manifestó la necesidad que tenia de que Agustin fuera su Obispo auxiliar; pues ya habia descargado en él gran parte del peso de la solicitud pastoral y por su mucha edad estaba imposibilitado para desempeñar debidamente su ministerio sublime. Todos los Obispos asintieron muy gustosos á su proposicion, excepto Megálio, que fundó su resistencia en una calumnia inventada para difamar al Santo; mas habiéndole demostrado su falsedad, humildemente pidió perdon al sínodo, y él mismo fue el consagrante de Agustin. Tuvo este que sujetarse á la voluntad divina, pero antes hizo cuanto pudo para rehusar aquella excelsa dignidad.

Bien pudiera asegurarse que si Agustín antes de ser Obispo fue temible á todos los hereges y en especial á los donatistas, despues que la Providencia le elevó al encumbrado rango de los Pastores de la Iglesia, vino á ser un verdadero martillo de aquellos cismáticos que infestaban el África. No cesó de buscar á los que entre ellos representaban los principales papeles para argüirles con los abominables excesos de su secta, para disputar pública y privadamente acerca de sus errores y de sus sinrazones, no descansó, no perdió ocasion alguna de hablar, de escribir, de desafiar á sus contrarios, empleando ora la energía de sus argumentos y de sus vigorosas reconvenciones, ora la dulzura de la caridad y de la paciencia. Demostrábales por los jurídicos procesos y sentencias condenatorias de tiempos anteriores que toda la culpa de la discordia era de los secuaces de Donato, y que la inocencia y la justicia se hallaban de parte de los católicos. Les ponía de manifiesto que segun los oráculos de los profetas y el expreso mandato de Jesucristo á sus Apóstoles de ir á predicar á todas las gentes, la verdadera Iglesia debia hallarse dilatada por todas las naciones del universo, y que este carácter de catolicidad solo convenia á la Iglesia, cuya cabeza es el Romano Pontífice, y de ningun modo á la secta de los donatistas en-

cerrada en una parte del África. ¿Cómo, decia al Obispo donatista Fortunio, la Iglesia de Jesucristo extendida por tantas naciones en el primer siglo, puesto que ya el Apostol escribia á los Romanos, Corintios, Gálatas, Efésios, Filipenses, Tesalonicenses y Colosenses, y San Juan á las siete Iglesias del Asia, Efeso, Esmirna, Sárdica, Filadelfia, Laodicea, Pérgamo y Tiatira, cómo, segun vosotros, ha venido á reducirse á sola el Africa? Tuvo el obispo donatista la audacia de afirmar mintiendo que tambien su Iglesia era universal; y San Agustin al oirle semejante absurdo, le dijo que si era así, escribiese él cartas formadas á las Iglesias apostólicas y le enseñase las respuestas que habian de darle. Con tan graciosa ocurrencia quedó sumamente confundido Fortunio, y conociendo que no podia replicarle, pasó por alto el punzante argumento, y recurrió á otra salida innoble.

Al concluirse el siglo, y particularmente en el año 399, recibió la idolatría los últimos y mas terribles golpes de muerte, que con diversas leyes le fulminaron los Emperadores Arcadio y Honorio, ordenando la destruccion ó la entrega á los Obispos de los templos de ídolos, que aun quedaban, especialmente en el África, donde parece que no habian tenido su entero cumplimiento las anteriores disposiciones legis-

lativas encaminadas á exterminar los restos del paganismo. Abrióse con este motivo al celo de los Obispos y de los demás fieles fervorosos un nuevo y dilatado campo para desplegarse en cumplir fielmente las órdenes de los Emperadores. Convirtiéronse en iglesias varios de aquellos monumentos de la supersticion gentilica, y entre ellos fue notable la dedicacion al verdadero Dios del templo de la Celeste, que era el mayor y mas suntuoso de los que tenian en Cartago las deidades de la mentira, ó mejor dicho, los espíritus infernales. Rodeábanle otros muchos templetos, y al tiempo de penetrar en él los cristianos leyeron admirados una inscripcion, que con enormes letras de bronce colocadas sobre el frontispicio decia así: «*Aurelio Pontifice lo dedicó.*» Era el caso que tambien se llamaba Aurelio el Obispo de Cartago, el cual en aquel dia iba á consagrarlo al culto del único verdadero Dios. De aquí provino el asombro de los cristianos, que no pudieron menos de reconocer la mano de la divina Providencia, que presagiando lo que debia suceder despues de siglos habia querido grabarlo con aquella especie de profecía.

Convertíanse á nuestra santa fé muchísimos paganos al ver frustradas las ilusiones en que vivian por la declaracion de uno de sus oráculos de que el cristianismo habia de perecer en



aquella época, cuando cabalmente sucedia todo lo contrario. Sin embargo, no dejaban de irritarse otros mas obstinados al ver la destruccion de los ídolos, que por tanto tiempo habian adorado con ceguera muy pertinaz. En Colonia, ciudad del África, se exasperaron y dieron violenta muerte á sesenta cristianos, que acababan de echar por tierra un templo de falsos dioses. En el celo de abatir á los ídolos no quisieron los donatistas mostrarse inferiores á los católicos, á quienes tanto aborrecian, y coadyuvaron al mas pronto exterminio de aquellas fabulosas divinidades, sin que ninguna de ellas hubiese exhalado un ay cuando les rompian la cabeza, los brazos ó las piernas.

CAPÍTULO LXIV.

SUMARIO.

San Juan Crisóstomo es elevado á la silla de Constantinopla: su celo en el desempeño del ministerio episcopal y por la salvacion de las almas: resultados de su predicacion: establece las procesiones.

La elevacion del Crisóstomo á la sede constantinopolitana, que por hallarse en ella la corte imperial era de grandísima importancia

en todo el Oriente, fue uno de los acontecimientos mas notables y gloriosos para la verdadera religion, que ocurrieron en el mundo poco antes de espirar el siglo. Señalóse con tan feliz suceso el año 398. No habia en el universo otro sacerdote mas digno de este puesto encumbrado. Admirabilísima elocuencia, celo infatigable por defender la verdad y la Iglesia, inmensa sabiduría, entendimiento sublimísimo, corazon de fuego y todo abrasado en el divino amor, alma verdaderamente grande revestida con los resplandores de todas las virtudes cristianas, invencible fortaleza, caridad inagotable y continúa asistencia de Dios que le iluminaba y le hacia irresistible en sus palabras y empresas, formaban un celestial conjunto de maravillas reunidas en un solo hombre, que la divina Providencia parecia haber escogido para acumular en él los tesoros de la gracia y de la naturaleza. Así cuando murió Nectario, á pesar de que no faltaban ambiciosos, que codiciasen aquella mitra y de que el Crisóstomo huia de todas por su profunda humildad, lo mismo fue pronunciarse su nombre en la asamblea de los fieles y el clero que ser proclamado á una voz por Obispo de Constantinopla. Tanta era la fama de su santidad: tanto se habia dilatado por todos los ámbitos de la tierra el ruido de los prodigios de su elocuencia.

No obstante, había que vencer una dificultad gravísima, y era la de arrebatarle al encendido amor que le profesaba la ciudad de Antioquía, la cual le consideraba como á su apóstol y como su mayor gloria. Á fin, pues, de que no se opusiera al empeño de quitarle tal hijo, que era para ella un verdadero padre, doctor y luz del cielo y su consuelo y vida en la amargura de horrendas tribulaciones, concibió la corte imperial el proyecto de sacarle de Antioquía sin que sus ciudadanos advirtiesen el hurto que les hacia Constantinopla. El conde Asterio, que mandaba en aquella ciudad, recibió órdenes secretas para que invitase al Crisóstomo á salir de ella á una iglesia inmediata, que se hallaba fuera de sus muros; y desde allí fue conducido á Constantinopla con gran sorpresa suya y vivo sentimiento de verse hecho Obispo de la populosísima metrópoli. Fue en ella recibido con universales aclamaciones, que declaraban el ferviente gozo y entusiasmo de sus habitantes. Para hacer el Emperador Arcadio mas solemne la fiesta de la consagracion de San Juan Crisóstomo hizo que muchos Obispos concurriesen á Constantinopla. Entre ellos se hallaba uno, en cuyo pecho habia puesto su trono la ambicion de dominar y someterlo todo á su poderoso influjo. Era Teófilo de Alejandría. Tenia sus miras sobre el obispado de Constantinopla:

queria colocar en él á uno de sus adeptos. La santa libertad, que era como el carácter distintivo de San Juan Crisóstomo, desvanecía todas sus esperanzas sobre la imperial corte; sabia que con un varon tan incorruptible y firme no podia contar. Y así contradijo su ordenacion y consagracion; pero habiéndose hecho contra él diversas acusaciones, el ministro Eutropio le puso en la alternativa de consentir en la consagracion del Crisóstomo ó de ver cómo aquellas acusaciones iban á someterse al fallo del Concilio, que componian los Obispos reunidos en Constantinopla. Y Teófilo, dándose por vencido, consintió.

Desde el momento en que San Juan Crisóstomo subió á la eminente cátedra de Constantinopla, declaró la guerra á todas las heregías. Ya su primer sermon fue un trueno contra la secta de los anomeos; los rayos, que les vibró la fulminante nube de su férvida elocuencia, se habian formado en el cielo de las divinas Escrituras. Parecíale que aterrada la heregía que negaba á Jesucristo su divinidad, y probada esta de una manera incontestable, debian los judíos rendirse, y confesar los idólatras que él era el único y verdadero Dios venido al mundo del seno de su eterno Padre y formado en las entrañas de la Virgen María por obra del Espíritu Santo. Infatigable se mostró en la campaña

emprendida contra todos los hereges, pues ansiando dar la vida porque dejarán las sendas de perdicion y tomáran el camino, que guía á la eterna bienaventuranza, no podia menos de agotar todos los recursos de su maravilloso ingenio y de su profunda sabiduría para convencerlos de sus errores y llamarlos al gremio de la única Iglesia verdadera. Pero si tan fervoroso era su celo por esas almas infelices, que no pertenecian á su querida grey; mucho mas vehementes eran los ardores de su caridad y mucho mayor su anhelo de salvar á los que miraba como á sus ovejas, como á sus hijos, considerando sus almas cual joyas que el mismo Dios le habia dado á guardar para que en union de la suya se las devolviera en el cielo. De estos fervores santos, que abrasaban su pecho, salieron esas llamaradas de vivo fuego que resplandecian en sus discursos y de las que no es posible formar idea sino por sus mismas palabras. No habia para él mas gozo ni mas consuelo que el ver el adelantamiento de su pueblo en las virtudes. Si notaba que sus exhortaciones no producian el fruto apetecido, porque todavía anduviesen algunos vicios con la cabeza erguida, se le partia el corazon. No le bastaba el testimonio de su conciencia, que le tranquilizaba en punto al cumplimiento de sus obligaciones, persuadiéndole á

que se salvaria, aunque á otros no consiguiese salvar. No se contentaba con que alcanzase la eterna gloria una parte del pueblo encomendado á su pastoral solicitud; queria que todo él subiese á gozar de Dios. Si uno perecia, pareciale, segun él mismo se expresaba, que tambien él perecia. No podia sufrir la luz del sol cuando veia que se ofendia á Dios. Hallábase pronto á derramar su sangre por sus hijos: creia que esto era cumplir una obligacion imprescindible. Si alguno de ellos caia espiritualmente, no habia consuelo para su dolor. Si no temiese, decia desde el púlpito, que podiais tener por una vana ostentacion mis aflicciones, todos los dias me veriais derramar torrentes de lágrimas: y solo Dios sabe cuántas derramo por vosotros donde no me veis. Tan ocupado me hallo en llorar vuestras culpas que no me queda tiempo para llorar las mias. Por el cuidado de vuestra salvacion me olvido de mí; y el dolor de vuestro poco aprovechamiento me hace incurrir en muchas faltas en medio de la confusion y desmayo en que me abisma. ¿Pero qué debo hacer? Sois vosotros mi padre, mi madre, mis hermanos, mis hijos, y en una palabra, vosotros sois para mí todas las cosas. Decíales tambien: si hay entre vosotros alguno que dude de la sinceridad de estos mis sentimientos, muestra á las claras que no sabe lo que es ser padre de al-

mas, pues quien experimenta la violencia de este amor preferirá mil muertes al sentimiento de ver perderse por toda la eternidad á uno de sus hijos. Con tal fuego de caridad, con tan impetuoso deseo de la salvacion de las almas claro es que sus elocuentísimos sermones habian de tener por objeto principal la correccion de las costumbres y el encaminar á su grey por la senda del cielo. Como huracan terrible que troncha y abate y esparrama por el suelo los mas robustos árboles de la pradera; así la inspirada palabra del Crisóstomo derribaba los vicios, combatiéndolos hasta exterminarlos en la mayor parte de su auditorio, haciéndolo un pueblo sumamente agradable á los ojos de Dios. El lujo y los espectáculos profanos fueron tambien el blanco de sus invectivas formidables. Otro de los mas comunes argumentos de su predicacion fue la caridad de los ricos para con los menesterosos. Insistía en que los magnates del mundo han de bajar al sepulcro desnudos de todos los bienes que poseyeron, y en que si no han cuidado de enriquecer sus almas con los inmortales tesoros de la virtud, caerán al encendido abismo de la eternidad á llorar sin fruto alguno la pérdida de las sublimes riquezas de la gloria á que el Señor queria elevarlos, poniéndoles por pedestal de su inmarcesible bienaventuranza á los indigentes, cuya

hambre debieron saciar para no verse faltos de todo bien por siempre y solo ricos de un inmenso infortunio, que jamás ha de acabarse. La incesante guerra, que hacia á la codicia y á la dureza de corazon para con los pobres, fue causa de que comenzasen á odiarle y á maquinár contra él no pocos malvados opulentos; pero el magnánimo pecho de San Juan Crisóstomo era una fortaleza inexpugnable. Si llegaba á su noticia que se murmuraba, que se le ponian asechanzas, que se urdian intrigas contra su sagrada persona, que se le dirigian furiosos tiros por la maledicencia y la calumnia, él redoblaba sus esfuerzos en favor de los desdichados, y ardía en mas vehemente anhelo de contribuir á la salvacion de sus mordaces enemigos.

Su vida era tambien una continúa y persuasiva predicacion por medio de los luminosos ejemplos, que daba de todo género de virtudes. Como si su santo cuerpo se hallase poco fatigado con los incesantes trabajos del ministerio pastoral, affigíalo con rígidas penitencias, y todo el tiempo de que podia disponer lo empleaba en el estudio de la divina Escritura, privándose en las mas altas horas de la noche para meditarla hasta del sueño, durmiendo únicamente lo muy preciso para que al siguiente dia no le faltasen las fuerzas, que le eran in-

dispensables para el cultivo de la viña del Señor. Huía de las conversaciones inútiles, de las visitas á los potentados de la tierra, de los espléndidos banquetes y de cuanto podia de alguna manera oponerse á su interior recogimiento y á la contemplacion de las verdades altísimas, en que estaba embebido su endiosado espíritu. Era su mesa muy frugal, y no se avergonzaba de comer solo, porque todas las vanidades del mundo estaban debajo de sus plantas, y no vivia mas que para Dios. En toda su casa y familia hizo que reináran la modestia y la parsimonia. Nada tomaba de los bienes de la Iglesia para su propia manutencion, para la cual recibia lo necesario de Santa Olimpiades. Cercenó todos los gastos supérfluos del palacio episcopal. Y no solo destinó todas las rentas eclesiásticas que sobraban, despues de cubiertas las atenciones del divino culto, á fundar hospitales y casas, donde pudiesen albergarse los forasteros pobres, sino que vendiendo objetos preciosos, que no hacian falta para el servicio de los altares, porque habia mas de los suficientes, con su importe atendió á socorrer las necesidades de los templos vivos de Dios, que son los cristianos desvalidos, cuyo mantenimiento temporal y cuya salvacion eterna le eran mas caros que su propia vida, cuidando de ellos aun con mayor esmero que del esplendor de las iglesias.

Adelantando en las vías de la perfeccion cristiana, concibió y propuso á los fieles de Constantinopla el árduo y gigantesco pensamiento de que en esta populosa ciudad se restableciera el tenor de vida, que observaron los primeros cristianos de la Iglesia de Jerusalem, vendiendo sus bienes y viviendo en comun. No se realizó este proyecto colosal; pero solo el idearlo revela la grandeza del corazon de San Juan Crisóstomo.

Para conseguir el importantísimo objeto de la reforma de las costumbres y de la santificacion de todo el pueblo, se propuso el Crisóstomo velar particularísimamente sobre determinadas clases. Así predicó en especial á las vírgenes, corrigiendo un abuso que se habia introducido en Constantinopla. Con eficaz energía reprendió los vicios, que notaba en el clero, y le exhortó á vivir cual conviene á los ministros del santuario. Hizo lo mismo con las diaconisas. Advirtió de los deberes de su estado á las demás viudas, tanto á las que se mantenian de las limosnas de la Iglesia como á las que no dependian mas que de sí mismas. Era suma su aficion á los institutos monásticos, cuyas ventajas habia experimentado en su juventud; y habiendo encontrado muchos monges en Constantinopla, hacia particular aprecio de los que se distinguian por la obser-

vancia del silencio, recogimiento, abstraccion de las cosas del mundo y amor al retiro y soledad. Cuidaba de que no les faltase nada de lo necesario á su mantenimiento, y procuraba que todos los respetáran. Y por el contrario se mostraba muy severo con los que frecuentemente se dejaban ver por calles y plazas. Su celo y afan de santificar á todas las clases de la sociedad hizo que estas se dividieran en dos bandos, uno de los cuales le era afectísimo, siguiendo sus consejos y amándole como á luz y padre de sus almas, en tanto que el otro obstinado en sus desarreglos le miraba como á un censor terrible, y no tenia para con él mas que ingratitud y aborrecimiento injustísimo. Vírgenes, viudas, eclesiásticos, monges le amaban entrañablemente y se aprovechaban de sus sábias lecciones de un modo extraordinario; mientras entre aquellas y estos tampoco faltaban quienes, no queriendo sufrir la barrera que intentaba poner á sus pasiones, rompian la valla del respeto debido á su autoridad y á sus virtudes altísimas, y en secreto y en público desahogaban sus rencores atrevidos. Mas el Santo Pastor menospreciando toda clase de murmuraciones y agravios, con la misma libertad con que reprendia los vicios del vulgo, atacaba tambien los desórdenes de los poderosos, y daba saludables consejos á los prin-

cipes y á sus ministros, sabiendo que la potestad que los Pastores de la Iglesia reciben de Jesucristo para apacentar y regir su grey, no se limita al pueblo, sino que comprende á los grandes del siglo y á los monarcas mas encumbrados. Los señores del mundo unas veces se mostraron dóciles á su voz, que reprimia las injusticias y los desbordamientos de la maldad prepotente, y otras le persiguieron como á enemigo declarado. Arcadio y su esposa la Emperatriz Eudisia fueron como el tipo de esas alternativas, que con alguna frecuencia nos señala la historia en los Reyes y Emperadores respecto de los Apóstoles de las verdades evangélicas.

Parece, segun se expresa el Cardenal Orsi, que fue mas constante y universal el fruto que produjeron sus sermones y ejemplos en el comun del pueblo. Pruébalo el concurso numeroso, que continuamente asistia á la iglesia á oir la palabra de Dios y cantar himnos y salmos, no solo de dia sino tambien en las vigiliass de la noche. Las personas, que por justa causa no podian concurrir al templo, interrumpiendo el dulce sueño, se levantaban á media noche á orar y alabar al Señor. Excitábalas á este devoto ejercicio el Santo Obispo. El pueblo le obedecia con sumisa docilidad, y asistia tan gustoso á estas sagradas funciones que el Crisóstomo

no pudo menos de manifestar públicamente su alegría y mostrarse muy satisfecho. Nada mas lejos de su ánimo que la adulacion, y sin embargo dijo hablando de las vigiliias nocturnas empleadas en oracion y cánticos divinos: «Los Obispos y predicadores, que de continuo vienen á esta capital, son enseñados por el pueblo, y procuran llevar á sus países estas costumbres santas. Diéronle ocasion los arrianos para establecer otro ejercicio devoto. No teniendo aquellos iglesia dentro de Constantinopla desde la célebre ley de Teodosio contra ellos, iban ciertos dias del año procesionalmente á sus oratorios colocados en las afueras de la ciudad, y divididos en coros entonaban los salmos davidicos. Á esta práctica daban una jactanciosa importancia, que en los sencillos é ignorantes podia haber producido alguna perniciosa impresion. Y San Juan Crisóstomo á fin de evitarla no quiso que fueran menos los católicos en este género de alarde religioso. Estableció pues solemnes procesiones, en las cuales iban los fieles cantando himnos y salmos y repitiendo al final de cada uno de ellos: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo* para oponerse mas directamente á otras expresiones heréticas, que en la misma forma acostumbraban repetir los arrianos. Para mayor pompa y para dar un carácter mas religioso á sus magníficas procesio-

nes, dispuso que se lleváran en ellas varias cruces de plata, que á sus instancias costó la Emperatriz Eudósia, y que fueran como respetuosamente escoltadas por cirios encendidos, que resplandecian en las manos de los devotos fieles. Conservaban los arrianos la altanera arrogancia, con que en otro tiempo insultaban á los católicos, y llegó su osadía hasta arremeter á estos, trabándose una fuerte lucha. De aquí provino el que prohibiese el Emperador Arcadio las procesiones de los arrianos. Las de los católicos subsistieron por mucho tiempo, aun despues de haber subido á la gloria el Santo Obispo que las instituyera. Hacíanse dos veces á la semana las procesiones ordinarias; empero otras habia extraordinarias, ocasionadas, las que se llamaban de penitencia, por los terremotos ú otras calamidades públicas, y las de fiesta y regocijo hechas para la solemne translacion ó recibimiento de las reliquias de los santos mártires, ó algun otro motivo semejante.

CAPÍTULO LXV.

SUMARIO.

Convierte San Juan Crisóstomo á muchos godos arrianos: envia un Obispo á los Seitas: su celo por estirpar la idolatría en la Fenicia. Monges mártires. Se empeña San Juan Crisóstomo en la terminacion del cisma de Antioquía: salva la vida á Eutropio, y poco despues á Aureliano y á Saturninõ: se opone á Gainas que pedia una iglesia para los arrianos. Los ángeles defienden el palacio de Arcadio. San Juan Crisóstomo va de legado al cuartel general de Gainas. Triunfos de la predicacion apostólica de San Victricio de Ruan.

Entre los arrianos en Constantinopla y en sus inmediaciones habia muchos godos; y San Juan Crisóstomo para convertirlos se valió de los católicos de aquella misma nacion, haciéndolos cooperadores de su celo. Ignoraba el Crisóstomo el idioma gótico y la mayor parte de los godos el siro y griego: por esta razon ordenó á algunos de ellos lectores, diáconos y presbíteros, les entregó una iglesia en la ciudad, y por su medio convirtió á muchos á la fé. Ni se limitó su ardentísima caridad á procurar la salvacion de aquellos bárbaros, que

mas cerca tenia, sino que habiendo oido que algunos scitas establecidos hácia el Danubio deseaban beber en las aguas de la celestial sabiduría, buscó personas que fueran á instruirlos á imitacion de los Apóstoles, y ordenó un Obispo de aquella misma nacion, al cual el mismo Santo en su carta á Olimpiades llama el admirable Obispo Unila, que habia obrado muchas y grandes cosas. De cuánto se extendia su celo á dilatadísimas distancias da San Prócolo, citado por el Cardenal Orsi, un ilustre testimonio, diciendo que en la Siria habia despoblado las sinagogas que se oponian á Dios, y que en Cesarea dejó desiertos los lugares destinados á las culpas infames.

No fueron menos eficaces las diligencias, que practicó para exterminar la idolatría, ó por lo menos los monumentos de esa ciega supersticion en parte de la Fenicia, que la conservaba todavía á pesar de las terminantes órdenes, con que Teodosio se propuso extirparla. Viendo su obstinacion, influyó poderosamente el Crisóstomo con el Emperador Arcadio para que diese aquella ley ya mencionada, en que mandó demoler los edificios consagrados á los ídolos y despedazar las efigies de estos. Tal empresa en la Fenicia corrió toda por cuenta de San Juan Crisóstomo: creyendo que eran los siervos de Dios los que mejor desempeñarían semejante

comision, escogió monges para ejecutores de las disposiciones imperiales, y los envió á las ciudades y pueblos del Líbano, que tenían por capital á Damasco. No quiso que el dinero para los gastos, que habian de hacerse, saliera del erario público, y persuadió á que cargáran con ellos á varias matronas tan distinguidas por su piedad como por su nobleza y opulencia, entre las cuales ocupaba el lugar primero su discípula Santa Olimpiades. Mientras el Santo conservó algun valimiento en palacio no hallaron los monges resistencia, y llevaban adelante la demolicion de templos é ídolos; mas luego que comenzó á ser perseguido, principiaron á experimentar igual mudanza de fortuna sus monges comisionados: atreviéronse los paganos á insultarlos y á vejarlos con fiereza tanta que algunos de ellos recibieron heridas considerables, y otros mas dichosos fueron preciosas víctimas de su ardoroso celo. Desde su destierro de Cucuso escribíales el Santo consolándolos y diciéndoles que habia dado las órdenes oportunas para que no les faltáran aquellos piadosos auxilios pecuniarios, con que hasta entonces habian sido mantenidos. Empero si fue tanta su apostólica solicitud en favor de países, con los cuales no tenia un motivo particular de afecto; mayor sin duda alguna fue su premura desde el principio de su pontificado para

que tuviesen un término los males, que padecía su querida patria por un largo cisma demasiado célebre. Sentía en el alma que el Egipto, el Occidente y el mismo Vicario de Jesucristo no mirasen con buenos ojos á Antioquía por sus funestas divisiones. Formó, pues, el plan de una perfecta reconciliacion; envió á este fin varios Obispos y presbíteros á Roma; el Sumo Pontífice los recibió muy favorablemente; y pronto volvieron los legados, de los cuales era el Obispo Acacio el principal, trayendo al Oriente una propicia resolucion del Pastor de los Pastores. Lo era todavía San Siricio, y escribió á Flaviano admitiéndole en su comunión y en la de todos los Obispos del Occidente, lo que con mas facilidad pudo hacer en aquellas circunstancias el Romano Pontífice, porque habia muerto Evagrio, sucesor de Paulino, y último Obispo del partido eustaciano, que aun no habia elegido otro. Flaviano se empeñó en corresponder á la benevolencia de su Santidad, dando nuevos y mas brillantes ejemplos de todo género de virtudes, y procurando ganarse los ánimos de los eustacianos, lo que en gran parte consiguió. Sin embargo, subsistieron reliquias de este cisma antioqueno por algunos años mas.

Entretanto que á grandes distancias del lugar en que residia obraba prodigios, derramando magníficos beneficios, el sublime genio de San

Juan Crisóstomo, la santa libertad con que hablaba, aconsejaba y reprendía como verdadero amigo y como intrépido prelado al ministro Eutropio, produjo en este hombre perverso una animadversión rencorosa hácia el Santo, que con fraternal bondad quería apartarle del precipicio á donde le conducían sus desórdenes, sus injusticias y su ambición desmedida. Claro es que siendo Eutropio el que dictaba las leyes de su capricho á la corte, su ódio airado había de ser para cualquiera muy temible, y que si en la acrisolada fortaleza del Santo Obispo no podían hacer mella sus desafueros, por lo menos habían de contrariar sus miras y darle mucho que sufrir. Pero bien pronto la divina venganza derribó á aquel potentado de su elevada silla, y le despojó de su poderío y riquezas, reduciéndole á refugiarse en la casa de Dios para salvar su vida. Llegó á ser Cónsul, habiendo sido un vil esclavo, y de aquí vino su perdición. Los mas encumbrados personajes del imperio no pudieron llevar pacientemente el ultraje, que con semejante elevación creían inferido á la magestad del mismo imperio, y resolvieron y maquinaron, é hicieron tanto que al fin Arcadio le privó de todos sus empleos y honores, y le arrojó de su palacio. Viéndole caído, el pueblo y el ejército se animaron á desahogar, dándole sangrienta muerte, el abor-

recimiento y la furia, que hacia tiempo hervia represada en sus pechos. No bien Eutropio oyó los primeros truenos de la tempestad, que contra él se levantaba, cuando corrió al templo, cuyas puertas habia cerrado él mismo para los desdichados perseguidos por una ley, en que prohibió el asilo en las iglesias. Y no obstante, en esta ocasion quiso Dios mostrar con el protervo ministro cuánta es la grandeza de su misericordia, y cuán noble generosidad abrigaba el magnánimo y compasivo corazon del Crisóstomo. El ofendido pastor le abrió los brazos de su clemencia, le acogió en el lugar santo, y hasta expuso su propia vida por salvar la de su enemigo. No mostrarán semejante ejemplo de caridad enseñada por el divino Maestro entre sus mas ponderados filántropos los motejadores y adversarios de nuestra santa y bienhechora religion. El Crisóstomo fue llevado á palacio en medio de las oleadas del pueblo tumultuado y furibundo. Representó al Emperador Arcadio las caritativas máximas del Evangelio y los conculcados derechos de la Iglesia: despues su inflamada elocuencia hizo derramar lágrimas de compasion á los mismos, que habian estado como leones respirando fuego de ira y venganza, y puso de manifiesto el humo de las grandezas humanas, que en un instante se disipa, y presentó la patética antítesis, que ofrecia á los

ojos de su auditorio ese mismo Eutropio tan rico, tan poderoso, tan honrado, tan soberbio y árbitro de la suerte de todo un imperio, ya caído de la cumbre de las prosperidades á un abismo de miseria, pálido como un difunto, hecho blanco de las iras de un gran pueblo y trémulo de susto y de pavor, esperando una muerte, de que solo le preservaba el haberse acogido á los altares.

Dos generales godos Trivigildo y Gainas, que habiéndose concertado al intento se hicieron oír de Arcadio con el estruendo de las armas de sus ejércitos, fueron la causa de la estrepitosa caída del ministro Eutropio, que por último fue miserablemente muerto. Estos mismos envalentonados con el buen éxito de su pretension, y desolando el Asia con sus falanges rebeladas, acudieron otra vez al Emperador, poniéndole por condicion de paz el que les entregase á Aureliano y Saturnino, insignes personajes del imperio, el primero entonces mismo cónsul, y el segundo ilustre por haberlo ya sido diez y siete años antes. Impulsados ambos por el nobilísimo sentimiento de un patriotismo nada comun se ofrecieron por víctimas de la pacificacion del imperio, y se pusieron en manos de sus implacables enemigos. Pero la heroica caridad del Crisóstomo les salvó la vida. Voló el Santo al Asia, y por entre las armas de los

sañudos bárbaros penetró en el campamento de Gainas, que como arriano le era hostil. Triunfó de él su divina elocuencia. El formidable Gainas se redujo á contentarse con el destierro de aquellos ínclitos personajes. Y el Crisóstomo volvió á Constantinopla á continuar el curso de su apostólica predicacion. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que tornase á entrar en nueva y aun mas gloriosa lucha con el mismo Gainas. Habia este armipotente godo conseguido de Arcadio todo cuanto pretendia su petulante audacia, y se hallaba en Constantinopla nuevamente apoderado del mando no solo de las tropas de su nacion sino tambien de los ejércitos romanos. Á fuer de arriano celoso de los intereses de su secta pidió á Arcadio que dentro de los muros de la ciudad le concediese una iglesia para sí y los suyos, diciendo que era altamente indecoroso que el general en jefe de sus ejércitos tuviese que salir por las puertas de Constantinopla á buscar un sitio en que hacer oracion. El Emperador que le temia, le dió buenas palabras y esperanzas de que le complaceria, despues de haber deliberado sobre su propuesta. Llamó á San Juan Crisóstomo; le enteró de la demanda del fiero godo, y le habló de su poderío y de sus perniciosos designios contra la ciudad y el imperio; y le exhortó á que no irritase á aquel bárbaro, ne-

gándole la iglesia que solicitaba para el ejercicio de su falsa religion. Y el generoso Obispo respondió á Arcadio: «Guárdate, ó Emperador, de hacer tal promesa y de conceder á los perros las cosas santas; porque jamás se verificará que me puedas persuadir á que prive de la iglesia á los que públicamente profesan reconocer al divino Verbo por verdadero Dios, y como tal le alaban, para entregarla á los que le blasfeman. No temas á aquel bárbaro, ordena que ambos estemos en tu presencia; tú solo oirás; y á mí me dejarás el trabajo de oponerme á él. Te prometo reprimir su avilantez de tal modo que no tendrá atrevimiento para volver á pedirte lo que no conviene que le concedas.» Estas palabras comunicaron al Emperador algun aliento, y dispuso que al dia siguiente viniesen ambos á palacio. Gainas, como estaba seguro de lograr su intento, fue á la hora señalada, y el Crisóstomo se presentó acompañado de varios Obispos. El terrible general instó al débil Arcadio á no faltarle á la promesa, que le tenia hecha. Replicó San Juan Crisóstomo que profesando Arcadio la verdadera piedad, nada podia conceder en perjuicio de las cosas divinas. Gainas repuso que era justo que se le diese una iglesia, donde ofrecer á Dios sus oraciones; y San Juan le dijo: «Todas las tienes abier-

tas; y si quieres hacer oracion, nadie te impedirá la entrada.» «Yo, repuso Gainas, soy de otra secta, y pido para mí y para mis compañeros una iglesia, la que despues de tantos peligros y guerras, á que me he expuesto por el servicio de los romanos, me parece tengo derecho de pedir. Si has servido á los romanos, le respondió intrépidamente el Santo Obispo, tambien has conseguido premios mucho mayores que tus servicios, pues te veo con vestiduras consulares, y tienes el mando supremo de los ejércitos. Te suplico que reflexiones lo que fuiste y lo que eres ahora; tu antigua pobreza y tus riquezas presentes; cuales fueron tus vestidos antes de que pasases el Danubio, y cuales son ahora las ricas galas con que te vemos adornado. Por tanto, pondera lo ligeras que han sido tus fatigas, y lo grande y magnifico de las recompensas.» Trájole en seguida á la memoria el modo cómo huyó de su patria, y cómo le salvó el Emperador Teodosio, padre de Arcadio, y que habia jurado ser amigo de los romanos, fiel á Teodosio, á sus hijos y á sus leyes. Y al decir esto el Crisóstomo sacó del pecho el edicto solemne, con que Teodosio prohibió á los hereges el juntarse dentro de los muros de la ciudad. Vuelto al Emperador le exhortó á conservar inviolable áquella ley publicada para



contener y reprimir las heregías, y claramente le dijo que era mucho mejor perder el imperio que entregar la casa de Dios á los hereges. Con semejantes palabras, concluye Teodoreto, aquel Doctor del universo cerró la boca á Gainas, y le impuso silencio.

Sin embargo, parece que Gainas habia nacido para terror y tormento de Arcadio y de su imperio. Su gigantesca ambicion no reposaba, y concibió la idea de usurpar la púrpura. Á este fin reunió en Constantinopla muchedumbre de tropas godas, y alejó las romanas, cuyo mando le estaba confiado. Habia resuelto quemar vivo á Arcadio en su mismo palacio, y para ejecutarlo envió varias noches gente armada de su nacion; pero, aunque eran distintos los godos, que cada noche mandaba, unos y otros volvian diciendo que el palacio estaba guardado por una porcion de guerreros dispuestos á la batalla. El mismo Gainas fue una noche, y vió que era verdad lo que le referian. Creyó que era un ejército que durante el dia estaba escondido, y de noche salia á defender el palacio. Mas se engañó. Eran ángeles los guerreros que lo defendian. Sin duda fue este prodigio un premio de haberse Arcadio adherido al parecer del Crisóstomo en negar á Gainas el templo, que le pedia para los arrianos.

Por último, Gainas arrojó la máscara y

volvió á declararse en rebelion abierta, desolando la Trácia con sus godos. En tal conflicto recurrió el Emperador Arcadio al Crisóstomo, y le envió con una legacia á donde el feroz godo tenia puestos sus reales. Al oir Gainas que llegaba el Santo Obispo, recordando sus excelsas virtudes y su maravillosa fortaleza, se sintió poseido de admiracion y respeto para con aquel embajador incomparable; y gloriándose jubilosamente de tener tal legado en su cuartel, salió á recibirle, y le cogió las manos y se las puso sobre los ojos en señal de acatamiento, é hizo que sus hijos se le postráran y le abrazáran las rodillas. San Juan Crisóstomo consiguió su intento, concertando, segun parece, un tratado de paz; aunque no transcurrió mucho tiempo sin que el bárbaro prepotente lo violase, atropellando de nuevo los pactos y las leyes del agradecimiento, y cubriendo de luto y de horror provincias dilatadas.

¡Cuán diversos y admirables son los caminos del Señor! Mientras el mas elocuente de los nacidos con la vehemencia y belleza de sus discursos no solo asombraba al universo, sino que daba á Dios inmensa gloria; otro siervo suyoi cuyas palabras eran de índole muy diferente, pues no respiraban mas que sencillez y sin ornato salian naturalmente de su abrasado

corazon, levantaba multiplicados edificios de santidad. Tal fue el bienaventurado San Victricio, Obispo de Ruan en las Galias, quien solo se preciaba de saber á Jesucristo crucificado, y no animaba su voz sino con la eficacia de sus ejemplos. Pero sus pláticas é instrucciones eran una semilla, que producía copiosa mies de fervorosos cristianos. Su Iglesia vino á ser una imágen de la que fundaron en Jerusalem los Apóstoles. Grande era en ella el número de las doncellas, que ofrecían al divino Esposo de sus almas el lirio de su virginal pureza, y el de las viudas que servían á los altares durante el día y pasaban largas horas de la noche ocupadas en obras de piedad. Muchas personas casadas vivían como hermanos y hermanas por entregarse mas libremente á la oración. Abriáanse doquiera las puertas de la misericordia á los menesterosos y desvalidos. La concurrencia á las iglesias y á los monasterios era tal que continuamente resonaba la dulce armonía de los salmos y cánticos espirituales, regocijando á los Santos del cielo y de la tierra. Así la Iglesia de Ruan, que antes de San Victricio era apenas conocida en las provincias inmediatas, derramó por los países mas distantes la fragancia de sus virtudes.

Ni contento el nuevo Apóstol de las Galias

con santificar su extensa diócesis, resolvió volar á difundir en otros pueblos lejanos la divina luz del Evangelio y á reanimar el fuego casi apagado de la caridad. Predicó á los Morinos y Nérvios, antiguos pueblos de las Galias, que ocupaban el territorio, que se dilata por varios departamentos del norte de Francia, y Bélgica. Aunque la divina palabra se habia sembrado en ellos desde la época de las últimas persecuciones generales; sus semillas habian quedado sin cultivo por falta de celosos pastores ó por las devastadoras correrías de los bárbaros. Y Dios escogió á San Victricio para que cual nube cargada de agua regase y fecundase aquellas tierras, disipando sus tinieblas con la bellísima luz de sus relámpagos. Y en breve, como escribia San Paulino, ciudades, villas, aldeas, islas y montes se llenaron de iglesias y monasterios, donde numerosas comunidades cantaban las alabanzas divinas, y vivian como ángeles gloriosos en cuerpos de polvo deleznable.

CAPÍTULO LXVI.

SUMARIO.

Breve reseña de las obras que en la segunda mitad del siglo IV escribieron los mas insignes Santos que florecieron en ella.

Glorioso sobremanera fue para la Iglesia el último tercio del siglo que acabo de bosquejar por los eminentes é inmortales escritores, que lo ilustraron. Copiando ó reduciendo á menos palabras lo que de ellos se dice en dilatadas historias eclesiásticas, ó en sus vidas, ó en los preámbulos ó doctísimos prefacios puestos al frente de sus obras por editores tan eruditos y respetables en sus juicios como los célebres benedictinos de la Congregacion de San Mauro, ó en especiales tratados de Patrologia, no seria difícil formar un magnífico y razonado panegírico de su mérito raro y de sus escritos admirables. ¿Pero qué podria añadirse al concepto grandioso, que con solo sus nombres hacen formar de su excelsa sabiduría y de su elocuencia un San Juan Crisóstomo, un San Gregorio Nacienceno, un San Ambrosio, un San Agustin? Hé aquí Doctores de la Iglesia, hé aquí Santos Padres, ante los cuales los verdaderos

sabios de todos los demás siglos posteriores han inclinado la cabeza reverentemente. Hé aquí los grandes maestros del cristianismo. Hé aquí hombres de primera magnitud científica y literaria, cuyo elogio no puede salir de lábios de tan poco valer como los míos, y cuyas alabanzas no caben en el reducido espacio, que aquí se les pudiese consagrar. Habré pues de limitarme á una mera y rápida mencion de las obras, que escribieron, citándome en los autores que, como San Agustín y San Gerónimo, sobrevivieron al siglo IV á las que dieron á luz hasta la conclusion del mismo. Sigo en esta ligerísima reseña al muy docto Cardenal Orsi en los tomos séptimo, octavo y nono de su Historia eclesiástica.

San Nicetas, Apóstol de las Dácias, escribió seis tratados para instruccion de los bárbaros, á quienes predicaba la buena nueva del Evangelio. Su estilo fue encomiado por su sencillez, belleza y correccion.

San Paciano, Obispo de Barcelona, de quien dice San Gerónimo que era por la pureza y santidad de su vida no menos ilustre que por su facundia y elocuencia, fue en este siglo en concepto del Cardenal Orsi el mas grave, noble y elocuente de los autores españoles: escribió varias cartas refutando los heréticos devaneos de un tal Simproniano, y una *Exhortacion á*

la penitencia. Quedó en la Iglesia su memoria en grandísima veneracion.

Obras de San Gregorio Niceno: su Diálogo sobre el alma y la resurreccion de los muertos: sus libros contra el herege Eunómio: varios discursos.

Obras de San Ambrosio: sus dos libros sobre la fe escritos á peticion del Emperador Graciano: sus cinco libros en defensa de la divinidad del Hijo de Dios, el de la muerte de Sático, y el de la Fé de la resurreccion de los muertos: sus libros sobre el Espíritu Santo, el de la Encarnacion del Verbo, sus Comentarios del Evangelio de San Lucas, sus Instrucciones á los catecúmenos, las cuales reducidas despues á forma de libro se intitulan *Isaac y El alma*; el *Bien de la muerte*, en el cual discurre el Santo Doctor acerca de los beneficios, que la muerte proporciona á la esposa uniéndola con el Esposo para que con él viva eternamente, el libro dirigido á los neófitos sobre los misterios, los dos sobre Jacob, y la vida bienaventurada, el de la fuga del siglo, y los de José y de las bendiciones que dió Jacob á sus hijos poco antes de espirar, á todos los cuales han de añadirse sus sermones sobre el salmo 118. Su oracion fúnebre en alabanza del Emperador Valentiniano II, su panegírico de Teodosio, su carta á la Igle-

sia de Vercelis, su exposicion del salmo 43.

Obras escritas por San Gerónimo en el siglo IV: su Diálogo contra los Luciferianos: su libro contra Elvidio, su Correccion de las versiones latinas de los Evangelios y de los Salmos hecha con arreglo al texto griego; su traduccion de dos homilias de Origenes sobre el Cántico de los cánticos, la del libro de Dídimo sobre el Espíritu Santo. Los mas importantes trabajos literarios de San Gerónimo fueron sin duda alguna la correccion de la version latina de la Sagrada Escritura, ajustándola á la griega de los setenta intérpretes, y limpiándola de casi innumerables variantes erróneas, que por descuido ó ignorancia se habian ido introduciendo en las copias ó códices comunes, y sus comentarios sobre la misma. Pero esas sus inmensas tareas escriturarias fueron muchas veces interrumpidas por la composicion de otras obras, entre las cuales deben mencionarse su libro de los varones ilustres, ó catálogo de los autores eclesiásticos, y sus libros contra el herege Joviniano, su traduccion al latin de la carta de San Epifanio á Juan de Jerusalem, y las muchas cartas que escribió con tanta energía, limpieza de estilo, claridad, uncion y vigoroso raciocinio que por sí solas bastarian para acreditar su celo, su ciencia, su erudicion y santidad.

Obras de San Epifanio escritas en el siglo IV: su obra contra las heregías: otra intitulada el Acorato: su escrito contra los anticomarianos y colidirianos: su carta á San Basilio sobre el cisma de Antioquia, y otra sobre las desavenencias de los monges del monte Olivete.

San Paulino de Nola fue uno de los primeros y mas distinguidos literatos y poetas de su tiempo: tuvo correspondencia con varios de los mas esclarecidos Santos y escritores de aquella edad, como San Agustin y Severo Sulpicio: hizo la apología de las guerras y victorias del Emperador Teodosio; y consagró su talento poético á asuntos de piedad.

Obras de San Agustin compuestas en el siglo IV: su libro sobre los Académicos, sobre la vida feliz, sus dos libros del orden y los otros dos de sus soliloquios fueron los primeros frutos de su pluma despues de su conversion, todos ellos escritos en una casa de campo, adonde cerca de Milan se habia retirado. En Roma escribió un libro acerca de las costumbres de la Iglesia católica, y otro acerca de las de los maniqueos, y otro sobre la cantidad ó grandeza del alma en forma de diálogo con Evodio, y otros sobre el libre albedrío, pero solo el primero de estos últimos concluyó en aquella capital del mundo cristiano, no habien-

do compuesto los otros dos sino algunos años despues de su regreso al África, cuando ya era sacerdote de Hipona y poco antes de ser hecho Obispo de la misma ciudad. Su libro de la santa virginidad y el del bien del matrimonio fueron tambien escritos antes de su vuelta al África. Libre ya de los cuidados del mundo escribió en su propio país el libro de las ochenta y tres cuestiones, que contiene las respuestas á las dificultades y dudas, que sus amigos le habian propuesto ó sobre los pasajes mas oscuros de la divina Escritura, ó sobre los mas sublimes argumentos de la teología cristiana. Pertenecen igualmente á esta época los dos libros del Génesis contra los maniqueos, el del Maestro, los seis de la música, y el de la verdadera religion, el cual admirablemente pone de manifiesto la energía y vigor de su ingenio agigantado. Siendo ya sacerdote escribió contra los maniqueos su obra sobre la utilidad de la fé, la de las dos almas y la que demuestra la concordia del antiguo Testamento con el nuevo; su salmo abecedario contra los donatistas, su refutacion de una carta de Donato; sus libros del Génesis *ad literam*, del sermon del Señor sobre el monte, de la exposicion de la epístola á los Romanos, á los Gálatas, y de la mentira, su refutacion de la carta de Maniqueo llamada del fundamento, su libro

contra Fausto, los de la armonía y acuerdo de los Evangelistas, los dirigidos á Simpliciano, el del combate cristiano, el que escribió contra Hilario, el del modo de instruir á los ignorantes, el de la doctrina cristiana, el de la Trinidad, sus cuestiones sobre San Mateo y San Lucas, y sus anotaciones al libro de Job.

CAPÍTULO LXVII.

CARÁCTER DE LOS SUCEOS DEL SIGLO IV.

Al comenzar este siglo parece que oímos á lo lejos los rugidos de la persecucion, que sentada sobre el imperial trono de los Césares y rodeada de todas las furias infernales va á inundar la tierra en sangre de inocentes cristianos. La inundó efectivamente, y el espectáculo que entonces ofrecia el universo, era el de un inmenso cúmulo de horrorosas y atroces crueldades y muertes. Con sobrada razon se ha dicho que en aquella época se despoblaba la tierra para que los cielos se pobláran de almas de gloriosos mártires. El poder supremo estaba representado por la guadaña de la muerte, y su víctima era el mundo cristiano. No son estas vanas palabras, ni en ellas se envuelve exageracion: ahí están los ensangrentados mo-

numentos de la historia; ahí están los feroces y terminantes edictos de los Emperadores; ahí están las actas de los mártires. Sin embargo, no sucumbió nuestra divina religion. Y no hacia mas que sufrir en silencio. Quemados sus templos, demolidos sus altares, hechos cenizas sus libros santos, cansada la muerte de devorar á sus Pontífices, á sus Obispos, á sus vírgenes, y no solo á sus intrépidos atletas, sino hasta á sus mas decrepitos ancianos y niños y débiles mujeres de toda edad y condicion, ¿qué faltaba para asegurar que el cristianismo habia muerto? ¿Qué faltaba al propósito y á los deseos de sus implacables y coronados perseguidores? Pero estos son los que desaparecen; y los templos y altares de los cristianos se levantan con una magnificencia nunca vista.

Hé aquí un suceso colosal, que solo puede hallar su tipo y semejanza en la resurreccion del Salvador del linage humano. Esta resurreccion fue la mas convincente prueba de la divinidad de Jesucristo, así como el entronizamiento de su perseguida religion en el tercer lustro de este siglo es tambien una irrefragable prueba de que es divina. ¿La víspera del dia señalado para su triunfo, qué poder habia en el mundo, que pudiese tenderle una mano propicia, una mano que la sacase del abismo

de sangre, duelo y desolacion, en que se hallaba sumergida? ¿El jóven Constantino? No es cristiano; le han educado en la corte de Diocleciano y Galerio, y este último Emperador cruelísimo tenia tramada su muerte. Su padre Constancio Cloro, que algo detuvo el ímpetu de la persecucion, no era cristiano, no era mas que un deista ilustrado y de corazon recto y bondadoso; pero ya ha bajado á la tumba. Recordemos, pues, que por medios humanos no se levantó de su postracion material el cristianismo, del cual hubiera podido decir una lengua pagana, que hacia diez años que estaba en su lecho de muerte, recibiendo heridas sobre heridas.

Bien sabidos son los hechos sobrenaturales, que determinaron la primera resolucion de un Emperador en campaña á decidir su voluntad en favor de una religion, cuyo fundador habia espirado en una cruz. Ese instrumento de muerte patibularia, que el mundo antiguo tenia por ignominioso, *se presenta en el cielo lleno de resplandores y cual signo y prenda de victoria á un ejército y á su caudillo, á quien otra aparicion del mismo divino Salvador enseña la manera, con que ha de sustituirlo á los estandartes profanos, que hasta entonces habia tremolado. Para un filósofo imparcial la sumisa y prontísima obediencia de Constanti-

no no puede explicarse, sino, como efectivamente sucedió, con la intervencion poderosa de la única Divinidad verdadera, que le tomaba por instrumento de sus designios. Asi pues, no son los hombres, no es, propiamente hablando, el vencedor de Majencio quien dá el triunfo á la religion cristiana; es Dios mismo obrando como soberano del cielo y de la tierra y como Señor de los que se llaman Reyes y Emperadores; es Dios mismo, que tiende á su Iglesia abatida y atrocísimamente perseguida esa mano propicia, que en el mundo no habia quien le alargára; es el mismo Señor de los ejércitos, que en la victoria concedida á uno de los guerreros que se disputaban un pedazo de imperio, ha concedido igualmente otra clase de triunfo á sus fieles adoradores, pero respetando la libertad de sus enemigos.

Toda la historia de aquel tiempo, todos los documentos expedidos en favor del cristianismo por Constantino y su cólega Licinio, son un irrecusable testigo de ese respeto á la libertad de los paganos. He nombrado á Licinio, y con solo haberle nombrado presento una prueba, providencial por cierto, de que los hombres que mandaban no violentaron á los que obedecian, ni siquiera les indujeron á mudar de religion. Cuando Licinio firmó en Milan el famoso edicto, en que Constantino y él permi-

tian á los cristianos el libre ejercicio de su religion, podria estar admirado de los hechos sorprendentes y sobrenaturales, que determinaban aquel grandioso cambio de escena, pero no estaba convertido, era pagano, y, como despues se vió, obstinadamente apegado á las supersticiones gentílicas. Por lo mismo, semejante hombre no era para haber impelido á sus súbditos á entrar, ni con la menor palabra, en una nueva senda religiosa. Así en su firma puesta en aquel célebre documento del año 313, debemos admirar dos cosas, la irresistible fuerza de la divina Providencia, que se valia de un enemigo para autorizar en el imperio romano el culto del verdadero Dios, y en segundo lugar el crédito que á sus mismos adversarios habian merecido esos milagros de la diestra del Altísimo.

Volvamos los ojos á la posterior conducta de Licinio, y veremos que ni los prodigios mas estupendos obrados en su favor por el Todopoderoso para demostrarle la verdad y divinidad del cristianismo le mueven á abrazar esta religion sobrehumana. Antes bien ¡oh maravilla! ¡oh demostracion palpable del libre albedrío del hombre! vuelve su espada contra los cristianos y la tiñe en su sangre. Tal es el fenómeno que nos ofrece la historia de este siglo cuarto para persuadirnos de que la vic-

toria de la Iglesia, es decir, la extension de su dominio sobre los corazones, no fue obra de los potentados de la tierra, sino únicamente de Dios. El mismo Constantino, que parecia nacido para favorecerla por la grandeza de su alma y su esplendorosa generosidad, fue, ¿quién habia de creerlo antes de haberlo visto? un obstáculo á las suaves conquistas del cristianismo con haberse hecho juguete de la faccion arriana, que le engañó y le cegó y le hizo perseguir al incomparable San Atanasio, aunque sin haber pervertido su corazon, ni haberle sacado del gremio de la verdadera Iglesia.

Hay mas: parece que el Señor no queria en este siglo auxiliares coronados para llevar á cabo la obra admirabilisima de la conversion del mundo. Tal vez á primera vista se tenga por extraña esta idea; empero para manifestar que no es un extravío de mi entendimiento y que en la historia se hallan indicios que la autorizan bastantemente, será del caso poner los ojos en la notable brevedad, con que el divino Árbitro de la vida arrebató y cortó en flor la preciosa existencia de los excelentes Emperadores cristianos Constantino el jóven, que solo reinó tres años, Constante, que murió en lo mejor de su edad, Joviano que á los ocho meses de imperio desapareció repentina-

mente, y los brillantes jóvenes Emperadores Graciano y Valentiniano segundo trágicamente asesinados, cuando empezaban á prometer con su celo, su piedad, su fortaleza y demás relevantes prendas una era de paz, de prosperidad y dicha para la Iglesia. Verdaderamente que fueron estos óptimos príncipes una especie de relámpago de bienandanza para nuestra combatida religion. De ninguno de ellos hubieran pronosticado los médicos que habia de morir tan pronto. Sin embargo así estaba decretado en los inexcrutables consejos del Altísimo, sin duda para que no se atribuyese la maravillosa obra de la conversion del mundo pagano al favorable influjo de los dominadores de la tierra, sino que resplandeciese en los futuros siglos como un precioso fruto de la accion propia é inmediata de la Providencia divina y de la poderosa virtud, que entraña el apostolado del buen ejemplo de los fieles y de la predicacion de los ministros de los altares.

Por el contrario, los soberanos del imperio, que adhiriéndose abiertamente á la heregia arriana, estorbaron sobremanera la accion progresiva del catolicismo, y persiguieron con la mayor crueldad á sus mas ínclitos Obispos, es decir, á las columnas del magestuoso edificio que pretendian derribar, tuvieron mas larga vida. Á Constancio y Valente fue dado hosti-

lizar á los católicos por mucho tiempo con todo su imperial poderío. Si Juliano el apóstata no ejerció su tiranía contra la Iglesia sino por tres años, la cortedad de los funestos dias de su malévola dominacion está por otra parte muy compensada con la universalidad de la misma, pues no la dividió con ningun otro, sino que la ejerció solo en toda la extension del imperio; y ya hemos visto que poseia en grado eminente la ciencia de la maldad astuta, y que formaban su consejo los mas aventajados discípulos del príncipe de las tinieblas. Sucedió lo mismo con su antecesor el arriano Constancio, quien despues del fallecimiento de su hermano Constante tuvo solo el absoluto dominio de todo el mundo romano.

En cuanto á Valentiniano I, que reinó mas largo tiempo, y cuyo corazon era católico, se debe traer á la memoria que si bien dió muestras de intrepidez cristiana en tiempo del apóstata, despues cuando se vió elevado al imperio, hizo al mundo el malhadado regalo de un Emperador arriano en su hermano Valente, cuyos desafueros y crueldades contra la Iglesia de Dios no contuvo, y él mismo en el mas largo periodo de su reinado se condujo con fria indiferencia respecto del importantísimo negocio de la causa de la religion. ¿Y qué diremos de la Emperatriz Justina, que gover-

naba durante la menor edad de Valentiniano el jóven? Léanse las páginas de su historia, y se verá que no se portó como mujer, sino como leona con la Iglesia católica y con aquel gran San Ambrosio, que tan eminentes servicios le habia prestado, y á quien en cierto modo era deudora del imperio y de la vida. El arrianismo, que infectaba su alma, la privó de la espiritual belleza, que dá la divina gracia á las princesas verdaderamente cristianas, y la hizo hostilísima á nuestra augusta religion.

Esta ligera reseña de los Emperadores, que tuvieron el cetro durante el siglo IV, bastará á un hombre de recto juicio para persuadirle de que el poder humano, por lo general, mas bien fue contrario que favorable á las conquistas, adelantamientos y victorias de nuestra santa fé. Al primer Emperador cristiano ya le puso una venda en los ojos la engañadora astucia de la heregía arriana. Este mónstruo halló casi constantemente amparo y proteccion en algun trono; y los escándalos, que producía á las atentas miradas de los gentiles, el vértigo que en sus ideas sobre la religion cristiana causaba naturalmente, no pudiendo los idólatras conocerla sino de lejos, ni distinguir sus verdaderos caracteres, y lo mucho que distraía las fuerzas católicas en el combate que con él sostenía, fueron otros tantos obstácu-

los gravísimos para que el reino de nuestro Señor Jesucristo se fuera dilatando en aquella época en que triunfó la Iglesia. Es verdad que Teodosio el grande fue en los últimos años de este siglo un decidido campeón del cristianismo, y que lo protegió muy de veras; pero en su exaltación al imperio debemos admirar, lo mismo que en la prodigiosa conversión de Constantino, la mano de Dios, que obra de un modo bastante visible. Y con efecto, para descubrirla y ver que hay aquí algo grande y misterioso, que se aparta del curso ordinario de los sucesos humanos, recordemos que este valeroso y magnánimo caudillo no era de estirpe régia, y que el célebre poeta español, que imaginó que su cuna había sido de marfil y oro, expresó un pensamiento, que acaso distase mucho de la verdad histórica. Así, pues, con bastante claridad se descubre en su encumbramiento un nuevo testimonio de que el Todopoderoso no quería que en el triunfo del cristianismo viesan las generaciones venideras otra mano que la suya en esa gigantesca transformación religiosa del mundo antiguo, á fin de que no pudiéndose atribuir á los poderes humanos esta mudanza admirabilísima, tuviese su religión otra prueba mas de que es divina.

Ni se nos oponga que la esperanza de lo-

grar empleos ó dignidades ó la privanza de los príncipes cristianos fuese poderoso móvil para que se convirtiesen á la fé los gentiles, pues en todo el curso de la historia de este siglo vemos que el ser idólatras no era óbice para conservar los destinos ni para subir y encaramarse á los puestos mas elevados, á la Prefectura de Roma como Simaco, y al supremo mando de los ejércitos como el conde Arbogastes, que en el imperio del cristianísimo Graciano era el primer personaje de su corte y el hombre de mas valer en influjo y dignidades. ¿Cuándo faltaron senadores idólatras? Mas de una vez fue su osadía en pretender favores para el paganismo muy digna de vigorosa represion; y sin embargo los Emperadores cristianos los toleraron, y hasta llegaron á tener alguna que otra reprehensible condescendencia con ellos. No reparaban en medios cuando se trataba de pretender alguna gracia en pro de la idolatría ó de hacer la guerra á la Iglesia de Jesucristo. Buena conciencia tenian ellos para no faltar á la verdad, para no llamarse el Senado entero, aunque fuesen los menos. Ni el conde Arbogastes tuvo escrúpulo de hacer que una banda de ladrones diese la muerte á su magnífico bienhechor Valentiniano II á fin de vengar una supuesta ofensa hecha á la idolatría, y de abrir á esta

el camino para que de nuevo se entronizára. Ni cuando se demolían los templos de los paganos, ya en los postreros años de este siglo como medida de buen gobierno por la pública autoridad para extirpar focos de execrable corrupcion y crímenes, que se oponían á la dignidad de la naturaleza humana, estuvieron siempre los paganos con los brazos cruzados: la historia nos ofrece diversos ejemplos de resistencia á mano armada, con derramamiento de sangre, furor y estragos. No fueron pocos los varones apostólicos, que al echar pacíficamente las semillas del Evangelio recibieron la corona de los mártires, muriendo á manos de los idólatras encolerizados, y esto cuando el siglo IV iba ya tocando á su término.

No hay duda en que se aglomeraron varias causas poderosas para abrir los ojos de los gentiles, haciéndoles abjurar sus antiguos errores; pero todas ellas llevaban, por decirlo así, un particular sello de extraordinarias, en el cual debía reconocerse la marcada proteccion del único Dios verdadero dispensada á su Iglesia. En todas ellas, si me es lícito expresarme de esta manera, habia algo de celestial, que movia á convertirse los corazones de los gentiles, que las considerasen con mediana atencion. ¿Á quién sino al cielo habia de atribuirse el sobrehumano valor de los mártires, el trágico

fin y espantoso castigo de los principales perseguidores de la Iglesia, la sucesion casi no interrumpida de milagros, la excelsa sabiduria de muchos de los doctores de la religion cristiana, la belleza y bondad que esta ostentaba en las nuevas leyes de los Constantinos y Teodosios, y el descubrimiento de escándalos y abominable corrupcion, que encubrian los templos de los ídolos?

Recórranse con la memoria los personajes y los variados y bellisimos sucesos, que fueron causa de la conversion de diversas naciones, que no pertenecian al imperio romano, y que ya hemos visto en su debido lugar, y se convendrá en que todo fue obra inmediata de la mano de Dios, que se valia, ora de una cautiva, ora de unos niños abandonados, ora de unos humildes cristianos emigrados ó prisioneros, ora de un monge ó solitario celoso, ora de un varon apostólico, que no llevaba mas armas que la divina palabra y el poder de que milagrosamente le obedeciesen las fieras y las enfermedades puestas en fuga precipitada. Hasta los mismos Emperadores cristianos, como los débiles Arcadio y Honorio, los cuales si por una parte dispensaban á la Iglesia algunos beneficios, por otra le ocasionaron considerables perjuicios con la desacertada eleccion de hombres perversos para ministros, sintieron muchas

veces confirmarse su fé ó avivarse su vacilante y poco ilustrada piedad con el espectáculo de asombrosas maravillas divinas. Tal empeño de Dios en favor de su Iglesia hizo que, si al comenzar el siglo la muerte iba arrebatando á millares las vidas de los adoradores de Jesucristo, al concluirse, la convicción de la verdad y divinidad de nuestra fé santísima apenas hubiese dejado algunos escasos restos de paganismo; y he dicho la *convicción*, porque esta solo es quien obra conversiones sinceras, sin que haya poder humano, que con la fuerza ni con el mas rudo despotismo pueda cambiar las creencias de un solo entendimiento. Ahora podemos con razon exclamar: ¡gloria á Dios altísimo, gloria á nuestro adorable Salvador, gloria á la divina gracia, gloria al persuasivo poderío de las verdades de nuestra augusta religion!

ÍNDICE.

Páginas.

CAPÍTULO XVII.

El arrianismo. Pinturas características de Arrio y de San Alejandro. Concilio de Alejandría que condena al heresiarca. Eusebio de Nicomédia protector del arrianismo. Eusebio de Cesarea. Esfuerzos de uno y otro bando. Constantino engañado. Mision de Osio á Alejandría. Concilio de Alejandría. Abjuracion de Colluto. Eminente servicio prestado por Osio á la Iglesia.	5
--	---

CAPÍTULO XVIII.

Concilio de Nicea.	14
----------------------------	----

CAPÍTULO XIX.

Los Padres del Concilio Niceo. De algunos de los refractarios. Muerte de San Alejandro. Le sucede San Atanasio en el patriarcado de Alejandría. Embajadas enviadas á Constantino: celo de este Emperador y su munificencia en fundar Iglesias. Conversion	
---	--



de los Iberos. Id. de la India ulterior. Id. del judío José. Santa Elena en Jerusalem. Invencion de la Cruz. Edificacion de basílicas en los Santos Lugares. Virtudes y muerte de la Emperatriz Elena.	28
--	----

CAPÍTULO XX.

Fundacion de Constantinopla. Vuelve Arrio á la gracia del Emperador: tramas de los Eusebianos. Conciliábulo de Antioquía: conjuracion contra San Eustasio. Id. contra San Atanasio. Conciliábulo de Tiro: calumnias y violencias: suceso de Arsenio y su historia. San Atanasio en Constantinopla. Triunfo de Arrio en el conciliábulo de Jerusalem. San Atanasio desterrado á Tréveris.	44
--	----

CAPÍTULO XXI.

Muerte funesta de Arrio. Sucede San Pablo á San Alejandro en el Obispado de Constantinopla. Constantino cadáver. Division de su imperio entre sus hijos. Arrianismo de Constantio. Apelan al Papa San Julio los Arrianos y los Católicos. Violenta persecucion de estos en el Egipto por Gregorio de Capadocia. Intruso Obispo de Alejandría. Trágico fin de Balacio. San Atanasio en Roma: providencias y cartas del Papa San Julio. . . .	57
---	----

CAPÍTULO XXII.

Tumultos en Constantinopla. Segundo desierto de San Pablo. Concilio de Sárdica y conducta de los Eusebianos. 68

CAPÍTULO XXIII.

Conciliábulo de Filipópolis. Triunfos de San Atanasio y de la piedad cristiana. Retracción de los Obispos Ursacio y Valente. Establecimiento de la vida monástica en Occidente. Visita de San António á San Pablo primer ermitaño. Bellísimas escenas del desierto en la muerte de Pablo. 75

CAPÍTULO XXIV.

Circunceliones: Pablo y Macario enviados al África por el Emperador Constante los reprimen á mano armada. Concilio de Cartago. San Milles dilata el imperio de la fé en la Persia: sus prodigios y profecías: su martirio y el de sus dos compañeros Abrósimo y Sina. 84

CAPÍTULO XXV.

Persecuciones del cristianismo en la Persia. Martirios de San Simeon y de otras cien
HISTORIA DE LA IGLESIA.—TOMO III. 32

personas del orden sacerdotal. Id. del anciano
Gusciatazzades: id. del superintendente Fusi-
quiò. Horrible matanza de todos los cris-
tianos ordenada por Sapor: circunscribe este
la persecucion á las personas consagradas á
Dios: martirio de Santa Tarba: id. de San
Sciadustes y 128 compañeros: id. de San
Barsabias y de sus 10 compañeros: prodi-
gio y conversiones. 90

CAPÍTULO XXVI.

Circunstancia horrorosa* de la persecucion de
Sapor. Nuevo recrudecimiento de la perse-
cucion. Martirios de varios Santos y Santas.
El sacerdote apóstata. 97

CAPÍTULO XXVII.

Muerte del Emperador Constante. El tirano
Magnencio. Constancio engañado y triunfo
de su ejército. Conciliábulo de Sirmio. Des-
tierre y muerte de San Pablo Obispo de Cons-
tantinopla: tumulto de esta ciudad. Maqui-
naciones de los hereges contra San Atanasio.
Conducta del Papa Liberio: envia legados á
Constancio. Conciliábulo de Arlés. Defeccion
del legado Vicente de Cápua. Conciliábulo de
Milan. Despotismo de Constancio. Escenas
tumultuarias. Firmeza de los Obispos católi-

cos: su destierro. Compensaciones que la Providencia proporciona á la Iglesia afligida. Muerte de San Dionisio de Milan. Liberio desecha los regalos de Constancio y con su heroica conducta se atrae el odio y las persecuciones de este Emperador. Consternacion de Roma. Liberio es arrebatado y comparece ante el Emperador que le destierra á Berea. El antipapa Félix. 100

CAPÍTULO XXVIII.

Triunfa Osio del Emperador Constancio. Vuelve á España y le escribe su célebre carta: es desterrado á Sirmio y padece tormentos: diversas opiniones acerca de su caida. 109

CAPÍTULO XXIX.

Persecucion de Constancio. Mártires y apóstatas. Educacion y juventud de Juliano el apóstata: se hace discípulo del mago Máximo y abandona en secreto la religion cristiana: es creado César. Primeros años y estudios de San Basilio y de San Gregorio Nacianceno, é idea de la santidad de la familia de uno y otro. 115

CAPÍTULO XXX.

San Hilario de Poitiers: su talento, su con-

version, su episcopado, su destierro á la Frigia. San Martin: sus primeros pasos en la virtud: conversiones que obra. Mencion de otros Santos que por entonces se hallaban en la niñez. San Cirilo Obispo de Jerusalem. Aparicion de una cruz luminosa en el aire. Sitio de Nísibe por el Rey de los persas. Santiago, Obispo de Nísibe. Prodigios y venganzas de Dios. San Efren: su espíritu y género de vida que en la soledad hacia. El monge Julian. 121

CAPÍTULO XXXI.

•Escenas de violencia en Alejandría: San Atanasio se libra como por milagro y huye á esconderse en los desiertos. Continúa la persecucion á los católicos. El arriano Jorge en la silla de Alejandría. Muerte de San Antonio. Padecimientos de San Eusebio de Vercelis y de otros muchos católicos. Ida de Constancio á Roma: las señoras romanas le piden que levante el destierro al Pontífice Liberio y condesciende por miras de política. Vuelve el Pontífice á Roma y es arrojado de élla el antipapa Félix. Impostura arriana acerca de la caída de Liberio. 130

CAPÍTULO XXXII.

Division de los arrianos en dos facciones con-

trarias: conciliábulo: inconstancia del Emperador juguete de los dos bandos heréticos. Ruina é incendio de Nicomédia. Concilio de Seleucia. Id. de Rimini y su término funesto. El Papa Liberio desaprueba la conducta de los Obispos de Rimini y confirma en la fé á sus Hermanos. Arrepentimiento de muchos Obispos. Conciliábulo de Constantinopla. Concilio de París. San Melecio nombrado Obispo de Antioquía: sus virtudes y su destierro. Muerte del Emperador Constancio. 137

CAPÍTULO XXXIII.

Hecho Emperador el apóstata Juliano restablece la idolatría. Transformaciones de su palacio de Constantinopla. Género de guerra que declara al Cristianismo. Vuelta de los Obispos desterrados y bienes que se siguen de ella. Prohibicion de enseñar y de aprender los cristianos las humanidades. Noble conducta de los célebres profesores Proeresio y Victorino. Apostasía y arrepentimiento de Scébolo. 147

CAPÍTULO XXXIV.

Intimacion que hace Juliano á los empleados

públicos para que dejen el cristianismo. Hazaña religiosa de Valentiniano. Artificio de Juliano para comprometer al ejército en el culto de los ídolos y su vario resultado. San Cesáreo. Guerra á la religion cristiana. Martirios de Emiliano, de Teódulo, Taciano y Macedonio. Mártires de Pesinunta. Martirio de San Basilio de Ancira. Filoromo y Busris. Crueldades de Juliano en Cesarea de Capadocia. 155

CAPÍTULO XXXV.

Viajes de San Basilio: fundacion de su primer monasterio: su vida apostólica. San Gregorio Nacianceno en casa de su padre: es elevado al sacerdocio. El Emperador apóstata y la ciudad de Antioquía. El templo del ídolo de Dafne. Conversion y extraordinario suceso del hijo de un sacerdote pagano. Atrocidades que los idólatras de Eliópolis cometen con el diácono Cirilo. Castigos milagrosos. Horrores de Gaza y Ascalona. Martirio de los Santos Eusebio, Zenon y Nestabo. Juliano favorece á los perseguidores. Reliquias de San Juan Bautista y del profeta Eliseo. Estatua del Salvador: la de Juliano abrasada por un rayo. Persecucion contra los monges y ascetas. Marcos Obispo de Aretusa. 166

CAPÍTULO XXXVI.

Martirios de los Santos Eugenio, Macario y Artemio. Atrocidades y sacrilegios de los paganos en Alejandría. Vuelta de San Atanasio á esta ciudad y Concilio que en ella celebra. Cisma de los Luciferianos. Diversas opiniones acerca de Lucífero de Cagliari. Mártires en Roma é Italia. Devastadora furia de los Donatistas contra la Iglesia de Dios. Fuga de San Atanasio de Alejandría y otros sucesos del mismo Santo. 176

CAPÍTULO XXXVII.

Procesion cristiana con las reliquias de San Babilas: Juliano airado contra los cristianos de Antioquía. Invieta fortaleza del jóven Teodoro. El conde Juliano. Martirio de San Teodorito. Castigos divinos que caen sobre los apóstatas y sobre el imperio. Mártires militares. Escritos de Juliano. Empéñase Juliano en reedificar el antiguo templo de Jerusalem y lo impiden prodigios celestiales. Género de muerte que debe Domicio á la crueldad de Juliano. Funesto fin del Emperador apóstata. 186

CAPÍTULO XXXVIII.

Joviano es elegido Emperador: ajusta la paz

con los Persas. Decaimiento de la idolatría. Celo de Joviano en favor del cristianismo: sus relaciones con San Atanasio y grandes muestras que le dá de aprecio: su muerte. . . 199

CAPÍTULO XXXIX.

Sube al imperio Valentiniano y lo divide con su hermano Valente. Primeras disposiciones de ambos Emperadores. Apatía y flojedad de Valentiniano en órden á la religion. Conciliábulo de Lampsaco. Valente se declara por el arrianismo y principia á perseguir á los católicos. Conciliábulo de Nicomédia. San Basilio es ordenado sacerdote, se retira de Cesarea y vuelve á defenderla. Entran en el gremio de la Iglesia católica muchos Obispos semiarrianos. San Dámaso sucede al Pontífice Liberio. Cisma del antipapa Orsino. Concilio de Tiana. Destierros de Obispos católicos. San Atanasio se esconde y á los cuatro meses se le restituye á su obispado. Turbulencias en Roma. Muerte de San Hilario. Valentiniano declara Emperador á su hijo Graciano. Concilio de Roma. Concilio alejandrino. Heróica firmeza de San Betranion, Obispo de los Scitas. 206

CAPÍTULO XL.

Tribulaciones de los fieles en Constantinopla.

Ochenta sacerdotes mártires. Demóflo Obispo arriano de Constantinopla. Ocupa San Basilio la silla metropolitana de Cesarea y combate la heregía de los Macedonianos. Solicitud del Papa San Dámaso en el gobierno de la Iglesia. Triunfa San Basilio del prefecto Modesto y en su presencia tiembla el mismo Emperador Valente. Dios le protege con repetidos prodigios. San Gregorio Nacianceno es consagrado Obispo. Valente persigue á los católicos de Antioquía. El monje Afrates y San Julian Sabas. 218

CAPÍTULO XLI.

Influjo de la vida monástica en la conversion de los gentiles. Ultimos años de San Hilarion. El solitario San Abraham. San Barses. Animoso decision de los católicos de Edesa por la fé: destierro de ochenta sacerdotes de esta ciudad. San Eulogio y San Protógenes en Antinoo. Prosigue la persecucion de Valente. Amarguras de San Basilio. Apolinar extiende sus errores. Muerte de San Atanasio. 230

CAPÍTULO XLII.

Sucede San Pedro á San Atanasio en la sede de Alejandría. Abominaciones y cruelísimos

horrores que los paganos cometen. Los arrianos exacerban y dilatan la persecucion de los católicos por el Egipto. Padecimientos de los desterrados en Diocesarea y en Neocesarea. Conversiones de Sarracenos. Martirios de cuarenta monges del monte Sinaí y de otros cuarenta del desierto de Elim. Persecucion de los fieles Godos por parte de su Rey Atanarico. 240

CAPÍTULO XLIII.

Muerte de San Gregorio Obispo de Nacianzo. Exaltacion de San Anfloquio al obispado de Iconio. Destierro de San Eusebio de Samosata. Dos obispos arrianos en Samosata. San Basilio es objeto de la ira atropelladora del vicario del Ponto y de la defensa de la ciudad conmovida. Principios de San Ambrosio: su eleccion para el obispado de Milan: admirable desempeño de sus funciones episcopales. San Martin es hecho Obispo de Tours y sus palabras y prodigios triunfan de los restos de la idolatría: se presenta á Valentiniano y dos portentos le hacen propicio al Emperador, que contra él estaba prevenido. 250

CAPÍTULO XLIV.

Concilio del Ilirico. Ley de Valentiniano en

favor de la verdadera fé. Carta del Papa San Dámaso en que condena varias heregías. San Gregorio Nacianceno. Muerte de Valentiniano y proclamacion de su hijo el niño Valentiniano por Emperador. Sube de punto la tiranía de Valente para con los católicos. Conciliábulo de Ancira y Nisa. Conducta de Demóstenes. Santa perseverancia de los fieles de Nicópolis. Valente persigue á los monges. San Juan Crisóstomo, su juventud, estudios y retiro á la soledad: sus primeros escritos. Furor de Lucio obispo arriano de Alejandría contra los monges. Conversion de los habitantes de una isla por el ministerio de cuatro santos monges desterrados á ella. Humillacion de Lucio. San Moisés Obispo de los Sarracenos. 260

CAPÍTULO XLV.

Mártires de Persia. Santísimo y Doroteo legados de los Obispos orientales cerca del Sumo Pontífice. Ulfila introduce el arrianismo entre los Godos. Apolinar constituye su secta. Concilio Romano. Castigos que el imperio sufre. Valente muere quemado. Prediccion del solitario Isaac. 272

CAPÍTULO XLVI.

Vuelta de los Obispos desterrados á sus dió-

cesis. Invasiones y crueldades de los bárbaros septentrionales. Las Iglesias emplean sus tesoros en redimir á los cautivos. San Ambrosio defiende la perpétua virginidad de la Madre de Dios. Teodosio hecho Emperador de Oriente. San Gregorio Nacianceno puesto á la cabeza de los católicos de Constantinopla. Prodigios de la Santísima Virgen en la Anastasia. Tribulaciones de los católicos constantinopolitanos y arremetida de los arrianos á la Iglesia de aquellos. Victorias que van consiguiendo la sabiduría y santidad del Nacianceno. 280

CAPÍTULO XLVII.

Concilio de Antioquía. Martirio de San Eusebio de Samosata. Muerte de San Efrén. Bautismo de Teodosio y su ley en favor del catolicismo. Falsas conversiones. El cínico Máximo es sacrílegamente consagrado por obispo de Constantinopla; mas no prevalece su trama, oponiéndose á ella el pueblo, el Emperador y el Sumo Pontífice. Teodosio en Constantinopla. San Gregorio Nacianceno, y el pueblo constantinopolitano empeñado en que fuese su Obispo, resistiéndolo él. 292

CAPÍTULO XLVIII.

Concilio de Zaragoza é historia de la heregía

de los priscilianistas. San Ambrosio en Sir-
mio. Ley de Teodosio contra los hereges. . . 306

CAPÍTULO XLIX.

Primera parte de la biografía de San Geró-
nimo. Prosigue la de San Juan Crisóstomo. . 314

CAPÍTULO L.

Breve reseña de las obras de varios escritores
cristianos del siglo IV. 321

CAPÍTULO LI.

Primer Concilio Constantinopolitano. Muerte de
San Melecio. Deja San Gregorio Nacianceno
el obispado de Constantinopla y se elige á
Nectario para sucederle. Nueva ley de Teo-
dosio en favor de los católicos. Concilio de
Aquileya. Otros Concilios. Graciano manda
quitar el altar de la Victoria, y en vano re-
presentan en contra los senadores idólatras.
Teodosio declara Augusto á su hijo Arcadio
y le da por maestro á Arsenio. Reúnense en
el palacio de Constantinopla los jefes de las
sectas y Teodosio rasga sus fórmulas de fé:
órdenes de este Emperador favorables al ca-
tolicismo. 30

CAPÍTULO LII.

Muerte y mérito de San Ascólio: le sucede San Anicio en el obispado de Tesalónica. Muerte de Graciano y entronizamiento del tirano Máximo. San Ambrosio como embajador de la Emperatriz Justina en la corte de Máximo: conducta de San Martin en ella. Causa y castigo de Prisciliano y varios de sus secuaces. San Ambrosio se opone á la exposicion que en favor de la idolatría presenta Símaco á Valentiniano. Extraordinaria piedad de algunas señoras romanas. Menciónanse otros varones ilustres, que además de San Gerónimo brillaban en aquel tiempo por su santidad en la capital del mundo. . . 341

CAPÍTULO LIII.

Exterminio del paganismo decretado por Teodosio y llevado á cabo por Cinegio. Educacion y primeros extravíos de Agustin: se hace maniqueo: va á Roma y se afilia en la secta de los académicos: pasa á Milan y los discursos de San Ambrosio producen saludables impresiones en su alma. Defiende San Gerónimo la perpétua virginidad de la Madre de Dios. 351

CAPÍTULO LIV.

Decretales de los Sumos Pontífices. Carta del

Papa Siricio á Himerio Obispo de Tarragona. San Gerónimo y Santa Paula salen de Roma para la Palestina. La corte arriana en lucha con San Ambrosio y su pueblo. Santa Mónica: Agustín y sus amigos en Milan. Muerte y virtudes de la Emperatriz Flacila. 358

CAPÍTULO LV.

Noble conducta de Benévolo. Ley favorable al arrianismo. San Ambrosio hace frente á las indebidas exigencias de la corte, y el pueblo de Milan se muestra heróico. Prodigio que Dios obra para librar de la muerte á Ambrosio. Descubrimiento de los santos cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio. Conversion de Agustín. 365

CAPÍTULO LVI.

Paz que recobra la Iglesia de Milan. Condescendencia de San Martín; un ángel le consuela. Bautismo de Agustín y sus compañeros: emprende su viaje al África. Nueva embajada de San Ambrosio á Máximo. Invasion de Italia por el ejército de Máximo: Teodosio declara la guerra á este usurpador. Muerte de Santa Mónica. Agustín en Roma. Hereges Mesalianos. Los Obispos Flaviano y San Anfiloquio los persiguen. San Juan Crisóstomo principia su predicacion. 374

CAPÍTULO LVII.

Sedición de Antioquía, duelo de la ciudad, San Juan Crisóstomo, el Obispo Flaviano y los monges empeñados en salvarla. Clemencia de Teodosio. El solitario Juan. Disposiciones de Teodosio contra los apolinaristas y los arrianos: su piedad para con sus vencidos enemigos: nuevas medidas á fin de exterminar el culto de los ídolos. El Senador pagano Símaco. Leyes contra los eunomianos y maniqueos.. 384

CAPÍTULO LVIII.

Sedición de los paganos de Alejandría: destrucción del templo de Serapis y de este ídolo. Conviértense muchos gentiles. La iglesia del martirio. La ciudad de Canopo: sus abominables prácticas y su conversión. Celo y muerte de San Marcelo de Apamea. Tiránico extrago hecho en los habitantes de Tesalónica: episcopal fortaleza de San Ambrosio: penitencia del Emperador. Condenaciones de los itacianos. San Félix. Heregía de Joviniano: la condena el Papa San Siricio: la impugnan San Ambrosio y San Gerónimo. Santa Paula funda monasterios en Belen. Ocupaciones de San Gerónimo. 392

CAPÍTULO LIX.

Vuelve San Agustín al África y establece en ella la vida monástica: va á Ipona y recibe el orden sacerdotal: sus santas empresas: su celo por la conversion de los hereges. Carácter y predominio de Arbogastes. Firmeza cristiana y demás virtudes del jóven Valentiniano: su muerte: sentimiento de San Ambrosio. El tirano Eugenio viste la púrpura: consulta Teodosio al profeta Juan sobre la guerra: se prepara á ella de un modo edificante. Eugenio se deja doblegar por los paganos. San Ambrosio se ausenta de Milan, y escribe á Eugenio: resucita á un niño en Florencia. 405

CAPÍTULO LX.

Historia de San Paulino de Nola. Marcha, batalla, vision y milagrosa victoria de Teodosio. Muerte de Eugenio. Clemencia de Teodosio: su muerte: sus preclaras cualidades y fama póstuma. 416

CAPÍTULO LXI.

San Gregorio Nacianceno en el desierto. Los Emperadores Honorio y Arcadio y sus perversos ministros. Entronizamiento de los vi-

HISTORIA DE LA IGLESIA.—TOMO III. 33

cios. Amenazas y aterradores prodigios en Constantinopla. Edictos de Eutropio en menoscabo de la religion. El mundo romano desolado por los bárbaros del Norte. 424

CAPÍTULO LXII.

Relacion de las contiendas de San Epifanio y San Gerónimo con los origenistas: reconciliaciones. Prodigio obrado en favor de la inmunidad de las Iglesias. La Reina de los Marcomanes y San Ambrosio: favores divinos hechos á este Santo: su muerte. 432

CAPÍTULO LXIII.

Los Santos Sisinio, Martirio y Alejandro. Muerte de San Martin de Tours: cómo el Señor le honró despues de muerto. San Agustin es consagrado Obispo: hace una guerra incesante á los donatistas. Última ruina de la idolatría. Conversiones.

CAPÍTULO LXIV.

San Juan Crisóstomo es elevado á la silla de Constantinopla: su celo en el desempeño del ministerio episcopal y por la salvacion de las almas: resultados de su predicacion: establece las procesiones. 446

CAPÍTULO LXV.

Convierte San Juan Crisóstomo á muchos godos arrianos: envia un Obispo á los Scitas: su celo por estirpar la idolatría en la Fenicia. Monges mártires. Se empeña San Juan Crisóstomo en la terminacion del cisma de Antioquía: salva la vida á Eutropio, y poco despues á Aureliano y á Saturnino: se opone á Gainas que pedía una iglesia para los arrianos. Los ángeles defienden el palacio de Arcadio. San Juan Crisóstomo va de legado al cuartel general de Gainas. Triunfos de la predicacion apostólica de San Victorcio de Ruan. 460

CAPÍTULO LXVI.

Breve reseña de las obras que en la segunda mitad del siglo IV escribieron los mas insignes Santos que florecieron en ella. 474

CAPÍTULO LXVII.

Carácter de los sucesos del siglo IV. 480

LIBRO XV

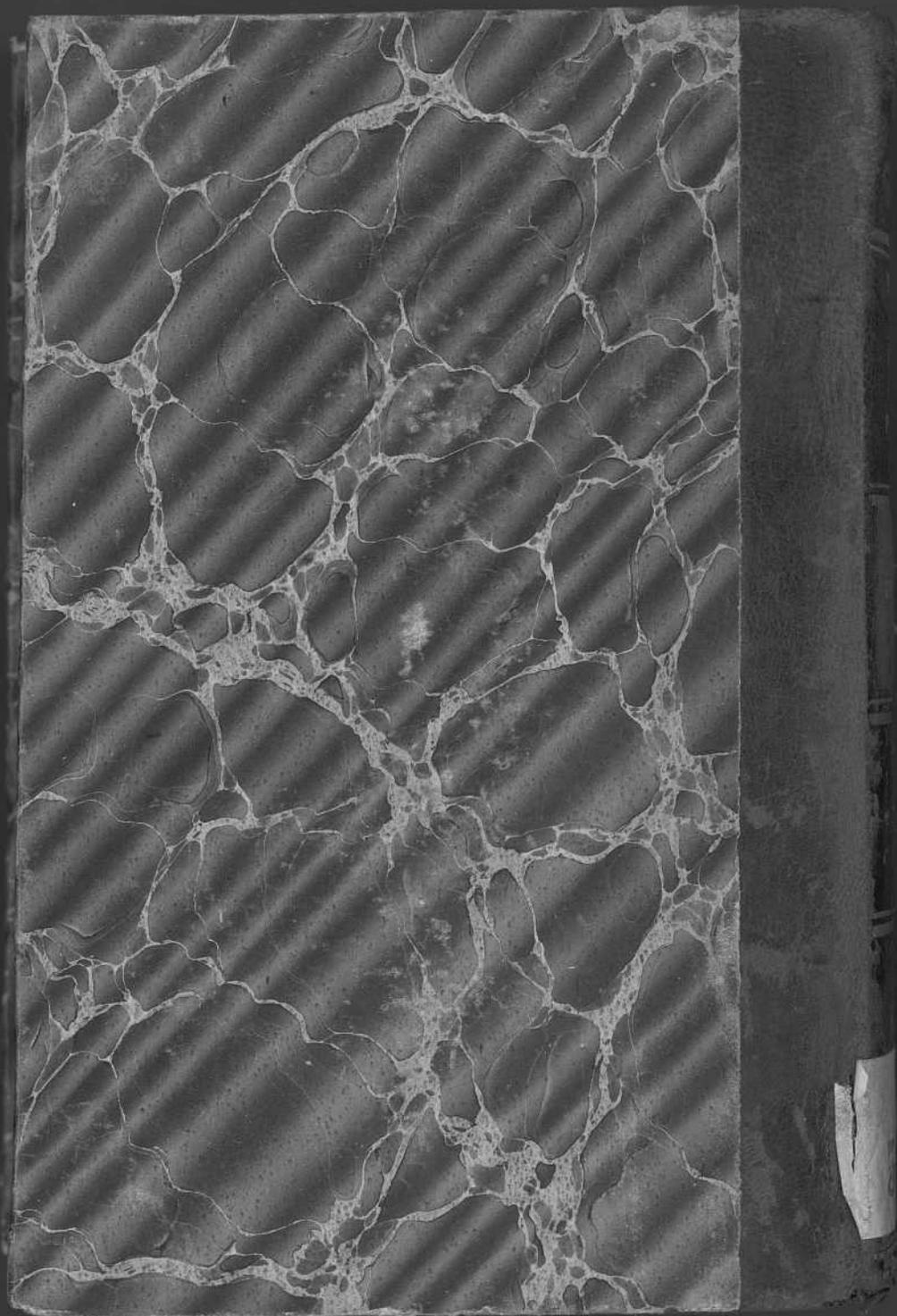
... con gran diligencia e cuidado se
... en el año de mil e quinientos e sesenta e tres
... en el mes de mayo de dicho año
... en la villa de Mexico
... en el día de diez e tres de mayo
... en el año de mil e quinientos e sesenta e tres
... en el mes de mayo de dicho año
... en la villa de Mexico
... en el día de diez e tres de mayo

LIBRO XVI

... con gran diligencia e cuidado se
... en el año de mil e quinientos e sesenta e tres
... en el mes de mayo de dicho año
... en la villa de Mexico
... en el día de diez e tres de mayo

LIBRO XVII

... con gran diligencia e cuidado se
... en el año de mil e quinientos e sesenta e tres
... en el mes de mayo de dicho año
... en la villa de Mexico
... en el día de diez e tres de mayo



HISTORIA
DE LA
IGLESIA
EN SUS
PRIMEROS
SIGLOS

BERRIOZABAL

5885